

SI LA NATURALEZA SE OPONE... ROGELIO ALTEZ

«... En lo más elevado encontré a Don Simón de Bolívar que en mangas de camisa trepaba por ellas para hacer el mismo examen (...) Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca...».

Cuando el 26 de marzo de 1812 un devastador terremoto asolara a Caracas, la naturaleza cobró protagonismo y pasó de inadvertido escenario a enemigo público: con ello se ganó un lugar en la mitología nacional, pues sirvió de adversario fantástico y necesario para la imagen del héroe, Simón Bolívar.

El presente volumen propone un recorrido por los terremotos más importantes de la historia de Venezuela, estudiados bajo la mirada científica de la sismología y cotejados con anécdotas y crónicas de la sociedad.

Venezuela es un país sísmico, y esto significa que convive con los terremotos. Este libro pretende llamar la atención al respecto, señalando la regular visita de esos fenómenos que despiertan horrores y angustias, a la vez que intenta confrontar los imaginarios que se recrean a partir del miedo a los temblores, descifrándolos fácilmente al aproximarse a su forma más natural.



ROGELIO ALTEZ

SI LA NATURALEZA SE OPONE...



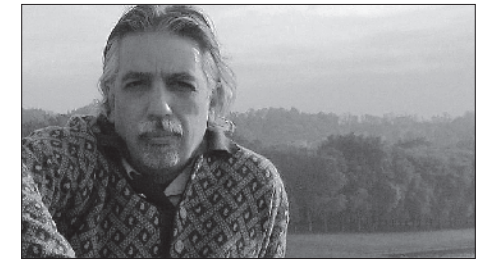
**EDITORIAL
ALFA**

SI LA NATURALEZA SE OPONE... TERREMOTOS, HISTORIA Y SOCIEDAD EN VENEZUELA *Rogelio Altez*

EDITORIAL ALFA

[COLECCIÓN TRÓPICOS / Historia]

ROGELIO ALTEZ



Antropólogo (Universidad Central de Venezuela) y Magíster *Summa Cum Laude* en Historia de las Américas (Universidad Católica Andrés Bello). Profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela, ha sido investigador del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, FUNVISIS. Entre sus libros destacan: *El desastre de 1812 en Venezuela. Sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba* (UCAB-Fundación Empresas Polar, 2006), el cual obtuvo el Premio Bial al Libro de Texto Universitario, UCV, 2008; *1812: Documentos para el estudio de un desastre* (Academia Nacional de la Historia, 2009); *Historia del pensamiento sismológico en Venezuela* (UCV-FUNVISIS, 2004, en coautoría con José Antonio Rodríguez y Franco Urbani); *Catálogo de sismos sentidos o destructores, Venezuela 1530-1998* (Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales-UCV, 1999, en coautoría con José Grases y Miguel Lugo). Docenas de artículos científicos sobre el tema a nivel nacional e internacional acompañan estas publicaciones.



1ª edición: octubre 2010

© Editorial Alfa, 2010

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50.304. Caracas 1050 A, Venezuela

Teléfono: [+58 212] 762. 30. 36 / Fax: [+58 212] 762. 02. 10

e-mail: contacto@editorial-alfa.com

www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-300-6

Depósito legal: lf50420109003162

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Diagramación

Rozana Bentos Pereira

Corrección

Magaly Pérez Campos

Imagen de portada

El Terremoto de 1812, de Tito Salas (1929)

Colección Casa Natal del Libertador

Reproducción: Nelson Garrido

Impresión

Editorial Melvin C.A.

Printed in Venezuela

SI LA NATURALEZA SE OPONE...

TERREMOTOS, HISTORIA Y SOCIEDAD EN VENEZUELA

Rogelio Altez



EDITORIAL
ALFA

ÍNDICE

Reconocimientos	7
Introducción	11

Parte I. Terremotos, miedo y olvido

Entre el miedo y la explicación racional	23
Leyendas telúricas y sismología	32
Las transformaciones de la contemporaneidad	37
De los socorros internacionales a la noción de desastre	40
La supervivencia del miedo	46
Detrás del olvido	51

Parte II. De la leyenda a la historia

El temor del Almirante	57
La desaparición de Cubagua	62
Las minas que descubrió Dios	67
Profecías que vinieron del más allá	72
El enigma de Acequias	80
Lo que Bolívar nunca dijo	94
Dos por uno	106

Parte III. Relatos de temblores

Cuando Dios y la naturaleza se opusieron a los mercedarios	117
Misterioso llanto de sangre en La Grita	126
Héroes entre sismos	130
El día que se acabó el mundo en los Andes	136
De <i>tsunamis</i> , <i>seiches</i> y agitaciones marítimas	145
Los auxilios en la historia	159

Las langostas derrotadas	160
Los negocios del vicecónsul	163
A lomo de mulas	165
El Benemérito en acción	171
El Tocuyo aerodinámico	179

Parte IV Entre creencias y cultura

Ruegos y agradecimientos por temblores	193
<i>Virgo Servatrix</i>	194
Compunción y piedad... hasta que llegue el carnaval	197
El silente retorno de la Virgen	202
Los cuentos de Jaime	208
Pacto divino en la sierra del estado Falcón	209
Cuando la Tierra tose... ..	212
Criminales encerrados en forma de vientos	213
La pasión de los amantes	214
Las teorías que se perdieron en el tiempo	215
Volcanes, calores, instrumentos, astrólogos y pulsos	222
Instrumento casero	223
El volcán imperturbable	224
Carta astral contra los temblores	225
Inefables indicadores térmicos	226
El imperio que no contraataca	229

Parte V. Venezuela, país sísmico

Entre placas tectónicas	237
Fallas y sistemas de fallas	241
La relación determinante para la destrucción	246
Las escalas de intensidades y magnitudes	252
Raros y heterogéneos	261

Anexo

Fuentes

Bibliografía y hemerografía

RECONOCIMIENTOS

Jamás un libro ha sido construido por una sola persona. Tras las autorías, se encuentra mucha gente que de una u otra manera ha participado, directa o indirectamente, en su elaboración. En este caso, que de ninguna manera es la excepción, las manos y miradas, hombros y pensamientos que siempre estuvieron allí, antes y durante, apoyándome y contribuyendo substancialmente con este logro, deben ser mencionados.

En primer lugar, el reconocimiento a mi etapa de formación en la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, Funvisis, merece una alusión especial, pues se trata de la experiencia fundacional como investigador de terremotos. Allí, de la mano de geólogos, geofísicos, geomorfólogos y maestros de las Ciencias de la Tierra, me hice investigador en este lado del conocimiento. Nunca terminaré de agradecer ese proceso formador, pues aún estoy aprendiendo y nutriéndome como académico y profesional. En estas páginas viven aportes que vinieron a mis manos desde aquellas manos. A André Singer y Franck Audemard, espíritus y motores de esa institución, debo buena parte de lo que me hace un historiador de terremotos, o bien un sismo-historiador, si cabe el término.

En mi camino hacia ese perfil tuve el gusto y el honor de trabajar con Jaime Laffaille y Christl Palme, investigadores del Laboratorio de Geofísica de la Universidad de los Andes en Mérida. Junto a la profesora Palme participé, entre otras investigaciones, en la elaboración del *Sistema de Teleinformación de la Sismología Histórica de Venezuela*, el cual acabó siendo un completísimo catálogo sismológico disponi-

ble en Internet. Jaime, amigo y colega, ha sido un libro abierto de la interpretación científica de la naturaleza y sus fenómenos desde que le conocí. A su amistad y solidaridad, mi sincero reconocimiento; en este libro está su mano también, así como su conocimiento. Allá en Mérida, igualmente, recibí consejos y enseñanzas sobre éste y otros temas de los profesores Raúl Estévez y Carlos Ferrer, nacidos para enseñar y formar, amigos por esencia.

Me tocó en suerte haber trabajado al lado del maestro José Grases, quizás uno de los más influyentes investigadores de terremotos en el país, y también en el Caribe. Me llena de orgullo haber trabajado con él en el *Catálogo de sismos sentidos y destructores, Venezuela 1530-1998*, en el cual revisamos y actualizamos la obra del pionero Melchor Centeno Graü.

Más recientemente, en Funvisis, pude compartir razonamientos con el sismólogo alemán Michael Schmitz, agudo académico sumergido en la investigación geofísica, a quien le agradezco sus comentarios siempre precisos sobre los análisis sísmicos. Daniel Moreno, al frente del Centro de Documentación e Información de esa institución, ha sido un apoyo permanente en todas las investigaciones que me llevaron a husmear en aquella biblioteca, alguna vez en mis manos hace años. A la solidaridad de Daniel, en las duras y las maduras, va también mi reconocimiento.

Un lugar singular ocupa mi maestro y amigo Franco Urbani, sin duda el geólogo más importante de Venezuela. Su sensibilidad y su mirada transversal acompañan mi proximidad a las Ciencias de la Tierra, y de su mano he aprendido a comprender los horizontes que me rodean. Gracias a Franco mis ojos son más anchos hoy.

Los vínculos académicos con el Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad Experimental Pedagógica Libertador de Caracas alimentaron proximidades institucionales y personales que ampliaron experiencias y formación en esta esquina del conocimiento científico. Gracias a Yolanda Barrientos, puerta abierta permanente para el diálogo. A ella y sus compañeros mi reconocimiento por su respaldo, siempre.

En otra esquina de las ciencias y de la vida está la Escuela de Antropología, mi espacio de docencia y cotidianidad. A mis estudiantes

de Antropología Política, Antropología Económica, Formación Social Venezolana y, especialmente, a los de Antropología de los Desastres, mi agradecimiento sincero. Con ellos aprendo todos los días, desde sus miradas, desde su trabajo y hasta desde sus dudas. Quiero reconocer muy especialmente en esa asignatura a Andrea Noria, María N. Rodríguez y Francys Vásquez, pues en ellas me he apoyado lo suficiente como para asegurar que este libro les debe muchas páginas y tiempo. En otras generaciones, los ahora colegas Emma Klein, Gabriel Hernández y Alejandra Leal hicieron las veces de asistentes y compañeros de trabajo. Muchos sismos pasaron por nuestras manos.

En la Universidad del Zulia están mis amigas Ileana Parra y Arlene Urdaneta. Historiadoras y maestras de la investigación en Historia Regional, me han acompañado desde hace ya diez años ininterrumpidos de diálogos e investigación permanente. Contar con ellas es un honor y un privilegio.

Mi estancia de investigación en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social de México D.F. (Ciesas), me dio la oportunidad de aclarar muchas cosas con relación a este trabajo. Allí me ayudaron y acompañaron Myriam de la Parra, Ray Padilla, Betty Bracamontes, Abigail Reyes y Fernando Briones. Hicieron de mi estadía una delicia y una experiencia única. Allí, además, tuve el placer de compartir con mi maestra, amiga y colega Virginia García Acosta, la antropóloga a quien se le debe el espacio y el robustecimiento del Estudio Histórico y Social de los Desastres en América Latina. Su labor al frente del Ciesas es ejemplar.

En México estuve también con el geofísico Gerardo Suárez, amigo y verdadero ejemplo de solidaridad. Su calidad humana es sólo comparable a su tamaño como académico. Con él pude acceder y dialogar con el Instituto de Geofísica de la UNAM, con el cual compartí mi estancia de investigación allá en el D.F.

Mi corta visita al Istituto Nazionale di Geofisica e Vulcanologia de Milano, en Italia, donde me tocó el honor de dar un brevísimo seminario sobre mi investigación con los sismos de 1812 en Venezuela

y el Caribe, permitió extender hasta allá el diálogo sobre los terremotos. Ahí debo el placer de haber compartido con Augusto Antonio Gómez, la historiadora Paola Albini y el incansable Massimiliano Stucchi. Algunas ideas aquí presentes provienen de aquellos días de trabajo.

Todas estas experiencias sirven de entramado fundamental a esta investigación. Estas personas están aquí, al lado de cada palabra y en el canto de cada hoja. No es posible investigar terremotos sin tener un poco de historiador, sismólogo, antropólogo, geólogo o documentalista. Lo que hay de cada uno de estos perfiles llegó a este libro como aporte de todos aquellos que mencioné. Han sido años de sismos conviviendo con mi vida, forjando mi mirada como investigador, como antropólogo, como historiador y como docente. Tanta generosidad y tanto aprendizaje serán agradecidos por siempre.

La buena voluntad de Ulises Milla y Carolina Saravia permitió que esta aventura llegue a buen puerto. Mi gratitud por su apertura y apoyo constantes.

Más cerquita de mí, corriendo entre mis latidos y mis pasos, va Inés... cobija de este y ya muchos otros trabajos. A su espíritu, hoy conformando parte del mío, entrego estas líneas, las mismas que vivieron muchos días y noches de conversaciones y compañía.

Y a mis hijos, Rogelio y Benjamín, también les agradezco por la paciencia que naturalmente han forjado al lado de un padre que muchas veces es simplemente una mirada absorta entre papeles. Les agradezco también por mantener iluminada mi existencia.

Rogelio Altez, junio de 2010

INTRODUCCIÓN

Una estampida de feligreses rompió de súbito ante el primer estremecimiento. La decencia de la procesión y el silencio de la fe fueron arrancados de la escena tal como si el terror tuviese manos gigantes que, invisibles aunque palpables, sujetaran a cada uno por sus temores más oscuros. El miedo y la desesperación movían los cuerpos en todas direcciones, como si en la carrera un atisbo de esperanza buscara entre el desorden un refugio repentino donde protegerse y salvar la vida. El terremoto tomó a aquellas almas por sorpresa, como suele ser su condición, y se vistió de Jueves Santo. En su sinuosidad subterránea, se armó de castigo divino y les recordó a todos que, por entonces, no existían diferencias entre Dios y la naturaleza. Aquello sucedía en Caracas, un 26 de marzo de 1812, justo cuando la Primera República se disponía a celebrar sus anuncios de libertad e igualdad...

Mientras las gentes chocaban entre sí, un hombre se quitó la chaqueta y la perdió entre la multitud. Las paredes y los edificios ya habían caído, y el polvo de bahareques y mamposterías flotaba lento por las calles en una amarillenta nube tétrica que ascendía en clamor como buscando al cielo. Camisa remangada, se dispuso a recuperar una calma ya desvanecida entre gritos y gemidos, hasta que su chapoteo entre la estampida le condujo a la esquina de San Jacinto. Allí divisó a un cura sobre las ruinas del convento (segundos antes derrumbado por el temblor), anclado en un improvisado púlpito abierto que, a la sazón, se antojaba encima de los escombros; el religioso aprovechaba la ocasión para alentar a los creyentes a que vieran a través del polvo al

extenso y justiciero brazo de Dios, severo sancionador de la osadía de aquellos que habían atentado contra el orden de todas las cosas. Los republicanos estaban siendo castigados por sus pecados de independencia y su libertinaje innoble. Los devotos, arrodillados en torno a las ruinas del convento, rogaban por clemencia y miraban al clérigo como su interlocutor ante las fuerzas del más allá. Hasta que el hombre, enfurecido, irrumpió con total decisión en la escena.

Trepó vehemente con ojos al borde de sus órbitas y conminó al cura a callar. Una respuesta envalentonada y desafiante brotó de entre los hábitos del sacerdote, exponiendo así aquel ímpetu revolucionario ante la evidencia de los confundidos creyentes allí convocados. Fue entonces cuando sacó su espada y dio por terminada la discusión sobre las causas del temblor: le amenazó de muerte si no cerraba la boca y dejaba de engatusar a los magullados feligreses, quienes hacían las veces de aterrorizado auditorio. Esta acción le garantizó a ese hombre una cita con la posteridad y le sirvió de marco para la leyenda, la misma que caminó junto a su sombra desde entonces y la que quedó estampada para siempre en la propia esquina de San Jacinto. Simón Bolívar, como todo héroe, suma a su mito la lucha contra la adversidad, y de allí que la escena de aquel Jueves Santo le acompañe como un sello de indeleble garantía heroica.

Los temblores del 26 de marzo de 1812 le servirían a don Simón de portentoso adversario mitológico en el camino hacia un nuevo orden. No fue Bolívar el Odiseo de América, ciertamente, pero sí el héroe que enfrentó fenómenos y rivales en un viaje interminable que acabó por sellar el destino de varias naciones, así como el suyo propio. Su estampa formidable no estaría completa sin esta escena... y no habría sido lo mismo si se tratase de unas lluvias, una sequía o una inundación.

La vida de la sociedad que por entonces se debatía entre la fidelidad al rey o la igualdad entre las castas pasaba delante de los escombros como una exhalación. Las calles de Caracas, desde aquel triste Jueves Santo y hasta finales del propio siglo XIX, servirían de teatro a la memoria de aquel estruendo inconmensurable al mantener las ruinas

encapsuladas en cada cuadra y tras cada muro, ventana o dintel. El caminar de caraqueños y visitantes se reencontraría en cada paso con el pavor de un pasado esforzado en conmemorar que los temblores no perdonan, y que tampoco distinguen entre colores de piel, alcornias, ideologías o géneros. La patria había nacido a la luz de aquel cataclismo y su primer llanto se cubría de mito al imaginar una lucha entrañable contra la madre naturaleza, eventualmente empeñada en darle una medida diferente al andar heroico.

A la génesis de la nación, cuyo parto extendió los dolores por varias décadas, no le podía faltar el dramatismo y el paroxismo de un fenómeno destructor; su adversidad trazó un umbral, lleno de padecimientos, que fue cruzado con resignación por unos y con resistencia por otros. El camino hacia la modernidad, la libertad y hacia todas las promesas proclamadas en aquel momento, tuvo a la naturaleza interpuesta como un rival a vencer, y a ello se dispusieron los vehementes revolucionarios, con espadas ungidas de convicciones prestas a enfrentar las fuerzas del universo. Aún así, el terror que despiertan los temblores no fue derrotado en aquella lucha de poderes... como tampoco pudo ser disipado posteriormente con la victoria de las ideas y los valores modernos. La sorpresa del primer estremecimiento, la deformación del suelo ante los ojos incrédulos de testigos y víctimas, el ruido penetrante e inolvidable y el horror causado por el abatimiento de las edificaciones sobrepasan históricamente a los paradigmas de la cultura, en éste y en todos los tiempos.

La intención más general que se persigue con este libro no estriba en ocultar ese miedo a los temblores; antes bien, su propuesta apunta a recordar que ese temor debe asociarse a una presencia inexpugnable e insoslayable: *los terremotos son fenómenos naturales que conviven con esta sociedad y que retornan de manera impredecible*, aunque ese retorno pueda ser estimado científicamente. Subrayar la persistencia del temor implica señalar caminos hacia una memoria que ha de ser siempre colectiva, a pesar de que la supervivencia de esa memoria dependa de reflejos que permanecen cotidianamente dormidos, los cuales despiertan

tan de súbito cuando la pesadilla del temblor irrumpe en el profundo sueño de una cultura inadvertida.

Si la memoria se hiciera al andar, como se han hecho los caminos de la humanidad, poco habría que agregar acerca de los fenómenos naturales potencialmente destructores. Pero la memoria es una cajita de sensaciones que acumula respuestas ante hechos que se atesoran sin que muchas veces se esté plenamente consciente de ello. Esas respuestas, a veces transformadas en reflejos casi musculares, cuando se trata de la memoria colectiva de una sociedad, pueden estar condicionadas por la forma a través de la cual se han ido almacenando esos hechos. Y esto no depende siempre de la voluntad de la sociedad (tal como si ese colectivo operase al igual que un individuo o poseyese una personalidad similar a la de un sujeto), sino de las estrategias con las cuales se socializó a ese colectivo. En ello han participado todos los componentes de una sociedad, desde el Estado socializador y manipulador de conciencias, hasta la actividad de las propias comunidades con sus recursos de resiliencia.

En la sociedad venezolana, como en muchas otras, el olvido ha sido el peor enemigo de la memoria colectiva, y su mayor éxito se encuentra en haber hecho creer a propios y extraños que ese velo de niebla extendido sobre el pasado puede confundirse con la memoria. El olvido es el arte de transformar el pasado en algo distinto a lo que fue, no el hecho de hacerlo desaparecer.

Olvidar, también, es defenderse de algo cuya presencia produce inestabilidad. El miedo desestabiliza, y es por ello que generalmente es ocultado tras el olvido, encubierto en metáforas que le cambian su significado original. Sin embargo, los miedos sólo pueden ser derrotados cuando su significado es comprendido en su dimensión más real, y de allí que enfrentarlos exitosamente represente correr el velo seductor que ha hecho creer algo distinto de lo que realmente significan. Con los desastres del pasado ocurre una situación semejante: existen como metáforas en la memoria colectiva de una sociedad... si es que acaso logran existir de alguna manera.

Los fenómenos naturales poseen la cualidad de la regularidad, es decir: suceden una vez y volverán a suceder. Es pertinente aclarar que «regularidad» no es lo mismo que «periodicidad», y quizás por ello exista la alucinante idea de que los fenómenos actúan de acuerdo al arbitrario calendario humano, haciendo suponer con ello que su retorno coincide con ciertas fechas o a la vuelta de lapsos inventados a la sazón. Al suponer esto, la relación con esos fenómenos (y con la naturaleza misma) se ve distorsionada. La «espera» de sus retornos parece condicionada a una agenda de larga duración donde las fechas se resaltan al compás de un ritmo inexistente. Con ello, al incumplirse ese ritmo, la espera resulta insatisfecha y la expectativa decepcionada, dando lugar a que deje de recordarse la probabilidad de reaparición de esos hechos. Tal agenda, además, yace cerrada bajo montones de prioridades inmediatas que se superponen en el calendario humano y que, ineludiblemente, hacen que se olvide su revisión periódica. El olvido actúa a pesar de que la sociedad marque eventualmente en su agenda que algunos de esos hechos suelen ser importantes para su funcionamiento.

Existen fenómenos naturales potencialmente destructores, distintos en condición y origen a los terremotos, que pueden, sin embargo, contarse en regularidades contingentes que coinciden con el ritmo del tiempo que las sociedades han impuesto en forma de calendarios. Uno de esos fenómenos se manifiesta en forma de huracanes... Los huracanes cuentan con un período en donde indefectiblemente hacen su aparición: entre mayo y noviembre, a pesar de que este lapso no funciona con una regularidad insoslayable. Las regiones que los padecen, como en el caso del Caribe insular y continental, o bien la costa del Pacífico en Centroamérica, pueden estar seguras de que año tras año serán sacudidas por los embates de fuertes vientos e intensas lluvias; no obstante ello, la función de la memoria colectiva en esas regiones no siempre da cuenta de hallarse articulada con la regularidad de los ciclones. Venezuela puede ufanarse de verse a salvo de esta periodicidad, aunque no de sus efectos, pues en más de una oportunidad los huracanes han alcanzado con sus coletazos a las costas orientales y centrales.

En ocasiones pueden hasta golpear directamente, como lo hiciera el huracán Iván en el año 2004, o bien otros en la historia.

Algo similar ocurre en las regiones templadas del planeta, donde las sociedades han desarrollado su cotidianidad de la mano de la regularidad de las estaciones. A pesar de las alteraciones eventuales en esas regularidades, las comunidades continúan estructuradas sólidamente con relación a sus anuales secuencias climáticas. Allí la memoria colectiva vinculada a los fenómenos naturales, ciertamente, ha de operar de otra manera. No obstante, la función de esa memoria no necesariamente puede observarse en forma de respuestas sólidas ante el retorno súbito de los fenómenos potencialmente destructores. Ello depende, con seguridad, de las estrategias con las cuales esas sociedades han consolidado sus «formas de memoria». El temor a las manifestaciones de la naturaleza que se encuentran fuera del control de la humanidad y sus sociedades posee alcances universales, y de ello dan cuenta rituales, tradiciones y cultos en la más variada heterogeneidad a lo largo y ancho del planeta. Ese temor, también, transita senderos evasivos y en la mayoría de los casos conduce a inadvertir las señales de la naturaleza. La evasión es apenas una mueca que pretende ser una forma de defensa, y su único éxito se anota en postergar lo inevitable.

En contextos como el venezolano, estas expresiones parecen estar ancladas a las formas de memoria que han sido construidas históricamente como estrategias formales de socialización y como representaciones que generalmente dan la espalda a la naturaleza y sus manifestaciones. Esto queda transparentemente claro en cómo el pasado es apropiado por las formas en las que los poderes de turno se han desplegado eventualmente, y en las estrategias presentadas para construir las propias interpretaciones que de «memoria» pueden alcanzar a construir. En la apropiación formal del pasado (siempre política e ideológica dentro de los contextos modernos y contemporáneos) desarrollada históricamente por todos los modelos de Estado en Venezuela, los fenómenos naturales no tienen un lugar que pueda asociarse estructuralmente con las comunidades. De hecho, no tienen ningún lugar... Basta con girar

la mirada hacia lo que funge como efemérides o conmemoraciones dentro del calendario formal con el que se recuerdan los hechos que representan la conformación de la nación venezolana, para comprobar esta afirmación.

Las conmemoraciones que la sociedad cultiva están articuladas en una memoria que puede ser entendida como «selectiva», escogida de acuerdo a los intereses de quienes construyen esas conmemoraciones. Generalmente vinculadas al poder y sus formas de reproducirse, privilegian hechos políticos, bélicos y sociales, matizando sus significados con tonalidades de heroísmo. La vida de la naturaleza, tal como si se tratase de un vecino incómodo, pasa desapercibida en ese calendario, y sólo es recordada si sus actuaciones se cruzan con los hechos que dan vida a las agendas humanas. En esta memoria selectiva actúa igualmente el mismo mecanismo de defensa que intenta metaforizar los acontecimientos que en el pasado hicieron algún daño. Quizás por ello los desastres no se conmemoren y sólo se reproduzcan como leyendas que, apenas esporádicamente, algunas comunidades recrean a partir de la visita de fenómenos naturales que vuelven para recordar que su regularidad forma parte de la vida de todos.

La sociedad y la naturaleza no son dos cosas distintas; antes bien, conforman una unidad en relación, cuya constante es la dinámica, elemento fundamental que asegura que esa relación no sea siempre la misma, sino que se transforme en el tiempo, es decir, históricamente. Del mismo modo que «no existen paisajes inmutables», como lo ha dicho el maestro Pedro Cunill Grau¹, tampoco es posible admitir que las formas a través de las cuales la humanidad ha construido su relación con los ambientes en los que sobrevive se reproduzcan intactas en la historia. La percepción de la naturaleza es la cristalización de procesos de apropiación y explotación de los espacios y recursos con los que

1 «Biodiversidad y recursos naturales venezolanos para la sensibilidad euroamericana. Sus paisajes geohistóricos (siglos XV-XIX)», Discurso de incorporación como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, tomo LXXXVII, N° 346, abr-jun, 2004, pp. 25-26.

conviven las comunidades, y eso puede cambiar una y otra vez, como lo ha hecho desde que existe la especie sobre el planeta: «... el comportamiento antrópico ante el paisaje, la biodiversidad y los recursos naturales, es siempre variable»². Las memorias, quizás, también puedan transformarse.

Venezuela es un país sísmico, y esto significa que convive con los terremotos. No obstante, se trata de un vecino incómodo al que se ha escogido no tomar en cuenta dentro de la historia y la memoria de la nación... lamentablemente. Con este libro se pretende llamar la atención al respecto, señalando la recurrente y regular visita de esos fenómenos que despiertan horrores y angustias. A pesar de que la investigación científica y las decisiones públicas han hallado la forma de atender el problema, la sociedad continúa mirando la escena tras el mismo velo seductor. Los terremotos son fantasmas que nadie quiere conjurar; sin embargo, los miedos que han sido asociados a ellos pueden descifrarse fácilmente con sólo retirar ese velo y aproximarse a su forma más natural.

El trabajo que aquí se presenta sólo posee un par de antecedentes, pues son escasos los esfuerzos por presentar al público las investigaciones sobre los sismos sin que su destino sea el ámbito académico o especializado. Años atrás el brillante geólogo Carlos Schubert publicó, en 1982, su libro *Los terremotos en Venezuela*³, donde realizó un excelente esfuerzo didáctico sobre el origen, la detección y la explicación de los sismos, con especial énfasis en el territorio venezolano, tratándose del único trabajo al respecto cuya meta final no fue un auditorio profesional. No obstante, ese texto pretendió (con éxito, sin duda) hacer del conocimiento sismológico un saber común, antes que perseguir la recuperación de la memoria histórica de los temblores. Schubert cerraba su libro señalando que:

² *Ídem*, p. 27.

³ *Cuadernos Lagoven*, Caracas, 1982.

... nunca debemos olvidar que Venezuela tiene un historial sísmico importante y que, de acuerdo a los conceptos aceptados hoy en día en las Ciencias de la Tierra, tiene un potencial sísmico real, para el cual debemos estar preparados⁴.

En julio de 1940 el pionero de la sismología venezolana, Melchor Centeno Graü, publicó *Estudios sismológicos*⁵, un ensayo sobre la teoría de los terremotos y los volcanes, acompañado del primer catálogo público sobre sismos en la historia del país. Esta fue la investigación más importante de la ingeniería sismológica venezolana en el siglo XX, pues su compilación de temblores representó durante décadas el único esfuerzo por divulgar la historia de los terremotos en estas regiones, aunque el destino de su trabajo estuviese circunscrito a la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. Su mayor preocupación fue la de llegar a predecir los temblores, quizás (de acuerdo con lo que afirmaba en su libro) soñando con observarles tal como se contempla un fenómeno atmosférico.

La obra se agotó poco tiempo después de publicarse, según lo comentara Guillermo José Schael hacia 1958⁶, y afortunadamente contó con una segunda edición en 1969, impulsada por el impacto del terremoto que sufrieran Caracas y el litoral central un par de años antes, reafirmando así que los desastres (y no los fenómenos naturales) sólo advierten de sus probabilidades luego de consumado el hecho. Es esa una lógica lamentable pero fehaciente. Con todo, el alcance de los mencionados trabajos resultó limitado, y no por las intenciones de sus autores ni la importancia de las obras, ciertamente, sino por enfrentar fantasmas en soledad. Los miedos que enhebran a las sociedades no serán disipados con el blandir espasmódico de espadas aisladas en el tiempo, sino con la solidificación de herra-

⁴ *Ibidem*, p. 63.

⁵ Academia Nacional de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Caracas.

⁶ *Imagen y noticia de Caracas*, Tipografía Vargas S. A., Caracas.

mientas capaces de comprender la existencia de esos fantasmas, y con la construcción de una memoria colectiva capaz de deshilar los miedos y tejer escudos de saberes que permitan convivir saludablemente con la naturaleza.

Este trabajo intenta aportar en esa dirección, toda vez que hace visible la presencia cotidiana de los sismos en la historia venezolana. También pretende ser un tributo a esos pioneros, quienes allanaron el camino para que intentos como este puedan cristalizar hoy en forma de libro, compartiendo en el tiempo sus preocupaciones acerca de la naturaleza de los terremotos, vuelta ahora un mismo tejido con las hebras de la historia.

Parte I

Terremotos, miedo y olvido

ENTRE EL MIEDO Y LA EXPLICACIÓN RACIONAL

Cuando un terremoto toma la escena, todos pierden la propiedad de sus voluntades y se ven conmovidos por una fuerza profunda que proviene de las entrañas de aquello que es percibido como lo más estable de la realidad material. Durante los instantes en que todo se mueve, interminable vértigo de espanto, las convicciones con las que se sostiene la materialidad de la existencia se disuelven en el estupor y la vida queda encomendada a la suerte, a la fe, o a los deseos de bienmorir. Nada de lo que fue cierto hasta entonces puede sostenerse ante los ojos o en la mente, mientras la tierra decide los destinos de la vida y transforma los horizontes en un reto a la incredulidad. Sólo el pánico posee certeza en esos segundos. Lo humano se torna en efecto telúrico y en esos momentos la voluntad es entera propiedad de un ondular imprevisible.

Los temblores de tierra son los fenómenos naturales potencialmente destructores que más temores despiertan entre la mayoría de las culturas y sociedades a lo largo de la historia y alrededor del mundo. La sola imagen de la destrucción material conmueve toda idea de seguridad, y esa imagen, en especial en la cultura occidental, ha acompañado los miedos desde muy temprano: «Las preguntas sobre los terremotos recorrieron la historia de la humanidad y a veces se impusieron con una urgencia ineludible...»⁷.

⁷ Esteban Magnani, *Historia de los terremotos. De los mitos a la ciencia, de los dioses que causaban temblores de tierra a la placa tectónica*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006, p. 16.

Aristóteles les llamaba «horrendo, espantoso accidente de la tierra»⁸. Más tarde, Lucas (21:11) anunciaba en la Biblia el advenimiento de «terremotos, hambres y pestilencias», como parte de las «señales antes del fin» advertidas por Cristo a los pecadores, dando con ello anticipadas muestras del temor al fenómeno y de su asociación al castigo por los pecados en la tierra. Mateo (28: 2, 3 y 4), para explicar cómo escapó Jesús del sepulcro que había sido sellado con una inmensa piedra y que se encontraba custodiado por algunos guardias, diría: «Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardias temblaron y se quedaron como muertos». Isaías (13: 13) aseguró, en su profecía sobre Babilonia, que la ira de Dios hará «estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar... en el día del ardor de su ira».

En los Salmos, igualmente, se guardó un espacio para que los temblores dieran la oportunidad al Señor de desplegarse como el sólido protector que siempre cobija a sus ovejas: «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza», inicia el salmo 45 «Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar. Que hiervan y bramen sus olas, que sacudan a los montes con su furia: el Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob». Su rostro de buen pastor, al mismo tiempo, se torna en furia incontrolable cuando asume su rol de juez: «Los pueblos se amotan, los reyes se rebelan; pero él lanza su trueno, y se tambalea la tierra»⁹. El mismo salmo para la misma fuerza telúrica: el *Sturm und Drang* que viene desde las entrañas del planeta bajo mandato del Creador.

⁸ Así lo refería Stefano Breventano en su *Trattato del Terremoto, racconto da varij Auttori antichi, e moderni*, escrito en 1576 y publicado recientemente por la historiadora italiana Paola Albini (experta en sismología histórica), en una edición del Istituto Universitario di Studi di Pavia, 2007.

⁹ *Liturgia de las horas del pueblo. Laudes, vísperas y completas*, presentado por el presbítero Pedro Farnés Scherer, Editorial Desclée de Broker, S. A., Barcelona, 2007, p. 546.

Los terremotos han sido, para los judeocristianos, armas que Dios utiliza a voluntad. Temidas por todos, estas armas pueden, evidentemente, dirigirse contra «justos y pecadores». Emanuela Guidoboni y Jean-Paul Poirier, investigadores europeos de los sismos del pasado, han dicho acertadamente al respecto:

Los temblores de tierra de la Biblia son, en general, manifestaciones puras del poder de Dios, a menudo dirigidos contra los enemigos de Israel. Pero, con los primeros cristianos y la noción de pecado, aparece la idea de que Dios envía los temblores de tierra para castigar a los hombres. Esta concepción atraviesa los siglos, como fuente de fe en oraciones, letanías y homilías, ya sean católicas, ortodoxas, protestantes o musulmanas¹⁰.

Este giro interpretativo que la cultura le dio a los sismos (de «arma en defensa» a «autocastigo por culpas propias»), todavía campea entre propios y extraños. Sin embargo, el giro más importante en la apreciación de los fenómenos naturales, ya potencialmente destructores o bien apacibles y benévolos para los intereses humanos, tiene lugar con el advenimiento del pensamiento científico y la colocación de la naturaleza en una dimensión objetiva de la realidad. Pero esto no sucedió de un día a otro, sino que fue macerado a través de los siglos (especialmente los que van desde el XVI al XIX). Buena parte de las teorías surgieron a la vuelta de graves destrucciones y crisis generalizadas por la devastación consecuente. Es con los terremotos, especialmente, que las sociedades de la cultura occidental comienzan a pensar metódicamente en los desastres...

El ejemplo más contundente lo representa, sin dudas, el sismo de Lisboa del 1 de noviembre de 1755. Este terremoto de efectos impresionantes se dejó sentir en toda la Península Ibérica, causando muertes y daños en muchas ciudades y produciendo maremotos con olas entre 6 y 20 metros de altura que afectaron a la costa norte de África, Fin-

10 *Quand la terre tremblait*, Odile Jacob, Paris, 2004, p. 8.

landia e incluso Antigua, Martinica y Barbados. Un fenómeno como este despertó el interés de muchos connotados ilustrados, quienes no sólo atendieron con sorpresa la contundencia de aquella catástrofe, sino que también se sensibilizaron ante sus consecuencias desastrosas. Sobre ello escribieron Voltaire y Kant, por ejemplo¹¹, destacando el conmovedor poema del pensador francés escrito en 1756, que comienza así:

¡Oh infelices mortales! ¡Oh tierra deplorable!
 ¡Oh espantoso conjunto de todos los mortales!,
 ¡de inútiles dolores la eterna conversación!
 Filósofos engañados que gritan: «Todo está bien»,
 ¡vengan y contemplen estas ruinas espantosas!
 Esos restos, esos despojos, esas cenizas desdichadas,
 esas mujeres, esos niños, uno sobre otro, apilados,
 debajo de esos mármoles rotos, esos miembros diseminados;
 cien mil desventurados que la tierra traga
 Ensangrentados, desgarrados, y todavía palpitantes,
 enterrados bajo sus techos, sin ayuda, terminan
 en el horror de los tormentos sus lamentosos días¹².

Mientras tanto, algunos autores españoles sensibilizados también por los efectos de aquel portento inconmensurable en sus villas y ciudades, dedicaron esfuerzos notables para intentar explicar cien-

11 La antropóloga mexicana Virginia García Acosta, quien es la fundadora de la línea de investigación llamada el Estudio Histórico y Social de los Desastres, ha dicho al respecto: «Voltaire y el mismo Emmanuel Kant escribirían sobre este temblor, hasta ahora recordado como uno de los más destructivos. Voltaire publicó en Ginebra, al año siguiente de ocurrido el sismo, sus *Poèmes sur le désastre de Lisbonne et sur la Loi Naturelle avec des Préfaces, des Notes...* y *Poème sur la religion naturelle et sur la destruction de Lisbonne*. Estos poemas inspiraron un estudio sismológico elaborado por Kant el mismo año de 1756». Véase de esta autora *Los sismos en la historia de México*, Universidad Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Fondo de Cultura Económica, México, 2001. La cita corresponde al volumen 2, p. 76.

12 Voltaire, «Poema sobre el desastre de Lisboa, o examen de este axioma: 'Todo está bien',» publicado en español en la revista *Desastres y Sociedad*, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), N° 6, Año 4, enero-junio, 1996, pp. 3-7.

tíficamente un fenómeno como el de Lisboa, procurando, al mismo tiempo, dilucidar las leyes naturales de los terremotos¹³. «Es decir, la naturaleza era una entidad que bien podía conocerse, estudiarse y comprenderse en su funcionamiento. Pero también [se] reconocía que esa entidad era regida por la fuerza superior de la Divina Providencia»¹⁴. Resultaba toda una proeza interpretativa por entonces separar a los fenómenos naturales de la voluntad de Dios, y es por ello que estos primeros intentos se encaminaban a señalar estas diferencias con más delicadeza que contundencia; esto decía al respecto el catedrático de Matemáticas don Isidoro Ortiz Gallardo en 1756:

Morir en la ciudad, o en el campo, en la mar, o en la tierra, todo es morir. El que sea de un tabardillo, o de un balazo, de una estocada, o calentura, golpe, o caída, es accidental; y solo es de esencia el morir en gracia. Tan expuestos estamos en nuestras casas, y sosiego, como en medio de las mayores tormentas, y calamidades, porque siempre tenemos con nosotros la incurable enfermedad de haber nacido; y Dios no necesita enviar Terremotos, centellas, ni rayos; hambres, guerras, enfermedades, ni pestes, para acabar con nuestras vidas. Tengamos todo esto vivamente impreso en nuestros corazones, y siendo más Católicos, y menos malos, no seremos tan espantadizos; ni atribuiremos a la potencia absoluta de Dios, los prodigios, que puede obrar con la ordinaria, de que es poderhabiente la naturaleza. En ella contemplo suficientes causas para tan espantoso efecto...¹⁵.

13 Isidoro Ortiz Gallardo, de la Universidad de Salamanca, escribió en 1756 sus *Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologico-meteorologicas, sobre la generación, causas, y señales de los Terremotos, y especialmente de las causas, señales, y varios efectos del sucedido en España en el día primero de Noviembre del año pasado de 1755* (publicado en Salamanca por Antonio Joseph Villagordo). Fray Miguel Cabrera haría lo propio en el mismo año, pero en Sevilla, publicando su *Explicación physico-mechanica de las causas del temblor de tierra, como constan de la doctrina del príncipe de los phiolosophos Aristóteles: dada por medio de la vena cava, y sus leyes, cuyo auxilio quita el horror de los abstractos* (publicado en Sevilla en la Imprenta de don Diego de S. Román y Codina).

14 Así lo comenta Pablo Rodríguez en su trabajo «1812: El terremoto que interrumpió la revolución», publicado en *Una historia de los usos del miedo*, Pilar Gonzalbo Aizpuru, Anne Staples y Valentina Torres Septién (editoras), El Colegio de México-Universidad Centroamericana, México, 2009, pp. 247-272.

15 *Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologico-meteorologicas...*, p. 12.

Para que este profesor de Matemáticas de la Universidad de Salamanca pudiese publicar esta obra, hubo de someterse a la revisión del Provisor y Vicario General del Obispado de Salamanca, don Diego de Torres Villarroel, y a la licencia de don Manuel Pérez de Arce, del Colegio Viejo Mayor de San Bartolomé de la misma universidad. El primero de estos censores, a la vuelta de leer detenidamente el texto «que quiere dar a la Imprenta el Doctor Don Isidoro Ortiz Gallardo», aseguró que allí «están vertidos los sentimientos más generales y las expresiones más delicadas con que los Físicos quieren demostrar las generaciones, causas, y señales de estos admirables, y estupendos arrojos de la naturaleza». Añadía que «... pudiera ser reprehensible en un Doctor de Universidad, explicarse sin el artificio, u obscuro método de las Escuelas, pero escribiendo para adoctrinar al público, antes es loable, que se sujete a instruirle en su idioma, que es el de la claridad, y la sinceridad compendiosa». El Vicario también aseguraba que el libro «no contiene palabra que se oponga a las buenas costumbres, ni a las Regalías de Su Majestad...», coincidiendo con la observación del colegiado Pérez de Arce, quien concluyó que la obra «no se oponía a nuestra Santa Fe Católica», todo lo cual condujo a que se le concediese la licencia para su publicación.

Fue la consternación general ante el desastre lo que llevó a tanta profusión sobre el fenómeno y lo que permitió que la censura de la Iglesia abriera un compás con relación a las ideas sobre el asunto. El terremoto no vino solo, como es natural, pues multiplicó sus efectos más allá de los daños materiales. Con ello fue posible comenzar a advertir que *los sismos no son eventos aislados, sino articulados con las sociedades*, algo que ya había observado el citado Stefano Breventano en el siglo XVI, cuando aseguró que los terremotos «anuncian otros males por venir» y sumaba a sus consecuencias otras tantas no exclusivamente determinadas por las ondas sísmicas: tumultos, persecuciones, guerras, perturbaciones, rebeliones, pestilencia y, además, la «mutación del Estado». Estas tempranas apreciaciones sobre la relación sociedad-desastre, prefiguraron la mirada moderna sobre el asunto, aun cuando la lógica de entonces colocaba la relación a la inversa, suponiendo que

eran propiedades del fenómeno natural las respuestas sociales consecuentes, y no advirtiendo a la sociedad como responsable de su fragilidad ante el fenómeno.

En buena medida, es con la modernidad y con la ciencia que la cultura ha aprendido que la naturaleza y la humanidad parecen ser dos cosas diferentes. Es ésta una lección que el planeta lamenta periódicamente, pero que se continúa profundizando. La insistencia en *observar para entender y conocer* terminó por elaborar una separación interpretativa entre lo humano y lo que le rodea, creándose para ello interminables herramientas que sirven para medirlo todo. Luego de esta iniciativa, fue comprendido que *todo* es demasiado y por ello, entonces, se empezó a observar a la realidad por partes. Así fue como surgieron las especialidades y las disciplinas científicas, excelentes formas de escindir la unicidad de la realidad en áreas de conocimiento.

La cultura occidental comenzó por medir, calcular, estimar. Conoció las leyes naturales y llegó a predecir... hasta que se vio a un lado y por encima de la naturaleza, para finalmente comprenderse como una «cosa» diferente, con leyes diferentes. Desde entonces, Occidente vive con la alucinación de que su «historia», la de las sociedades y la gente, no es la misma que la «historia natural». Sin embargo, en medio de ese camino hacia la objetivación de la realidad, algunas voces intentaron llamar la atención sobre la indivisibilidad de ambas «historias», pues a pesar de que las edades no coincidan, la naturaleza y la humanidad unieron sus tiempos al momento en el que las sociedades y las culturas empezaron a sobrevivir en este planeta. La historia de la humanidad y sus sociedades no ha existido en un proceso diferente ni ajeno al proceso natural: forman parte de un mismo proceso.

En el desarrollo del pensamiento científico, ciertos impulsos ilustrados trataron de atender este aspecto desde muy temprano. Ya hacia finales del siglo XVIII, el geólogo escocés James Hutton hizo énfasis en la necesidad de conocer la «historia natural de la tierra» y de elaborar una «historia de la naturaleza». Hutton reconoció antes que muchos que el «sistema de la tierra se comporta con cierta regularidad», y que

ante esto es necesario conocer esa regularidad para comprender sus consecuencias. Se debe a este geólogo la idea de que los mismos procesos que son observados en el presente, actuaron en el pasado, lo cual se puede resumir en un axioma contundente: *todo lo que sucede en la naturaleza una vez, sucederá de nuevo y ha sucedido antes*¹⁶, siendo esto válido para todos los fenómenos naturales, inclusive los terremotos.

Con reflexiones por el estilo, algunos viajeros ilustrados emprendieron su peregrinar por el Nuevo Mundo. Alexander von Humboldt, el más ilustrado de todos los que hayan pisado suelo americano, dejó sus ojos encerrados para siempre en las regiones equinocciales y extravió su mirada en la morfología sinuosa de las elevaciones y llanuras por las que hizo camino al andar. Cuando visitó la entonces Provincia de Venezuela, sació su asombro y su curiosidad ante varios fenómenos que tuvieron la generosidad de hablarle muy de cerca. Entre lluvias torrenciales, exuberancias alucinantes y taxonomías interminables, fue testigo de excepción del sismo de Cumaná del 4 de noviembre de 1799, aunque para su fortuna no se trató de un terremoto destructor. Quizás aquel temblor halló su camino ya abierto, pues un par de años antes, el 14 de diciembre de 1797, otro sismo había dejado a la ciudad oriental en ruinas.

Junto a sus observaciones y a la intensa sistematización de todo cuanto le rodeaba, el sabio alemán no dejó de subrayar el terror que causan los terremotos. Cuando redactó su obra *Cosmos*, hizo esta mención al respecto:

Para el hombre los terremotos expresan la idea de algún peligro universal e ilimitado. Podemos escapar del cráter de un volcán en erupción activa, o de la vivienda cuya destrucción es amenazada por el acercamiento de una corriente de lava; pero en un terremoto, se dirija nuestra huida a donde

16 James Hutton, *Theory of the earth, with proofs and illustrations*, Edinburgh, 1795. La obra consta de cuatro partes, y en la Sección IV, titulada «System of Decay and Renovation observed in the Earth», Hutton aseguraba: «... what had passed on a former occasion, as well as what will happen in the composition of a future earth».

quiera que lo hagamos, aun así sentiremos tal como si pisáramos sobre el foco mismo de la destrucción.

Aquello que desde el fondo de los tiempos caminó de la mano del miedo vestido de fantasma que repentinamente irrumpía para arrasarlo todo, fue transformándose en un fenómeno comprensible, propio de las leyes de la naturaleza. No obstante, conocerle jamás implicó hacer a un lado el miedo. Sólo el asalto súbito de un terremoto puede despertar los terrores más remotos que la cultura siente hacia los misterios de la naturaleza.

LEYENDAS TELÚRICAS Y SISMOLOGÍA

Entre el miedo y la pulsión por el conocimiento, la modernidad se armó de nuevas herramientas para dar cuenta de los temblores desde una mirada formal y metodológica. Fue en el siglo XIX (contexto en el que las ciencias se asomaron con nombres propios y a la vuelta de tantos viajes y exploraciones ilustradas alrededor del mundo), cuando la *seismología* empezó su camino haciendo énfasis en la atención a los terremotos destructores más «famosos» del mundo.

La sismología (nombre que adquiere esta forma una vez que se asume la modernización de la categoría), inició sus pasos compilando noticias sobre los terremotos destructores alrededor del mundo y vaciando esa información en catálogos. Los primeros listados de sismos aparecen publicados en 1818, en los *Annales de Chimie et de la Physique de Paris*, trabajo realizado originalmente por Fr. Arago y publicado en conjunto con Gay Lussac. Más tarde, Karl von Hoff publicaría su *Chronik der Erdbeben und Vulkanausbrüche*, entre 1840 y 1841, con información de temblores y erupciones volcánicas desde el año 3469 (a.C) hasta 1832. Alexis Perrey, entre 1843 y 1872, publicaría listas anuales de sismos, acompañadas de 28 monografías que superaban las 2.500 páginas de información. Su obra fue publicada en el *Bulletin de l'Académie des Sciences de Bruxelles* y en las *Mémoires de l'Académie des Sciences de Dijon*, originalmente. Sin embargo, el mayor de los catálogos del siglo XIX estuvo a cargo de Robert Mallet y fue publicado en tres partes por The British Association for the Advancement of Science (BAAS). Tuvo por título *Catalogue of recorded earthquakes from*

1606 B. C. to A. D. 1850, y vio la luz pública en 1858. Posteriormente, las contribuciones de John Milne proporcionan otro catálogo ante la BAAS, esta vez con información sobre temblores ocurridos entre el año 7 y 1899; Milne es considerado uno de los más importantes precursores de la sismología moderna, pues se trata del primero en asociar los movimientos sísmicos con las fallas geológicas. No obstante, la mayor cantidad de noticias e informaciones sistematizadas con fines sismológicos la ofrece el esfuerzo del francés Fernand Montessus de Ballore, quien hacia 1906 poseía un banco de datos que «se estimaba en 171.434 entradas». En el informe de la BAAS de 1909 «se indica que la extensión de anaqueles que contenía los volúmenes manuscritos alcanzaba 90 pies»¹⁷. Montessus de Ballore murió en Chile y fue el primer director del Servicio Sismológico de ese país.

Muchas narraciones, testimonios, descripciones y comparaciones sobre destrucción, efectos y muertes se acumularon en los cuadernillos de coleccionistas e investigadores, construyendo con ello las primeras fuentes de información al respecto y aportando así las bases de la formalización de la sismología como disciplina científica. Esta atracción por la exuberancia de estos fenómenos dio la vuelta al mundo y conectó a cientos de personajes que dedicaron sus vidas a la observación de la naturaleza. Entre ellos puede mencionarse al venezolano Arístides Rojas, notable coleccionista e investigador que vivió hacia la segunda mitad del siglo XIX y que aplicara sus mejores esfuerzos a la explicación de muchos de esos fenómenos que le llamaban profundamente la atención.

Entre los «Papeles de Arístides Rojas» (sección existente en la Biblioteca Nacional de Venezuela y que recoge una parte de las pertenencias del destacado científico decimonónico), existe un cuadernillo elaborado por el propio Rojas, en donde colectó una gran cantidad de recortes de periódicos extranjeros sobre el tema de los terremotos. Es

17 Estas referencias y las citas textuales al respecto se deben al trabajo de uno de los investigadores venezolanos más notables sobre el tema de la sismología: José Grases. La información que se ofrece aquí fue tomada de su artículo «Hacia la reconstrucción de la historia de los terremotos del Caribe», publicado en la *Revista Geofísica*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N° 24, enero-junio, 1986.

sabido, asimismo, que don Arístides se carteaba con científicos europeos y norteamericanos en este y otros temas, y que en buena medida la información sísmica de muchos de esos catálogos elaborados en Europa contiene datos de temblores suministrados por este personaje.

La catalogación de esa información, como ha quedado claro, representó el inicio de la sistematización sobre el asunto. La eclosión mundial de periódicos, propia también de los inquietantes acomodos políticos de aquel siglo, se alimentó de estas fantásticas leyendas que se repetían una y otra vez, volviendo sobre las frases y noticias que hacían las veces de entretenimiento y otras tantas de educación pública sobre el asunto.

La atención sobre los sismos destructores despertaba la curiosidad y el exotismo entre científicos y lectores comunes. Los grandes terremotos que dejaron devastación a su paso, y que todavía estaban frescos en el recuerdo de muchos, extendieron sus ondas sobre rieles de tinta y rotativos que se encargaron de multiplicar sus efectos hacia la posteridad. Cada vez que un temblor se convertía en noticia, la memoria de los más nefastos sucesos se asociaba a las nuevas narraciones. Se reiteraban los detalles de los eventos de mayor importancia y se comparaban con el más reciente. Así, nunca dejó de mencionarse el sismo de Lisboa de 1755, y junto a ello aparecían datos del terremoto de 1766 en Cumaná (sentido en toda la costa norte de Suramérica), del temblor de 1797 en Riobamba, el de 1782 en Calabria o el de 1835 en Concepción, famoso este último por la mención que del hecho hace Darwin en sus escritos, al haber atracado allí con el *Beagle* poco tiempo después de sucedido. Al lado de todos ellos, los sismos de 1812 en la revolucionaria Venezuela acompañaban los escenarios y estimulaban la imaginación de los lectores de ocasión.

Sobre los padecimientos de Caracas con aquellos terremotos se dio noticia en casi todo el mundo. Entre el momento del temblor y por el resto del año, incluso hasta muy avanzado 1813, las narraciones pasaron por impresos de Bogotá, San Thomas, Santiago de Chile, Montevideo, México, Nueva York, Londres, París, Madrid, Edimburgo y muchas ciudades más, tomando en cuenta que algunas de ellas publi-

caban más de un periódico, lo cual dio oportunidad para diferentes versiones de la misma noticia. Pero eso no fue todo: se comentó sobre 1812 durante todo el siglo XIX, ya entre los científicos que se daban a la tarea de comprender los terremotos, como también en el mundo de las narraciones comunes y corrientes con las cuales se llenaban las columnas de aquellos rotativos.

Entre los detalles más entretenidos para los editores y redactores de periódicos y revistas, el hecho de que la tragedia ocurriese un Jueves Santo pareció estimular las plumas y con ello a los curiosos e interesados en el asunto. Hasta el célebre novelista inglés Charles Dickens, en su magazín *All the year around*, dedicó un espacio a «The land of Earthquakes», tal como llamó a las tierras conquistadas por los españoles, donde dejó sentir su atención sobre el caso y dedicó varias líneas a la tragedia de Caracas en aquel fatídico día. Como todos los que narraban estos sucesos, su énfasis se centraba en las desgracias que acompañaban a los efectos del temblor:

De pronto, las campanas sonaron sin que ninguna mano mortal las tocara: esa fue la primera intimación del terremoto, el cual, casi simultáneamente, estaba sobre aquellos infelices. (...)

Desde el primer tañido de las campanas, hasta la caída de la última piedra de la ciudad de Caracas, sólo un minuto había pasado. (...)

Madres aún cargaban a sus hijos muertos, rechazando creer que sus vidas se habían escapado completamente. (...)

No había ninguna intención de cavar tumbas; los cuerpos debieron ser quemados, y esto se hizo inmediatamente¹⁸.

18 «The land of Earthquakes» fue el título de la columna publicada el 7 de noviembre de 1868 en *All the year around*. Dickens dice allí que los españoles contaron con «tempranos avisos sobre la inseguridad del suelo» en tierras suramericanas, pues desde el siglo XVI los terremotos dieron trabajo a los conquistadores. Menciona sismos destructores en Lima, Santiago, Callao, Quito, Riobamba, Nueva Granada, Arequipa, Concepción y, por supuesto, Caracas.

El impacto de los terremotos de 1812 en Venezuela, fijado en las narraciones que le dieron la vuelta al mundo sólo con la ruina de Caracas, sirvió de ejemplo recurrente durante todo el siglo XIX para dar cuenta de lo temible que estos fenómenos les resultan a los seres humanos. Todas las menciones periodísticas acerca de cualquier sismo destructor que resultara noticia en el mundo se asemejaban a lo redactado por Dickens. Así, los temblores hallaron la oportunidad de prolongar sus efectos más allá del impacto físico que sus ondulaciones causaban, encontrándose reflejados en el morbo que despertaban las narraciones al respecto, independientemente de que estas significaran testimonios directos o excusas para emocionar a los lectores. Mientras los periódicos y revistas ocuparon indiscutidamente el lugar primordial entre los medios de comunicación masivos, conmover a los lectores con narraciones fantásticas y dramáticas resultaba fácil si se trataba de terremotos.

Ya en el siglo XX, otros desastres cobraron mayor protagonismo histórico y resultaron más contundentes en sus efectos, incluso más allá de la destrucción. Los daños de 1812 en Caracas quedaron muy lejos en el tiempo y fueron sustituidos por otros eventos más cercanos y profusos en información.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA CONTEMPORANEIDAD

Con el crecimiento de las ciudades y el desarrollo del urbanismo en casi todo el planeta, los efectos adversos de muchos fenómenos naturales potencialmente destructores se multiplicaron exponencialmente sobre el mundo moderno. A partir de estas consecuencias, la mirada occidental sobre esas tragedias pronto se enfocaría hacia una lectura integral de los resultados, calificando como *desastre* lo que antes era comprendido como una «calamidad pública». Los terremotos jugaron un papel determinante en este aspecto. Y, una vez más, sería un impresionante sismo destructor el que desataría los cambios en las formas de apreciar el asunto.

El 18 de abril de 1906 un terremoto devastador sacudió a San Francisco, en Estados Unidos. Sus efectos recorrieron buena parte de la costa pacífica norteamericana, llegando a estimarse sus víctimas en un número cercano a las tres mil. Luego del sismo, un incendio arrasó con lo que quedaba de la ciudad, conformando con ello una de las tragedias más importantes de la historia contemporánea. «Incluso los ataques terroristas sobre el World Trade Center de New York en septiembre de 2001 no se aproximan al hecho de haberse destruido una ciudad entera en América»¹⁹. Afirmaciones como esta resultan profundamente elocuentes al respecto, y recuerdan, otra vez, el señalamiento de Breventano, cuando aseguraba que a los terremotos sucedían otros males

19 Philip L. Fradkin, «Hell on Earth», en Mark Klett y Michael Lundgren, *Alter the ruins*, 1906 and 2006. *Rephotographing the San Francisco Earthquake and Fire*, University of California Press, Los Angeles, 2006, p. 12.

concomitantes. Sismo e incendio se las arreglaron para pasar a la historia una vez más, unidos ahora en asociación mortal. Con este desastre, muchas cosas se transformarían en la contemporaneidad moderna...

El impacto de la destrucción de San Francisco hizo sonar las alarmas de la ingeniería y la arquitectura, ambas corresponsables del desarrollo urbanístico de la modernidad. Las ciudades industriales, las ciudades-jardín, las metrópolis, los centros financieros, los grandes rascacielos y muchas otras características indefectibles de la contemporaneidad urbana habían comenzado a despuntar como síntoma indiscutible de progreso ya desde finales del siglo XIX.

El progreso y sus síntomas de arrogancia que han materializado históricamente la ya mencionada separación cultura-naturaleza, deambulan como un obstinado y ciego desafío que condena la supervivencia de la especie. Pero esa arrogancia es sacudida, golpeada y desplomada con cada desastre cuya amenaza más latente se encuentra en un fenómeno natural potencialmente destructor. Cuando el sismo y el incendio de San Francisco estremecieron al urbanismo y toda su simbología de progreso, una combinación de intereses y conocimiento científico se puso en marcha como respuesta al asunto. Éste y otros desastres vinculados a terremotos estimularon esa relación y condujeron las miradas hacia la preparación de nuevos recursos con los cuales enfrentar los desastres.

Los efectos desastrosos causados en los edificios modernos por los sismos de San Francisco, California, 1906; Messina-Reggio, Italia, 1908; Kanto, Japón, 1923; y Santa Bárbara en 1925 y Long Beach en 1933, ambos en California; condujeron al desarrollo de la ingeniería sismorresistente científica moderna, llamada originalmente ingeniería sismológica²⁰.

Esta rama de la ingeniería tuvo dentro de sus primeros objetivos el diseño y la construcción de edificaciones destinadas a preservar la

20 Teresa Guevara, *Arquitectura moderna en zonas sísmicas*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2009, p. 13.

vida humana (ante los embates de las ondas sísmicas), así como también controlar las pérdidas económicas causadas por los temblores.

Efectivamente, la principal atención al respecto estuvo concentrada en las pérdidas económicas... Con este desastre, no sólo fue estimulado el crecimiento de la ingeniería sismorresistente, sino también el desarrollo preciso de pólizas de seguros que cubrieran las inversiones de capital contra riesgos por el estilo. La atención a este rubro en las compañías de seguros permitió que el capital privado contribuyera decididamente con el desarrollo de la ingeniería. En adelante, los seguros se convertirían en los principales financistas de las investigaciones con estos objetivos.

Por otro lado, los Estados y sus ministerios de Obras Públicas también atendieron esta situación con cuidado. La experiencia de San Francisco fue un ejemplo sostenido durante décadas en el siglo XX en el desarrollo de estrategias y planificación urbana, así como en la preparación de recursos técnicos con los cuales enfrentar desastres semejantes. La idea de que los eventos adversos se combinaran en catástrofes de grandes proporciones no sólo recreó terrores ancestrales en la cultura occidental, sino que también condujo a comprender las otrora calamidades públicas como desastres que *deben ser prevenidos*.

DE LOS SOCORROS INTERNACIONALES A LA NOCIÓN DE DESASTRE

La *prevención* es una noción reciente y puede asociarse a la historia de las catástrofes contemporáneas. La historia de la noción de prevención, además, debe coligarse a la historia de los desastres modernos y a las respuestas asistenciales que las sociedades han otorgado al respecto, especialmente en lo que hoy es reconocido como «Ayuda Humanitaria». El socorro internacional a las personas y comunidades en desgracia por las catástrofes, también, tiene su origen en el gran sismo de Lisboa de 1755. «El rey de Inglaterra, la villa de Hamburgo y la reina de las Dos Sicilias, enviaron a Portugal navíos cargados de víveres y materiales de construcción»²¹. Sin embargo, en esta historia igualmente juega un papel fundamental el desastre de Caracas de 1812, pues el gobierno norteamericano enviaría un cargamento de ayuda a aquella sociedad violentamente sacudida por los sismos y el inicio de las hostilidades por la guerra de independencia. Se trata de *la primera ayuda humanitaria en la historia de las naciones modernas*. El personaje que diligenció este auxilio fue, nada más y nada menos, James Monroe, quien comunicaría al representante del gobierno venezolano lo siguiente:

La desgracia de vuestros conciudadanos en Caracas y otros pueblos de las provincias de Venezuela, causada por el último terremoto tan espantoso ha excitado, en un alto grado, la sensibilidad de los Estados Unidos.

21 Sandrine Revet, *Les organisations internationales et la gestion des risques et des catastrophes naturelles*, documento N° 157 del Centre d'études et de recherche internationales, Sciences Po, París, septiembre de 2009.

El Congreso, participando de la general simpatía, ha pasado una ley, de la que tengo honor de transmitir una copia, por la que ha autorizado al Presidente para que haga comprar y se presenten al Gobierno de Venezuela en nombre del Gobierno de los Estados Unidos, una cantidad determinada de provisiones, para el alivio de los que han padecido²².

La asistencia posterior a las catástrofes también puede seguirse de cerca en la ayuda organizada por las propias sociedades afectadas desde sus recursos internos. Juntas de socorro, auxilios de emergencias y fondos especialmente creados para estos casos existen desde que los Estados han asumido que la protección de «sus pueblos» forma parte de sus funciones. En la historia venezolana destaca la *Junta General de Socorros* que se organizara con el Gran Sismo de los Andes de 1894, cuando se llegó a recaudar la considerable suma de Bs. 253.750 para la ayuda a las víctimas del sismo. Este recurso siempre involucró a las personas más notables y pudientes de la sociedad como principales benefactores. Tal misión también les representaba una elevación de estatus, pues no es cualquier ciudadano el que puede ayudar a los más necesitados...

En el caso de la historia de la Ayuda Humanitaria, entendida como «cooperación multilateral», pueden distinguirse los primeros pasos luego del terremoto de Messina-Reggio de 1908. Así, en 1927 diecinueve países firmaron

... un tratado en el marco de la Sociedad de Naciones (SDN), para dar lugar a la Unión Internacional de Socorros, sentando así las bases de una asistencia común entre los países signatarios. Entrada tardíamente en vigor en 1932, esta disposición de la SDN caduca muy rápidamente en razón de la Segunda Guerra Mundial²³.

22 James Monroe a Telésforo de Orea, Departamento de Estado, 14 de mayo de 1812, en *Anales diplomáticos de Venezuela, Relaciones con los Estados Unidos*, tomo VI, Ministerio de Relaciones Exteriores, Italgráfica, Caracas, 1976, pp. 52-53.

23 S. Revet, *Les organisations internationales...*, p. 6. Entre los países firmantes de este tratado se encontraba Venezuela.

Después de la guerra, a decir de la citada autora, ninguna organización internacional hacía referencia propiamente a los socorros en caso de «catástrofes naturales». Los objetivos de las Naciones Unidas, desde entonces, parecían apuntar hacia sus ideales de desarrollo de la humanidad y, en consecuencia, promueve recursos administrativos y ejecutorios que se ven reflejados en sus organizaciones: Organización para los Alimentos y la Agricultura (FAO); Programa Mundial de Alimentos (PMA); Organización Mundial de la Salud (OMS); y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur). Detrás de estas iniciativas descansaba la noción más general de desastre que las Naciones Unidas poseían hasta entonces. La FAO y la PMA habrían de atender el problema más grave del desarrollo: el hambre; la OMS se dedicaría a prevenir el retorno de una de las amenazas más terrible de la historia de la humanidad: las epidemias; mientras que el reciente Acnur atiende a los refugiados, millones de víctimas que periódicamente se ven afectadas por crisis internas en países subdesarrollados. Sin embargo, los «desastres naturales», fantasmas que repetían (cada vez con mayor frecuencia) sus efectos devastadores en el mundo entero, parecían quedar fuera de la agenda. Hasta que la recurrencia de estas catástrofes y el aumento de sus impactos negativos tocaron a la puerta de las Naciones Unidas...

La atención al problema de los desastres durante el siglo XX recorrió, en consecuencia, varios caminos en paralelo. Por un lado, el del conocimiento científico, impulsado por la profundización de sus especialidades y concentrado en la búsqueda interminable de leyes universales; por otro lado, el de la inversión del capital privado, cuyos intereses se sostienen sobre el éxito y la seguridad de sus inversiones, más allá de los riesgos naturales a los que se vean expuestos (y muchas veces ignorando deliberadamente esos riesgos); por último, el de las decisiones nacionales y supranacionales, a partir de las cuales el problema de los desastres, definitivamente, habría de colocarse dentro de la agenda internacional. No obstante sus recorridos en paralelo, estos caminos finalmente se cruzaron en la historia contemporánea.

Cuando en 1970 el ciclón Bhola arrasó con la entonces Pakistán Este, sus efectos alcanzaron estructuras más allá de lo material y dispararon una guerra civil que culminó con la creación de la actual Bangladesh. Las cifras de personas fallecidas con el ciclón oscilan entre 300 mil y 500 mil, según las imprecisiones de costumbre ante este tipo de eventos. Fue entonces cuando, ante esos efectos devastadores, las Naciones Unidas crean (una vez más) un ente destinado a la coordinación de las actividades de socorro (United Nations Disaster Relief Organization, UNDRO). Fundada en 1971, la Undro fue destinada a atender las emergencias de las «catástrofes naturales», contando con financiamiento múltiple y el apoyo de los Estados a nivel internacional. La UNDRO sería ampliada en sus funciones a partir de 1991 y la crisis de la guerra del golfo, elevando sus misiones a «otras situaciones de emergencia», como lo asegura Revet.

Situaciones como la señalada fueron aproximando los razonamientos (especialmente los de las disciplinas encargadas de analizar los fenómenos naturales potencialmente destructores) a conclusiones cada vez más transversales en sus lecturas sobre los efectos catastróficos de estos eventos. La idea de que los desastres son indicadores de procesos anteriores a sus manifestaciones paroxísticas fue ganando terreno entre los investigadores. No obstante, las conclusiones más determinantes al respecto pueden ser halladas en los años noventa del pasado siglo XX. Fue apenas entonces cuando se llegó al aserto que asegura que *los desastres no son naturales*.

Desde la década de los años ochenta, una serie de calamidades que ocurrieron especialmente en contextos de países Latinoamericanos (el Huracán Gilbert en Centroamérica y las islas del Caribe; el terremoto de 1985 en México; la erupción del volcán Nevado del Ruiz en Armero, Colombia, el mismo año; entre otros) comenzaron a captar las miradas de los organismos supranacionales a partir de los efectos que estos eventos produjeron en esas regiones. Pérdidas materiales valoradas en miles de millones de dólares, elevados números de fallecimientos e impactos severos en el Producto Interno Bruto de cada país conduje-

ron a que la Organización de Naciones Unidas declarara a la década siguiente como el *Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales*, conocido institucionalmente como el DIRDN. Con ello, los Estados, las instituciones dedicadas al tema y las disciplinas que se han aproximado al estudio especializado de las catástrofes recibieron un impulso determinante para desplegar su atención en ello y construir, a la vuelta de una enriquecedora experiencia multidisciplinar, un nuevo discurso sobre el asunto, así como nuevas conclusiones al respecto. La más importante de ellas es, sin duda, la que señala que los desastres no son naturales, sino *el resultado de un proceso histórico, social y cultural* que construye contextos vulnerables ante ciertas amenazas.

De eso, precisamente, se trata un desastre: es el cruce en el tiempo y en el espacio de una o varias amenazas y un contexto vulnerable, donde este último resulta determinante. Las *amenazas* (y en este caso sólo se mencionan las de origen natural) pueden ser agrupadas por tipos de fenómeno: inundaciones, lluvias torrenciales, movimientos de masa (aludes, deslizamientos, desprendimiento de rocas), sequías, huracanes, marejadas, tormentas (eléctricas, vientos), plagas, epidemias, nevadas, erupciones y terremotos. Ante todos estos fenómenos, la *vulnerabilidad* del contexto donde quiera que irruman resulta, indudablemente, determinante. Si una sociedad no está preparada (material y afectivamente) para enfrentar cualquiera de ellos, entonces se encuentra en condición de fragilidad, de debilidad, de vulnerabilidad. Es por ello que todos los fenómenos naturales adquieren la dimensión de «amenaza» a partir de que las sociedades que las padecen no cuentan con herramientas certeras para enfrentarlas. Sin esa condición, los mismos fenómenos formarían parte de la cotidianidad de esas mismas sociedades, o bien pasarían desapercibidos.

Lluvias torrenciales descargadas en medio del océano o de un desierto no producen ningún efecto sobre las sociedades; sin embargo, cuando descargan en laderas inestables ocupadas por viviendas en condición de riesgo, los resultados pueden ser catastróficos, como generalmente lo son. Al advertir analíticamente estas variables, los investi-

gadores dieron un paso adelante y explicaron al mundo que ya no es pertinente señalar a los desastres como «naturales» por el simple hecho de que un fenómeno natural se vea involucrado determinadamente en la destrucción de una región. Estos aportes provienen, fundamentalmente, de la experiencia académica latinoamericana y expresan su mejor ejemplo en la creación de la Red de Estudios Sociales para la Prevención de Desastres en América Latina (LA RED). Fue LA RED la primera plataforma teórica que subrayó que *Los desastres no son naturales*, siendo ese el título de un libro que compilaba a varios autores sobre el asunto y que, al igual que todos sus materiales, publicó gratuitamente en su página Web²⁴.

Con estos aportes ha sido posible comprender que esos procesos históricos, sociales y culturales responsables de construir los contextos vulnerables incapaces de responder exitosamente ante una amenaza natural, son también corresponsables de sus propias situaciones de riesgo. Esto no excluye a ningún miembro de las sociedades en cuestión; es decir, no se trata únicamente de «comunidades frágiles e ignorantes», generalmente «en situación de pobreza y marginalidad», necesitadas de ayuda y educación, sino que en esos procesos participan determinadamente las relaciones de poder, la ideologización y explotación de las comunidades, las inversiones privadas, las relaciones de producción, la industrialización, el desarrollo indiscriminado, el urbanismo invasor, la contaminación, la degradación ecológica, las decisiones inescrupulosas, la inefable corrupción y la reproducción de las desigualdades de la mano de relaciones clientelares. Si se observa con cuidado, se está describiendo a los procesos históricos contemporáneos, donde sus resultados son generalmente sinónimo de subdesarrollo.

24 El libro tiene como compilador a Andrew Maskrey y fue publicado en 1993. Puede consultarse en la página de LA RED, www.desenredando.org

LA SUPERVIVENCIA DEL MIEDO

Los terremotos, como fenómenos naturales potencialmente destructores, contribuyen dramáticamente a generar desastres de alto impacto y a subrayar con tinta de ruinas todos los axiomas y teorías que resultan pertinentes al respecto. Sus efectos destructores ponen al desnudo los procesos anteriores que construyeron la vulnerabilidad que las ondas hallaron a su paso. En buena medida, las consecuencias materiales de los temblores reflejan las características históricas y sociales antes mencionadas, haciendo más transparente la participación humana en esos resultados catastróficos. En el caso venezolano, resulta emblemático el sismo de Caracas y el litoral central del 29 de julio de 1967, pues de sus impactos y derivaciones pueden extraerse ejemplos que ilustran lo ya señalado con elocuencia.

Se trató de un sismo de magnitud global de 6,6 y de relativa destrucción, pues el daño estructural inducido por las ondas sólo condujo al colapso de pocos edificios. No obstante, estos efectos resultaron determinantes en la atención al tema para el Estado venezolano. Se iniciaron discusiones públicas, especializadas y oficiales, sobre las normativas de construcción y sobre la relación entre la construcción y las condiciones del suelo donde se construye, pues los edificios colapsados (ubicados en la zona de Los Palos Grandes, para el caso de Caracas), se encontraban contruidos en terrenos de gran profundidad aluvial, condición que contribuye a la amplificación de las ondas sísmicas y con ello a los efectos potencialmente destructores sobre las estructuras. La discusión sobre normativas de construcción fue ajustada en ese mismo

año, y luego en 1982, 1998 y 2001. Con ello, el desastre de 1967 permitió que se revisaran con mayor cuidado estos aspectos, lo cual debe comprenderse como una ganancia para la sociedad.

También fue una ganancia la atención especializada sobre el tema sismológico, pues el terremoto advirtió la necesidad de contar con un organismo dedicado exclusivamente al asunto. Hasta ese momento, el Observatorio Cagigal (creado en 1881) se encargaba del seguimiento a estos fenómenos, a través de una instancia llamada Instituto de Sismología y Mareas Terrestres; sin embargo, no poseía la infraestructura ni la capacidad como para dar respuestas certeras al respecto. El impacto del sismo y el reconocimiento de esta circunstancia obligaron a la creación, en primer lugar, de una Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo, la cual funcionó en dos fases y estuvo integrada por profesionales designados desde el Ministerio de Obras Públicas y por especialistas destacados por el Colegio de Ingenieros. Así funcionó hasta 1972, cuando fue creada la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, Funvisis, algo que quizás pueda entenderse como la «consecuencia benigna de un hecho lamentable»²⁵.

Con la creación de Funvisis, Venezuela asumía formal y oficialmente la atención al tema de los terremotos. Fue este un acontecimiento de relevancia histórica, pues los temblores contaron desde entonces con una institución dedicada exclusivamente al asunto. Y si bien no fue establecida para disipar el ancestral terror a los sismos, toda vez que el Estado ha asumido la investigación, las medidas preventivas y la atención a sus consecuencias, se realiza una transferencia subjetiva hacia esta figura, transformándola en depositaria de la responsabilidad sobre el caso. Sin embargo, ninguna institución posee la voluntad y la capacidad de borrar las estructuras de la cultura; por tanto, el miedo

25 La información aquí presentada, así como la frase alegórica al caso, han sido tomadas del libro *Historia del Pensamiento Sismológico Venezolano, una mirada inquieta*, de Rogelio Altez, José Antonio Rodríguez y Franco Urbani (Universidad Central de Venezuela-Funvisis-Sociedad Venezolana de Historia de las Geociencias, Caracas, 2004). La cita en particular es atribuida al geomorfólogo francés André Singer, quien fue, además, presidente de Funvisis entre 1996 y el año 2000.

pervive con su existencia o sin ella. El pavor a los temblores es independiente de las decisiones de un Estado.

Los terremotos continúan siendo fantasmas de la humanidad, y es por ello que su presencia es tan importante como su ausencia. A pesar de los adelantos técnicos y científicos en la materia, así como de la creación y ejecución de medidas preventivas, estos fenómenos continúan representando los mismos temores que en el pasado. Durante siglos, las sociedades han sostenido miedos que están asociados a los efectos de los sismos. Como casi todos los miedos, éstos también están vinculados al espanto que genera pensar en muertes horribles.

Las muertes súbitas, generalmente vinculadas a hechos que repentinamente arrebatan la vida (es decir, aquellos que no pueden ser previstos ni controlados en la hora final), fueron señaladas como «indécenes» en las sociedades cristianas del pasado. La idea de que no sería posible contar con los rituales que preparaban a las personas para bienmorir o para despedirse con decencia resultaba tan indeseable como temida. «La intensidad del miedo va a estar en relación con el sentido y significado que el sujeto le otorgue al sismo...»²⁶. Y estos temores no desaparecieron con el advenimiento del pensamiento moderno, pues tampoco las estructuras de la cultura cesan tal como si cambiaran de atuendos, sino que muchas veces mutan sobreviviendo de manera subrepticia. La angustia que genera el pensar en una muerte horrible no ha desaparecido de la cultura occidental, pues sus estructuras más profundas provienen de la lógica con la cual el cristianismo conformó estas sociedades²⁷.

La angustia (es decir, el pensar anticipadamente un resultado negativo o no deseado y obtener con ello un sentimiento de malestar) sobreviene a todos al lado de la palabra *terremoto*... Suponer una muerte

26 Rogelio Luna Zamora, *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*, Universidad de Guadalajara, México, 2005, p. 152.

27 Otras culturas han demostrado, histórica y fehacientemente, que es posible construir y sostener relaciones diferentes con la muerte, donde, por ejemplo, la inmolación o el suicidio (como formas indeseables de morir dentro de los patrones moderno-occidentales) forman parte de las alternativas con las que se convive cotidianamente.

debajo de la ruina de un edificio, imaginarse tragado por grietas que conducen a las entrañas de la tierra, verse atrapado hasta la asfixia entre escombros, representan imágenes de angustia que se han reproducido en la cultura durante miles de años. A pesar de todas las transformaciones que la modernidad ha logrado en la lógica de Occidente, estos miedos no han desaparecido.

Sin embargo, buena parte de esos temores son infundados... Los terremotos se encuentran entre los fenómenos naturales que menos muertes causan y, más aún, los sismos de mayor magnitud son considerados como eventos «raros» o de baja frecuencia, en comparación con el resto del comportamiento de la naturaleza. Si se realizara una estadística cuidadosa, desatendiendo las exageraciones sobre el número de fallecidos y dándose a la tarea de precisar esas cifras con mayor certeza, habría de hallarse que la mayor cantidad de muertes asociadas a desastres donde intervienen fenómenos naturales estaría asentada junto a los aludes (torrenciales y por avalanchas) y los deslizamientos (movimientos de masa en laderas inestables). Los terremotos, súbitos y potencialmente destructores, no son responsables de tantas muertes como los fenómenos mencionados.

A pesar de que el reciente sismo de Haití, sucedido el 12 de enero de 2010, pudiera dar la impresión de romper esas estadísticas, este desastre (como muchos otros calificados de «muertes masivas») clama por la sistematización de su número de fallecidos. Cifras que oscilan entre los 250.000 y los 40.000 muertos²⁸, dan cuenta de la ausencia de herramientas,

28 En los primeros momentos, las cifras de muertes con el terremoto de Haití contaban con imprecisiones similares: «La información del número de muertes ha oscilado con cada declaración del gobierno haitiano; se habla de al menos 150.000 decesos, aunque hay organizaciones independientes que afirman que el número podría llegar a 200.000. Expertos más conservadores, sin embargo, citan cifras menores: entre 40.000 y 50.000 muertos». (Gerardo Suárez, Virginia García Acosta y Rogelio Altez, «Un desastre más allá del terremoto», publicado en el número de marzo-2010 de la revista *Letras Libres*). Meses después las contradicciones en las cifras continúan, manteniéndose los cálculos en centenares de miles. Tal imprecisión al respecto sólo da cuenta de la ausencia de recursos eficientes para atender un desastre de muertes masivas, y no necesariamente de la violencia del terremoto. Cuando el 27 de febrero tembló en Chile (con un sismo cuya magnitud fue 31 veces más fuerte que el de Haití), los resultados ilustraron, con el mismo dramatismo, que los efectos no necesariamente dependen del fenómeno natural, sino de la capacidad de respuesta que una sociedad ofrezca al respecto.

técnicas y metodologías con las cuales atender una tragedia como la que ha padecido esta nación. Como el terremoto de Haití, el desastre de 1999 en Venezuela también representa una condición similar, toda vez que hasta el presente no existe una cifra (ni tampoco una voluntad) oficial y definitiva para aclarar cuántas personas perecieron en aquel evento. Cuando los números van y vienen entre 15.000 y 50.000 (como ha sucedido con la tragedia de Vargas en aquel año), las diferencias abismales expresadas en decenas de miles sólo demuestran el profundo irrespeto por la dignidad humana y por el dolor de las víctimas, pues se expresa con tal ligereza que sólo evoca una vulgar cuenta sobre escombros, kilos de papas o asistentes a un estadio.

Más allá de la imprecisión en las cifras de una catástrofe como la de Haití, los sismos de altas magnitudes continúan siendo los fenómenos naturales potencialmente destructores con menor cantidad de muertes provocadas, ya sea por su condición de eventos de baja frecuencia, o bien por contar con un escaso alcance en ese sentido. Al compararse con un alud torrencial, por ejemplo, el alcance destructivo de un temblor pierde vigor y se minimiza, pues buena parte de su eficacia destructiva depende de una combinación de variables para tal efecto (como las condiciones del suelo, la tipología constructiva, la respuesta de las personas ante el embate del temblor y hasta la naturaleza de los materiales de las edificaciones).

Aun así, la angustia por los temblores permanece hilando afectos muy adentro de los seres humanos. El miedo a una muerte causada por el arrebató de las profundidades parece ser más fuerte que la pulsión racional de la modernidad y su conocimiento científico. Los miedos no persiguen hallar explicaciones, sino ser disipados por elementos que garanticen seguridad. Pero ante la manifestación abrupta y repentina de los terremotos nadie se halla seguro, con o sin razones para ello.

DETRÁS DEL OLVIDO

Sólo puede olvidarse aquello que ha sucedido. No obstante, el olvido no necesariamente es un acto voluntario, decretado, sino un resultado. Freud lo explicó con mayor precisión y propiedad: «... en la vida psíquica nada de lo una vez formado puede desaparecer jamás...»²⁹. Esto permite razonar que lo que se olvida sólo se deposita en algún lugar, guardándole de la posibilidad de entrar en contacto con la realidad sensoperceptible. He allí que olvidar implique construir una realidad paralela a la percibida, una realidad que pretende interponerse ante la que se construye diariamente. Este mecanismo que descompone la percepción de la propia realidad eventualmente es operado para olvidarse de los desastres...

En ocasiones, eludimos el sufrimiento que puede acusar la memoria tratando de no recordar lo que puede herirnos. El olvido, en este caso, resulta activo. Tiene lugar sobre todo en el plano de la historia y de las grandes catástrofes históricas...³⁰

Los terremotos no son recordados, son temidos, y con ello se metaforizan, se transforman en fantasmas: tan importantes en presencia como en su ausencia. El reconocimiento de su regularidad es convertido en angustia y de allí que se evite convivir con el fenómeno, tapándolo

29 *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. 12-13.

30 Paul Ricoeur, citado en el trabajo de Judith López, «El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos», publicado en *Reflexión Política*, N° 15, Año 8, pp. 80-92, Colombia, IEP-UNAB.

con una sábana que disimule su monstruosidad. Venezuela es un país sísmico, y es por ello que debe hacer a un lado el olvido de los sismos para incorporarlos en su memoria colectiva, en su reflejo inmediato, en su vida cotidiana, en su historia.

Las conmemoraciones oficiales evitan las tragedias ajenas a la gloria y al heroísmo, pues en ellas no hay éxitos políticamente capitalizables. Los desastres, en general, son asociados a errores o carencias, y por ello se esquivan sus recuerdos. El asunto es que en los desastres no hay vencedores, y ello es garantía de que la historia no tenga quien escriba algo al respecto. No son guerras con derrotados y ganadores, ni poseen la capacidad de emancipar a nadie. Los fenómenos naturales potencialmente destructores, o bien asociados a desastres, acaban por ser depositados en parcelas alejadas de la sociedad, escindidos de la historia social. Allá van a parar los terremotos en Venezuela: no existen conmemoraciones del 26 de marzo de 1812 o del 28 de abril de 1894, y ya el 9 de julio de 1997 resulta una fecha desapercibida, nebulosa. La contemporaneidad los ha borrado de la historia y sólo sobreviven entre las manías de quienes los estudian.

Si alguien se diera a la tarea de hacer una encuesta y hurgar en la memoria de la sociedad venezolana acerca de los terremotos que le han acompañado en su historia, puede apostar a que la mejor de sus respuestas acertaría a no más de cinco eventos, seguramente confundidos en sus fechas y apenas vislumbrados entre hechos de otro orden. ¿Quién sabe qué pasó el 3 de agosto de 1950? ¿Qué importancia tiene un temblor ocurrido el 15 de julio de 1853? ¿Cuántas veces ha temblado en el oriente del país?

Temidos o reconocidos, los temblores deben ser incorporados a la historia de la sociedad, no sólo por sus padecimientos, sino por su presencia inexpugnable y por su seguro retorno. En pocas ocasiones (como ante los desastres) parece tan pertinente el razonamiento que asegura que conocer el pasado garantiza la construcción exitosa del futuro.

Los sismos son fenómenos naturales que ocurren independientemente de la existencia de las sociedades que los padecen. La historia que los

olvida no sólo los desplaza de la realidad natural en la que operan, sino que también les otorga una condición causal a sus consecuencias; es decir, lo que destruyen a su paso es su responsabilidad, tal como si las comunidades fuesen víctimas de una naturaleza con características humanas: «feroz», «indomable», «castigadora», «sin piedad». Este resultado falseador de la realidad está lleno del olvido con el que se mira a la naturaleza y sus regularidades. Y, también, confirma el triste axioma que señala que los desastres no construyen memoria.

Olvidar, como mecanismo de defensa ante aquel dolor que se pretende minimizar, resulta un dispositivo de riesgo que, en este caso, coloca a la sociedad en situación de vulnerabilidad ante sus condiciones materiales de existencia. Cuando se acepte a la cotidianidad de los terremotos en estos contextos, con seguridad se reducirá el miedo que se levanta ante la amenaza, pues los recursos para enfrentarlos más exitosamente se encontrarán en la propia subjetividad de las comunidades, preparadas socialmente entonces para no ser víctimas de las explotaciones ideológicas de costumbre y reconocer las condiciones de sus entornos ambientales, así como la capacidad sismorresistente de sus viviendas o la ubicación segura de las mismas.

El olvido es una *forma*, parafraseando al antropólogo francés Marc Augé, cuyo contenido está determinado por cada proceso histórico y social desde el cual se le da sentido y contenido a esa forma. Olvido y memoria representan una dualidad cuyo significado se apoya en ambas partes, de manera que se envía al olvido aquello que se extrae de la memoria. Ambos, memoria y olvido, constituyen un proceso de selección, pues no es posible recordarlo todo, del mismo modo que no es posible olvidarlo todo³¹.

En esa lógica subyace la relación que una sociedad construye y reproduce con su entorno natural. Lo que generalmente se le sustrae al comportamiento de la naturaleza es la regularidad de sus fenómenos, nublando la relación de convivencia que indefectiblemente existe entre

31 Sobre estos aspectos discurre Augé en su libro *Las formas del olvido*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1998.

las propias sociedades y esos fenómenos naturales. En este sentido, no sólo es el temor al dolor y la destrucción vivida con cada catástrofe lo que impulsa al mecanismo de defensa, sino la construcción sistemática de una memoria colectiva que a partir de la contemporaneidad moderna se instruye desde los intereses del poder.

La memoria de las conmemoraciones oficiales, es decir, la memoria que se construye desde el poder del Estado, es una memoria esclerotizada. Rígida, seca, repetitiva, no encuentra mayores caminos hacia nuevas interpretaciones del pasado, pues su función es siempre recorrer las mismas vías que conducen hacia los mismos resultados. Al igual que la arterioesclerosis, las vasos por donde fluye la historia de una sociedad se van endureciendo desde dentro, imposibilitando la libre circulación de los hechos cotidianos, pues sólo tienen lugar aquellos que son escogidos e interpretados con un único destino: repetir y consolidar el mismo sentido de la historia que legitima y reproduce los intereses del poder de turno. En esa lógica esclerótica con la que se construye la memoria colectiva desde las esferas oficiales, no tiene lugar la naturaleza, aunque ella misma represente el «lugar» en el que se encuentra la propia sociedad que pretende ignorar su presencia.

La vulnerabilidad ante los fenómenos naturales potencialmente destructores comienza por el desconocimiento de su presencia regular, y esto, a su vez, inicia en el olvido que se ha construido desde una memoria colectiva que sólo da la cara a la historia política y heroica, legitimadora y cómplice de poderes y gobiernos. Los terremotos dejarán de ser fantasmas en la medida en que sean asumidos y develados dentro de la memoria de la sociedad, y en tanto sean arrancados de la trastienda de la historia. Esto implica que sean comprendidos críticamente como una parte indivisible de la propia sociedad que convive con ellos.

Visitar el pasado de la mano de la memoria sísmica documentada y preguntarse por la sociedad es un recorrido que ha de comenzar en las próximas páginas, en el intento de hacer a un lado el velo que, de suyo, representa ese manto oscuro con el que se han desdibujado los terremotos ocurridos en la historia venezolana.

Parte II

De la leyenda a la historia

EL TEMOR DEL ALMIRANTE

Cuando en el siglo XV los ibéricos se dieron a la mar, una aventura interminable de navegantes daría la vuelta al mundo con la misión de *descubrir*. Los descubrimientos que se llevaron a cabo desde entonces, en nombre de reyes y por la gracia de Dios, se ejecutaban en correspondencia con el perfil que la cultura occidental asomaba por entonces: el de conocerlo todo. «Descubrir» no significaba «crear» lo desconocido o elevar al rango de existencia lo que aún no había sido visto por los ojos de Occidente, sino dar por sentado que existía un resto del mundo que se hallaba «cubierto», por conocer, hecho alguna vez por voluntad divina y ubicado en confines distantes. Al mismo tiempo, descubrir otorgaba el derecho de poseer, y con ello todo lo que se hallaba en el camino del descubrimiento cambiaba su estatus: de *Res Nullius* (cosa de nadie) a propiedad de la Corona. Con esa misión partió Cristóbal Colón de Puerto de Palos en 1492.

Los reyes Fernando e Isabel extendieron varios documentos para contratar al experimentado marino, a través de los cuales aseguraban con todo detalle la misión que éste llevaba consigo. En uno de esos documentos, firmado en Granada el 30 de abril de 1492, sus majestades decían que...

Por cuanto vos, Cristóbal Colón, vas por Nuestro mandato a descubrir y ganar con ciertas justas Nuestras, y con Nuestras gentes, ciertas islas y Tierra-firme en la Mar Océana; y se espera que con la ayuda de Dios, se

descubrirán y ganarán algunas dichas islas y Tierra-firme en la dicha Mar Océana, por vuestra mano e industria...³²

Navegando para descubrir, Colón al igual que muchos otros que hundían sus miradas en la lejana línea final de los océanos, zarpó hacia un mundo nuevo, el mismo que más tarde llamarían a propósito como *Nuevo Mundo*. Tierra de gracia en clave de paraíso se abrió a los ojos de los descubridores antes que a los de los conquistadores, y los llenó de exotismo para nunca más vaciarlos. Todo cuanto se veía, sentía, oía, palpaba u olía terminaba enriqueciendo la lengua y con ello los pensamientos. En medio de esas experiencias, un extraño fenómeno sorprendió al flamante Almirante en su tercer viaje a este lado del mundo.

La noche que transcurrió entre el 2 y el 3 de agosto de 1498, la nave que capitaneaba se hallaba pasando por el estrecho que separa a la isla de Trinidad con el continente. Se alejaba del delta del Orinoco cuando de pronto...

... en la noche, ya muy tarde, estando al borde de la nao, oí un rugir muy terrible que venía de la parte del Austro hacia la nao, y me paré a mirar y vi levantando la mar de Poniente a Levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima de ella venía un hilero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito, con aquella furia de aquel rugir que los otros hileros que yo dije me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo de ella; y pasó y llegó hasta la boca, adonde allí se detuvo grande espacio³³.

32 «Título expedido por los Reyes Católicos a Don Cristóbal Colón, de Almirante, Virrey y Gobernador de las Islas y Tierra-firme que descubriese», existente en el Archivo General de Indias y publicado en la *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid, 1878, tomo XXX, p. 59.

33 *Diario de a bordo*, Rei Andes Ltda., Bogotá, 1992, pp. 260-261.

¿Qué fue lo que mantuvo a aquel marino tan experimentado con «el miedo en el cuerpo»? Para muchos sismólogos y estudiosos del tema, esta descripción podría coincidir con un sismo. La idea de que esto así fuese no parte, ciertamente, de la narración de Colón, pues en ningún momento hace mención a ello y tampoco lo hará posteriormente. Durante siglos, aparentemente, se mantuvo flotando entre tradiciones y leyendas la probabilidad de que «en tiempos del tercer viaje» un inmenso terremoto tuvo lugar en el oriente venezolano. Tan grande habría sido este cataclismo que con su sacudimiento, se dice, fue conformado el Golfo de Cariaco, nada más y nada menos.

Durante el siglo XIX se comentaba que esto podría haber pasado, aunque no necesariamente en el mismo momento en el que don Cristóbal pasaba por allí. Los *Apuntes estadísticos del Estado Cumaná*, elaborados entre 1875 y 1876, acariciaban la idea a tientas:

El Golfo de Cariaco parece que debe su existencia a un rompimiento de tierras acompañado de una irrupción del Océano, catástrofe que no debe ser muy antigua, pues su memoria se conservó entre los indios hasta fines del siglo 15, y se cuenta que en la época del tercer viaje de Colón, los indígenas hablaban de él como un acontecimiento muy reciente.

La suposición de que los indígenas «sabían algo al respecto» no era exclusiva de esta narración, pues algunos viajeros del mismo siglo parecían dar crédito a las tradiciones del lugar, tal como lo aseguraba un militar británico que prefirió guardar su nombre de opiniones ulteriores, toda vez que su escrito lo publicó desde el anonimato. Cuando este personaje hizo mención a Cumaná, subrayó que se trataba de un lugar que «había sufrido muchas convulsiones subterráneas», y que el Golfo de Cariaco «fue formado por un terremoto, un poco antes del tercer viaje de Colón»³⁴.

³⁴ *Colombia, relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país*, publicado por Baldwin, Cradock y Joy, Londres, 1822. Fue reeditado por el Archivo de la Economía Nacional de Colombia, a través de las Publicaciones del Banco de la República, Bogotá, 1973. La cita corresponde a la página 99.

Este inglés no fue el único que repetiría el asunto: también lo señalarían Rafael María Baralt y Ramón Díaz en su *Resumen de la Historia de Venezuela*, o bien el propio Humboldt, así como muchos otros. De ellos llama la atención que el ilustrado alemán lo afirmara, pues es sabido que permanentemente utilizó la información oral como principal soporte de sus observaciones en el Nuevo Mundo. Otros autores poco dados a la investigación documental han coincidido con la existencia de la tradición indígena, quizás en su habitual manía de reescribir lo tantas veces dicho sin dar crédito a las fuentes. El venezolano Enrique Rivodó, por ejemplo, en su *Compendio de Apuntes y Tradiciones de La Guaira* (1499-1899), aseguraba con absoluta convicción que aquello era cierto, agregando el romanticismo característico que los cronistas imprimen en todo lo que escriben. La referencia a un fenómeno de esa envergadura en tiempos precolombinos o en el momento del primer contacto con esta tierra de gracia parece haber inspirado a muchos.

Si lo que sintió Colón en aquella noche de agosto de 1498 fue un sismo o no, quedará para la eterna duda, pues el navegante nunca plasmó en su *Diario de a bordo* a las palabras «temblor», «terremoto», o nada que se les asemeje. Antes bien, la única analogía a su paso por la región se la inspiraron los «hileros de agua» que advirtió mientras observaba el lugar desde su nao, a los que calificó de «rugientes» y en los que halló por semejanza una «furia como lo hace el Guadalquivir en tiempos de avenida». Su única preocupación con el asunto fue la de no saber si podría avanzar o retroceder ante esas circunstancias; pero nada de esto le condujo a mencionar símil alguno con los fenómenos telúricos.

El caso con la «tradición indígena» es algo más delicado, pues... ¿cómo habría de comprobarse tal cosa? El militar británico en su libro menciona que esa información es propia de los «naturales» del lugar, mientras que Humboldt señala que «es opinión muy común» que en Cumaná y en Margarita se sostenga la idea de que el Golfo de Cariaco fue formado por un gran terremoto.

¿Quiénes eran los «naturales» a los que hacía alusión el inglés anónimo? ¿Entre quiénes resultaba común aquella idea sobre el origen

del golfo? Algo puede quedar claro a la vuelta de aproximarse al asunto, y es que se trata de dos cosas diferentes: el terremoto de la tradición indígena no podría ser el mismo fenómeno que estremeció a Colón en el delta, pues de haber sido así, ¿cómo es posible que semejante cataclismo no haya sido advertido por el experimentado mariner? Si un fenómeno por el estilo hubiese ocurrido al paso de su nave por la región, algún indicio de tal movimiento debió manifestarse, más tarde o más temprano. El Golfo de Cariaco alcanza unos 120 Km² de superficie y, de acuerdo a lo que esta hipótesis supone, toda esa extensión (golfo, relieve y paisaje) se habría conformado en ese momento. Más aún, es sabido que en su exploración de la zona, Colón llegó a tener contacto con los habitantes del lugar en más de una oportunidad³⁵, lo cual conduce a suponer que si hubiese sucedido un evento de tal magnitud, al menos se habría tropezado con algún testimonio al respecto. No hay nada en su diario que dé lugar a creer algo así.

En todo caso, lo que el Almirante descubrió a su paso por el canto norte del continente le recorrió los huesos hasta apoderarse de su cuerpo por varios días. El temor que le sobrevino aquella noche en forma de rugido tan terrible hizo las veces de temblor en el imaginario de muchos siglos posteriores, y se confunde hoy entre razonamientos que buscan rescatar aquella información de las enseñadas nebulosas de la tradición, tal como si pudiera decodificarse a una confusión que ha caminado por los tiempos con ondulante arrogancia de terremoto.

35 «Los habitantes benévolos y afables, como los ya conocidos, altos de cuerpo y bien formados, 'de muy lindos gestos' escribía el almirante, y más blancos que otros que hubiese visto en Indias.» Esto decían Baralt y Díaz al respecto en su *Resumen de la Historia de Venezuela*, Desclée de Brouwer, Brujas-París, 1939, p. 64.

LA DESAPARICIÓN DE CUBAGUA

Descubiertas las perlas en las aguas del oriente hoy venezolano con las primeras naves que surcaron la región, la Corona española se dispuso a su inmediata explotación. Fue esta la puerta de entrada más atractiva para la entonces denominada Tierra Firme, a pesar de que la base de operaciones fue ubicada en el lugar más próximo a los placeres perlíferos: la isla de Cubagua. Una ciudad fue levantada allí de la mano de la riqueza de las ostras y a costa de la vida de muchos indígenas, quienes no tuvieron más remedio que prestar sus pulmones y brazos al servicio de la expoliación conquistadora. Fueron años de tortuosa supervivencia para los habitantes de la región.

Cuando Bartolomé de Las Casas describió la labor de los infelices que trabajaban en la extracción de las perlas, no dejó duda de que en aquella experiencia podrían perder la vida:

Las perlas están en un pescado llamado Ostra, que se mantiene en el mar a cuatro o cinco brazas de agua, o tal vez más abajo. Para pescarlas es menester que se meta el pescador debajo del agua, y se mantenga sin respirar todo el tiempo necesario para buscar, encontrar, coger las perlas, subir a la superficie del agua para darlas al dueño. Éste por poco que tuviera de humanidad debía dejar al indio descansar algo y darle alimento para reforzarse contra la opresión del pecho sufrida con la falta de respiración debajo del agua, y para resistir la que va de nuevo a sufrir descendiendo a la pesca de otras perlas. (...) Algunos mueren en el mar cuando bajan a pescar porque

un pez llamado Tiburón y otro nombrado Marrajo se los tragan vivos y enteros, tan grandes y fuertes son los dos peces³⁶.

De esto se alimentó el esplendor de la Nueva Cádiz de Cubagua mientras los ostrales no se agotaron. Para sobrevivir en medio de la isla y a distancia de la costa firme, los españoles construyeron un fuerte hacia 1523 en la desembocadura del río Manzanares, el cual custodiaría la toma de agua dulce para la supervivencia de sus habitantes. El fuerte, en otro momento de la historia que llegaría pocos años después, serviría de escala para medir un evento que dejaría en el estupor a muchos de los testigos que presenciaron aquel fenómeno. Mientras tanto, la explotación de indígenas y perlas continuaba en vigor. Fue entonces cuando en la década de los años 40 de ese siglo la destrucción y el terror visitaron la isla súbitamente.

Sería por el año de cuarenta
y tres con el millar y los quinientos,
cuando cierta señal se nos representa
bravos y furiosos movimientos:
siguióse después de esto tal tormenta
que hizo despertar los soñolientos,
de todos vientos rigurosa guerra,
y el mar mucho más alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,
y con tan grandes ímpetus venía,
que el más entero brío se quebranta,
y el ánimo más fuerte más temía:
ruido temeroso se levanta
que de la mar y tierra procedía,
sobrevino la noche muy oscura,

36 Bartolomé de Las Casas, *Colección de las obras del venerable Obispo de Chiapas, Don Bartolomé de Las Casas, defensor de la libertad de los americanos*, Juan Antonio Llorente, editor, tomo 1º, París, 1822, pp. 167-168.

y con ella grandísima tristura.
No se hallaba ya cosa viviente
que tuviese seguro de su vida,
porque la calle va como creciente
de ríos con furor de la venida;
en las casas no puede parar gente
por los amenazar con su caída,
y lo que más seguro parecía
peligro, mal y muerte prometía.

Lo mejor y más fortalecido
con la gran tempestad viene cayendo,
la trabazón del techo más asido
con fuerza del temblor se va rompiendo:
causaba gran temor aquel ruido,
asombraba la furia del estruendo
de aquellas derrumbadas canterías
y quiebras de vigas y alfajías³⁷.

Por mucho tiempo se ha tenido a este desastre como la combinación de un huracán y un terremoto, asociación devastadora y mortal para desgracia definitiva de la sorprendente ciudad que llegó a contar hasta los 1.000 habitantes, cuando por entonces las villas se fundaban con apenas decenas de personas. El desarrollo de Cubagua se dio al ritmo de la explotación de las perlas, y su crecimiento, acelerado por demás, llevó a levantar una ciudad de considerables dimensiones, si se toma en cuenta que la vida en una isla sin agua dulce hacia comienzos del siglo XVI habría de ser un problema de envergadura. Pero todo esto desapareció desde muy temprano...

Se ha acusado a esa catástrofe de haberse llevado consigo al esplendor de la Nueva Cádiz. El propio Centeno Graü, en su *Catálogo general*

³⁷ Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, pp. 215-216.

de sismos habidos en Venezuela, tal como llamó a ese importante anexo de su mencionado estudio, clasificó al evento como «Terremoto en la Isla de Cubagua, frente a la Isla de Margarita, que destruyó Nueva Cádiz. Hubo víctimas». La idea de que aquella «fuerza del temblor» a la que aludía Castellanos podría ser un terremoto, sedujo a más de un investigador. Quizás sedientos de éxito en la búsqueda de un pasado sísmico más nutrido de fechas, la mención al «ruido», al «estruendo» y a las «derrumbadas canterías y quiebras de vigas y alfajías», no habría de dejar lugar a las dudas: debió ser un sismo. Esto resultaba más seductor aún si el poeta de las elegías en su narración testimonial habría de repetir un par de veces la palabra «temblor».

El evento que asoló a Cubagua fue un huracán, a despecho de las menciones a lo señalado. La isla se halla expuesta al paso de fenómenos por el estilo en el lugar en el que se encuentra ubicada, y la descripción de Castellanos, a pesar del caracoleo de su poesía, sugiere mucho más una tormenta que un sismo. Pero esto no es todo lo que puede decirse de aquel desastre, pues aparentemente hay otros detalles que deben aclararse sobre la narración y los hechos.

En primer lugar, la fecha ofrecida por el autor resulta errónea, pues de acuerdo a lo advertido por Caracciolo Parra León en su aguda revisión del texto, el huracán debió pasar en 1541, cercano a las navidades de aquel año:

Erradamente sitúa el poeta esta terrible borrasca en 1543 (...) y decimos erradamente según aquella carta dirigida al Emperador en 22 de marzo de 1542 por los Oidores de Santo Domingo: 'Tenemos nuevas de Cubagua que esta Navidad pasada sobrevino una gran tempestad de aguas y vientos que la asoló toda, que no dejó casa de piedra en ella; de manera que constreñidos de necesidad los vecinos pasaron a la isla de Margarita, a do escriben que fundan un pueblo...'³⁸

38 «Prólogo» de Caracciolo Parra León a la edición *Obras de Juan de Castellanos*, impresa en Caracas en 1930 por la Editorial Sur América. La cita corresponde a la página XX.

Castellanos, testigo de excepción de aquella catástrofe, pues vivió en Cubagua y Margarita entre 1540 y 1542, fue también uno de los que migraron luego del desastre, mudándose al Cabo de la Vela junto a otros desdichados. Su imprecisión en la datación del evento resulta secundaria, ya que siempre prestó mucha más atención a la rima y la composición de los versos que a la exactitud histórica de lo que narraba.

Por otro lado, esta tormenta devastadora no fue la responsable del fin de la experiencia perlífera de Cubagua. El mayor desastre al respecto lo representó la actividad extractiva no sistemática ni respetuosa de los ciclos naturales del desove de la madreperla. Con la razia de los ostrales desde un inicio, la reproducción de las perlas estaba condenada. La decadencia de Cubagua, además, ya se había iniciado desde antes del huracán. Aquella ciudad instantánea, cuyas casas poseían grandes patios traseros que hacían las veces de almacenes, se diluyó entre los vientos de la mar y la insensatez de la pesca indiscriminada.

Según Enrique Otte³⁹, uno de los grandes investigadores de la historia del oriente venezolano, para 1539 la ciudad ya se había abandonado. El declive de la producción hizo que se buscaran nuevos placeres perlíferos en el resto de la costa hoy venezolana, lo cual condujo a hallar en 1538 a los de la Guajira. Cuando en 1541 el temporal echó por tierra las casas de la isla, ya sus habitantes estaban en la ruina. Poco después, en 1543, los piratas franceses quemarían los restos de la ciudad.

No fue un temblor lo que hizo desaparecer a Cubagua como polo de atracción en el Mar Caribe, sino un fenómeno destructor mucho mayor: la codicia, condición exclusivamente humana que por entonces nunca paró en mientes ni siquiera ante la muerte de los esclavos que arrojaban al mar para satisfacer sus intereses, y que mucho menos habría de detenerse frente a la explotación indiscriminada de las perlas.

39 *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*, Fundación John Boulton, Caracas, 1977.

LAS MINAS QUE DESCUBRIÓ DIOS

La expansión europea del siglo XV se hizo tras la búsqueda de riquezas. Para entonces, «riqueza» no poseía el mismo sentido que en el presente moderno. Actualmente fluctúa, pues se valora como capital; es decir, no se encuentra materialmente asida a los objetos que la representan, sino que descansa en el valor que dentro de un mercado poseen esos objetos. Antes del capital, la riqueza no fluctuaba, sino que era estática, y con ello acumulativa. Esto significa algo económicamente simple: a mayor cantidad de objetos representativos de riqueza, ésta es más grande. Cuantos más castillos y más tierras tuviese una familia, más rica habría de ser, en consecuencia.

Hacia el momento en que los barcos peninsulares saltaron al Atlántico, el sentido europeo de riqueza descansaba sobre dos elementos substanciales: tierras y metales preciosos. Tener las dos cosas al mismo tiempo resultaba mucho mejor, y es por ello que, una vez que se asumió la propiedad del Nuevo Mundo, la penetración en el continente americano se trazó sobre vectores nítidamente preestablecidos, cuyos derroteros siempre apuntaron hacia los metales preciosos. Tierras con minas estaban destinadas a satisfacer las demandas de las Coronas ibéricas, y la historia es testigo de cómo y en qué medida así lo hicieron.

Benditos por enfrentar una misión santificada, los navíos que se lanzaron al mar tras El Dorado navegaban cubiertos por el manto sagrado del Señor. Confiadas sus estrellas a la voluntad divina, pecadores y beatos se dieron a la tarea de hurgar en la inmensidad de la tierra firme persiguiendo minerales con brillo de riqueza: oro, plata y cobre, con los cuales llenar

los fondos de los monarcas a quienes representaban. Contratados para el caso por los reyes (vicarios de Cristo en el mundo terrenal), sus aventuras serían recompensadas con títulos, cargos y porcentajes de ganancias. Quizás por ello no se daba un paso en América sin que el mismo fuese encomendado a la fe cristiana. La suerte de todos, conquistados y conquistadores, se antojaba como un designio ya suscrito.

La búsqueda de minas hirvió con esa fiebre de conquista durante siglos. Desde un principio, el calor de esas exploraciones sudó sangre indígena... Luego, la sangre ya no distinguió orígenes. Los buscadores rogaban al Dios cristiano por una señal que iluminara tanta selva y matorral, tanto arbusto y cornisa. Los que ya no contaron con más alternativa que doblar su espalda imploraron en la noche de los tiempos por una salida. Su ruego jamás fue escuchado, clavando en su lamento la injusticia de la explotación y la enajenación eterna de aquello que nunca les pertenecería, ahora sin remedio ni retorno. Entre ruego y ruego, uno de los dos habría de hallar una respuesta...

Fue el 3 de febrero de 1610, como a las tres de la tarde, cuando la actual región andina venezolana habría de estremecerse espectacularmente. «Así la cogió tan de repente y sin ninguna prevención, que casi ninguna persona pudo dar paso adelante ni atrás del lugar de donde se halló, cuando comenzó con tanta fuerza a moverse la tierra en todas partes que hacía oleajes como las aguas del mar cuando están inquietas»⁴⁰. Se trataba de un terremoto excepcional en la historia de estas regiones. Sus impactos inmediatos cambiaron el paisaje, y los efectos posteriores hoy generan estupor con sólo imaginar qué pasaría de repetirse el fenómeno.

En La Grita fue padecido con sufrimiento. Todas las construcciones vinieron al suelo, salvo diez casas que habían sido levantadas en tapia. La ciudad se «hundió», rezaba un informe elevado a la sazón ante los despachos del rey. Los ríos se secaron por un día, quizás como consecuencia de obstrucciones por movimientos de masa ocurridos

⁴⁰ Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de Venezuela*, tomo II, Biblioteca Ayacucho, Talleres Arauco Ediciones, Caracas, 1992, p. 133. Simón pasó por el lugar un par de años después entre 1612 y 1613.

en su trayectoria montaña arriba. «La gente andaba despavorida, amarilla y medio pasmada, sin saber lo que había sucedido», decía Simón, «los niños y muchachos dando mil gritos, sin poderlos acallar; bramaban los toros y vacas, que se venían acercando al pueblo; los perros daban tristísimos aullidos, y todo, al fin parecía un espectáculo del amargo día del juicio». El agua de los pozos se puso turbia y salada, y por mucho tiempo se oyeron ruidos subterráneos.

En el valle de Bailadores sucedería un acontecimiento sobrecolector. Desde las faldas de la cordillera que se encuentra al noroeste, «a seis leguas de la ciudad... voló la mitad de un valentísimo cerro, como si fuera de pluma...». Con el estremecimiento, una cicatriz afloró de inmediato en el lugar de donde saltó aquella «mitad» del cerro. Junto a ello también volaron árboles, lo cuales, según el relato, quedaron «como antes estaban», sembrados a media legua de su lugar. De la abertura brotó agua que arrastró en el descenso al ganado que encontró a su paso, para luego formar un lago de extenso alcance y considerable profundidad. Todo esto tuvo lugar en una zona que hoy está consolidada con el nombre de La Playa, y se encuentra habitada...

Actualmente, algunas casas de La Playa exhiben en su patio trasero las rocas que volaron aquella tarde desde el valentísimo cerro. La memoria del evento se ha guardado en la tradición oral de la zona, y sus habitantes asocian algunos de los toponímicos con aquellos lejanos sucesos. Nombres como Las Barrancas o El Rincón de la Laguna tienen razones que dan cuenta de los efectos que indujo ese fenómeno formidable. Los geofísicos y geomorfólogos de Mérida han investigado el asunto y dieron con la palabra de la gente del lugar, quienes corroboraron con sus narraciones lo dicho por aquel fraile que se dio a la tarea de dejar un testimonio sobre los hechos⁴¹.

41 El estudio llevado a cabo por Carlos Ferrer y Jaime Laffaille («El alud sísmico de La Playa: Causas y efectos del terremoto de Bailadores de 1610», *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 39, N° 1 y 2, pp. 23-86), representa una verdadera contribución multidisciplinaria al conocimiento de los sismos del pasado, especialmente por haber puesto en práctica técnicas y metodologías de investigación de campo que le son propias a los antropólogos cuando se aproximan a las comunidades como informantes clave.

En efecto, Las Barrancas parece ser el nombre que se le dio al lugar desde donde voló el valentísimo cerro, «el cual se desbarrancó» de acuerdo a lo recogido en esas investigaciones; y El Rincón de la Laguna es un estrecho caserío cuyo nombre parece haberse originado con aquel lago formado a la vuelta del terremoto. Esa gran laguna de obturación que sirvió de entretenimiento a los lugareños por unos meses en 1610, contaba con tal profundidad que en ella podrían haber navegado hasta «muy gruesos navíos». El día de San Juan en ese mismo año el embalse producido por aquella obturación rompió con extrema fuerza. Se llevó por delante una vez más al ganado y a las siembras de maíz, y culminó por conformar lo que en la actualidad se observa como el abanico aluvial donde se asienta la población de La Playa⁴².

El estupor se apoderó de los cristianos que habitaban la región. Postrados ante la voluntad de Dios, acudían a pedir misericordia y llorar sus pecados ante el Santísimo Sacramento, el cual pernoctaba de momento bajo una sábana que servía de toldo provisional en medio del campo. Destruídos los molinos y con las haciendas en ruinas, quedaron sin tener qué comer por varios días. La ciudad era un tendal de lamentos. Al ver los indígenas aquel escenario, acariciaron la idea de tomarles por asalto y recuperar la hegemonía de la región. Pero los vecinos detectaron las intenciones aborígenes y acudieron con las armas al sitio del levantamiento, apaciguando los ánimos y haciendo desistir a los infelices de su empresa reconquistadora. Quizás la fe de los cristianos resultó más eficaz y poderosa que la voluntad de los naturales, al cabo ya quebrada por los años de dominación.

Mientras en La Grita se reconstruían los templos y las casas, los ruegos más importantes de los conquistadores fueron escuchados. Con el mismo temblor que se «hundió la ciudad», afloraron una «muy gruesa mina de cobre y cantidad de minas de plata», de forma tal que

42 Entre las ruinas de La Grita y los aludes murieron más de sesenta personas, contando a los blancos e indígenas, algo que representa una cantidad significativa de acuerdo a la demografía de la época. De ocurrir un evento similar en el presente, ya no se contarían las pérdidas en cabezas de ganado y decenas de habitantes, sino en millones de dólares y una triste combinación de víctimas fatales, desplazados y damnificados...

los vecinos se dedicaron a la extracción y a dar gracias al Creador por aquella bendición algo contradictoria, sólo asimilable por el beneficio posterior. La mina de cobre emergió derramada en bondades, al punto que de ella se extraían los pedazos enteros sin más trabajo que el esfuerzo de los desdichados naturales. Era tan fecunda y productiva, «que visto que la descubrió Dios con el volcán, la he tomado y puesto en cabeza de vuestra majestad», decía el informe redactado para el caso⁴³. Los dioses siempre han estado a la diestra del poder y la riqueza, en esta y en todas las culturas de la historia.

Así, al mismo tiempo que se destruyó la ciudad y sus recursos, brotaron minas con las cuales despuntó la prosperidad y el enriquecimiento, justificando con hechos concretos la aventura transatlántica, y haciendo retroceder, una vez más, a los despojados indígenas de la región, herejes que perdieron la ocasión de hacer justicia cediendo ante sus explotadores el sentido de la oportunidad en el asalto. El Señor obra de formas misteriosas...

Y hay una cosa en la vida
más importante que Dios:
que nadie escupa sangre
pa que otro viva mejor...
Que Dios ayuda a los pobres
tal vez sí... tal vez no...
¡pero es seguro que almuerza
en la casa del patrón!⁴⁴

43 Archivo General de Indias, Audiencia de Santa Fe, Legajo 51, *Don Joan de Aguilar a Su Majestad*, La Grita, 4 de octubre de 1611.

44 Atahualpa Yupanqui, «Preguntitas sobre Dios». Tomado del libro de Félix Luna, *Atahualpa Yupanqui*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974, p. 105.

PROFECÍAS QUE VINIERON DEL MÁS ALLÁ

Gatos, eclipses, chamanes, sueños y estrellas han sido milenariamente utilizados como intermediarios en la imposible predicción de los sismos. Sin embargo, esa imposibilidad no ha mermado los esfuerzos en esa dirección y el delirio por anticipar los terremotos campea eventualmente. La sismología ha hecho aproximaciones significativas en el estudio de la concentración del gas Radón (Rn , 86) en zonas sísmicas de probada actividad, aunque muchos investigadores niegan esta posibilidad. En marzo del año 2009, el sismólogo italiano Gianpaolo Giuliani aseguró que un temblor sacudiría a L'Aquila (Italia) y quienes le creyeron se lanzaron a las calles de esa ciudad con altavoces a pedirle a la gente que abandonara el lugar. Un mes después, el 6 de abril, un terremoto de magnitud entre 5,8 y 6,3 destruyó el lugar. Giuliani se vio obligado a enfrentar denuncias ante la policía italiana por «alarmista», mientras las autoridades y muchos de sus colegas desdeñaban su pronóstico.

Algo similar ocurrió con otros terremotos en las últimas décadas, aunque muchos científicos continúan escépticos ante la idea de que esta metodología conduzca a predicciones exactas. En Venezuela los sismólogos del Laboratorio de Geofísica de la Universidad de los Andes han adelantado investigaciones al respecto, a pesar de que se encuentran lejos de abrazar la quimera de una predicción.

En el pasado los augurios de temblores llegaron por otras vías... No muy lejos en el tiempo, cuando Caracas fuese visitada en su celebración cuatricentenaria por el último sismo destructor que le sacu-

diera, varias versiones proféticas recorrieron las calles entre sobresaltos y sorpresas. Una de ellas, la cual todavía levanta comentarios entre sugestionados y creyentes, señala lo dicho por María Marioti, vidente de aceptada trayectoria para entonces, quien pronosticó que «una bella ciudad americana donde habrán de celebrarse fiestas a mediados del año 1967» padecería una terrible destrucción⁴⁵. Sin embargo, el caso más sorprendente lo habría protagonizado un paciente que halló la muerte en el quirófano de una clínica caraqueña, quien minutos después de haber fallecido en la operación, se habría incorporado en la camilla para decir, con rostro lívido y voz de ultratumba, que «veía cosas horrendas para la ciudad y que estaba próxima a su destrucción». Luego de aquel anuncio, «dejó de hablar y cerró sus ojos para siempre»⁴⁶.

Las profecías siempre han contado con fantásticos misterios e increíbles intermediarios, quizás con la propia intención de que en la ausencia de fiabilidad característica del mensajero se halle la clave del asunto: creer o no, entregarse al anuncio del más allá o mantener los ojos en un horizonte seguro... El primer ejemplo al respecto que puede encontrarse en la historia sísmica de estos territorios data de 1641, cuando un terremoto irrumpió para dañar severamente las construcciones en Caracas y La Guaira. Días después, más de un sobreviviente recordaba el canto de un orate al que nadie prestó atención:

Qué triste está la ciudad
perdida ya de su fe
pero destruida será
el día de San Bernabé
quien viviere lo verá⁴⁷.

45 La cita fue hallada en el libro de Armando Betancourt Ruiz, *Terremotos y temblores*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1972, p. 43.

46 *Ídem*.

47 Tomado del citado trabajo de Centeno Graü, *Estudios sismológicos*, en su página 333.

Saturnino estaba loco... y entre sus morisquetas y cantos también señalaba que Caracas habría de bailar «como un trompo» ese día de San Bernabé. ¿Quién le daría crédito a semejante anuncio? En la víspera de su nefasto augurio, el pintoresco chiflado sentenciaría:

Téngalo ya de decir
yo no sé lo que será
mañana es San Bernabé
quien viviere lo verá.

«Pacífico y locuaz», *Ropasanta* (apodo al que también respondía Saturnino), culminó siendo identificado por la historiografía y la leyenda como un intermediario entre Dios y su voluntad divina. «Estulto» (es decir: *necio*), tal como lo calificara Blas José Terrero⁴⁸ cuando se escribió por primera vez acerca de este «profeta», la predicción no pasaría inadvertida, incluso, para la psiquiatría del siglo XX, cuando «el eminente alienista» Ricardo Álvarez (autor de *Historia de la Psiquiatría en Venezuela*, de acuerdo a Guillermo José Schael⁴⁹) sentenciara que «no sería ilógico suponer en ‘Ropasanta’ algún proceso paranoico de ideas, o pseudopercepciones místicas». Álvarez, en su retropsicoanálisis, resulta tan temerario en el juicio sobre el personaje como el propio vaticinio de Saturnino.

El 11 de junio, día de San Bernabé, mística o paranoide, se cumplió la profecía: un violento terremoto sacudió a Caracas y la hizo «bailar como un trompo», pues no dejó casa sin daño o colapso total, echando al suelo casi todos sus templos y dejando sin vida a cincuenta y cuatro personas. Más allá de las montañas y del alcance de la predicción, en el puerto de La Guaira el deterioro fue de la misma proporción, cau-

⁴⁸ Autor de *Theatro de Venezuela y Caracas*, *Dispónelo de varios documentos auténticos y concordantes dividido en dos eras Eclesiástica y Política* (Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, Caracas, 1967), donde se hace referencia al caso originalmente. Ese trabajo fue culminado hacia 1800.

⁴⁹ *Imagen y noticia de Caracas*, p. 35.

sando unas treinta muertes así como «un destrozo miserabilísimo»⁵⁰. Los efectos en la montaña produjeron desprendimiento de rocas en ambos flancos, quedando obstruido parte del camino que interconectaba a ambas localidades.

Los disociados que vagan por las calles siempre han contado con cierto halo de misterio que se mezcla con la compasión. En tanto «pacíficos y locuaces», terminan siendo un cotidiano divertimento, especialmente en comunidades pequeñas, como solían serlo las ciudades de la época colonial. Algunos creyentes depositan en estos personajes la capacidad de sintetizar en sus incoherencias algún mensaje celestial, y el caso de Saturnino no escapa a la regla. Todo esto encuentra una recepción más profunda si lo dicho por el vagabundo termina removiendo las fibras culposas de los cristianos, especialmente cuando se trata de profecías cumplidas⁵¹. Al voltear la mirada hacia el augurio, la fe se regocija en la advertencia y parece arrellanarse en su poder de castigo. La otra cara del asunto es cuánto tiene de cierto todo esto, pues cuenta la leyenda que Saturnino (por supuesto) desapareció luego del temblor...

Una profecía es un misterio, y esto supone que no es posible divorciar una cosa de la otra. Con el mismo misterio, pues, se ha narrado en varias oportunidades la muerte de Santiago Hernández Milanes, obispo de Mérida desde 1803 hasta 1812, justo cuando en ese año falleciera por el terremoto del 26 de marzo. Entraba a su palacio al regreso de la ceremonia del lavatorio de los pies (pues se trataba de un Jueves Santo) cuando de súbito comenzó a temblar. Dicen que el prelado se detuvo de repente y murmuró: «Regresemos pronto, pues creo que se cumple la profecía». Bajaba las escaleras aceleradamente en intento de huida junto a dos curas y tres colegiales que le acompañaban

50 Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, Legajo 218. *Fray Mauro de Tovar, Obispo de Venezuela al Rey*, Caracas, 14 de agosto de 1641.

51 De acuerdo a Schael, los caraqueños, que «hasta el día anterior le habían celebrado con alegre liviandad», acudieron «compungidos en solicitud de Ropasanta y experimentaron entonces los más respetuosos sentimientos» ante «la extraña personalidad» de Saturnino.

en comitiva, cuando los remezones del temblor sacudieron el edificio. Cedieron las paredes, colapsó el techo y cayó la inmensa puerta. Todos murieron en el acto.

El terremoto también fue sepultado con el paso de los años, pues su escena se vio ampliamente superada por los sucesos que le siguieron. Guerra, migraciones, independencia y la profunda transformación de la sociedad, hicieron de aquellas escenas un colorido acompañante en algunas aventuras heroicas. Pero en el fondo de los corazones de muchos religiosos merideños, aquella tarde continuó encendida recordando el poder que el más allá de los cristianos ejerce a través de los fenómenos naturales. El sismo y la destrucción habrían sido predichos por ciertos anuncios tras una estela de enigma...

El padre Montoya servía el curato de Guaraque y Pregonero hacia 1811. Una tarde de noviembre, mientras rezaba el oficio divino en su huerta de plátanos, escuchó una voz que parecía surgir de entre las grandes y verdes hojas de los bananos, que al tiempo le susurró: «Padre Montoya, anuncie a Mérida que se hunde...». El sacerdote buscó inútilmente entre los plátanos y la siembra, hasta convencerse de que esa voz no contaba con emisor conocido. Copió lo que escuchó en los márgenes del breviario que a la sazón estaba leyendo. Meses después, en febrero de 1812, volvió a escuchar la misteriosa voz en la huerta y fue entonces cuando decidió escribir una esquelita a su buen amigo el padre Márquez, cura de Lagunillas. En la carta le decía «que anunciara a Mérida que debía hundirse», algo que Márquez consideró de envergadura, extendiendo el mensaje de la esquelita a la capital del obispado. La misiva llegó escrita en una cuartilla de papel florete y dobladita en forma de triángulo. Al leer los colegas aquella predicción, ambos fueron el motivo de las burlas por parte de sus hermanos en religión y una buena razón para reír durante varios días.

Las risas se borraron con los daños del sismo, y mucho más aún con el luto provocado por la muerte de unas cuatrocientas personas, entre las que se contó la del obispo Milanés, ya entonces de buena memoria. Pero esa no fue la única predicción...

El padre Salvador León, cura de la Otrabanda, recibió en confesión la mañana del 25 de marzo a un joven que calificó como un «muchacho de inocencia virginal», quien desesperado y con el espíritu conturbado, acudió al sacerdote para narrarle una tortuosa pesadilla que le cerraba la garganta con angustia. En el sueño el chico aseguraba que «un gran ruido» ahuyentaba a todos de la ciudad, mientras los edificios «se arruinaban». Un ángel agitaba una espada de fuego, «pero cuando el ruido era muy grande venía una Señora y le hacía bajar la mano». El pobre muchacho despertó aterrorizado con aquellas imágenes y de inmediato se puso a rezar. Al intentar dormir nuevamente, el ruido recomenzaba y ya no volvió a conciliar el sueño. Le alcanzó el sol teniendo las manos juntitas y rezando. De allí corrió donde el cura León a contarle lo sucedido. Al día siguiente, a la Señora le costó mucho bajarle la mano al ángel... y Mérida terminó el Jueves Santo sepultada en ruinas.

Quiso la «casualidad» que todas estas predicciones llegaran a la historia después de consumados los hechos. No podría ser de otra manera, pues en ambos casos (el de 1641 y el de 1812) la memoria de las profecías fue conservada y redactada por creyentes y consumados cristianos, quienes no dejaron de asociarlas con la fe devota. En el primero de ellos, fue el padre Blas José Terrero, caraqueño que vivió entre 1735 y 1802, quien señalara que chiflados como *Ropasanta*, al igual que los niños, «son de los que se vale Dios» para ese tipo de anuncios. Es decir, un orate es directamente proporcional a la inocencia de un niño. El Dios Cristiano, entonces, parece poner a prueba la fe a través de entuertos como éstos, donde los creyentes deberían atender los augurios provenientes de las voces de la inocencia, o bien de la locura, según el caso. Queda a criterio de los feligreses cuándo y a quiénes creer, aunque por ese criterio también serán juzgados.

En el segundo caso fue un reputado abogado trujillano, Ricardo La Bastida Briceño (1800-1875)⁵², quien se dedicó hacia el final

52 *Biografías de los Obispos de Mérida*, Concejo Municipal de Libertador, Mérida, 1983, originalmente publicada en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia hacia 1958, con motivo del cuatricentenario de Mérida.

de sus días a escribir sobre los obispos de Mérida, lugar en el que pasó la mayor parte de su vida. Allí estudió latín en el Seminario, donde asegura haber visto de propia mano la esquelita que el padre Montoya envió a su amigo el padre Márquez. Para dar crédito a las fuentes, La Bastida señaló que Montoya, por ejemplo, era uno de «esos hombres a quienes Jesucristo ofrece el reino de los cielos como bienaventurados», y no en balde lo pintó rezando el oficio divino en una huerta de plátanos al momento de la espeluznante revelación. Es la fe incuestionable del intermediario la que da crédito a la profecía.

Lo mismo sucede con lo testificado por el cura León, pues éste, además de religioso, había departido sobre el asunto con el propio padre de La Bastida, a quien le confesara su arrepentimiento por no haber atendido las señales que el «muchacho de inocencia virginal» le había hecho saber en la víspera del desastre. «La conocida instrucción y pureza de costumbres del Pro. León, uno de los hombres más virtuosos que he conocido, garantiza la veracidad de su narración». Para don Ricardo eso bastaba.

En todo caso, se cruzan las mismas nociones sobre las fuentes de las profecías: han de provenir de gente inocente, virginal, pura, intachable, o bien con el espíritu ubicado más allá del bien y del mal, como sólo lo puede tener un «estulto pacífico y locuaz». Por otro lado, el halo de misterio es igualmente compartido: Saturnino desapareció luego del terremoto, y no hubo forma de comprobar aquel oráculo; las voces de la huerta de los plátanos provenían del aire, no de un interlocutor; y el chico que fue revelado a través de un sueño jamás podría comprobar su fuente, pues los sueños sólo ocurren en la mente de las personas, y nada más.

El pensamiento mágico del mundo cristiano, a fin de cuentas, posee una eficacia simbólica mucho más poderosa que otras lógicas de fe, pues se ha desenvuelto de la mano de una moral legitimada en y desde instituciones vinculadas al poder. Ha contribuido decididamente a la socialización de millones de personas a través de los siglos, y con ello también ha garantizado que sus narraciones fantásticas perduren por

sobre los tiempos. Es por ello que estas profecías no necesitan de pruebas para sostenerse como «posibles» en medio de la lógica cristiana.

Si los ángeles tienen la potestad de bajar a la tierra blandiendo espadas de fuego que sepultan a cientos de personas y destruyen las viviendas de muchos más, entonces los terremotos sólo pueden ser entendidos como un castigo para los pecadores y una culpa indefectible para aquellos que no atendieron las señales de Dios. El resto de los mortales sólo puede contar con la bondadosa «Señora» que acude a bajar el brazo del ángel vengador... o bien podrían comenzar a buscar las señales entre dementes y niños, con la esperanza de salvar sus vidas y redimir sus incredulidades.

EL ENIGMA DE ACEQUIAS

Un silencio de arcilla y tapia silba entre las montañas que dan hacia el sur de Mérida. Al borde de un abismo, como cosidas con el hilo del tiempo, las ruinas de San Antonio de Mucuño cuentan de abandonos y mudanzas. Ya no quedan techos que hablen de abrigos ni marcos que sirvan de umbrales al ir y venir de la gente. La hierba que crece entre la historia yerma del lugar parece apresar los vestigios de la vida que quedó atrás, mientras algunos cactus le dan un gris de tristeza a la soledad. La luz del atardecer apenas es una mancha entre paredes que ya no pueden levantarse para hacer sombra, y el día se vuelve a ir, como tantos otros, escondido entre elevaciones interminables y mudas. Un poco más allá, sobre esa misma meseta oculta tras la sinuosidad de los cerros, se repite la escena... otras ruinas en igual estado sirven de copia y original a éstas que abren la incógnita: Mucuño estuvo en los dos lugares, tan sólo a metros de distancia, pero no al mismo tiempo.

Fundado el 20 de enero de 1620 en el valle de Acequias, San Antonio de Mucuño se levantó como un *pueblo de doctrina*, recurso utilizado por los conquistadores para instruir en la educación católica a los indígenas y transformarlos con ello en mansa mano de obra. Esta fundación tuvo lugar como parte de la asignación de *resguardos*, otro recurso propio de aquel contexto, a través del cual se «reconocía» a los naturales por sus «parcialidades» (comunidades) y su vínculo tradicional con las tierras que habitaban, a partir de lo cual les asignaban esas mismas tierras (las que habitaron por siglos) para la labranza y supervivencia, así como para su adoctrinamiento en los misterios de la fe. Esta asignación

garantizaba la condición de inalienabilidad de esas tierras, es decir: se convertían en propiedad eterna de esas comunidades, ahora por una «medida protectora».

Todo ello formaba parte del efecto que las políticas del rey Felipe II (cuyo reinado se extendió desde 1556 hasta su muerte en 1598) dejaba sentir en suelo americano. A este monarca se deben los interrogatorios sobre las condiciones ambientales de sus dominios, cuyas respuestas a manos de gobernadores y autoridades regionales son conocidas como «Relaciones Geográficas», así como también las ordenanzas que regulaban la construcción y disposición espacial de ciudades y villas. Dentro de estas decisiones determinantes para la organización y buen gobierno de las Indias, fueron elaboradas ciertas disposiciones para la *composición de las tierras*, de manera de garantizar el mejor aprovechamiento de las mismas y la «pacífica» convivencia entre naturales y españoles. Esto estaba teniendo lugar hacia finales del siglo XVI, cuando por entonces las montañas hoy merideñas eran administradas por el Nuevo Reino de Granada.

En el marco de esas nuevas medidas, Antonio González, Presidente de la Real Audiencia de la Nueva Granada hacia los últimos años del siglo XVI, elaboró unas «Ordenanzas de Resguardos» en 1593, a través de las cuales ejecutaba la voluntad de la Corona acerca de la nueva asignación de tierras a los aborígenes de la región. Con las Ordenanzas se otorgaron terrenos colindantes con propiedades de terratenientes y encomenderos blancos, lo cual no siempre condujo a la tranquila convivencia deseada. Algunos de estos propietarios se quejaron de que los indígenas les «embarazaban sus tierras» sin permiso alguno, dejando ver que aquellos límites nunca fueron muy claros ante la práctica cotidiana de la siembra. En todo caso, los resguardos que buscaban proteger a los naturales y sus tierras permitieron cierta laxitud en el desenvolvimiento de los indios, dispersándose en amplias zonas e impidiendo un asentamiento fijo al suelo que sembraban.

Esto lo advirtió el Oidor y Visitador de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, Alonso Vázquez de Cisneros, quien luego de compro-

bar la situación a «vista de ojos» en los primeros años del siglo XVI, resolvió crear quince pueblos nuevos a partir de aquellos resguardos y así subsanar el asunto de los límites y la dispersión. Entre esas fundaciones se encuentra la de San Antonio de Mucuño, en la fecha antes señalada. Diez mil setecientos cincuenta indígenas fueron reducidos en tres zonas por la labor del visitador. Una de esas zonas fue el Valle de las Acequias, al que eventualmente los españoles llamaron de «Nuestra Señora», donde se levantó originalmente a Mucuño. Para la historiadora Edda Samudio, la «selección del lugar que serviría de asiento a los ‘nuevos pueblos’, no fue tarea fácil para los encargados de llevar a cabo el establecimiento de las aldeas indígenas»⁵³. El pueblo contó desde el inicio con 745 habitantes, de acuerdo a lo que ha dicho al respecto la arqueóloga Jacqueline Clarac⁵⁴.

Cuando Vásquez de Cisneros escogió sitio para los resguardos de dos comunidades indígenas que se asentaban en «esta banda» del río Nuestra Señora, señaló la mesa de Mucucuy para una de ellas; muy pronto, los flamantes adoctrinados allí ubicados protestarían que se trataba de una zona con problemas de abastecimiento de agua, pues una severa sequía de años zanjó la mesa y el agua que debía correr por las acequias se perdía en los agrietamientos. Fue entonces cuando esas comunidades señalaron al sitio de Mucubach como el apropiado para la fundación de un «pueblo nuevo» e iniciaron su mudanza. Todo esto ocurría en el valle de Acequias. La otra comunidad en cuestión entre las resguardadas en aquella zona por el Oidor, era la de Mucuño.

Ubicado en el sitio de Chacantá o Chaquentá⁵⁵, el pueblo de San Antonio de Mucuño congregó originalmente a 745 indígenas,

53 «Proceso de poblamiento y asignación de resguardos en los Andes venezolanos», *Revista Complutense de Historia de América*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1995, N° 21, pp. 167-208.

54 «Etnohistoria de San Antonio de Mucuño», en *Boletín Antropológico*, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, octubre-diciembre, 1990, pp. 19-35.

55 Con este último nombre aparece en un croquis elaborado pocos años después de fundada, y que se encuentra en el Archivo General de la Nación de Colombia, sección *Mapas y Planos*, Mapoteca 4, Referencia 284-A.

de acuerdo al Auto de su fundación⁵⁶. «Ese sitio, cruzado por varios caminos, se describía como una mesa llana, con abundante tierra, copioso de frutos y muy templado, sirvió de asiento a San Antonio de Mucuño y en torno a él, se definió sus resguardos...»⁵⁷. Sin embargo, el lugar comenzó a resultar inseguro, y las parcialidades que allí residían acudieron a sus caciques y representantes para que elevaran ante las autoridades de Mérida una solicitud de mudanza. Fue así como el cacique principal de Mucuño, de nombre Juan, junto a Domingo y Santiago, caciques de la parcialidad de los Mucufés, y Francisco, capitán e indio ladino, en nombre de sus «familias y sujetos indios de dichas encomiendas», se dirigieron a través de una carta al cabildo emeritense el 17 de agosto de 1672. En esa exposición decían que:

... consta notoriamente que el sitio de Mucuño donde se hizo nuestra iglesia, agregación y población se halla hoy con evidente peligro de despeñarse y reventar del volcán que está amagando con peligro de que suceda muy breve y que en él perezcamos todos por ser sitio y terrazgo de todo peligro y sujeción a esta desdicha que pretendemos y pedimos (...) como más haya lugar, darnos permiso y mandar que el dicho nuestro pueblo, iglesia y casas se haga y funde en el sitio de Mucurura, tierras que fueron de Isabel Sánchez González y que hoy dicen pertenecer a Alonso de Toro Holguín...⁵⁸

Veinte años después, los indígenas de aquel resguardo volverían sobre el asunto, pero esta vez la situación era más alarmante:

56 Archivo General de la Nación, Colombia, sección *Visitas de Venezuela*, tomo 4, «Auto de población de los indios del valle de las Acequias, en la Otra Banda del río Nuestra Señora», Mérida, 27 de enero de 1620, folios 322-327v.

57 Edda Samudio, «Proceso de poblamiento...», p. 198.

58 Archivo General del Estado Mérida, fondo Protocolos Notariales, serie Repartimientos y Resguardos Indígenas, Tomo V, año 1692. El documento en cuestión se encuentra en un expediente titulado *Mudanza del pueblo de San Antonio de Mucuño para otro sitio más apropiado en tierras de la encomienda del capitán Alonso de Toro Holguín, en el valle de Acequias, 1692*. La ortografía fue intervenida para que resulte más accesible la lectura del documento.

... aunque ha muchos años que vivimos en la amenaza de ruina en nuestro Pueblo, por lo deleznable que es el sitio de él *volcanoso* e incómodo, y expuesto a graves peligros de las vidas con la *frecuencia de terremotos y avenidas de aguaceros* como se experimenta el año próximo pasado y en el tiempo presente con el riguroso invierno estamos padeciendo los descalabros de no poder asistir en nuestras casas por estar en riesgos manifiestos de que nos sepulte vivos algún volcán...⁵⁹

De acuerdo con este documento, en 1691 (aparentemente, pues no se señala la fecha con exactitud) un terremoto provocó severos daños en el sitio del pueblo, así como en sus construcciones. Con ello, los caciques y capitanes reinsistieron en el caso y plantearon nuevamente la necesidad de «elegir sitio cómodo, seguro y de utilidad para poblarnos y gozar del pasto espiritual con quietud y menos sobre salto», que también sea «capaz bastante para iglesia, plaza, población y labranzas con lo demás necesario para nuestra conservación». Su primera fundación coincide hoy con las ruinas más antiguas, las cuales se encuentran en la parte más baja de la loma de Chaquentá, desde donde emprenderían su partida hacia un sitio más seguro. Al observar que aquella solicitud ya llevaba más de veinte años, se deduce rápidamente que la mudanza no resultaba una solución de fácil trámite.

A los naturales se les había ocurrido ya en 1672 que las tierras del capitán Toro Holguín eran adecuadas. Por entonces escogieron las de Mucurura, «... que es el sitio mas cómodo seguro y a propósito que hay en todo aquel valle para este intento y nuestra conservación, y *que está contiguo a nuestros resguardos y dicha población*, y que en aquel sitio se nos señalen solares para nuestras casas y grutas y plaza, y hagan la iglesia de nuestra doctrina...». En 1692 cambiaron de opinión y demandaron como apropiado para sus intereses al sitio de Mocomamo o Mucumomo, que también pertenecía al dicho capitán. La solicitud

⁵⁹ *Idem*, las cursivas pertenecen a este trabajo.

fue atendida y se les concedieron las tierras... pero desde ese momento todo se tornó un calvario de confusiones, discusiones, dilaciones, amenazas e intervenciones autoritarias que culminaron con la ejecución de la mudanza a unos pocos metros de la fundación inicial. ¿Cómo es que estas comunidades acabaron por «mudarse» casi al mismo sitio del cual estaban escapando? Entre la historiografía, las investigaciones arqueológicas y el más reciente impulso turístico, se elaboraron respuestas tan confusas como la propia discusión sucedida hacia finales del siglo XVII.

Ya desde la década de los sesenta del siglo XX, las ruinas de Mucuño llamaban la atención de arqueólogos, historiadores y curiosos. El antropólogo Lino Meneses reporta las iniciativas que se tomaron desde entonces a través de proyectos institucionales y universitarios que pretendían dar cuenta de la historia del «pueblo viejo»⁶⁰. Muchos de esos proyectos tuvieron destinos y resultados desconocidos. Los esfuerzos posteriores llevados a cabo en la década de los años ochenta lograron que las ruinas fuesen declaradas *Patrimonio Histórico de la Nación* en 1991⁶¹. Parte de esas iniciativas fueron cristalizadas en el *Proyecto Multidisciplinario San Antonio de Mucuño*, cuyos resultados parciales vieron la luz en el año 2000⁶². Allí se afirma que la mudanza del pueblo se debió a «causas geológicas», ya por la propia morfología de la meseta de Chaquentá, así como por la acción de los terremotos. El informe asegura que «Específicamente los sismos que afectaron fueron el de

60 «El uso del espacio doméstico en San Antonio de Mucuño», publicado en la compilación titulada *En búsqueda de la historia, Memorias de las Iras Jornadas de Investigación de Escuela de Historia, Homenaje a Arcila Fariás*, Universidad Los Andes, Mérida, 1998, pp. 211-218.

61 Según *Gaceta Oficial* N° 34.645, de fecha 15 de enero de 1991.

62 *Proyecto Multidisciplinario San Antonio de Mucuño: Estudio para la preservación y conservación de las ruinas de Mucuño*, llevado a cabo por los arqueólogos Jacqueline Clarac (coordinadora general), Gladys Gordones y Lino Meneses; los geólogos Reina Aranguren y Omar Guerrero; Luis Jáuregui y Luis G. Toro en los estudios fotogramétricos; y José Contreras en el levantamiento topográfico. Las instituciones que participaron en el desarrollo de este proyecto fueron: el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, el Instituto de Fotogrametría, la Escuela de Ingeniería Geológica y el Departamento de Historia de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes. La ejecución se realizó a través de un convenio firmado con el Instituto de Patrimonio Cultural. El material consultado corresponde al informe de la Primera Etapa del proyecto.

1641, 1644 (magnitud de 7,3 grados Richter), 1674 (magnitud de 4,3 grados Richter), 1684 y el de 1786 (5,5 grados Richter)»

Más recientemente, el Instituto de Patrimonio Cultural editó el llamado *Catálogo del Patrimonio Cultural Venezolano 2004-2006*⁶³, el cual asegura en su versión «Lo construido» para el Municipio Campo Elías del estado Mérida (adonde pertenecen administrativamente las ruinas) que el pueblo de San Antonio de Mucunío «Fue abandonado a causa de los daños ocasionados por los fuertes movimientos sísmicos del año 1684, que provocaron desplazamientos del terreno formando grietas de tal magnitud que su sola vista causaba pavor entre los pobladores. Sin embargo las últimas familias que se retiraron del lugar lo hicieron en 1692»⁶⁴. El mismo texto se repite sin cortapisas en la versión «La tradición oral» elaborada para el mismo municipio.

Ciertamente, en 1641, 1644, 1674, 1684 y 1786, hubo temblores que cuentan con descripciones documentadas; no obstante, es preciso aclarar que *no es posible asociar ninguna información de la allí contenida con San Antonio de Mucunío*. En primer lugar, el sismo de 1641 asoló a Caracas y La Guaira, y nada tuvo que ver con los Andes; en segundo lugar, en 1644 un terremoto destructor sacudió a Pamploña (Colombia), que ha sido insistentemente vinculado con la ciudad de Mérida, pero del cual no se tiene información primaria al respecto; los terremotos destructores de 1673 y 1674 sí afectaron gravemente a Mérida, Trujillo, El Tocuyo y especialmente a las siembras del sur del Lago de Maracaibo, pero no se cuenta con testimonios que señalen a Mucunío en lo absoluto; en 1684 tuvo lugar un sismo destructor, sí... pero en Cumaná; y el temblor de 1786, que afectó con daños menores a Mérida, tampoco cuenta con documentación que señale daños en la zona en cuestión⁶⁵.

63 Impresos La Galaxia, Caracas, 2005-2006.

64 La misma información se deja ver en la página web de *Caveguías*, en su espacio destinado a las «Páginas Amarillas».

65 Esta información puede verificarse en el *Catálogo de sismos sentidos o destructores. Venezuela, 1530-1998*, de José Grases, Rogelio Altey y Miguel Lugo, Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales-Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999.

Más aún, en el expediente elaborado en 1692 con motivo de la solicitud de mudanza, no se menciona ninguno de estos temblores, y ni siquiera figura el año 1684 en toda su extensión (87 folios, rectos y versos). Dentro de las descripciones más dedicadas, figura la que hiciera el cura doctrinero de entonces, el padre Francisco de Eusa, quien dijo lo siguiente:

Digo que es verdad que el dicho pueblo esta muy peligroso y con manifiesto riesgo, amenazando ruina por todas partes, pues desde los temblores pasados quedó todo hendido y con grietas profundas que una de ellas atraviesa toda la iglesia, la cual nuevamente se profundizó con los temblores próximos del año pasado de que resulta otra raja que atravesó por el patio de mi casa, cruzando por la iglesia dejando así el suelo de dicha iglesia como sus paredes muy maltratadas, y demás de esto con el invierno riguroso de todos los años y avenidas de crecientes por ser el sitio todo pendiente, con la continuación de las aguas se han profundado los zanjones resultando cada día nuevos volcanes que impiden así la entrada del pueblo como la comunicación de los naturales y asistencia de sus casas...⁶⁶

Las causas de la mudanza de Mucuño están claras, con o sin acierto en el asunto de los terremotos, pues evidentemente la loma donde se encuentra la mesa de Chaquentá fue sacudida por unos temblores que, al parecer, tuvieron lugar en 1691, si se sigue lo que dice el documento. También contribuyó al abandono del pueblo la presencia de los «volcanes» que ya habían causado daños en algunas construcciones, así como interrumpido los accesos. Hay que explicar que la palabra *volcán* no hace referencia al fenómeno geológico que supone el conducto a través del cual los niveles más profundos de la corteza terrestre se comunican con la superficie en forma de erupciones, sino que pretende describir el «vuelco» que dan ciertos materiales arrastrados por el flujo que se conforma entre el agua de un cauce, el agua de

⁶⁶ Del documento en cuestión, folio 3, recto.

lluvia y lo que cae en el mismo (rocas, barro, árboles y otros vegetales, que en conjunto generalmente son mencionados como «flujo de sólidos o detritos»). A esto, en la documentación del pasado colonial, se le encuentra descrito como «volcanes», «desvolcanamiento», o bien como «avenidas».

Lo que no ha sido aclarado aún, asimismo, es *por qué se mudaron al lado*, en el mismo sitio del que intentaban huir. El extenso expediente tampoco lo aclara; antes bien, confunde a primera vista. No se advierte, además, cómo vinieron a dar a ese sitio nuevamente, pues se observa que las comunidades estaban reclamando otro lugar. Al parecer, los indígenas fueron engañados, o bien conducidos por otros intereses contrarios a su voluntad. Esta situación los sujetó a ese lugar hasta la mitad del siglo XIX, cuando por fin lograron mudarse. Entre tanto, lo que solicitaban en 1692 pasó por muchas manos que no acordaban decidir con la rapidez necesaria el destino de las parcialidades de Mucúño.

Por un lado, la participación del cura doctrinero no fue del todo transparente. Francisco de Eusa encabezó el reclamo de los indígenas, pero intentaba llevarlos a un sitio que no era el escogido por ellos: «Teníamos en las tierras del capitán Alonso Toro de Holguín escogido sitio a propósito en lo mejor de ellas para dicho pueblo...». Sin embargo, el religioso tomó la petición «y nos la rompió haciéndonos otra de su letra contra nuestro gusto y comodidad», conduciendo a la desdichada gente a otro lugar:

... a donde nos trajo, y llegado a el le insinuamos por nuestra parte el estar el dicho sitio con el mismo riesgo que el pueblo que dejábamos por estar con volcanes hiendas en la tierra, que aunque a dicho nuestro cura se lo representamos; nada basto para que contra nuestro gusto se nos señalase dicho sitio...⁶⁷

67 Folio 14, verso.

Quizás Eusa pretendía mantener a los indios apegados a las tierras en donde estaban, pues de seguro contaba con sus propias siembras en el lugar y les necesitaba para explotarlas, algo que sus antecesores ya habían hecho y que estaba contravenido por las leyes⁶⁸. Además, este sacerdote escondía una moral muy cuestionable, pues los indígenas señalaron que acabaron por consentir el acuerdo «sin hablar palabra por los *aterrores* de nuestro cura padre». Pero el inescrupuloso doctrinero no representaba el único obstáculo.

Las tierras de Toro de Holguín, además, estaban en litigio. El capitán parecía tener deudas con otras personas quienes reclamaban el pago de cuentas pendientes. No obstante, la decisión que las autoridades tomaron cuando les otorgaron las tierras a los indígenas incluyó la expropiación de una «estancia de pan» que pertenecía al dicho capitán, a favor de las parcialidades de Mucuño. Por otro lado, el abogado del terrateniente inició una demanda por la indemnización de las tierras, las cuales decía eran de mayor valor que lo que ofrecían por su expropiación. Toro no se negaba a otorgarlas, pero pedía más dinero por ellas. Esto, junto al enredo del cura, retrasaba la mudanza.

La solicitud de los indígenas apuntaba a las tierras de Mocoma-mo, pero en el expediente nada queda claro sobre lo solicitado, lo ejecutado o el lugar donde finalmente habrían de mudarse. En 1693, el Alguacil Mayor del Santo Oficio, don Tomás Flores Rallón, señalaba que los naturales habían «derribado los aposentos y casas» en las que habitaban, «que estaban edificadas en el sitio que hoy están», al tiempo que ya habían «hecho iglesia que hoy tienen acabada» y «más de veinte casas en que hoy viven dichos naturales...». De toda esta confusión

68 Hacia 1655 se denunciaba que en el propio Mucuño el cura doctrinero contaba con «... una labranza de trigo de cuatro a cinco fanegas de sembradura», lo cual era «contra cédulas de su majestad y ordenanzas que prohíben el que los curas doctrineros siembren en los resguardos de los indios ni se les ocupen ni tengan con ellos tratos ni granjerías...». Al observarse esta situación se decidió que los indígenas «deshierben» lo sembrado por el cura, y «cieguen» para recoger y trillar. Así consta en el informe que hiciera el Oidor Juan Modesto de Meler, y que se encuentra en los *Traslados del Archivo General de Indias* existentes en el Archivo General de la Nación, sección *Ciudades de Venezuela*, 1655, folios 324 verso y 325 recto.

va quedando claro que los propios indígenas ya habían derribado el «pueblo viejo», dando cuenta de los materiales útiles para la construcción de uno nuevo.

El Teniente General de la Provincia intervino para decir que

... se atienda a su mejor conservación y así mismo a lo meramente pretendido por estos dichos naturales y en su nombre por su protector en que dicen serles útil el dicho sitio en que al presente están poblados y que se les asignen y amojone alindando por suyo que visto lo referido con lo mas deducido de los autos y cédulas de su majestad en favor de dichos naturales dijo su merced que aprobaba y aprobó en cuanto puede y alegar en derecho la erección de el pueblo de Mucuño en el dicho sitio de Mocomamo echa por el dicho Don Francisco de la Rosa aposentos que eran del Capitán Juan Fernández de Rojas y al presente son del Capitán Alonso de Toro para que los dichos naturales los tengan por tal su población y como tal la vayan adelantando con las fabricas de la iglesia y sus casas de vivienda...⁶⁹

Nada queda claro... pero lo cierto es que el «pueblo nuevo» acabó por fundarse al lado del abandonado, justo donde lo solicitaban en 1672, cuando aseguraron que Mucurura «... es el sitio más cómodo seguro y a propósito que hay en todo aquel valle para este intento y nuestra conservación, y *que está contiguo a nuestros resguardos y dicha población*, y que en aquel sitio se nos señalen solares para nuestras casas y grutas y plaza, y hagan la iglesia de nuestra doctrina...»⁷⁰. También es cierto que para 1692 habían cambiado de parecer y ése ya no era el sitio que solicitaban para la nueva fundación.

Más tarde, en el siglo XVIII, les serían otorgadas, nuevamente, las tierras que reclamaban. Cabe preguntarse cuántas veces más habría de pasar esto... y, en efecto, ésta no sería la última de esas veces. En 1720, Pedro de Toro, «cacique del Pueblo de San Antonio de Mucuño», solicitó ante el Protector de Naturales y a nombre de todas las parcialidades del

69 Folio 32 recto del documento.

70 Folio 18 verso del documento.

resguardo del valle de Acequias, que les concediesen en propiedad las «lomas y tierras nombradas Santa Juana que fueron de Alonso de Toro», y «otras lomas y tierras llamadas Mucundú», ambas para sembrar, pues las que poseían «eran pedregosas, riscos, cerros, volcanosas, incapaces de hacer en ellas sementeras»⁷¹. Asimismo, solicitaban las «lomas para criar ganado» de nombre Mucusurí. Otra comisión partió una vez más hacia el valle de Acequias para volver a reconocer que se trataba de «cerros y riscos» y que allí no era posible hallar «tierras de labranzas».

El 30 de septiembre de 1720 el alférez Antonio Ruiz Valero, corregidor de naturales de San Antonio de Mucunío, hizo entrega de las referidas tierras. En el acto, el alférez tomó «por las manos» a los caciques e indios principales y los pasó a las lomas de Santa Juana y Mucundú, como un gesto que indicaba la entrega de las tierras. Los indígenas «arrancaron yerbas y mudaron piedras en señal de posesión que les di y tomaron para sí y en nombre de todos los indios, indias, chinas y muchachos de dicho Pueblo la cual posesión». No sucedió lo mismo con la loma de Mucusurí, la cual había sido reclamada por la abadesa de Santa Clara, residente en Mérida, como parte de una capellanía que era propiedad de las monjas, ante la cual los naturales, para evitar problemas con la madre superiora, rechazaron la propiedad: «no la quieren y es su voluntad».

El 16 de septiembre de 1722 se firmaba el documento de entrega de Santa Juana y Mucundú a nombre de los caciques de Mucunío. Allí se estipulaba que nadie más que ellos, los descendientes y los herederos de sus parcialidades, podrían «embarazar» las tierras adquiridas. Como no podía ser de otra manera, otro documento aparece en la historia y vuelve a enseñar a los indígenas en situación de despojo: hacia 1745, el cura doctrinero del lugar, Mateo de la Parra y Castaño, aseguraba que las gentes «han desamparado el Pueblo», a causa «de no tener tierras de labranzas, porque las que poseían son de la hermandad de San Pedro y Convento de Santa Clara, y habrá tiempo de un año que *los desposeyeron de ellas*». De acuerdo al documento anterior, esas tierras

71 Se trata de un expediente existente en el Archivo General de la Nación, Colombia, en la sección Caciques e Indios, que inicia en 1720 y finaliza en 1746, enteramente dedicado al problema de las tierras en Mucunío.

no las habían aceptado cuando les fueron otorgadas en 1720... ¿Cómo los desposeyeron de algo que no poseían?

Lo cierto es que todavía en 1828 se debatía por la suerte de San Antonio de Mucunío, y será el gobernador militar de Mérida, Judas Tadeo Piñango, quien ordene en ese año la mudanza al sitio de Santa Juana, aquel que era su propiedad de acuerdo al título de 1722 que así lo reconocía. En 1832 aún no se hacía efectivo el traslado, pues todavía procuraban el «permiso del Gobierno»⁷². La mudanza final tuvo lugar en 1847⁷³, cuando por fin tomaron posesión de la anhelada loma de Santa Juana... Y el pueblo que allí existe en el presente se llama, a secas, Acequias.

No fueron los temblores los que impulsaron todos los intentos de abandono y mudanza del «pueblo viejo» de San Antonio de Mucunío, ni los que realmente se sintieron, ni los que han sido confundidos como ciertos, a despecho de la leyenda tantas veces repetida. Sus condiciones de aislamiento, de explotación, y de tortuosa labranza en un medio ambiente difícil, así como la inestabilidad de una meseta en declive (entre 18° y 30°)⁷⁴ afectada periódicamente por las lluvias, los deslizamientos, aludes y arrastres de materiales que desde las alturas de los cauces se vistieron de fantasmas con siluetas de volcanes, condujeron a la voluntad sostenida de mudarse. No obstante, el lugar social que los indígenas ocupaban en la estratigrafía colonial jamás les permitió hacer valer sus derechos, aunque la ley los asistiera sobradamente.

72 Así lo aseguraba Juan de Dios Picón, entonces gobernador de Mérida, en su *Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la Provincia de Mérida de Venezuela*, cuyo manuscrito original es de 1832, y fue publicado por la Alcaldía de Mérida en 1992.

73 El 1° de diciembre de 1847, la Diputación Provincial de Mérida aprobó, por ordenanza de ese mismo día, el traslado del pueblo. Firmaron la ordenanza el presidente de la diputación, Domingo Guzmán, y el secretario, J. Ramón Almarza.

74 El citado *Proyecto Multidisciplinario...* en su apartado «D» (*Estudio morfológico y geomorfológico*) concluyó que: «Tal como señalan las reseñas históricas y las referencias de entrevistas con la gente del lugar, el avance (tanto longitudinal como transversal) y socavación basal de las cárcavas a ambos márgenes de la Meseta de Chaquentá (zanjones de Mucurandá y del Pepe), están directamente relacionados con aguaceros fuertes o largos períodos de precipitación».

La fundación de Acequias en 1847 es la triste victoria de una lucha de ciento setenta y cinco años, aquella que se inició en 1672, cuando intentaron mudarse por primera vez, y que se reanudó muchas otras veces contra doctrineros, cabildos, abadesas, encomenderos y tantos explotadores de turno. Hoy, entre las ruinas de ambas fundaciones yace la voluntad de decenas de caciques mil veces ignorados, diluidos en el tiempo entre tinta y papeles que atestiguan en silencio sobre sus intentos de guiar a buen resguardo a sus representados. Como las rocas de esas montañas, la historia del valle de Acequias va rumiando su pasado entre ruinas y silencios... Un pasado lleno de volcanes y un solo terremoto.

LO QUE BOLÍVAR NUNCA DIJO

Un héroe es una figura mítica. Como tal, debe contar con ciertas condiciones superiores que han de atribuírseles como naturales, las cuales sobrevivirán a su existencia y acompañarán su imagen y recuerdo por el resto de los tiempos. Es, también, una parte indefectible de una mitología, que representa un eslabón fundamental dentro de esa estructura, pues hace que la misma funcione. Debe, por consiguiente, jugar un rol protagonista en el sentido final del mito, de manera que esas condiciones que le hacen diferente a los demás operen como mecanismos articuladores de todos los elementos que sostienen la metáfora... porque, al fin y al cabo, un mito es una metáfora que interpreta la relación entre una cultura y su sino; una metáfora, pues, que hace más accesible y duradera esa relación, que vela la lógica real de una sociedad tras una lógica aparente. En el mito de la nación venezolana, Bolívar es su héroe, su articulador, su elemento cohesionador: esto significa que, en la metáfora que hace creer a todos que la nación brotó cual necesidad natural y contenida por siglos tras una revolución independentista, el héroe caraqueño funge de velo encubridor de la lógica real de aquel proceso.

Mito y héroe se hacen inseparables, pues no tienen sentido el uno sin el otro cuando coexisten en una mitología. La mitología de la génesis de la nación venezolana cuenta con un héroe que, como todos, hubo de enfrentar adversidades una tras otra hasta consagrar su misión en la tierra. El caso es que, al igual que en todos los demás también, esas adversidades forman parte de la metáfora, es decir: *son símbolos, no literalidades*. Además, esas metáforas fueron construidas posteriormente, justo cuando se estructuró el mito de la nación, el de su génesis heroica, el que tiene como función hacer más digerible la lógica real

de los procesos (en este caso históricos y sociales). En tanto metáforas, los mitos de los héroes han de ser fantásticos y pintorescos. Bolívar no escapa a ello; antes bien, le ejemplifica significativamente.

Las adversidades que los héroes más altisonantes de la historia han enfrentado pertenecen a este y a otros mundos. Combaten enemigos feroces que siempre les superan en número, habilidades y condiciones materiales; luchan contra fuerzas que encarnan el mal y las oscuridades de los tiempos; y a todos vencen desde su valentía indisputable y desde sus dotes inefables de inteligencia. Un héroe sólo llega a alcanzar ese estatus si se enfrenta y vence a adversarios que están por encima de sus características; esa es su condición, pues de lo contrario no puede ser un héroe. Para probar esto, Bolívar lo enfrentó todo... hasta la naturaleza. Para la génesis de la nación, fue él quien se levantó ante la mayor de las adversidades, ante un fenómeno destructor que se interpuso en el camino de la patria. Él fue la nación, la fuerza necesaria que condujo a todos hacia su destino. Fue la asistencia milagrosa en medio de un parto doloroso y fantástico, con contracciones que sobrevinieron de la mano de un terremoto formidable.

El mito de la nación venezolana, como los de todas las naciones latinoamericanas, supone la idea de que el «sentimiento» que une a los que nacen en esta «patria» (y no más allá de sus límites, de manera que aquellos que ven la luz un par de metros allende la frontera no pueden estar incluidos en esa «inequívoca» sensación de «identidad»), proviene de un afecto realmente telúrico (o sea, del fondo de la tierra) que existió mucho antes de la revolución independentista, y que fue honorable y heroicamente conducido por don Simón y sus cofrades a través de una guerra necesaria. Es por ello que la independencia es una génesis, un mito directamente proporcional a la nación. Y, como toda génesis, su canto se expresa en esa metáfora que vuelve fantástica a la historia real.

Cuando el 26 de marzo de 1812 un devastador terremoto asolara a Caracas, Simón Bolívar estaría allí, y la historia le consagraría con cualidades que en aquel momento le prefiguraban como el personaje que posteriormente iluminaría el destino de toda una nación. Como

no podría ser de otra manera, el hombre descollante en aquel desastre habría sido él, y no otro, independientemente de que por entonces apenas fuese un coronel sin mayores destellos. Al igual que cada héroe, su vida está hilada entre grandezas, las cuales adquieren esa dimensión por el efecto alucinador de la metáfora, antes que por una realidad que las reclame como tales.

La destrucción causada por aquel sismo puso a la ciudad en el suelo, literalmente. El polvo que se levantaba entre las ruinas acompañó la desesperación de los sobrevivientes. Los gritos, lamentos y gemidos se guardaron en ecos tétricos que deambularon entre las calles durante décadas. Un testigo directo narró el momento de la siguiente manera:

En aquel momento me hallaba solo en medio de la plaza y de las ruinas: oí los alaridos de los que morían dentro del templo: subí por ellas y entré en su recinto. Todo fue obra de un instante. Allí vi como cuarenta personas, o hechas pedazos, o prontas a expirar por los escombros. Volví a subirlas, y jamás se me olvidará este momento.

La escena ocurrió en la esquina de San Jacinto. José Domingo Díaz, caraqueño, médico y periodista, narró los hechos con dramatismo, pues allí no cabría otro sentimiento. Aquel momento que no habría de olvidar jamás fue coronado por la aparición de otro personaje, al cual describió así:

En lo más elevado encontré a Don Simón de Bolívar que en mangas de camisa trepaba por ellas para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror, o la suma desesperación. Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca. La plaza estaba ya llena de personas que lanzaban los más penetrantes alaridos. Volví a mi casa, tomé mi familia, y la conduje a aquel sitio⁷⁵.

⁷⁵ José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, Imprenta de León Amarita, Madrid, 1829, p. 39.

Díaz, además de caraqueño, era un realista convencido. Estaba en total desacuerdo con la propuesta revolucionaria y rechazaba todo cuanto proviniese de aquellos desordenados indecentes. Para él, los independentistas eran unos «delirantes» y jamás escondió su profundo malestar con el movimiento... y no era para menos: graduado como filósofo, médico cirujano y doctor en medicina en la Universidad de Caracas, partió a España a mejorar sus conocimientos, teniendo el infortunio de regresar a su ciudad natal el 26 de abril de 1810. Arribó con el cargo de Inspector General de los Hospitales, pero la Junta Suprema de Caracas, creada el 19 de ese mismo mes y por entonces defensora de los derechos de Fernando VII, desconoció sus credenciales y su nombramiento. Niño expósito y criado por sacerdotes, José Domingo no hallaba mucha empatía con las ambiciones libertarias de los criollos, ni tampoco con la propuesta de «igualdad de castas», pues no contaba con orígenes nobles, al tiempo que se asumía a un lado y por encima de las clases inferiores. Aquella condición de incomodidad signó su mirada sobre el proceso que estaba rompiendo la sujeción con la metrópoli.

Bolívar, especialmente, le resultaba detestable. A él y a sus seguidores constantemente les llamó «inícuos», «alucinados», «ridículos», «fatuos», «impíos» y «necios»; pero el calificativo que en más oportunidades repitió sobre el futuro Libertador fue el de «sedicioso». Cuando publicó sus *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, todo ese malestar ya le había consumido sus voluntades, volcando allí aquella mirada tan recalcitrante sobre los acontecimientos que le separaron para siempre de su tierra. Todo cuanto dijo acerca de la independencia fue con el sentido de la descalificación.

La escena de la esquina de San Jacinto descrita por Díaz acabó por otorgarle a Bolívar un manto destellante de «genialidad», a pesar de que su intención fuese una muy contraria. Su esfuerzo como realista consumado se vio diluido en la maquinaria mítica de la génesis nacional, perdiéndose así el sentido original de su idea. La historiografía nacionalista halló en esto un condimento necesario en su imagen del

héroe. Para el sacerdote e historiador bolivarianista Nicolás Eugenio Navarro, ésta fue una escena consagratoria:

... la magnífica exclamación de Bolívar, proferida todavía más en carácter mientras daba una muestra estupenda de impavidez trepando en mangas de camisa por sobre las ruinas para darse cuenta del estrago, cobra todo su significado genial y profético. (...) al tropezarle [Bolívar a Díaz], le viniera espontáneo a los labios el admirable apóstrofe. Así queda éste en toda la energía de su sentido histórico, sin que sea preciso amargarlo con ese tenue sabor de impiedad con que se ha creído enaltecer el gran gesto del futuro Libertador⁷⁶.

He allí el héroe, no el hecho histórico como tal. Su figura es capaz de digerir en su beneficio cualquier descalificación, invirtiendo su sentido para hacerlo suyo. Lo que fue «impío» para José Domingo Díaz, fue «genial y profético», «admirable», «estupendo», pleno de «sentido histórico» para Navarro. Y con él, el resto de la historiografía.

Antes de Navarro, el también caraqueño Felipe Larrazábal había dado cuenta de la escena en su obra titulada *Vida del Libertador Simón Bolívar*⁷⁷. Músico, periodista y personaje político del siglo XIX venezolano, Larrazábal era un bolivarianista convencido que no escondió su admiración por el héroe y que, antes bien, cuidó de hacerle brillar a través de sus palabras. Cuando hizo referencia a la escena del terremoto volvió sobre lo señalado por Díaz, enriqueciendo el asunto con su propia interpretación de la conmoción, para agregar: «Los clérigos realistas, apoderados de la cátedra evangélica, exigieron del dolor público el respeto a las supersticiones y el homenaje al despotismo», dejando muy en claro que la acción del Libertador no sólo era justificada, sino una necesaria respuesta ante aquello que, junto al resto de la historiografía nacionalista, calificó de «fanatismo religioso».

76 Nicolás Eugenio Navarro, «La escena de Bolívar», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo XXIX, abr-jun, 1946, N° 114, pp. 112-122.

77 Original de 1865, cuenta con una edición en la Biblioteca Ayacucho, Editorial América, Madrid, 1918, con prólogo y notas de Rufino Blanco Fombona.

La edición que hiciera de esta obra Rufino Blanco Fombona a inicios del siglo XX (autor también de obras como *Las Mocedades de Bolívar*, *Bolívar y la Guerra a Muerte*, y *El Espíritu de Bolívar*), incluyó notas y agregados al texto de Larrazábal, donde dejaba colar sus comentarios acerca de los padecimientos y asertos del entrañable héroe. Para colorear aún más el famoso acto de San Jacinto, señalaría que una reacción similar a la ofrecida por la sociedad caraqueña en aquel Jueves Santo, la había observado con sus propios ojos hacia abril de 1915 en París, un año antes de la invasión alemana, cuando el «terror supersticioso» y la «estupidez religiosa» se apoderaron de todos (y no solamente de las «viejas rezanderas») «removidos en sus entrañas por el dolor». Esto fue suficiente como para que el literato comparara esas escenas con las que se imaginaba a través de la pluma del español que contempló las ruinas de toda Caracas un siglo antes: «Si eso ocurre en París en 1915, ¿qué no iba a suceder en una triste y oscura colonia española de América en 1812?»⁷⁸. Ante semejante reflexión, habría de concluir:

Por eso sube de punto la fortaleza de ánimo y la grandeza moral de Bolívar, cuando en medio de aquellas multitudes pavoridas, y en medio de los estragos del terremoto exclama: ‘Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca’⁷⁹.

Blanco Fombona, además, cuenta con un llamativo añadido a esta narración. El talentoso escritor (incluso candidato al Premio Nobel

78 Don Rufino no guardaba muy buenas opiniones de la sociedad que los «próceres emanciparon contra la voluntad, en mucha parte, del mismo pueblo emancipado». Alcanzó a decir que, sin duda, se trataba de «bárbaros» y «semi-bárbaros», y que el papel de los libertadores era el de «civilizadores», quienes no sólo enfrentaron a los españoles en su afán de fundar una nación, sino que también lucharon «contra engegucidas masas fanáticas de campesinos y habitantes de puebluchos de tierra adentro, es decir, contra la barbarie». Sin duda, para este tipo de historiografía, los libertadores jugaron el papel de iluminadores de una sociedad en tinieblas, atrasada y discapacitada para entender y ejecutar tan noble propuesta de progreso. Fue una minoría genial la que sacó al pueblo de la oscuridad... nada tan elocuente en la justificación mitológica de la independencia.

79 Página 102 de la citada obra.

de Literatura), hizo suyo el bolivarianismo entero y quiso superar a todos sus antecesores, optando por alterar algunos detalles en la cita del amargo y monárquico testigo, así como en todo el contenido de la biografía que estaba editando en ese momento. A esa intervención decidió llamarla «modernización»:

La primera modernización, de carácter formal, consiste en *la intercalación*, en el texto, de nuevos conceptos pertinentes, y en agregación de notas. (...) *Se han suprimido* ciertas reflexiones filosóficas y políticas que querían ser profundas, sin conseguirlo. (...) *Se tachó* lo que resultaba de carácter polémico: la obra, así gana en serenidad, amenidad, universalidad⁸⁰.

En su afán «modernizador» de la biografía escrita por Larrazábal, el editor y director de la Editorial América (imprenta de la obra), decidió intervenir también la cita de José Domingo Díaz, quizás por considerarla irrespetuosa, o bien por suponer que el trato otorgado por el autor original de la *Vida del Libertador* era «imperfecto»: «Con ser muy bueno en su tiempo, no puede considerarse, hoy, como perfecto». Larrazábal no tendría jamás la oportunidad de defenderse de una opinión como ésta, y tampoco de defender su texto. A partir de un criterio tan aplastante, Blanco Fombona tomó la iniciativa de «tachar» y sustituir en la narración del español la palabra «impías» por «impropias», de manera de jamás señalar al héroe de toda una nación como un blasfemo. Para Rufino aquellas fueron «impropias y extravagantes palabras», pero jamás impías... Modernizado o intervenido, el mito se vio (y se ha visto) alimentado de la mano de esta historiografía mucho más nacionalista que nacional.

La impiedad de Bolívar, pues, consumaba su rebeldía como vasallo. Ante todo y para la lógica que seguía al orden social en los dominios realistas, aquellos que se encontraban en calidad de súbditos en

80 Del «Prólogo» de Rufino Blanco Fombona, pp. XXI-XXIII. Queda muy claro que la noción de «modernizar» que aplicó el escritor suponía la de intervenir, con absoluto desparpajo y arbitrariedad historiográfica, aquello que editaba como documento histórico. Las cursivas pretenden resaltar el sentido de la intervención.

sus provincias no podían ser otra cosa. Lo que vio Díaz en sus palabras fue precisamente esto...

... se llama principalmente *impío* al que niega a Dios el culto debido, y más todavía si se propasa á atentar positivamente contra su honor. Son, pues, reos de impiedad, los que omiten el culto divino, los que violan el día del Señor, los blasfemos, ya sea con blasfemia brutal, ya con otras más pulidas en la forma, pero no menos injuriosas al honor divino⁸¹.

Impío: falto de piedad, cruel, perverso, injusto, viene del latín *impius*. Impío se toma también por gran pecador⁸².

Otro realista furibundo describiría la escena y coincidiría con la calificación de «impío» que Díaz vio en el vehemente coronel mientras trepaba entre las ruinas de San Jacinto. Mariano Torrente, historiador y diplomático de la monarquía española, diría con mayor ahínco que Bolívar se sumaba a los «atrabiliarios» y «desordenados mentales» que quisieron sacar provecho de los efectos del temblor.

En medio de la consternación que se apoderó de sus ánimos al ver caer los edificios por sus cimientos, hundirse los templos, espirar infinitas víctimas, y exhalar lastimeros alaridos los que no habían tenido la fortuna de acabar sus padecimientos a los primeros golpes, hubo algunos protervos que parece insultaban a la misma providencia, y que desafiaban todo su poder. Fue uno de estos el impío Bolívar, quien llegando a la plaza en mangas de camisa y poseído de un diabólico furor, al contemplar las ruinas de aquella magnífica catedral prorrumpió en la feroz sentencia siguiente: «*Si la naturaleza se opone a nuestros esfuerzos, lucharemos con ella, y haremos que nos obedezca*»⁸³.

81 *Enciclopedia Universal Europeo Americana*, tomo 28, Primera Parte, Madrid-Barcelona, 1921, p. 1091.

82 *Diccionario de Autoridades*, versión facsimilar de la original publicada en 1732, editada por la Real Academia Española, Editorial Gredos, Madrid, 1979, vol. 2, p. 226.

83 Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, Imprenta de D. León Amarita, Madrid, 1829, pp. 295.

La «blasfemia» de Bolívar, tal como la quiso pintar José Domingo y como la extendieron otros colegas realistas contemporáneos, no tuvo más testimonios que aquel que guardó en sus ojos el médico caraqueño, ahora vuelto periodista e historiador. Sin embargo, vale la pena darle a Daniel Florencio O'Leary, el edecán del Libertador, la oportunidad de contar su versión de los hechos:

Bolívar, en medio de la universal consternación, conservó su presencia de ánimo. Desoyendo los ruegos de sus amigos, que temblaban por su vida, y sin parar mientes en la creciente furia del populacho, corrió á la plaza donde el furioso frenesí de un monje exaltado había atraído gran número de devotos aterrados, y con voz imperiosa le impuso inmediato silencio.

Si la expresión resuelta de su mirada y el tono severo que asumió asombraron á la espantada multitud que le rodeaba, sirvió también para provocar la indignación del fanático predicador, que á su vez amenazó al intruso con la cólera del cielo si persistía en interrumpir sus predicaciones. El sordo y siniestro murmullo del auditorio manifestaba ya su resolución de servir de instrumento de la ira santa que se evocaba, cuando Bolívar, viendo al punto la crítica situación en que se había puesto y comprendiendo que una retirada no haría sino dar pábulo á la superstición y aumentar la influencia del clero, desenvainó su espada y lanzándose sobre el improvisado púlpito arrancó de él al monje, y arrastrándole le amenazó con muerte instantánea si se atrevía á resistir.

Algunos soldados que se habían acercado al lugar de esta escena, animados con su ejemplo, le ayudaron á dispersar la multitud. Este paso resuelto, tuvo saludables resultados, conteniendo por lo pronto las terribles consecuencias del descontento popular atizado por el fanatismo y dio ánimo al Gobierno para dictar medidas adecuadas á calmar la excitación producida por el celo imprudente y pernicioso del clero⁸⁴.

84 Daniel F. O'Leary, *Bolívar y la emancipación de Sur-América, Memorias del General O'Leary*, traducidas por su hijo Simón B. O'Leary, Biblioteca Ayacucho, Editorial América, Madrid, 1915, pp. 116-117.

El asunto es que O'Leary no estuvo allí... Lo que refirió en sus *Memorias* es lo que le contaron al respecto. Cuidadoso en la narración, a pesar de las inevitables expresiones de admiración hacia su superior, el irlandés miembro de la guardia de honor de Bolívar vio aquel acontecimiento a través de una leyenda que ya campeaba por entonces. Pero es de destacar que en ningún momento menciona la muy impía frase. La escena de la esquina de San Jacinto que sirvió de excusa a la narración de Díaz, debe haber colocado a Bolívar en el trance de hacer callar a un sacerdote que le llevaba la ventaja de tener consigo la palabra de Dios, ante lo cual, sin duda, sacó su espada para hacer valer sus argumentos. Su actitud culminó siendo un ejemplo de la polisemia característica con que se representan los hechos de la independencia: por un lado, se trató de un bárbaro que atentaba ridículamente contra el orden; por el otro, fue un iluminado que demostró con ello de qué estaba hecho aquel hombre. El caso es que para la historiografía nacionalista sólo existe una versión de los hechos: la propia, la de la génesis, la del mito.

Sólo un héroe podría enfrentar una «universal consternación» con «presencia de ánimo» y «mirada resuelta». Solamente a una personalidad «genial, profética, admirable» y de «grandeza moral» habría de consagrarse el arrebato ante aquel cura como un acto ejemplar. Sus amigos «temblaban» por él, tal como si viesen en el coronel que en mangas de camisa hacía las veces de intrépido rescatista al futuro Libertador. Sólo el Libertador ya parecía un Libertador antes de serlo.

La idea de que una frase como aquella (donde se levanta el destino de una sociedad ante un fenómeno natural para advertirle que debe plegarse a su proyecto de nación) ha de contemplarse como profética y genial, sólo puede pertenecer a un sentido mítico y legendario del pasado. Bolívar no pudo decir aquello que fue puesto en sus labios con intención de ridiculizarle, a pesar de que no hay duda acerca de la probabilidad de su arrebato ante el oportunismo del cura. Ha sido la frase redactada a la sombra de una convicción realista la que pasó a la historia, y no la supuesta genialidad de un desbocado coronel que a la sazón pasaba por esa esquina. Sin embargo, lo que tradu-

jo José Domingo Díaz en su testimonio sobre el 26 de marzo fue algo más que su rechazo por la impiedad e indecencia de aquel criollo vehementemente: subyace allí un sentido que flotaba en el contexto de la revolución independentista y que enhebró la mirada de los albores de la modernidad latinoamericana.

«La nación contra lo que sea y quienes sean», pareció ser el sino de los movimientos libertarios de entonces y el enarbolado de sus estandartes. Por ello, si la naturaleza tuvo la osadía de comportarse con la regularidad que le caracteriza y así dar al traste por un instante con las ambiciones de los criollos, habría de enfrentar cargos por ello. El gobierno de turno decidió colocarla al lado de los perversos enemigos de entonces:

Nuestros hijos aprenderán allí el modo de ser libres, y conocerán que este inestimable don no se consigue sin grandes sacrificios. *Nosotros lucharemos con nuestros enemigos y aun con la naturaleza misma* y esta energía será el terror de esos perversos y *la admiración de los siglos venideros*⁸⁵.

Contrayéndonos, pues, a su beneficencia que es bien notoria a todos, y que se ha acreditado con rasgos no comunes en tan diversas ocasiones, nos vemos en la necesidad de manifestar al mundo entero, cuánto ha brillado su humanidad *en estos últimos momentos en que luchando un pueblo entero heroico con los vaivenes de la naturaleza, y la perversidad de los hombres*, ha encontrado en su Gobierno un protector que le ampare, un amigo que le compadezca, un padre que le guíe, proporcionándole los medios de suavizar y aun contrastar la dureza de las circunstancias⁸⁶.

Queda claro que en aquel momento flotaba entre los criollos la idea de luchar contra todo lo que se interpusiese en su camino hacia

85 Proclama del Diputado Domingo Alzuru, Caracas, 26 de mayo de 1812, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, Volumen 1, tomo 1 1810-1813, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1963, pp. 170-171. Las cursivas pertenecen a este trabajo.

86 «Beneficencia del Gobierno», en *Gaceta de Caracas*, 26 de mayo de 1812, última página. Las cursivas pertenecen a este trabajo.

la república. La naturaleza, ajena a los traqueteos políticos de los seres humanos, llamó la atención de propios y extraños con un fenómeno destructor en medio de una ardua disputa por el poder. Cobró protagonismo con su manifestación y pasó de inadvertido escenario a enemigo público. Con ello se ganó un lugar en la mitología nacional, pues sirvió de adversario fantástico y necesario para la imagen del héroe, quien debería enfrentarle y vencerle para darle significado a su tamaño en la historia.

Si Bolívar enfrentó lluvias, sequías, bajas temperaturas o calores sofocantes, eso habría de pasar a un segundo e invisible plano. Su «lucha» con un terremoto de la envergadura del sucedido aquel 26 de marzo de 1812, elevaría su rango de «héroe nacional» al de «héroe mitológico». A la naturaleza no se le enfrenta con la cotidiana andanza de cualquier mortal, sino a través de un fenómeno destructor y de un desastre consecuente con ello. Lo que José Domingo Díaz nunca se figuró mientras señalaba la impiedad de su sedicioso enemigo, fue que con ello contribuiría a enaltecer su imagen y su valentía, alimentando por siglos al ídolo independentista al que intentó destruir desde su inquebrantable convicción monárquica. Esta ha sido una paradoja jamás desentrañada, pues con aquello que se pretendió humillar la vehemencia de un exaltado criollo que corría como todos entonces igualmente sacudido por la escena del temblor, se avivó la llama de su mito y se robusteció la figura del héroe.

DOS POR UNO

Un espanto desolador acabaría por recorrer el Jueves Santo de 1812. A la hora de la procesión, varias ciudades se aprestaban al ritual de costumbre y, cubiertos por la decencia del momento, los feligreses iniciarían su caminata en silencio y con la correspondiente adoración a las imágenes. Por entonces esto tendría que iniciar a las cuatro de la tarde. Siete minutos después, en Caracas, y luego de los primeros pasos, un estremecimiento imponderable asaltó la circunspección de todos y comenzó a tragarse los edificios, las casas y hasta la vida misma. Una suerte similar se habría de correr en La Guaira, Barquisimeto, San Felipe y decenas de otras localidades menores interpuestas entre ellas. En el litoral central testigos aseguraban que apenas tres casas quedaron en pie, mientras que los sobrevivientes de las serranías de Aroa decían que de la montaña salió fuego, al tiempo que una gran cantidad de rocas se desprendía de sus faldas. El cuartel San Carlos en la capital sepultó a unos quinientos hombres, y en Barquisimeto se reportaron alrededor de mil fallecimientos. Fue un día de lutos interminables y el comienzo del fin para la Primera República.

El día 26 de marzo a las cuatro y siete minutos de la tarde un fuerte terremoto arruinó la mayor parte de los edificios de esta Ciudad y privó de la vida a más de mil personas⁸⁷.

87 Juan Germán Roscio a Luis López Méndez, Caracas, 9 de abril de 1812, Archivo de la Fundación Boulton, C-13, Folios 100-103.

El terremoto... acaeció el jueves santo 26 de marzo de 1812 a las cuatro y siete minutos de la tarde, y fue uno de los mayores y más espantosos que se han visto en el globo. Se sintió desde el golfo de Paria hasta Santa Fe, en toda la costa hasta Cartagena, y en la mar á muchas leguas de distancia; pero su mayor fuerza no corrió seguida, ni en dirección fija, pues saltó de Caracas á San Felipe y Barquisimeto, y luego á Mérida, quedando estas cuatro ciudades enteramente arruinadas, y con muy corto o casi ningún daño las muchas poblaciones intermedias⁸⁸.

Se supo la hora exacta de la hecatombe por el reloj de la catedral: 4:07. El impulso del temblor dañó el reloj y lo detuvo al instante de su cruda aparición. Fue la hora de Caracas, es decir: la de la capital de la provincia o de la república, según los ojos que la contemplasen, y la de la capital del arzobispado. Una hora indiscutible pues no sólo le acompañaba la evidencia física y mecánica del reloj descompuesto, sino que representaba de suyo la hora de la ciudad más importante de la región. De pocos relojes públicos se sabe para el momento, pues apenas existía éste y el de Mérida, entonces desmantelado por hallarse la catedral en proceso de construcción. La hora de Caracas fue la hora del temblor.

Días después llegó la noticia de la desgracia de Mérida. Allá el sismo dejó a la ciudad envuelta en la destrucción, rematando el drama de la escena el sábado siguiente, cuando la despertó un incendio. El obispo de la ciudad corrió la peor de las suertes cuando el terremoto le halló intentando salir apresuradamente de su palacio y la puerta le aplastó junto a dos curas y tres colegiales. Todos murieron, y fue necesario remover los escombros hasta el día siguiente para rescatar su cuerpo e inhumarlo en la iglesia de San Francisco. Fue un entierro sin pompa ni dignidad...

88 José Francisco Heredia, *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*, Librería de Garnier Hermanos, París, 1895, pp. 45-47.

Todo sucedió la misma tarde del mismo Jueves Santo. Los escenarios fueron similares en cada lugar, ajustados además a la rigurosidad ceremonial que un ritual cristiano puede asegurar. Cada ciudad, cada localidad, cada iglesia parroquial o catedral se hallaba adornada y dispuesta a cumplir con el sagrado mandato. Cuando se sumaron todas las noticias, la conclusión resultó inevitable: en ochocientos kilómetros a la redonda, un terremoto destruyó todo lo que pudo a su paso. Así, desde Caracas hasta Mérida, aquella onda sísmica subió montañas, cruzó ríos, se estaqueó en las espadañas y sacudió el primer intento republicano de la historia de Venezuela. Para entonces y para la historia, se trató de un solo temblor que ocurrió a la misma hora.

Sin embargo, un detalle ha venido a dar a la vista de las investigaciones casi doscientos años después: mientras en Caracas el reloj se averiaba a las 4:07 de la tarde, en Mérida los testimonios aseguraban que el temblor se sintió a las 5:00... Es esta una diferencia que cambia la historia.

Hasta 1912, justo en plenos albores del gobierno de Juan Vicente Gómez, la hora del territorio actualmente venezolano no habría de ser homologada. Comisiones de ingenieros destacadas por el gobierno nacional viajaron por todo el país para detectar la posición relativa de cada una de las localidades, villas, caseríos o ciudades, tomando como centro a las plazas; es decir, esa posición relativa fue medida desde cada «plaza Bolívar» de Venezuela. Así, no solamente se ajustaron distancias superficiales entre Caracas y el resto del territorio, sino que también se señaló la diferencia horaria entre cada una y con relación al centro. Este era un ejercicio que ya se realizaba desde la segunda mitad del siglo XIX, y cuenta con publicaciones que se encontraban al alcance de la mano, como el *Almanaque para todos de Rojas Hermanos* que se editaba todos los años⁸⁹, o bien más tarde en el impresionante esfuerzo que al respecto realizaría Manuel Landaeta Rosales con su *Gran Recopilación*

89 Como un ejemplo puede referirse al *Almanaque para todos* de Rojas Hermanos, que editó Arístides Rojas en 1874 (Rojas Hermanos Editores, Caracas), y que continuaría editando por mucho tiempo. Todavía en el presente pueden conseguirse estas publicaciones en el centro de Caracas.

Geográfica de 1889⁹⁰. En estos trabajos se observaban las distancias físicas y la diferencia horaria que guardaba la capital con cada rincón del territorio, siendo todo ello de dominio público.

Los resultados de estas mediciones dejan ver que el paso del sol no sucede al mismo tiempo para cada uno de los lugares del territorio. Según el *Almanaque* de Rojas, cuando en Caracas daban las 12 del día, en Mérida sonaban las 11hs 44' 6"; Landaeta Rosales llevó la diferencia un poco más allá: 11: 44' 6" 7 décimas. Esto permite concluir que existe una diferencia natural de 16 minutos aproximadamente entre ambos horarios. Antes de estas precisiones, la hora de cada lugar era ajustada de acuerdo a la luz solar.

Más atrás de la vida republicana, el tiempo era llevado por la Iglesia, tal como fue su función durante siglos. Esta tradición centenaria le otorgó a los religiosos una propiedad sobre la medición del tiempo que no era compartida con el resto de la sociedad, salvo por los propios relojeros, personajes nada comunes en una realidad como la de las colonias iberoamericanas.

La vida de los sacerdotes contenía una función pública que siempre estaba signada por horarios y calendarios que obligatoriamente debían cumplirse. Estos horarios no podrían estar, obviamente, limitados a la existencia y al funcionamiento de relojes mecánicos; de lo contrario, los rituales que durante siglos practicó la Iglesia jamás hubieran podido realizarse. Previamente a la existencia de los relojes, los religiosos llevaban la precisión de sus tareas sobre la base de la división que del día hace el sol. Este ejercicio, de siglos de tradición seminarista y abacial, todavía se practicaba con rigor durante los primeros años del siglo XIX, en los confines por donde aún no había llegado la tecnología del tiempo.

Para obedecer con la ceremoniosa y disciplinada precisión del caso a las rutinas diarias de los rezos, las iglesias llamaban a cada uno de ellos con un toque de campanas. La precisión de los toques debía

90 Manuel Landaeta Rosales, *Gran Recopilación Geográfica, Estadística e Histórica de Venezuela*, 2 tomos, editado por Decreto Presidencial del 21 de noviembre de 1889.

ajustarse con el horario de cada lugar, lo cual se seguía de la mano de la luz solar. Esta tarea estaba a cargo de semaneros, campaneros y despertadores, funciones y oficios que se llevaban con inflexibilidad pues de ellos dependía el cumplimiento de los rituales. Todo ello se asentaba en ceremoniales que eran obedecidos al pie de la letra por los sacerdotes. Uno de los más consultados ceremoniales en el siglo XVIII, por ejemplo, señalaba lo siguiente:

El Despertador es el primer acreedor a la campana, y debe ser muy solícito y puntual en tocar a sus horas; porque de su descuido, se sigue, el perturbarse los actos de Comunidad. A su cuidado está el reloj, y atienda a que esté igual con el de la Iglesia mayor, o con el de la ciudad, o lugar; y donde no lo hubiere, con el de Sol, con quien lo ajusta al nacer, y al ponerse. Para despertar a Maitines, y a Prima, pondrá el despertador de forma que caiga un cuarto de hora antes, y así que lo oiga, deponiendo su pereza, se levantará, y avisará al Religioso que ha de tocar la campana (...) ⁹¹.

Sin embargo, los relojes también cumplían una función pública, pues con ellos se seguían las rutinas de la cotidianidad en el resto de la sociedad también. Cuando en Caracas se dieron a la tarea de recomponer el reloj dañado con el sismo, las autoridades eclesiásticas lo hicieron bajo la convicción de su necesidad, pues se trataba...

... de una obligación Santa cual es, y debe reputarse el presente caso, la colocación de estos relojes públicos en las torres de catedrales, Parroquias, y Monasterios no ha sido solo su objeto el adorno, el primero y principal ha sido y es la utilidad pública (...) La colocación de relojes públicos se hace en las torres y estas sólo las tienen las Iglesias (...) Una elevada y enorme torre su mejor ornato es un buen reloj; (...) son muchas las gentes que

91 Sebastián de Málaga, *Ceremonial Romano-Seráfico de los menores capuchinos de N. S. P. S. Francisco según orden de N. S. Romana Iglesia*, Imprenta de la S.S. Trinidad, Granada, 1720. Capítulo XXVI, «Del uso de la campana, y obligación del Despertador», pp. 190-191.

le necesitan para asistir a sus ocupaciones cuando deben, hasta los pobres enfermos carecen de él para la subministración a tiempo de remedios y alimentos...⁹²

De esta forma es posible advertir la mencionada propiedad sobre el paso del tiempo y su medición que descansaba en los religiosos de la época, como parte de sus obligaciones diarias y como una de las formas de relacionarse con las comunidades a las que asistían espiritualmente. Esto conduce a comprender que sus aseveraciones sobre las horas, cada vez que se daba cuenta de algún suceso, han de ser asumidas como estimaciones confiables. Pues bien, el testimonio que asegura que el sismo tuvo lugar en Mérida a las cinco de la tarde, y no a las 4:07, lo habría de dar un religioso: Mariano de Talavera, entonces secretario del difunto prelado Milanés y futuro obispo de Tricala. Su carta dio la vuelta a todo el reino de la Nueva Granada, sirvió de noticia a Maracaibo, a Caracas y al resto de las partes involucradas en las disputas de la Primera República, y hasta fue publicada en la *Gaceta de Cundinamarca*.

El Jueves Santo, a las cinco de la tarde, al salir el señor Obispo de la Catedral de celebrar el lavatorio, comenzó un espantoso terremoto, que con la interrupción de poco más de un minuto, arruinó enteramente esta ciudad⁹³.

El testimonio de Talavera tuvo réplicas. Otras cartas contemporáneas se refirieron a las cinco de la tarde como la hora del temblor, a pesar de que el mayor peso estuvo sostenido por las agujas del reloj de Caracas. Cuando se dio parte oficial de la muerte del obispo emeritense, la arquidiócesis caraqueña tomó por cierta la hora de su ciudad, y en la partida de entierro del obispo, redactada semanas después de su

92 Archivo Arquidiocesano de Caracas, Sección Cabildo Catedralicio, Carpeta 7ec, Documento 29, *Expediente sobre la reparación del reloj de la Catedral de Caracas*, 2 de noviembre de 1812.

93 Tomada del libro de Luis Febres Cordero, *El terremoto de Cúcuta*, Editorial Minerva, Bogotá, 1926, p. 461.

sepultura, fue colocada la hora de la entidad superior, antes que la de la ciudad sufragánea. El centro institucional que suponía Caracas eclipsó testimonios y diferencias horarias: la hora del arzobispado es la que suena en su reloj catedralicio, y no en iglesias subalternas. Además, la prueba indiscutida del aparato dañado a la hora exacta del evento se convirtió en referente. Sin otros relojes públicos, éste se antojaba inexpugnable.

Para superar la documentación oficial y la confusión de horarios, se vuelve necesaria una revisión de lo acontecido aquel día, siguiendo los pasos de la ceremonia del Jueves Santo. Con ello es posible entender de qué estaba hablando Talavera cuando aseguraba que el «señor Obispo salía de celebrar el lavatorio», cuando en el caso de Caracas, al momento del temblor, aún no había salido la procesión:

Siendo aquel día Jueves Santo y estando en aquel preciso momento todos los lugares del culto repletos de gente para conmemorar el comienzo de la Pasión del Salvador por medio de una procesión publica que iba a salir por las calles algunos minutos más tarde...⁹⁴.

La procesión y la ceremonia del lavatorio de los pies no pueden coincidir, pues se trata de dos celebraciones pertenecientes a un mismo ritual. De acuerdo a los manuales eclesiásticos vigentes para la época y a la *Regla de Coro*⁹⁵ que regía las actividades religiosas en la Provincia de Venezuela desde el siglo XVII, el orden de las actividades en un Jueves Santo habría de ser como sigue: en la mañana (entre las 9:00 y las 10:00) los sacerdotes acuden a la Misa Crismal; una vez terminada la hora Nona (como a las 15:00), se comienzan los preparativos para la Misa Mayor; a las 15:30 se entra al Mandato (o sermón del Nuevo Mandamiento) que supone la misa; luego, como a las 16:00 debe dar inicio la procesión y más tarde el ritual del lavatorio de los pies.

94 «Terrible calamidad», *Suplemento a la Gaceta de Saint Thomas*, jueves 9 de abril de 1812, Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Traslados del Foreign Office.

95 *Regla de Coro de la Santa Iglesia Metropolitana de Caracas*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1879.

Estas actividades se han flexibilizado con el tiempo y hoy ya no se ejecutan de la misma manera. Por entonces la liturgia comenzaba por vestir de blanco a todas las iglesias. Se guardaba silencio por tres días (miércoles, jueves y viernes), sin tocar las campanas; en sustitución de éstas, se hacía sonar un *crepitúsculo*, que los religiosos se negaban a llamar «matraca», como lo hacía el resto de la gente. Se removían las velas para mantener a oscuras los espacios, en alusión al luto por la muerte de Cristo, dejando encendida solamente una muy grande que representaba su luz, y se cantaba el *Gloria in excelsis* cuando daban las Tinieblas al anochecer. El Jueves Santo se conoce en inglés como el *Maundy Thursday*, por tratarse del «día del mandato», siguiendo lo ordenado por Jesús cuando al lavar los pies de sus discípulos señaló que con eso cumplirían el «mandato de amor al prójimo».

Curiosamente, una de las actividades de este día de rituales supone que al concluir la Misa Crismal se esconde por unos instantes la gran vela que representa a Cristo, dejando a oscuras la nave de la iglesia (de allí la asociación con las «tinieblas») en referencia a su fallecimiento. Al instante se las ingenian para hacer sentir un gran ruido, en forma de estrépito, que simboliza la convulsión en la naturaleza por su muerte. En un mundo sólidamente asido a la lógica cristiana, el terremoto que tuvo lugar un Jueves Santo justo en medio de toda esta liturgia tan profundamente sentida, debió ser indefectiblemente asociado con causas mágicas, con merecidas penitencias, con reminiscencias de culpas y juicios finales.

Mientras en Caracas el sismo fue sentido justo antes de la procesión, en Mérida tuvo lugar tiempo después de finalizado el lavatorio. Esto sugiere volver a la diferencia de horarios entre ambas ciudades: 16 minutos. Es decir, cuando en la capital daban las 4:07 p.m., en Mérida habrían de ser las 3:51. Y cuando en Mérida dieron las cinco de la tarde, ya Caracas era un mar de sollozos y un montón de ruinas. La diferencia entre ambos eventos es de aproximadamente una hora, minutos más, minutos menos. Con esta precisión desaparece la imagen de un temblor con ochocientos kilómetros de destrucción y cobra vida prota-

gónica un evento que estuvo escondido tras papeles por casi dos siglos. Para la Primera República da lo mismo... fue el aciago día en donde colapsaron todas sus fuerzas.

Un terremoto devastador asoló Caracas a las 4:07 de la tarde y el otro destruyó Mérida alrededor de las 5. Si bien se trata de dos eventos diferentes, ambos se dieron cita en medio de los rituales sagrados del Mandato, confundiendo a todos en medio de escenarios que se presentaban similares en cada lugar, en cada contexto. Para la historiografía ha sido un mismo temblor, aquel contra el que luchó Bolívar y que costó el sufrimiento de la nación hasta hacerla gemir presa de sus escombros. Probablemente se trate de la alegoría más representativa y dramática con que los cristianos hayan asistido alguna vez a su ceremonia de Tinieblas, viendo con estupor las convulsiones de la naturaleza que durante mil ochocientos doce años y hasta entonces sólo habían entrado a escena en forma de estrépito artificial.

Parte III
Relatos de temblores

CUANDO DIOS Y LA NATURALEZA SE OPUSIERON A LOS MERCEDARIOS

Una silenciosa procesión de religiosos partió desde la casa del obispo Fray Mauro de Tovar un 28 de septiembre de 1641. Eran las tres de la tarde y el sopor de la siesta todavía flotaba en el aire de Caracas. Armada con hachas, machetes, cuchillos y barras, aquella peregrinación no tenía por objeto enfrentar a ningún engendro satánico o espíritu poseso; su destino era el oratorio y hospedería que los hermanos de La Merced habían levantado con gran dificultad pocos días antes. Encabezaban la sigilosa marcha el arcediano y el chantre de la catedral. Cruz de metal en alto y seguidos de criados, monaguillos y otros clérigos, llevaban la marcha de una cruzada. Circunspectos, de entrecejo comprometido con la misión, caminaban sin entonar letanías ni salves, yendo con pies presurosos y al mando del obispo, quien cerraba el grupo. Los congregados hacían un severo esfuerzo para que las herramientas que empuñaban no desprendieran ningún tipo de ruido a su paso por las calles. Esto era especialmente remarcado al deslizarse frente a la residencia del gobernador Ruy Fernández de Fuenmayor, quien para entonces vivía tres casas más abajo del mencionado oratorio.

Llegados al lugar, se dieron a la tarea de derribar aquella precaria construcción con sus instrumentos y sus propias manos. Algunos treparon las paredes y comenzaron a golpear fuertemente las vigas de madera y sus juntas con barras y palos; otros cortaban los horcones a hachazos y cuchilladas. Como la tarea era de envergadura y la violencia con la que pretendían echar al suelo aquella fundación no lograba su efecto de inmediato, optaron por tomar la linterna de aceite que llevaron al

sitio y con ella prendieron fuego al humilde oratorio que también servía de residencia a los mercedarios. Los religiosos agraviados rogaban con desesperación al reverendo obispo que cesara en su empeño destructivo, y a pesar de hallarse molestos con la acción, sus ruegos no estuvieron privados de las reverencias que debían presentar ante aquella autoridad. Los custodios del obispo empujaron a los solicitantes hasta apartarlos de su vista y, en obediencia a las órdenes del prelado, llegaron a amarrar con cuerdas a uno más obstinado que se resistió a salir de la hospedería, el cual, a solicitud de Fray Mauro, fue traído ante su presencia para ser víctima de insultos y amenazas de excomunión que personalmente se dedicó a imponerle al desgraciado.

La incipiente iglesia mercedaria empezó a arder en llamas hasta abrasar toda la construcción y quemar las pertenencias que guardaba en su interior. El bahareque de las paredes se chamuscaba y la madera de las vigas rechinaba en chispas hacia el final de aquella tarde. El humo se reflejaba en la mirada vidriosa del obispo y velaba la silueta del Ávila, apenas distinguida en la penumbra de la hora. Esta era la segunda vez que tan alto dignatario destruía el oratorio y residencia de los mercedarios en aquel mes de septiembre... y la tercera en que esa construcción se venía al suelo durante ese mismo año de 1641.

El 11 de junio de ese año comenzó a temblar a las 8:30 de la mañana. Habían pasado trece días después del Corpus Christi y el obstinado obispo Tovar aseguraba que por haber servido «tan mal a su Divina Majestad Sacramentada» aquel día santo, la tierra se había sacudido «grandemente» haciendo «un destrozo miserabilísimo en esta ciudad de Santiago de León de Caracas». De acuerdo a su testimonio, «no hubo casa una ni ninguna de piedra o rafa o tapia, que no viniese totalmente al suelo, o por lo menos no hiciese tan grande sentimiento que no se pueda en mucho tiempo vivir»⁹⁶. El gobernador Fernández de Fuenmayor, diciendo algo similar, aseguraría que el sismo tuvo

96 Archivo General de Indias, sección Audiencia de Santo Domingo, legajo 218. *Relación de Fray Mauro de Tovar, Obispo de Venezuela, dirigida al rey*. Caracas, 14 de agosto de 1641.

tanta «violencia que se cayeron al suelo todos los templos y casas de esta ciudad, la mayor parte, y las que no cayeron quedaron rendidas de suerte que no se pueden habitar»⁹⁷.

El obispo contaba que la catedral se abrió por diferentes partes y que en ella se vino abajo la capilla mayor y el campanario, pero que afortunadamente «no pereció en ella persona ninguna». Se derrumbó casi toda la iglesia de San Francisco, pereciendo mucha gente cuando cayó su enorme puerta. Unas cuadras más allá, la iglesia de San Jacinto quedó rendida, pero sin caer. El gobernador decía que el santísimo sacramento fue llevado a la plaza, «por no haber otra parte más segura y decente donde ponerlo». Al norte de la ciudad, la casa de hospedería y oratorio de los mercedarios había quedado destruida con los embates del temblor.

Los hermanos de esta orden habían arribado a Caracas en octubre de 1637, procedentes de Santo Domingo. Llegaron como capellanes del flamante gobernador, Ruy Fernández de Fuenmayor, quien venía del mismo lugar y asumiría su cargo desde el 28 de ese mes⁹⁸. Pasó poco tiempo luego de la llegada de los mercedarios, y gracias a su proximidad al nuevo gobernador, fueron recibidos con beneplácito. Un buen vecino y devoto de la Virgen de La Merced, el Maestre de Campo Domingo Vásquez de Rojas, les donó una de sus propiedades. Se trataba de una amplia casa de dos plantas, con techos de tejas y un terreno de contiguo, ubicada muy cerca de la entrada hacia el camino que conducía a La Guaira. Esta donación era una de las expresiones materiales que desnudaban el vínculo entre Fernández de Fuenmayor y Vásquez de Rojas, pues poco tiempo después el gobernador contraería nupcias con Leonor Jacinta, la hija del benefactor.

97 Archivo General de Indias, sección Audiencia de Santo Domingo, legajo 216-A. *Relación de Ruy Fernández de Fuenmayor, Gobernador de la Provincia de Venezuela*, Caracas, 11 de junio de 1641, poco tiempo después de que golpeará el terremoto.

98 Toda la información sobre la vida colonial de la orden de La Merced se encuentra en la obra de Lucas Guillermo Castillo Lara, *Los mercedarios y la vida política y social de Caracas en los siglos XVII y XVIII*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1980, 2 tomos.

Los religiosos de inmediato levantaron allí un oratorio y convirtieron el lugar en una hospedería. En ese mismo oratorio habría de casarse el gobernador en 1640. Toda esta proximidad levantó recelos entre los caraqueños, poco habituados a que recién llegados tomaran sus escenas tan repentinamente. Las ojerizas partieron del cabildo eclesiástico y de las otras órdenes, hallando una especial y feroz resistencia, más tarde, en el obispo Tovar. Aquella relación tan cercana entre mercedarios y gobernador contribuyó a que esos religiosos dispusiesen con rapidez de permisos y respaldos para sus objetivos que, aunque laudables, resultaban incómodos entre sus vecinos y colegas. Una vez acomodada la casa donada por Vásquez de Rojas y ya con el oratorio funcionando, sólo faltaba obtener una licencia eclesiástica para convertir el lugar en iglesia.

Los hermanos de La Merced eran apenas dos: Fray Juan de Espinosa y Fray Baltasar de Jaque. Fungían de capellanes privados de Fernández de Fuenmayor y pronto se ganaron la enemistad de las autoridades religiosas de la ciudad, especialmente por las intromisiones del nuevo gobernador en los asuntos de la Iglesia, quien intentaba intermediar entre las disputas internas que sostenían los miembros del cabildo eclesiástico. En medio de estas intromisiones arribaría a Caracas el nuevo obispo designado a tal fin (con motivo de la muerte de su antecesor en el cargo, Juan López Agurto de la Mata) hacia finales de 1640. Benedictino de formación, Fray Mauro de Tovar toma posesión el 20 de diciembre de ese año.

Dos años antes, en 1638 y gracias a la presión del recién llegado gobernador, los mercedarios habían obtenido muy rápidamente la licencia para oratorio. Esto se logró a pesar de que en la decisión se resaltaba que la casa está «fuera de la ciudad», a «muy larga distancia», y «apartada de todas las iglesias». Aún así, los religiosos de La Merced se alzaron con la aprobación.

A la llegada de Tovar, los mercedarios ya contaban con su precario convento y lugar de oración; pero esto no fue muy bien digerido por el flamante obispo en turno. También llegaba esta nueva autoridad en medio de unas tensas relaciones entre el cabildo eclesiástico y el gobernador,

quien recreaba sus veleidades con autoritarismo. Se le había antojado que las dignidades eclesiásticas de cabildo saliesen a recibirlo con honores y devoción cada vez que él arribara a la iglesia catedral, lo cual conminó a que se obedeciese mientras el cargo de obispo se encontraba vacante, entre la muerte de uno y el arribo del otro. Una vez que logró esto, en un desmán de triunfalismo y descortesía, simplemente dejó de asistir a la catedral y decidió ir a las misas en la iglesia de San Jacinto.

Fray Mauro de Tovar vino a poner freno en estos asuntos. Convencido de que los mercedarios gozaban de un apoyo extralimitado por parte del gobernador, el obispo la emprendió contra ellos, literalmente. Su posición agria ante Fernández de Fuenmayor se agudizó con el día del Corpus Christi, pues el gobernador, las autoridades civiles y buena parte de la ciudad, no asistieron a la misa de la catedral (como corresponde con la talla de la ceremonia), sino que acabaron por ir a la ermita de San Mauricio. Este gesto irritó al prelado irreversiblemente. Cuando el terremoto irrumpió en Caracas la mañana del 11 de junio, Fray Mauro no dudó en señalar a aquel irrespeto como la causa de la cólera divina. Con Dios enfurecido, todos los mortales y sus obras habrían de temblar irremediabilmente.

El obispo se quejaba de las desatenciones del gobernador luego del terremoto. De acuerdo a su criterio, no asistía a las labores de rescate entre las ruinas y apenas si estuvo presente en la misa que se dio en la plaza mayor. De todo ello Fray Mauro daba cuenta al rey al lado de su relación de daños. Pero Fernández de Fuenmayor tenía testigos que aseguraban lo contrario: según su versión, se dio a la tarea de desenterrar cuerpos entre los escombros, dispuso que se hiciese casabe a su costa para alimentar a la población, y hasta se encargó personalmente del reparto en algunas ocasiones; «... después del dicho suceso acá no ha habido tanto ni tan barato muchos años ha, y la misma baratera ha sido y es de los demás mantenimientos de carne, aves y lo demás y los pobres en este tiempo han sido más socorridos que nunca»⁹⁹.

99 *Testimonio para desvirtuar informes del obispo Tovar*, citado en el libro de Castillo Lara, tomo I, p. 89.

El temblor tomó al gobernador orando donde los mercedarios de camino hacia La Guaira. Cuando la tierra comenzó a agitarse, Fernández de Fuenmayor corrió ágil hacia la calle; al salir, un pedazo de tapia cayó sobre uno de sus hombros, salvando su vida por centímetros. Por entonces, los hermanos de La Merced eran sólo tres: el padre Espinosa, fundador del oratorio, el procurador Francisco de Góngora y el hermano lego Blas de Freitas. Entre ellos, y con ayuda de la vecindad, se aprestaron rápidamente a levantar el oratorio y la hospedería, pues aquel era también su lugar de residencia. En menos de dos meses ya contaban con una capilla provisional funcionando como sitio de oración. Mientras tanto, el obispo Tovar, vigilante de todo, les dejaba trabajar en el restablecimiento de su lugar sin expresar contradicción alguna... No obstante, en su distancia y silencio fraguaba una arremetida tan destructora como el propio terremoto.

El 29 de agosto de 1641, el sorprendente obispo redactó un decreto con el cual ordenaría la demolición del oratorio, basándose en que toda construcción con fines religiosos estaba sujeta a las normativas eclesiásticas; y que la licencia anterior con la cual funcionaba se había extinguido al desaparecer la edificación con el temblor: sin oratorio, el permiso no tenía objeto. Los mercedarios no atendieron el edicto y prosiguieron en la construcción del templo, ante lo cual Fray Mauro fue más enfático y así le dijo al padre Espinosa:

... que no sólo no prosiga en la dicha obra sino que demuela, derribe y deshaga la dicha nueva casa de paja que había levantado para Iglesia, dentro de seis días de la notificación de ese Auto, y en el ínterin no diga misa en ella ni permita la diga sacerdote alguno, secular o regular, so pena de excomunión mayor...¹⁰⁰.

Los religiosos de La Merced declinaron y protestaron la decisión del obispo, pero sin ningún éxito. Cuando llegó el 7 de septiembre

100 Archivo Arquidiocesano de Caracas, Documentos Episcopales, legajo Fray Mauro de Tovar, año 1640 a 1653, carpeta titulada *Doce expedientes de causas substanciales en distintas ciudades*.

(fecha indicada para que el oratorio estuviese demolido), ante la desobediencia de su mandato, Fray Mauro de Tovar decidió ejecutar personal y directamente su propia orden. Convocó, entonces, a todo el clero a primera hora de la tarde. Partieron en procesión, cruz en alto y vestidos para el caso, enarbolando instrumentos que contradecían la quietud y decencia propias de los hombres de hábitos. Palos, barras, machetes, hachas y cuchillos desfilaban entre letanías y salves que se entonaban como cánticos de estímulo al soldado que va la guerra. Yendo hacia el norte, rumbo al oratorio recién reconstruido y transitando por la calle de la catedral, aquella romería tenía prohibido decirle al común cuál era su destino y su misión. Tampoco estuvo permitido que la gente acompañara la marcha, a pesar de que la curiosidad les devoraba por dentro, pues el obispo, quien cerraba el pelotón, amenazó con excomulgar a todo el que se atreviera a seguirles.

Arribados al lugar, de inmediato fueron flanqueados por los mercenarios. Sin atender los reclamos del padre Espinosa que enervado increpó la injusticia, le echó fuera de la casa a empellones y le advirtió que sería encarcelado y sometido al cepo por encima de cualquier amparo legal al que intentase recurrir el ofendido cura. Entonces inició el destrozo:

... hizo pedazos puertas y ventanas de la dicha iglesia con barras y otros instrumentos que llevó al propósito, haciendo mayor la injuria con palabras ignominiosas que me dijo el dicho Sr. Obispo y su Deán diciendo que no había jurisdicción Real, y de obra malos tratamientos que me hizo con manos violentas el dicho Sr. Obispo, previniendo para que no hubiese testigos el mandar con excomunión a todos los seglares que querían acompañar la procesión que no lo hiciesen¹⁰¹.

El obispo aseguraba que estaban allí por «la causa de Dios» y en «defensa de su Jurisdicción eclesiástica». Atajando posibles intervencio-

101 Archivo General de Indias, audiencia Santo Domingo, legajo 216-A, *Cartas y expedientes del Gobernador de Caracas*, 1641-1649, expediente «Autos sobre haber demolido el Obispo de Venezuela la Casa de Hospedería e Iglesia de los Religiosos de la Orden de Nra. Sra. de la Merced, Redención de Cautivos».

nes del gobernador en defensa de sus buenos amigos los mercedarios, el severo prelado aseguró:

... podrá ser que alguien quiera oponerse a lo que venimos a hacer y resistirlo, en virtud de santa obediencia so pena de excomunión mayor, que nadie trabaje palabras ni pendencia con quiera que pueda venir, no venimos más que a derribar y demoler este Oratorio nuevamente edificado...¹⁰²

«Manos a ello...», prosiguió Fray Mauro, y entregó las «barras de hierro para derribar los tabiques de bahareque, puertas y ventanas, y cuatro cuchillos chicos para cortar los bejucos y deshacer la enramada...». Demolido el oratorio y la hospedería, confiscó los bienes. Se llevó todo, hasta la imagen de la Virgen de La Merced, menos los muebles. No halló joyas ni alhajas, lo cual indica que los hermanos mercedarios quizás conocían desde más temprano aquella jugada y ampararon en casa de los vecinos las prendas más valiosas. En sus palabras de clausura del acto, sentenciaba con orgullo que «La Iglesia de Dios puede defenderse pero no ofender a nadie».

Así, la casa que Vásquez de Rojas había donado para futura iglesia de La Merced, se vino al suelo con el temblor del 11 de junio de 1641, y fue reconstruida con el esfuerzo de los pocos mercedarios allí residentes, más la colaboración de los devotos que se prestaron para ello. Luego, la ira de Dios, ahora encabezada por el obispo Tovar y ejecutada por el clero y unos machetes, la derrumbó un 7 de septiembre en nombre de la justicia divina y contra la voluntad del poder civil. Vuelta a levantar con la obstinación característica de las misiones evangelizadoras, fue nuevamente destruida el 28 de septiembre, ahora por una procesión sigilosa que evitó llamar la atención de los feligreses y del gobernador. En apenas tres meses, la primera iglesia de La Merced que existió en Caracas fue reducida a escombros y resucitada como parte de un juego perverso de poderes, puesto en práctica tantas veces

102 Citado así por Castillo Lara, tomo I, p. 103.

como fuese posible jugarlo. El terremoto de aquel año apenas fue una excusa en medio de tantas ojerizas y dudosas competencias.

Los mercedarios no habrían de levantar su iglesia nunca más, en tanto el enconado obispo permaneciese en su cargo. Eso no sucedió sino hasta 1655, cuando ya Fray Mauro de Tovar había partido hacia su nueva misión, el obispado de Chiapas. Sólo después de la salida de aquel feroz inquisidor, la orden de La Merced reconstruiría su templo y junto a ello su deseo de predicar en estas tierras. Se dice que en febrero de 1654, cuando Tovar embarcaba en La Guaira rumbo a México, sacudió sus zapatillas antes de subir a la nave y dijo: «De Caracas no quiero ni el polvo, ahí se los dejo».

MISTERIOSO LLANTO DE SANGRE EN LA GRITA

Mientras Agustina Gutiérrez moría «del susto a causa del temblor» del 26 de marzo de 1812 en Lagunillas¹⁰³, el antiguo Deán del cabildo catedralicio de Mérida, Francisco Javier de Irastorza, asumía las riendas del obispado emeritense a causa de la muerte de su predecesor, Santiago Hernández Milanés, fallecido en el terremoto. Desde allí despachó por un tiempo, mientras emprendía su marcha a Maracaibo, adonde planeaba mudar la sede del obispado. No tuvo tarea fácil, pues buena parte del clero no aprobaba la idea del traslado ni tenía interés en ver a Irastorza al frente de sus destinos. Poco a poco, esa resistencia cobró un tinte político claramente visible: mientras el nuevo prelado se manifestó abiertamente realista, muchos de los curas de su jurisdicción ya poseían ideas liberales bajo sus hábitos. Entre tintes y claridades, las autoridades eclesiásticas de la región habrían de protagonizar un episodio pintoresco que terminaría en milagro...¹⁰⁴

El 5 de julio, el padre Fernando José García, vicario de La Grita en aquel sacudido año, escribió al jefe interino del obispado solicitando asistencia para corroborar aquello que ya para muchos se desconataba como prodigio divino. Ese mismo 26 de marzo, «día memorable en todo el continente», como al mediodía, el padre Fernando decidió hacer una breve oración ante la imagen de Jesús Nazareno que descan-

103 Archivo Arquidiocesano de Mérida, sección *Libros Parroquiales*, carpeta 45, Libro 1, Partida de Defunción de Agustina Gutiérrez, San Juan de Lagunillas, Mérida, 27 de marzo de 1812.

104 Toda la información aquí presentada acerca de este asunto fue tomada del documento 10.351, sección *Curatos*, Caja N° 1, ubicada en el Archivo Arquidiocesano de Mérida.

sa en la iglesia de San Francisco de aquel pueblo. Estando de rodillas mientras rezaba, «reparé que de la Corona de Espinas, de los oídos y manos de dicha imagen, corría sangre fresca...». De inmediato le avisó «a algunos» quienes vieron lo mismo, pero al avisarle al cura de la parroquia, a éste «no le hizo impresión». El presbítero Juan Casimiro Mora, invitado por García a presenciar el hecho, «al ver la enunciada maravilla, le hizo tal impresión que me ha compelido fuertemente a que se haga auténtica información de la milagrosa efusión de sangre del rostro de la enunciada imagen...».

El padre Fernando, convencido de lo que vio, solicitaba la «diligencia para que se verifique con las formalidades que el caso pide» aquello que ya tenía al pueblo en estado de agitación. Proponía enviar a «un sujeto que distinga de colores para que examine si hay en esto verdadero milagro, como yo lo creo, y lo creen cuantos lo ven...». Suplicaba se le diese curso a lo solicitado «para honra y gloria de Dios y bien de las almas». El 15 de julio Irastorza comisionó al cura de la parroquia de Bailadores, José Antonio Mendoza, para que fuera a corroborar lo testimoniado por el religioso de La Grita. El prelado exigía que se «examinara con toda escrupulosidad y detención si es, y fue efecto de la encarnación de la pintura deshecha con el calor de las luces, y hay señales... de donde salió, y cómo se conserva». Si aquello pareciese «sobrenatural, recibirá información del Vicario Fernando García, que es el que representa, y de los demás testigos que lo vieron y advirtieron...».

El 4 de agosto Mendoza se dio por enterado en Bailadores y aceptó la misión. Al día siguiente ya se encontraba levantando información testimonial y verificando el fenómeno. Para esto último fue destacado don Anselmo Pernía, quien fungió de perito en el asunto, por ser el único que entendía de colores en la región. Pernía y Mendoza, juntos, se dieron a la tarea de examinar la sustancia en entredicho. Para el experimento, colocaron la imagen en la puerta de la iglesia para que la luz del día iluminara con más claridad el caso. Frotaron el rostro del entristecido Cristo varias veces, examinando con cuidado su reacción y comparando el líquido con el bermellón que a la sazón se utilizaba

para colorear de rojo las cosas. El resultado fue que ambos eran diferentes, ante lo cual Anselmo Pernía sentenciaría: «... parece no ser cosa natural ni efecto de la pintura».

Además del vicario García, otros habían contemplado el mismo fenómeno ese 26 de marzo, pero no se atrevieron a dar la voz de aviso para evitar las burlas. Esto declararon don Miguel Parra e Ignacio Alejo Rincón. Parra era quien estaba encargado de los arreglos y mantenimiento del Nazareno en la Semana Santa, y juró no haber visto nunca antes tal cosa. Él observó cómo corría la sangre por el rostro y por las manos de la imagen, y aseguró que la misma no había sido retocada o pintada últimamente. Rincón señaló que pudo ver la sangre fresca ese mismo día, pero que al día siguiente ya había dejado de manar.

Todas estas declaraciones formaban parte de la investigación. Bajo la dirección de José Antonio Mendoza, Fernando José García y Facundo Morales, notario público eclesiástico, fueron desfilando los testigos. El propio García hizo de declarante, y en su testimonio aseguró que:

... en el mismo acto se atemorizó demasiado, y juzgó ser algún castigo que estaba decretado del cielo sobre nosotros, y que por este medio quería su Divina Majestad apiadarse de nosotros, y le doy gracias por ello.

A José Antonio Guerrero, otro de los testigos y vecino de La Grita, se le preguntó si «al haber sentido los fuertes terremotos de aquel día, cuando se acercó a la dicha imagen llevaba mucho miedo o estaba fuera de sí». A través de una estratégica pregunta como ésta, los interrogadores de turno perseguían depurar las respuestas y capturar a los intimidados o asustadizos del caso, quienes de seguro habrían de tener la mirada intervenida por el miedo a los temblores y no habrían de advertir con serenidad lo que realmente estaba sucediendo. Guerrero contestó que:

... aunque tenía algún temor o susto por razón del terremoto... no por eso perdió el juicio ni era tanto el miedo que le quitase el conocimiento; pero

que en los otros días que sucesivamente lo vio se hallaba ya sin ningún temor, ni miedo, y lo encontró siempre del mismo modo.

La misión concluyó que aquello fue cosa sobrenatural, y elevó ante las autoridades el reporte del milagro: el Nazareno lloró sangre el 26 de marzo antes de que el sismo diera al traste con las aspiraciones de la Primera República. Imbuidos en otras prioridades, los notables eclesiásticos atinaron a darse por enterados del asunto y no prestarle más atención que la brindada hasta entonces. El caso quedó archivado para siempre. Como todos los anuncios que provienen del más allá, esta profecía revelada en el rostro de la imagen no fue tomada en cuenta a tiempo y salió a la luz luego de cumplirse. El vehículo del vaticinio, en esta oportunidad, se manifestó codificado en forma de sangre camuflada con pintura, y resistió la prueba de la verificación experimental a la que fue sometida. Poco después de estos misterios de la fe se iniciarían los primeros pasos de la guerra y ya los Andes no volverían a ser los mismos. El castigo del terremoto fue, en aquella lógica cristiana, una advertencia divina sobre el inminente y nefasto porvenir de los pueblos... aunque jamás se sabrá exactamente a quien estuvo dirigida.

HÉROES ENTRE SISMOS

Los ejércitos libertadores que se pasearon por América a principios del siglo XIX recrearon las penetrantes andanzas de los conquistadores de comienzos del siglo XVI. La idea de la libertad, poco común entre las gentes allá en tiempos de héroes decimonónicos, tuvo que ser inculcada como una enseñanza inolvidable, y para ello nunca existió el tiempo didáctico con el cual convocar y plasmar esos iluminados valores entre los flamantes ciudadanos. La nueva soberanía y la igualdad penetraron entre letra y sangre, entre hazañas y saqueos, entre las nuevas instituciones ilustradas y el pueblo llano analfabeto. Estos ejércitos, comandados por héroes que comienzan a medirse en estatura a partir del tamaño del Libertador, forjaron la libertad luchando contra el desgajado imperio español y contra una naturaleza jamás domesticada por entonces, convertida en enemigo armado con distancias y volúmenes, temperaturas inclementes y fenómenos aplastantes. La experiencia en campaña de los libertadores fue similar a la de los conquistadores, aunque, en este caso, su esfuerzo de escala continental tuvo como destino la independencia y no la sujeción colonial.

En aquellos días en que la igualdad cabalgaba vestida de lanza y fusil, los derechos del hombre y la nación trepaban montañas y atravesaban llanos interminables para demostrar que la lucha poseía un destino común a todos. Barajados en ello y arrebatados de razón, los fundadores de las repúblicas emprendieron sus caminos a pesar de tener que hacerlos al andar. Sus vidas se perdieron antes de perderlas para siempre, pues conjugaron sus cuerpos con los elementos y las topografías, entre amaneceres y tempestades, páramos y tibiezas. Entendieron a los fenómenos como

enemigos circunstanciales o como manifestaciones cuyas leyes podían estar al alcance de sus manos, y libraron batallas interminables contra ellos, muchas de las cuales continuaron hasta después de sus muertes.

Enfrentar al ambiente y sus escenarios, como parte indefectible de las empresas militares, fue una prueba insoslayable para la independencia en América. Con una propuesta bélica de largo aliento, héroes y pueblos, guerreros y ciudadanos, forjaron el temple necesario para levantar repúblicas. No obstante, y con el tiempo, la naturaleza grabó en almas y cuerpos el precio de las campañas y cruzadas, consumió resistencias y permaneció allí, inadvertida de fundaciones nacionales y alzada como un horizonte al que había que vencer, más tarde o más temprano. Por ello, la relación con la naturaleza fue asumida como conquista, como una extensión misma de la independencia, como la materialización de la propiedad sobre la tierra en que se vive, como el derecho indiscutible a hacer suya la «patria».

En el caso del proceso de independencia venezolano, la naturaleza fue un obstáculo tempranero que se hizo presente desde los albores de la propuesta libertaria, justo cuando la Primera República se aprestaba a contar con un año de fundada. Allá en marzo de 1812 ocurrió el fenómeno telúrico más significativo de la historia de la nación, ya por su extensión y capacidad destructora, como también por el significado histórico de aquella destrucción. En esas escenas emergió don Simón Bolívar, entonces un joven coronel cuya vehemencia le conduciría a amenazar de muerte a un exaltado sacerdote que intentaba arrastrar a los creyentes hacia la compunción y la culpa. No era su papel en aquel momento poner el orden con criterio asistencial. Sin embargo, el destino reservaría otras escenas de ruina y escombros para que el Libertador tallara su impronta de líder, algo que tendrá lugar quince años después, más allá de los Andes y en suelo colombiano.

Fue el 16 de noviembre de 1827, cerca de las seis de la tarde, cuando se estremeció la otrora sede del virreinato de la Nueva Granada. El escritor bogotano Juan Francisco Ortiz, testigo y sobreviviente del terremoto, diría que cuando empezó el temblor «traquearon los enmadera-

mientos, chirriaron las puertas, y la casa se estremeció y se ladeó, como una barca en la tempestad». El temor que abrazó a todos en aquellos momentos quedó plasmado en la descripción que hace del mismo:

El pavor que teníamos era tal y tan grande, que tiritábamos de pies a cabeza, dando diente con diente, como los que tienen fríos y calenturas, hasta las gallinas de corral estaban por el suelo, con las alas extendidas, como agarrándose de la tierra¹⁰⁵.

A Bolívar le tomó el terremoto en su residencia: «Yo, que por entonces me hallaba en mi quinta, no he tenido novedad, ni mi habitación ha sido dañada como ha sucedido en la ciudad»¹⁰⁶. De inmediato, el Libertador se dispuso a atender el asunto con prestancia. «El General Bolívar, en el mismo momento en que cesó el terrible desastre, adoptó todas las medidas que su prudencia dictaba para evitar mayores calamidades», diría una carta enviada por el coronel Wilson, destacado en Bogotá al momento del sismo¹⁰⁷. Con la experiencia de un terremoto como el que le sorprendió en Caracas, el ahora presidente grancolombiano ordenó a los soldados patrullar las calles para prevenir robos y colaborar con el rescate de las víctimas de entre los escombros.

José Manuel Restrepo, Secretario del Interior de Colombia a la sazón, escribiría por disposición directa de Bolívar una circular sobre el asunto a todos los departamentos, de la cual llegaría una copia al intendente de Venezuela con los detalles, dando informes que «... el Libertador Presidente me ha ordenado comunicarlos con exactitud a V. S». Las autoridades de la ciudad se habían esforzado por guardar el orden, no solamente por la responsabilidad que al respecto cargaban, sino también por hallarse presente el Libertador, a quien guarda-

105 *Reminiscencias*, Prensas de la Biblioteca Nacional, Bogotá, 1946, p. 116.

106 «Cartas inéditas de Bolívar al General Mosquera», publicadas en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 28, números 323-324, sep-oct, 1941, Bogotá, p. 535.

107 Carta del coronel Wilson inserta en el *Diario de un diplomático británico en Venezuela, 1825-1842*, original de sir Robert Ker Porter, publicado por la Fundación Polar, Caracas, 1997, p. 294.

ban mayor respeto plantados frente a su estampa que ante su ausencia. Además, él mismo daba el ejemplo, pues personalmente se dedicó a visitar las zonas afectadas: «Anduvo a caballo de un lado a otro hasta la medianoche dando sus órdenes de precaución y alivio».

Las medidas de Bolívar no terminaron allí. Preocupado por el orden en general, y consciente de las amenazas naturales propias de la región, extendió el 22 de diciembre de ese mismo año un decreto sobre Jefes de *Policía*¹⁰⁸, el cual atendía, entre muchas otras cosas, lo siguiente: «descargar» los edificios que estuviesen al borde de una «inmediata ruina»; «impedir los incendios» tomando «todas las precauciones que estimen convenientes»; «evitar las inundaciones de las ciudades, villas y parroquias que se hallen a su cuidado, construyendo para este fin diques, canales y demás obras que juzguen precisas, oyendo el dictamen de personas inteligentes»; «impedirán igualmente los derrumbamientos que se hagan en terreno de las poblaciones»; que «se refacciones los puentes y calzadas que hubieren sufrido algún daño»; habrían de velar, también, por que «no se arrojen basuras, cadáveres de animales, ni otras cosas que puedan obstruir o ensuciar» los lugares públicos¹⁰⁹.

Además de independizar pueblos, el Libertador aprendió a tomar en cuenta la relación entre la sociedad y su entorno ambiental, especialmente a partir de tantas experiencias terribles que, de una u otra manera, signaron su vida. «En todo tiempo las obras de los hombres han sido frágiles»¹¹⁰, diría en otra oportunidad, y quizás lo corroboraría en medio de aquel espantoso terremoto.

Fueron tiempos sacrificados, ásperos y sangrientos, aunque también elocuentes en tenacidad. Fue el contexto del advenimiento de la modernidad, trágico y violento, iluminado y vehemente. La humani-

108 El sentido de «policía» originalmente estaba concentrado en orden público en general, y no solamente en el aspecto represivo de esas funciones. Además, mencionar a la «policía» implicaba hacer referencia al orden mismo de la sociedad y de las comunidades, y no al cuerpo de funcionarios destacados para ello.

109 «Decreto sobre Policía General», Bogotá, 22 de diciembre de 1827, publicado en *Decretos del Libertador*, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, Los Teques, 1983, pp. 441-460.

110 Carta a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, publicada en Simón Bolívar, *Obras (Cartas, Proclamas y Discursos)*, Ediciones de la Cantv, Caracas, 1982, Vol. III, p. 889.

dad fue trastornada por el surgimiento de un nuevo paradigma: el de la razón, la libertad, la igualdad y la ciencia, todas herramientas flamantes con las cuales se comenzó a construir e interpretar la realidad de manera radicalmente opuesta al orden anterior. Un contexto como este sólo podía mantener la vida de un «libertador» en medio del tormento y las atribulaciones. Un héroe ha de estar preso de circunstancias siempre adversas, siempre calamitosas. Jamás le será fácil la vida, pues de lo contrario no alcanzaría semejante talla en la historia. Sus responsabilidades y laureles, eventualmente, habrían de significarle una tortura cotidiana con la que sólo se sumó mayor dramatismo a su existencia:

... ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada¹¹¹.

Aunque no se estaba refiriendo a las perturbaciones de la naturaleza ni a los terremotos que le tocó padecer, Bolívar ilustraba en su tormento la misma ansiedad con la que todos enfrentaron las convulsiones y fenómenos que se interpusieron en su camino hacia los objetivos trazados. «Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella», dijo después.

Seis años más tarde terminó su calvario... la muerte le halló a los 47 años cuando llevaba ya unos cuantos esperándola. Fue enterrado al pie del altar de San José, en la nave derecha de la Iglesia Catedral de Santa Marta. Allí estuvo en el anonimato y sin contar con una lápida que señalase su presencia en el lugar, ahora telúrica y abrazada a las profundidades. Dicen que cuando Santander pasó por la ciudad en 1832 se acercó al lugar y golpeó la tumba con sus pies exclamando «Aquí está enterrado...»¹¹².

111 Carta a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, publicada en Simón Bolívar, *Obras...*, p. 889.

112 Así lo señala Nicolasa Ujueta de Hamilton, en su libro *Manuel de Ujueta y Bisais*, Editorial Beyco, Manizales, 1937.

Esta no sería la única vez que la tumba habría de ser golpeada... El Libertador arrastró a su sepulcro las ojerizas y los conflictos que le persiguieron en vida a cada paso y en cada camino. Se llevó, también, la impronta de sus cruzadas, donde consumió su existencia enfrentando a todo lo que le tocó en suerte conquistar, incluso a la naturaleza. En sus luchas políticas y bélicas también halló por contendores silentes a las elevaciones y llanuras, a las lluvias y sequías, a los vientos y crecidas, y también a los temblores. La naturaleza fue su sombra y su desafío durante décadas, a la que vino a enfrentar por primera vez en la Caracas de 1812, allá cuando se le ocurrió hacerles saber a los atónitos feligreses de la esquina de San Jacinto que Dios y los fenómenos nada tenían en común. Volvió a vérselas con un sismo en la Bogotá de 1827, ahora con otros recursos, los de la autoridad y la responsabilidad. De ese terremoto, así como de aquel que le sacudió la fe en un Jueves Santo, pudo huir; pero no habría de escapar una vez enterrado, cuando se le agotaron todas las maniobras evasivas y su don de mando intimidante.

El 22 de mayo de 1834 enfrentó otro terremoto, ahora desde la catedral de Santa Marta: la tumba que disimulaba su grandeza ante sus detractores finalmente se agrietó con el temblor, y su descanso eterno fue cimbrado desde el fondo del continente al que de una vez y para siempre decidió independizar.

... por todas partes me asaltan los espantosos ruidos de las caídas, *mi época es de catástrofes*: todo nace y muere a mi vista como si fuese relámpago, todo no hace más que pasar, ¡y necio de mí si me lisonjease quedar en pie firme en medio de tales convulsiones, en medio de tantas ruinas, en medio del trastorno moral del universo! ... ¿y yo de pie?, no puede ser, debo caer¹¹³.

113 Carta a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824, publicada en Simón Bolívar, *Obras...*, p. 889. Las cursivas pertenecen a este trabajo.

EL DÍA QUE SE ACABÓ EL MUNDO EN LOS ANDES

El 6 de marzo de 1894 la ciudad de Mérida se preparaba para celebrar, una vez más y como cada año, el aniversario del terremoto del 26 de marzo de 1812. El Concejo Municipal del Distrito Libertador decretó como de «obligatoria observancia» la conmemoración de tan aciaga fecha, a partir de haber «reconocido y aceptado por la tradición constante de muchos años» la «religiosidad» con la que se celebraba la memoria de aquel día. La municipalidad anunciaba en este decreto el haber «hallado en su archivo una acta de Cabildo, de 10 de marzo de 1823, en que consta de referencia aquel voto público», al cual pretendía «darle el debido cumplimiento». Aproximándose, pues, «el día 26 de marzo, 82º aniversario de la mencionada catástrofe, debe preverse, como de costumbre, a ser debida y plural celebración...». Los miembros del Concejo acordaron, igualmente, «publicar por la prensa el acta expresada», la cual, entre otras cosas, decía lo siguiente:

Y en atención a que se acerca ya el veintiséis de marzo, día en que quedó reducida a escombros esta ciudad con el gran terremoto del año de doce, y con cuya ruina hizo voto este Cuerpo de hacer anualmente una fiesta al Santísimo Sacramento, y para que en tiempo se pueda para esto recolectar entre el vecindario y parroquias circunvecinas alguna limosna, acordaron que se comisione cada uno de sus miembros para esta recolección, debiendo ser para esta ciudad todos, y para las demás parroquias quedarán encargados los Alcaldes¹¹⁴.

114 Todo esto se encuentra inserto en el Documento 551.22-L695-1894, ubicado en la *Colección Tulio Febres Cordero*, Biblioteca Nacional-Mérida, Sala Tulio Febres Cordero.

La memoria sobre 1812 aún corría en las venas de los merideños. Uno de los aspectos que determinaron tal sostenimiento fue, hasta ese momento, la ausencia de otro terremoto destructor, pues tampoco se conmemoraban los anteriores al del trágico Jueves Santo. Contribuyó a ello por entonces el hecho de que se trataba del sismo que se «interpuso» en el camino hacia la independencia, y de allí que su recuerdo hubiese de estar sellado por un decreto. La memoria colectiva, ciertamente, se construye desde los intereses del poder, y no desde el andar del común. Las celebraciones públicas poseen significado si están vinculadas a los vencedores, a esos que hacen de la historia un asunto oficial. Sin embargo, esa memoria construida desde quienes toman decisiones es tan volátil como sus intereses, pues de aquellas celebraciones ya no quedan rastros y sus pechos henchidos de rituales formales pronto se apretarían contra sus espaldas cuando la tierra les ofreciera un nuevo motivo por el cual conmemorar tristezas.

El 28 de abril de 1894 volvería a temblar. Fue a las 10:15 de la noche y tomó a muchos de sus habitantes ya durmiendo. Entonces «sobrevino la catástrofe», en palabras de Tulio Febres Cordero.

Muchos edificios vinieron al suelo y las casas, desplomadas todas, y derruidos los techos, amenazan inminente ruina. Todas las habitaciones, absolutamente todas, están no sólo inhabitables, sino próximas a caer. Pero lo que admira en este horroroso cataclismo... es el hecho de no haber sucumbido todos los habitantes de la ciudad o su mayor parte. No se sabe hasta ahora el número de muertos en Mérida, pero son pocos ante la inmensa catástrofe¹¹⁵.

Las víctimas fatales se contarían por muchas en otras localidades. En Zea fallecieron unas 300 personas; entre Chiguará y Santa Cruz sumaron 200; La Tala perdió a 120 almas; en las localidades de Guaraque, Garcitas y Torondoy murieron 300; Mesa de Culebras, 26; Tovar,

¹¹⁵ Tulio Febres Cordero, «Terremoto de Mérida», *El Correo de los Estados*, Caracas, 22 de mayo de 1894, p. 3.

10; Lagunillas, 20; La Cuchilla y La Palmita, 7, reseñaba la prensa. Y en el barrio El Empedrado de Maracaibo Felipe Albornoze murió de la impresión...¹¹⁶.

La destrucción alcanzó una extensión geográfica sorprendente, lo que la ha valido el nombre de *El Gran Sismo de los Andes*. En el caso de Mérida, a la catedral se le cayó la torre y buena parte de los techos. La iglesia del Carmen perdió todo su frente, y a las de las parroquias Milla, El Llano y Belén les colapsaron sus techos. Lo mismo le sucedió a la Casa de Gobierno. En Lagunillas, que «dicen está completamente destruida», se divisó una gran nube de polvo a la mañana siguiente y hasta dos días después del sismo, producto de los grandes deslizamientos entre las montañas contiguas. La laguna del pueblo «se conmovió horriblemente», y «con el gran impulso de la conmoción sísmica, cambió su habitual asiento y vino a posarse en la plaza pública...». Los caminos «están perdidos» y «la topografía del lugar ha sufrido modificaciones notables».

Jají vio su casas «destruidas por completo», y a poca distancia de allí, en el páramo de El Tambor, «se abrió una grieta como de media cuadra de longitud». En Tabay algunas casas se «volvieron polvo» y en Ejido cayeron el templo y varias viviendas. En El Tocuyo «la mayor parte de las casas han quedado sumamente averiadas», y los templos de la Concepción, San Francisco, Santa Ana y Santo Domingo «están en lastimoso estado, a tal punto que es peligroso permanecer en ellos durante las ceremonias de culto». En San Cristóbal se sintió, «de súbito, un ruido seco y siniestro de cimientos conmovidos de cuajo y de tejas apiñadas a granel, y en el mismo segundo, el piso que se hunde y se levanta y las casas se bambolean». Rubio, Táriba y San Antonio, «han sufrido notablemente».

En Cúcuta «la iglesia parroquial también sufrió», pues se le abrieron varias grietas. «Casas y paredes han quedado a centenares venci-

116 Esta información, recopilada de periódicos de la época, y la que se utilizará en adelante, es recogida del *Catálogo de sismos sentidos y destructores, Venezuela 1530-1998*, de José Grases, Rogelio Altez y Miguel Lugo, ya citado anteriormente.

das». En Pamplona «sufrió graves daños la iglesia de Santo Domingo», y «los desplomos de las casas fueron generales». En Curazao se sintió el temblor, «aunque muy suave». En San Félix, estado Falcón, «fue muy fuerte, pero no ocasionó daños». También fue sentido en Caracas, Quíbor, Zaraza, Río Chico, Ortiz, Valera, Escuque, San José de Tiznados, Santa Lucía y Cúa. En Guanare cayeron cinco viviendas y se dañaron la Casa de Gobierno, el colegio nacional y la iglesia.

En Trujillo «no hay casa que no haya quedado averiada», y el templo de San Francisco, «desde el coro hasta el presbiterio, en ruina completa». Algo similar ocurrió en Boconó, donde «sucedió la natural consternación». En Maracaibo «los templos de la Inmaculada, de Chiquinquirá, San Francisco, el Palacio Legislativo, la Universidad y algunas casas particulares sufrieron notables desperfectos». En la calle Comercio «se derrumbó una casa, arrastrando en su caída algunos alambres del alumbrado eléctrico». En Timotes, Mucuchíes y Mucurubá «cayeron algunas casas». En Sinamaica los indígenas «abandonaron, asombrados, sus ranchos por aquellos contornos a causa de los grandes ruidos y temblores que sintieron». En Carache «la mayor parte de las casas han quedado con profundas grietas».

En otros lugares los efectos no serían tan apacibles... En Santa María, pequeño puerto del sur del Lago de Maracaibo, todo comenzó con «una fuerte explosión» de la que jamás se enteraron del origen. Poco después comenzó a temblar: «plumajes de agua brotaban del centro de la tierra como a un metro de altura y éstos traían a la superficie arcilla de distintas formas y colores». Grietas en la tierra arrojaron «aluviones de agua» y con ello la población se inundó. En los campos la tierra se abrió «y al abrirse se ha consumido a sementeras y hogares». Los ríos se salieron de madre y arruinaron las viviendas y cosechas.

En Zea «no quedó nada en pie», y en Santa Cruz «sólo quedó en pie una pared». De Lagunillas se dijo que «desapareció», y La Tala «fue destruida por completo». En Gibraltar y Bobures se averiaron los templos, y «que en la calle principal [de Bobures] se abrió en algunas

partes la tierra saliendo una arcilla blanca y luego un agua negra y fétida». Todos sus habitantes estaban «asombrados». En San Carlos del Zulia «las casas se balanceaban sobre sus sólidas bases».

Los efectos más sorprendentes se observaron en las vías del ferrocarril. Fue enviada una expedición para observar los daños. Hasta el kilómetro 28 pudieron rodar normalmente; de allí en adelante lo hicieron en carro de mano hasta el 37, «que fue el punto donde pudimos llegar». A partir de allí describieron esto:

... los durmientes se habían separado más de media vara del punto en que estaban situados, movimiento que se había efectuado, unas veces en dirección de la línea, y otras en sentido transversal; las planchuelas y los tornillos reventados, habiendo volado muchos de ellos; los rieles retirados unos de otros a una distancia mayor de un pie; gran número de curvas tan irregulares y violentas, que sin exageración ninguna, hay rieles en forma de un número 5; en otras partes forman una S y así sucesivamente; las zanjas hechas en los lados para el desagüe, se han rellenado de tierra nueva de un color negro¹¹⁷.

Del kilómetro 37 en adelante no pudieron avanzar más. Más de «sesenta árboles inmensos caídos sobre los rieles, obstruyen completamente el camino». Aseguraron que «las grietas de la tierra son innumerables, y en algunos puntos como en Arenosa, brotaron gruesos chorros de agua fétida». La estación de Caño del Padre se derrumbó con el temblor. «La tierra se llenó de grietas, dejando escapar gran cantidad de agua de olor repugnante y color negro». Los rieles «tomaron las más variadas formas y quedaron algunos divididos en varios pedazos». En Los Cañitos también se destruyó la estación, y cayeron «enormes árboles» que obstruyeron el paso. El puente, «uno de los mejores que tiene la línea, se ha derrumbado casi en su totalidad».

De acuerdo con Melchor Centeno Graü, el área de daños se calcula en siete mil kilómetros cuadrados¹¹⁸. Tulio Febres Cordero diría

117 *Los Ecos del Zulia*, Maracaibo, 08 de mayo de 1894, p. 2.

118 Así lo refiere en su ya citada obra *Estudios sismológicos*.

que en la hoya de la Onía, la «selva virgen aparecía muerta o seca, y hacia el centro completamente destrozada, con árboles seculares arrancados de cuajo»¹¹⁹. Las aguas de los ríos y quebradas afluentes del Chama corrieron durante semanas revueltas con la vegetación y el barro producidos por los deslizamientos ocurridos en los cerros adyacentes. Los «pavorosos derrumbes» generaron un efecto importante en la población, que guardó esas impresiones por un buen tiempo. Los testimonios se condimentaban con situaciones que lindaban entre el asombro y la anécdota, como aquel que señalaba que cerca de Zea se abrió una grieta «que se tragó un hombre que dormía en una estera bajo un techo pajizo»¹²⁰.

El impacto de un evento como el de 1894 en los Andes generó información que caminó de la mano de la conmoción y de la mirada cautiva por la destrucción. Las cifras de fallecidos publicadas por la prensa de entonces chocan con estudios contemporáneos que intentaron sistematizar las noticias con fines objetivos. Si a los 986 que los periódicos de la época señalaban como víctimas fatales (partiendo de los números citados más atrás), se suman el fallecido por la impresión en Maracaibo y el infeliz durmiente de Zea, las muertes habrían de ser novecientas ochenta y ocho... No obstante, el propio Febres Cordero (testigo, sobreviviente y periodista a la sazón), diría que los decesos fueron 319, un número muy cercano al propuesto por el geógrafo alemán Wilhelm Sievers, que sumó 314¹²¹.

Estas confusiones son propias de un evento de tal magnitud. Todos los desastres de muertes masivas producen divergencias similares, pues no han existido, incluso en el presente, herramientas con las cuales sistematizar las cifras de fallecidos en eventos ampliamente destructores. Tales herramientas no han sido elaboradas por falta de voluntad políti-

119 *Archivo de Historia y Variedades*, Parra León Hnos. Editores, Caracas, 1931, tomo II.

120 Así lo diría el propio Febres Cordero, reseñado textualmente por Jaime Laffaille en su trabajo «El gran terremoto de los Andes de 1894: memorias de una destrucción», publicado en *El desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 56-63.

121 Así lo reseñan Martín Rengifo y Jaime Laffaille en su trabajo «El Terremoto de 1894 en los Andes venezolanos», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 39, N°s. 1 y 2, 1998, Mérida, pp. 141-162.

ca al respecto, aunque esto, ciertamente, no puede ser imputado a un pasado tan lejano. La investigación histórica de los desastres ofrece luces en ese sentido, toda vez que se propone la reevaluación integral y transversal de esos eventos. En este caso, como en muchos otros, tal precisión continúa esperando por un estudio que se dedique a tal cosa.

Más allá de atender con la escrupulosidad que se merece el asunto, lo cierto es que el *Gran Sismo de los Andes* produjo un impacto afectivo estremecedor en sus sobrevivientes, borrando de la memoria aquel dolor sostenido desde 1812, trascendiendo, inclusive, la propia oficialización de las conmemoraciones. Sin embargo, la cuestión de la memoria es todavía más complicada, pues si bien ya no se conmemoró más ese triste Jueves Santo, sí se le daría un lugar especial a su gran destrucción, pues cuando se colocó el monumento ecuestre al Libertador en el centro de la Plaza Bolívar, se grabaría en uno de sus lados lo siguiente:

Mérida, destruida por el terremoto, os dio sin embargo en 1813 quinientos voluntarios, diez y seis cañones, ochocientas caballerías, treinta mil pesos en oro, para libertar a Venezuela¹²².

Este monumento, además, fue colocado posteriormente al sismo de 1894, justamente en el aniversario de la muerte de Bolívar el 17 de diciembre de 1930, cuando bajo el gobierno de Juan Vicente Gómez se reinaugurara la plaza. Claro, el ecuestre fue construido para la buena memoria del Libertador, y no para conmemorar ni un sismo ni otro. No obstante, destaca el hecho de subrayar que *a pesar* de aquella destrucción, Mérida colaboró con la independencia, algo que hizo en clave de sacrificio, como todo cuanto supone incorporarse a la gesta emancipadora. El terremoto de 1894, que tuvo en suerte ocurrir muy lejos del magno proceso, cuenta con un monumento que guarda silente su intención memorable original, y que a pesar de ello no posee reflejos ni efectos posteriores de tal intención.

122 Esto puede leerse hoy en el flanco sur del pedestal del monumento, justo en la cara que mira hacia la catedral.

Ciertamente, la propia Plaza Bolívar de Mérida es la memoria material de aquel terremoto, pues en 1895 se decidió construir una plaza para la ciudad que figurara un jardín, como un regalo merecido a raíz de tanta destrucción. Este proyecto culminó en 1903, pero la construcción del acueducto de Mérida aplazó la finalización, lo cual tuvo lugar recién en 1907. Este diseño colocaba en el centro de la plaza una hermosa fuente rodeada de caminerías y jardineras llenas de flores, hasta que la reforma final de 1930 puso en su centro al héroe nacional, desplazando a la fuente¹²³.

Aunque la memoria del evento no haya recorrido el mismo camino que se pretendió señalar con el regalo de la plaza, el impacto de aquel temblor que en abril arrebatara el sueño de los andinos latió por mucho tiempo en la pupila de sus sobrevivientes, al lado del desgarró que su dolor colocó en cada suspiro. Los testimonios coinciden sensiblemente en ello. En *La Dificultad*, por ejemplo, «el espectáculo que se presenció no tiene igual en los anales más horrorosos de la vida. El pueblo se nos venía encima», dijeron. Para muchos, el temblor había estremecido sus vidas como el asma lo hace con los bronquios, estrechando la respiración...

Gerónimo Maldonado, librado de la destrucción de Tovar, se refería a su ciudad como «la más preciada perla del pintoresco Mocotíes», «la hermosa ninfa que yacía entreocultada en el seno de nuestros valles». Momentos después de que la ciudad fuera estremecida por el temblor, diría que «de esa tímida doncella no quedaba sino cadáver». Maldonado vio a la gente vagando por las calles y plazas, «clamando misericordia del Dios de los mortales»¹²⁴. Todos los relojes de Tovar se detuvieron a la hora del sismo, como si su tiempo hubiese terminado allí...

Fue un momento trágico. Los pueblos de los Andes en general, así como del sur del Lago de Maracaibo y buena parte del flanco norte de esas elevaciones andinas, se conturbaron en la tristeza y sólo podían ver a sus días jineteando hacia el final de los tiempos. Esos relojes dete-

123 La información es recogida de fuentes orales y recopilada por el físico merideño Jaime Laffaille.

124 Citado así por el trabajo de Rengifo y Laffaille, p. 143.

nidos en Tovar ya no eran una ironía sino un signo ineluctable. «Las aves salían fugitivas de sus nidos y los árboles se inclinaban hasta el nivel de la tierra...». Para muchos, la naturaleza sólo sumaba señales: «... el río salía de su ancho cauce, bañando con sus aguas a las personas que se arrodillaban a las inmediaciones de sus riberas».

La sensación apocalíptica que se entrevera con la culpa torna la mirada cristiana en albur irreversible, y quizás por ello el ambiente de la región se impregnó de una fatalidad abrasadora. La tragedia, al final y por encima de todo, fue una realidad inexpugnable y no una metáfora bíblica, algo que llevó a «los habitantes a ver en ello el fin del mundo»¹²⁵.

¹²⁵ *El Tiempo*, Caracas, 12 de mayo de 1894, página única.

DE TSUNAMIS, SEICHES Y AGITACIONES MARÍTIMAS

Antes de generalizarse el término «tsunami», el nombre con el que se reconocía a las agitaciones marítimas como efecto de sismos acompañadas de olas gigantescas que incursionaban en tierra, era el de «maremoto». La expansión de la palabra japonesa «tsunami» vino a ocupar un lugar específico en la clasificación de los grandes oleajes, a partir de la diferenciación que se hizo de los diferentes tipos de olas y sus fuentes. La etimología de «maremoto» (a pesar de su utilidad sinonímica, incluso en el presente) no basta para precisar la calidad o el origen de cada uno de los tipos de agitaciones marítimas existentes; por ello el término tsunami, que proviene de la asociación entre «nami» (ola) y «tsu» (puerto, bahía), cuyo significado ha de ser «ola grande en puerto», contribuye a la identificación específica de este tipo de agitación, separándolo de las olas producidas por marejadas, huracanes, tormentas o mareas comunes. Así, es posible precisar que los tsunamis son perturbaciones marítimas originadas por terremotos. El ingeniero venezolano José Grases¹²⁶ lo explica de la siguiente manera:

... los maremotos son ondas superficiales gravitatorias de longitud excepcional en mar abierto, con alturas de ola que pueden ser considerables como consecuencia de rápidas reducciones de profundidad de las aguas, al acercarse a la línea de costa: esto va acompañado de importantes incursiones tierra adentro¹²⁷.

126 Grases es, sin lugar a dudas, uno de los investigadores venezolanos de mayor proyección internacional al respecto, y quizás el primero en Venezuela en dedicarse al tema exhaustivamente.

127 *Introducción a la evaluación de la amenaza sísmica en Venezuela. Acciones de mitigación*, Fundación Pedro Grases, Caracas, 2002, p. 90.

La energía de las olas se conserva hasta alcanzar la línea de la costa, donde comienza a disiparse, sin que por ello se vea reducida su capacidad destructiva. Y no es necesario recurrir a ejemplos remotos para hallar evidencias de tal cosa. El tsunami del 26 de diciembre de 2004 en el sur asiático comprueba la afirmación, y las imágenes captadas en vivo le corroboran. Olas entre 20 y 30 metros de altura penetraron en Banda Ache hasta 6 Km, y otras de 15 metros alcanzaron a Tailandia y Sri Lanka. Los fallecidos se cuentan en cientos de miles... Del mismo modo, el 27 de febrero de 2010 Chile lo vivió con estremecimiento, especialmente en el archipiélago de Juan Fernández, donde las olas también llegaron a los 15 metros y arrasaron con buena parte de lo allí construido, llevándose consigo un número indefinido de víctimas. Los daños materiales de este evento pueden observarse a lo largo de 500 Km de la costa chilena.

A pesar de estas cifras y relaciones impactantes, la destrucción debe contarse a partir de la vulnerabilidad construida y reproducida por la sociedad y no por la «furia natural» de los fenómenos, pues no es natural que posea furia aquello que no tiene personalidad. El paso del tiempo y el incremento de esa misma vulnerabilidad es lo que ha aumentado la potencialidad destructiva de los fenómenos naturales. No se trata, por cierto, de la relación inversa: es decir, la que supone que la potencia destructiva de la naturaleza es la que ha aumentado en las últimas décadas, tal como si de alguna manera esté «más furiosa» que antes. La naturaleza posee su propia regularidad, indiferente a la acción y la existencia humanas.

Mucho antes de que la vulnerabilidad fuese un problema global y cotidiano como lo es en el presente, ya los tsunamis conturbaban los ánimos y sacudían a las sociedades costa adentro. En efecto, el 1 de noviembre de 1755 un terremoto cuya magnitud ha sido estimada en 9 dentro del escala Richter, se dejó sentir en la Península Ibérica entera, causando la destrucción, prácticamente, de toda la ciudad de Lisboa. Decenas de miles de muertes y daños en un centenar de localidades conducen a colocarlo como uno de los sismos más devastadores de la

historia. Dentro de los efectos que acompañan a este evento destacan los maremotos que se sucedieron en diversos lugares, levantando olas entre 6 y 20 metros de altura, las cuales llegaron hasta las costas del norte de África, las de Finlandia e incluso las de Antigua, Martinica y Barbados. Quizás nunca se sepa si las olas alcanzaron a tocar la isla de Margarita; sin embargo, no es una probabilidad negada, pues el mismo oleaje que llegó a Barbados podría haber besado las playas margariteñas. Claro, sin efectos que considerar y seguramente imperceptible para entonces.

Grases, especialista en sismorresistencia y en sismología histórica, ha señalado que «son imprecisas las noticias sobre oleaje asociado a maremotos en costas venezolanas como consecuencia de sismos distantes», pero asimismo asegura que «se alude ocasionalmente a oleaje debido al sismo de Lisboa de 1755, así como de algunos de los múltiples maremotos conocidos asociados a sismos con fuentes en las cercanías de islas del Caribe»¹²⁸. Las «perturbaciones tsunamigénicas», tal como las llama, pueden viajar a través del mar abierto a 600 Km por hora o más, en tanto no se vean afectadas por interferencias que le reduzcan su energía. Sobre estas perturbaciones, la historia de la región hoy venezolana posee sus propios registros.

En efecto, el primer tsunami documentado en el pasado sísmico de Venezuela data del 1 de septiembre de 1530, cuando en el oriente «se levantó la mar de tal manera que es cosa milagrosa a los que la vieron...»¹²⁹. Esto estaba sucediendo en lo que puede considerarse como el primer intento de fundación de lo que mucho tiempo después habría de ser Cumaná. Por entonces apenas se trataba de un fuerte en las bocas del río Manzanares, quizás de madera solamente, o bien de cal y canto, cuya función era la de velar por la toma de agua dulce que abastecía a la perlífera isla de Cubagua. Había sido construido a tal fin por Jácome de Castellón, quien le contaría personalmente al célebre Bartolomé de Las Casas lo que había vivido al respecto:

128 *Introducción a la evaluación de la amenaza sísmica en Venezuela...* p. 93.

129 Carta de Andrés de Villacorta al Cabildo de Cubagua hallada en el Archivo General de Indias, sección *Justicia*, legajo 187, Cumaná, 01 de septiembre de 1530.

... todavía lo quiero referir aquí como me lo escribió el mismo Jácome de Castellón, porque quizá no se me olvide. Primero de Septiembre año de 1530, á las diez horas antes de mediodía, estando el día sereno y los aires tranquilos, súbitamente se alzó la mar, y sobrepujo los límites ordinarios en altura cuatro estados, que alcanzó por encima de ciertos árboles que están a la boca del río (el cual es grande y caudal) y cubrió todos los llanos, llegando hasta las laderas de las serrezuelas que hay por allí, cerca de media legua, y así como la mar comenzó a entrar por la tierra, la tierra comenzó a temblar terriblemente...¹³⁰

El tsunami no vino solo. Más hacia el oriente, en el Golfo de Cariaco, se produjeron efectos cuyas repercusiones no afectarían fundaciones conquistadoras, inexistentes por entonces, sino a los habitantes autóctonos. Españoles que por allí navegaban alcanzaron a interrogar a los indígenas al respecto, quienes aseguraron que se dejó sentir con mayor fuerza en esa zona del golfo, donde se agrietó la tierra en varias partes manando agua sulfurosa y una sierra fue «abierta por dos partes la cual abertura parecía de más de cuatro leguas»¹³¹. El agua anegó los caminos de tal manera «que no se podía andar»; un pueblo entero se hundió obligando a la gente a salir a nado de allí... «muchos muchos» murieron en el intento. Durante los próximos cinco días la tierra habría de sacudirse veintitrés veces más. Los testigos aseguraban que «la mar bramó como un león» el día del tsunami.

... la tierra se abrió por muchas partes, por donde manaba agua salada y negra como tinta que hedía a piedra azufre, y la sierra del Golfo de Cariaco quedó abierta por medio, dejando hecha una gran abra; cayeron muchas casas, murió mucha gente ahogada y espantada, y tomada de los terremotos¹³².

130 Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid 1876, tomo V, pág. 225.

131 «Información hecha en la Isla de Cubagua», Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Fondo Froilán de Rionegro, *Primeros establecimientos en la costa de Cumaná*, 15 de septiembre de 1530.

132 Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1939, tomo I, Capítulo VIII, p. 50.

Más de trescientos años después volvería el tsunami, pero esta vez Cumaná ya era una ciudad y no un intento conquistador vestido de fortaleza. El 15 de julio de 1853, un violento terremoto asolaba la región y dejaba en la ruina, literalmente, a la localidad entera. Un testigo de excepción que dejaba constancia de ello aseguraba que «todas las casas y demás edificios» se desplomaron, y que «el movimiento rechazó de la tierra todas las obras de la industria humana». «Han desaparecido, decía, los templos de Santa Inés, del Carmen, de la Trinidad y de Altagracia, que eran los que existían, y los edificios públicos siguientes: el Colegio, bajo cuya ruina perdieron la vida dos niños. La Casa de Gobierno, la Aduana y el Cuartel». Se trataba de Daniel Beauperthuy (1807-1871), el mismo que poco después descubriera la transmisión que de la fiebre amarilla se realizaba de la persona enferma a la persona sana a través de la picada del zancudo *Aedes aegypti*, descubrimiento publicado en 1854 y aceptado por la ciencia mundial apenas desde 1907¹³³. Cuando Beauperthuy se hallaba en pleno proceso final de su investigación, lo sorprendió el terremoto.

Su descripción del tsunami es la siguiente: «El mar, salvando sus límites conocidos inundó una extensión de 200 varas¹³⁴, las sabanas del Salado y Caigüire (...). Borbotones de agua brotaron de la tierra entreabierta en las márgenes del Manzanares y a orillas del mar (...). Una embarcación sintió intensamente el sacudimiento frente a la isla de Coche»¹³⁵. El río Manzanares se desbordó con el efecto, pero no se reportan daños directamente asociados con ello.

En los informes y noticias oficiales que se realizaron en aquel momento y que reposan en la actualidad en el Archivo General de la Nación, se hace mención al número de fallecidos con el terremoto

133 Esta información y mucho más que completa la biografía del científico puede encontrarse en el trabajo de Waleska Lemoine y María Matilde Suárez, *Beauperthuy, De Cumaná a la Academia de Ciencias de París*, Fundación para la Ciencia José Gregorio Hernández-Universidad Católica Andrés Bello-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas, 1984.

134 La vara fue una antigua medida equivalente a 83, 59 cm.

135 Carta de Daniel Beauperthuy publicada en el *Diario de Avisos* bajo el título «Otra relación del terremoto de Cumaná», Caracas, 31 de agosto de 1853, p. 2.

(contados por parroquias), y se asegura que suman 135 (listados con sus nombres y apellidos)¹³⁶. Más adelante la cifra aumentará, aunque sin mayor precisión, cuando el gobernador afirme que «además de 250 cadáveres que se han sepultado indistintamente se encuentran más de cincuenta bajo los restos». La impresión de aquel hombre le llevaría a decir que «la historia contemporánea de Venezuela no nos presenta un ejemplo igual a la catástrofe que ha experimentado esta ciudad», la cual, acotaba, «sin exageración, ha dejado de existir».

Sin embargo, en ese expediente no se menciona al mar ni sus agitaciones. Todo giraba en torno a la destrucción de Cumaná. A un lado de todo esto, Beauperthuy observaba un extraño efecto:

En la hacienda del señor José Jesús Vigas, las aguas de un estanque de dos y media varas de profundidad fueron proyectadas hasta la altura de la casa, y algunas piezas de monedas de cobre que los peones dejaron caer en sus juegos saltaron del fondo de dicho estanque hasta la superficie.

Seguramente, aquellas monedas acuñaron allá en el fondo del estanque las esperanzas de felicidad y buenos augurios que abrigaba la peonada; pero sus aspiraciones de prosperidad fueron expulsadas con vigor por el temblor, con lo cual, de seguro, les asaltarían las dudas sobre la capacidad que el propio estanque tendría para concederles sus deseos. Quizás una duda semejante habría de asaltar a todos unos años después, cuando otro sismo llevara al suelo a buena parte de esta ciudad.

El 17 de enero de 1929 Cumaná amanecería temblando. La violenta sacudida empujó a la gente a tomar la calle al instante de ser sentida. Algunos describieron lo que presenciaron como una «horrorosa catástrofe imposible de transmitir». El terremoto destruyó casas y edificios, abrió grietas y provocó que manara agua fétida en varias partes. Las escenas del pasado se repitieron ahora en medio del gobier-

136 Archivo General de la Nación, Sección *Interior y Justicia*, tomo CDXCII, año 1853, legajo *Terremoto en Cumaná*. Allí se encuentra el «Cuadro contentivo de una noticia detallada de las víctimas», enviado por el Jefe Político del Cantón de Cumaná el 23 de agosto de 1853.

no del Benemérito Juan Vicente Gómez. La tecnología del telegrama convirtió las escenas en acontecimientos simultáneos y de inmediato se tuvo noticias a través de las columnas de los periódicos caraqueños. El rotativo *La Esfera* señalaba que los «magníficos edificios» de la Industrial Manzanares, la Catedral (en construcción para entonces), el Castillo de San Antonio, el Paseo Sucre, el Palacio Legislativo, la cárcel pública, el teatro e innumerables viviendas «quedaron reducidas a escombros».

Los pavimentos de ladrillo volaban acompañados de un ruido sordo, semejante a un subterráneo redoble de tambores. Y así, disparados al aire, multitud de objetos eran aventados en todas direcciones. En casi toda el área de la ciudad el terreno se agrietó espantosamente. Algunas grietas, según nuestros informantes, alcanzan extensión y profundidad considerables¹³⁷.

Como en las oportunidades anteriores, el mar fue sacudido con el movimiento sísmico:

Puede juzgarse la fuerza del movimiento no sólo por el total derrumbe de los edificios, sino también por el hecho curioso de que, embarcaciones de caleta que se encontraban en el muelle de Puerto Sucre fueron alejadas al mar; éste, embravecido, lanzó sus aguas hacia la población, en sentido inverso a una tromba de lo que envolvió completamente al ‘Commewynne’ y otras embarcaciones (...), de las cuales algunas naufragaron. El mencionado vapor holandés se vio juguete de olas y sólo gracias a la entereza de su capitán (...), que ordenó hábiles maniobras, (...) evitó otras posibles contingencias¹³⁸.

De acuerdo con Melchor Centeno Graü, pionero de la sismología venezolana y oriundo de Cumaná, «el mar se retiró de la playa como 200 metros y vino después a la costa una ola como de 6 metros de altura que barrió parte de las casas de la playa»¹³⁹. Si bien el antes

137 «Un trágico amanecer», *La Esfera*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

138 *Ídem*.

139 *Estudios sismológicos*, p. 297.

mencionado vapor holandés resistió la sacudida, otras embarcaciones más pequeñas colapsarían con el arrastre. Curiosamente, no existen testimonios del agua penetrando la tierra firme, tal como lo narra Centeno, y sólo se sabe del estremecimiento de las naves en el puerto.

El propio Centeno acudiría directamente al Benemérito para rogar ayuda por Cumaná. *El Nuevo Diario* del 18 de enero publicaba la carta que el ingeniero le dirigió al general instantes después de enterarse de la desgracia de su ciudad natal:

Caracas, 17 de enero de 1929.

Señor General J. V. Gómez, etc., etc., etc. Maracay.

Acabo de saber la dolorosa noticia de que en Cumaná ha habido un espantoso terremoto. Como cumanes y amigo leal de usted, yo le suplico, y así lo espero de su nunca desmentida magnanimidad, tienda su mano protectora, como Magistrado y como hombre de corazón, a aquella tierra hoy sumida en la desgracia. Lo abraza su adicto amigo, M. Centeno Graü.

Desde Maracay, vía telegrama, el mandatario le respondería de la siguiente manera:

De Maracay, el 17 de enero de 1929. – A las 4hs. 30 minutos.

Sr. Dr. M. Centeno Graü.

Recibido. Los cumaneses como usted sabe, ocupan lugar preferente en mi corazón y por ello deduciré mi pena en la tremenda desgracia que los aflige y mi buena voluntad en ayudarlos. El Ministro de Relaciones Interiores tiene instrucciones mías para despachar el «Guárico» con medicinas, víveres, etc., etc., etc. Ayúdelo usted en todo lo que pueda. Lo saluda su amigo, J. V. Gómez¹⁴⁰.

En tanto la ayuda navegaba hacia el oriente, allá en la desolada Cumaná se preguntaban con desesperación por qué esa ciudad, «invic-

140 *El Nuevo Diario*, Caracas, 18 de enero de 1929, p. 1.

ta», «procera» y cuna de «tanto caudillo», padecía un desastre como el que los sacudió el 17 de enero. «¿Qué hizo la ciudad heroica para merecer tan cruel castigo?». Sin duda, preguntas similares acompañan la inevitable desazón que aflora en cada catástrofe, sin importar en qué momento de la historia asalten tales vacilaciones. La irrupción de eventos que súbitamente transforman la realidad en un infierno insoportable conduce a desesperadas reflexiones existenciales que generalmente acaban por perderse en los misterios de la fe y en la externalización de las causas. Siempre hay tiempo para hallar un culpable, porque cargar con la responsabilidad de tanta desgracia no es cosa fácil:

No es Dios quien castiga, porque no hay nada que castigar, es la Naturaleza que tiene sus fenómenos naturales como es llover, granizar y temblar cuando las plutónicas fuerzas que la Tierra lleva en su seno se rebelan y vuelven por sus fueros inalienables¹⁴¹.

Además de los tsunamis aquí reseñados, no ha habido otros en la historia venezolana que hayan producido daños. De hecho, no ha habido noticias certeras o documentadas sobre otros tsunamis. Quizás pueda discutirse si con el sismo de 1967 tuvo lugar cierta oscilación en las aguas que bañan las playas del litoral central, pues en la Estación Mareográfica La Guaira se reporta una agitación exactamente a la hora del temblor (20:00 h), la cual quedó registrada en la propia gráfica que se imprimió al respecto¹⁴². Esto puede asumirse como un efecto natural ante el movimiento de la falla que origina el temblor, pues la misma corre submarina en esa zona, y al activarse con la violencia característica de un sismo, la energía que libera seguramente agita el agua de inmediato, pero sin producir un maremoto de conse-

141 «Formidable Catástrofe en la Ciudad de Cumaná. Numerosas Víctimas», en *La Esfera*, 18 de enero de 1929, p. 1.

142 Fue posible acceder a este documento luego de consultar el trabajo del sismólogo alemán Günther Fiedler, titulado *Estudios sismológicos de la región de Caracas con relación al terremoto del 29 de julio de 1967 (Terremoto Cuatricentenario)*, Instituto Sismológico Observatorio Cajigal, Comandancia General de la Marina, Caracas, 1967, 66 páginas, informe inédito.

cuencias similares a los que ha padecido el oriente del país. Muy probablemente pudo ocurrir lo mismo con los temblores de 1641, 1812 y 1900, pero sin mareógrafos a través de los cuales detectar este movimiento, el mismo pudo ser imperceptible.

Sin embargo, ciertas investigaciones que aseguran la existencia de deslizamientos submarinos frente a las costas hoy venezolanas, pueden conducir a afirmar que con esos deslizamientos (que movilizaron toneladas de materiales) ocurrieron tsunamis, los cuales debieron afectar de alguna manera las líneas costeras más cercanas. Estos movimientos de masa han debido ocurrir en fechas estimadas en miles de años antes del presente. El primero de ellos ha sido datado con una edad de 7.000 años, aproximadamente¹⁴³. Este evento tuvo lugar en el borde sur de Curazao, exactamente en la zona conocida como Caracasbaai. Allí, en algún momento una enorme masa se desprendió debajo del mar causando un oleaje capaz de producir un tsunami. El estudio no menciona en lo absoluto que este evento haya afectado a las costas actualmente venezolanas, pero sin duda que un oleaje como el que pudo haber producido un deslizamiento de esa naturaleza (150 millones de metros cúbicos, estiman los autores) debió alcanzar la tierra firme.

El trabajo en cuestión no solamente se apoya en las evidencias físicas y en la investigación empírica, sino que incluye dentro de sus soportes a la mitología indígena, consultada a la sazón para el estudio. Los autores aseguran que los aborígenes de la zona «debieron ser testigos de la catástrofe». Dos relatos son citados al respecto, destacando el primero de ellos por ser un «cuento de origen indio, común en Suramérica»:

En tiempos lejanos, grupos de violentos y combativos indígenas que venían de otros lugares más norteños, se establecieron a lo largo de la costa norte del continente suramericano, mataron a los nativos y persiguieron a los más pacíficos hasta lugares montañosos. Desde ese momento hubo peleas

143 P. H. de Buissonje y J. I. S. Zonneveld, «Caracasbaai: A submarine landslide of a huge coastal fragment in Curaçao», *Uitgaven van de Natuurwetenschappelijke werkgroep Nederlandse Antillen*, Curaçao, N° 22, november, 1976, pp. 55-88.

y discusiones con los violentos inmigrantes; al final, los indígenas en las montañas llamaron a un encuentro entre los jefes más viejos, una reunión que se haría para prevenir o detener los problemas con los forasteros. Los indígenas en las montañas eran bastante pacíficos. Su jefe más viejo aceptó la petición, tomó su afilado y largo cuchillo, ensilló a su mejor caballo (sic)¹⁴⁴ y desapareció rumbo al norte, no para matar a sus enemigos, sino sólo para hacer un largo y profundo surco entre las tierras montañosas y las costeras. Y, ¿qué pasó? Se derrumbó un gran pedazo de tierra, separando la inhabitable costa donde se encontraban los violentos inmigrantes, de nuestra amistosa gente en las montañas. ¿No creen en este relato? Bueno, los resultados de este acontecimiento aún son visibles desde nuestro continente. Vayan a la costa y vean hacia el norte. Verán lo que queda de este continente: las Islas del Caribe, cada una aún dirigiéndose en la dirección hacia donde el corte comenzó¹⁴⁵.

Los investigadores no dudan al respecto: se trata de una versión mitológica que describe el deslizamiento de Caracasbaai. La datación del evento (7.000 años, *circa*) le diferencia del segundo caso, el cual sí concentra sus objetivos en demostrar que el deslizamiento submarino al que hace referencia afectó con toda seguridad a la tierra firme. El estudio fue publicado por el eminente geólogo alemán-venezolano Carlos Schubert¹⁴⁶, quien (a partir de la observación de fragmentos fósiles de coral depositados en la costa central, al occidente de Puerto Colombia) asegura que allí golpeó un tsunami.

En efecto, Schubert afirma que el coral hallado en las terrazas de la costa debió ser depositado por una ola de gran tamaño, ya que su edad se encuentra en discrepancia con la estratigrafía de la terraza estudiada. Estos corales se hallan en niveles estratigráficos por encima de los 10

144 En el original se señala el «sic», y quizás ha de ser un comentario que parte de la suspicacia que inmediatamente se genera ante esa afirmación: los caballos fueron introducidos por los españoles en el continente americano...

145 Traducción propia de la cita inserta en la página 85 del trabajo.

146 «Tsunamis in Venezuela: Some Observations on their Occurrence», *Journal of Coastal Research*, Special Issue, N° 12, Coastal Hazards, 1994, pp. 189-195.

metros, y de acuerdo a sus razonamientos, «... fueron depositados por una ola gigante o un tsunami», el cual fue producto de un deslizamiento submarino, un terremoto muy fuerte, o ambas cosas, asegura. No propone una fecha en particular para el evento, aunque sugiere que la edad y la altura del coral hallado (1.300 años, aproximadamente, entre 10 y 20 metros sobre el nivel del mar), y su discrepancia con la edad y altura de las rocas de la playa (entre 4.000 y 6.000 años, entre 0,5 y 1,20 metros), es evidencia suficiente para suponer lo anterior.

El trabajo del geomorfólogo franco-venezolano André Singer (en conjunto con Carlos Rojas y Miguel Lugo)¹⁴⁷ ubica un evento geológico (sin precisar su naturaleza) en Puerto Colombia en una edad que oscila entre el año 450 y el de 1600. Quizás se trate del mismo al que hace referencia Schubert. El caso es que los estudios sobre tsunamis, históricos o precolombinos, claman por un espacio en la investigación venezolana de las ciencias de la tierra. Vacíos y diferencias como estas sólo ilustran la necesidad de profundizar en esas investigaciones.

Por otro lado, existe otro fenómeno de agitación de aguas por terremotos al que no se le llama «tsunami», el cual genera sorpresa por su peculiaridad. Se trata del «seiche», o bien la ondulación de aguas confinadas (estanques, piscinas, lagos, lagunas, e incluso en ríos). El término fue acuñado por el hidrólogo suizo François-Alphonse Forel¹⁴⁸ en el siglo XIX, cuando comprobó el fenómeno en el lago Le Léman (Ginebra). Grases describe el significado de la siguiente manera: «Se trata de ondas estacionarias en superficies de grandes recipientes, total o parcialmente cerrados, que contienen líquidos»¹⁴⁹. La historia sísmica venezolana registra dos de estos eventos: uno en 1868 y el otro en 1906.

El primero de ellos sucedió el 17 de agosto de 1868 y sacudió las aguas de los ríos Orinoco, Apure, Arauca, Zulia, Catatumbo, Escalante

147 *Inventario nacional de riesgos geológicos*, Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, Caracas, 1981.

148 Se trata del mismo que junto al sismólogo italiano Michele Stefano de Rosi elaborara una escala de intensidades para sismos, la cual es conocida como la escala de Rosi-Forel.

149 *Introducción a la evaluación de la amenaza...*, p. 95.

y al propio Lago de Maracaibo. Los testigos aseguran que «las aguas del río Escalante se movían de tal modo, que una de sus riberas quedaba en seco y la otra se inundaba»¹⁵⁰. En el Orinoco se apreció un crecimiento repentino frente a Ciudad Bolívar, observándose una ola de «dos varas» de altura que duró muy pocos instantes. Algo similar parece haber ocurrido en algunos afluentes del maravilloso río. Arístides Rojas, uno de los científicos más prominentes de la época, intentó explicar el caso asociando el evento con un fuerte terremoto ocurrido en Perú el mismo día, con el cual también se produjeron fuertes tsunamis en las costas del pacífico¹⁵¹. Don Arístides tenía razón...

Unos años después, cuando ocurrió el gran sismo de Tumaco en Colombia, el mismo día (31 de enero) y al mismo tiempo que aquel fenómeno impactara en las costas del Pacífico, se repetiría la agitación en los ríos venezolanos. Centeno lo reporta así: «Maremoto en Caño Colorado (Maturín), Ríos Catatumbo, Zulía, Escalante, Lago de Maracaibo, Costas de Nueva Esparta, de Cumaná, Carúpano, Río Caribe, Río Apure, Arauca, etc.». Vía telegrama desde Maturín enviaban la noticia:

Ayer de 11 a 12 m, aproximadamente y con tiempo normal, efectuose en estos lugares un fenómeno bastante raro: una perturbación, un gran movimiento de las aguas de los ríos, de los morichales, de los jagüeyes y hasta en los pozos de las casas de familia¹⁵².

En Caño Colorado el agua del río entró formando olas en las casas e hizo perder el equilibrio con el estremecimiento a muchos que se hallaban en sus botes a la sazón, cayendo al agua sin remedio. Los morichales llegaron a verse secos con el movimiento, pues sus aguas se

150 Así también lo refiere el trabajo de Centeno Graü.

151 Hay mención a ello en las *Actas de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1968, páginas 102 y 117), en las sesiones del 23 de noviembre de 1868 y del 18 de enero de 1869.

152 «Alarma en Caño Colorado. Fenómeno hidrológico», *El Constitucional*, Caracas, 02 de febrero de 1906, p. 3.

batieron agitadas hasta salirse por completo. Las lavanderas abandonaron sus puestos por el susto, al ver cómo los pozos echaban el agua hacia fuera con el sacudimiento. Aquello duró hasta quince minutos. Aun así, «Lo más extraordinario es que en la tierra no ha habido ningún movimiento».

Sobre los seiches en Venezuela no existen estudios sistemáticos y dedicados al respecto. Su asociación con los sismos que tuvieron lugar al mismo tiempo en lugares tan remotos es una deducción sismológica que necesita investigación. Los terremotos a los que se vinculan los efectos aquí documentados fueron sismos de alta magnitud. De hecho, el terremoto de Tumaco está registrado como uno de los diez sismos más grandes de la historia de la Tierra. Estos temblores tan intensos fueron capaces de producir efectos a tan larga distancia y sin hacer sentir, eventualmente, sus ondulaciones en la superficie. La susceptibilidad de los ríos y lagos en Venezuela ante estas consecuencias ha de ser materia de prevención y seguridad, pues es sabido que en esas zonas la explotación petrolera posee grandes desarrollos industriales, los cuales, seguramente, son vulnerables ante estas circunstancias.

Los terremotos han demostrado que poseen un alcance estremeceador y que sus efectos pueden amplificarse de acuerdo a las condiciones geológicas de sitio, independientemente de la distancia. La historia sísmica de Venezuela es testigo de ello, y algunos de sus capítulos han sido escritos con pulso de tsunamis y palpitaciones de seiches.

Muchos deseos de prosperidad encerrados en monedas y arrojados a pozos y estanques probablemente retornaron a la superficie en un brinco, recordando con ello que la alianza entre la naturaleza y la fe es sólo una quimera en forma de metáfora... o viceversa.

LOS AUXILIOS EN LA HISTORIA

Muchos desastres han pasado en la historia para que los socorros que acuden al rescate y consuelo de las víctimas alcanzaran el nombre de «Ayudas Humanitarias». La idea más general de este tipo de asistencias se encuentra resguardada en que todos los seres humanos merecen ser asistidos en casos donde las emergencias así lo determinen. Con esa intención se crea el Movimiento Internacional de la Cruz Roja en 1863, luego de que la guerra de 1859 entre Francia y Austria enseñara a través de la muerte y la sangre que las desgracias en batalla afectan a todos por igual. Sin duda, esa no fue la única ni la última vez que una guerra contara sus masacres entre montones de cuerpos y heridas abiertas, pero sí se trató del primer intento de mirar con sentido humanitario al menos humanitario y más humano de todos los tipos de desastres. En 1875, el movimiento cambiará su nombre por el de Comité Internacional de la Cruz Roja, convirtiéndose en el primer acuerdo supranacional que establece la inmunidad y la prerrogativa del servicio médico, especialmente bajo circunstancias bélicas. Sin embargo, es con la destrucción causada por los terremotos que se da inicio en la historia a las ayudas internacionales... y eso fue, ciertamente, antes de la Cruz Roja.

El impacto del sismo de Lisboa en 1755 conduciría a despertar la compasión de muchos vecinos europeos. El rey de Inglaterra, la villa de Hamburgo y la reina de las Dos Sicilias, tal como lo asegura Sandrine Revet¹⁵³, despacharon embarcaciones cargadas de materiales y alimentos

153 Sandrine Revet, *Les organisations internationales...* ya citado.

para asistir a la catástrofe. Estas acciones han de observarse dentro de una cultura en transición hacia la modernidad, donde la sensibilidad por el prójimo se asomaba con visos de «derechos del hombre», antecedente discursivo y semántico de los «derechos humanos». De todas maneras, fueron monarquías y principados dando una mano a vecinos en desgracia. El socorro entre naciones (con el sentido moderno que puede reconocerse actualmente) haría su aparición algo más tarde, justamente con el desastre de 1812 en Venezuela...

LAS LANGOSTAS DERROTADAS

En medio de los intentos patriotas por decretar una república y ser reconocidos como una nación independiente, algunos revolucionarios partieron hacia destinos estratégicos con ese fin. Así es como Telésforo de Orea llega a Estados Unidos en 1811, donde se presentó con credenciales de «representante del Gobierno de Venezuela». Cuando se dirigió al Secretario de Estado James Monroe, le diría que «El Gobierno de Venezuela, cumpliendo con la voluntad del pueblo que lo ha constituido, desea formar una alianza duradera con estos Estados, y tratados de comercio útiles a ambos»¹⁵⁴. Monroe respondió que...

... los Estados Unidos reconocían con gratitud la amistosa demostración del Gobierno de Venezuela en darles parte de su instalación; pero que consideraban como inoportuno el reconocimiento de un Gobierno que aún conservaba una forma provisional: que el de Venezuela se decía todavía conservador de los derechos de Fernando VII, bajo cuyo título había otros en España y en América, y que si los Estados Unidos lo reconociesen como soberano obrarían contra las reglas que debían dirigir su conducta en la presente cues-

¹⁵⁴ Telésforo de Orea a James Monroe, Baltimore, 17 de mayo de 1811, en *Anales diplomáticos de Venezuela, Relaciones con los Estados Unidos*, tomo VI, Ministerio de Relaciones Exteriores, Italgráfica, Caracas, 1976, p. 12.

tión entre la España y la Francia, y conforme a las cuales se habían abstenido de reconocer los varios gobiernos de la Península y sus enviados. No puede ignorarse, añadió, que obrar de otro modo sería acaso agravar los compromisos de este Gobierno con los de la Europa, y oponerse a los mismos principios de independencia e intereses de los americanos del Sur¹⁵⁵.

Aún estaban en 1811, antes del 5 de julio, cuando por entonces continuaban siendo fieles defensores del rey Fernando VII. Poco después, al destaparse el plan revolucionario con la sanción de la república como forma de existencia social y política, Orea insistiría ante Estados Unidos por el reconocimiento, obteniendo respuestas igualmente dilatorias aunque más tendenciosas hacia ese objetivo. Sin embargo, otros asuntos intervenían sobre el primigenio diálogo diplomático entre la joven nación y el representante criollo: «Es a nombre de la humanidad que turbo esta vez la atención de V. E. Lo hago con confianza; porque las calamidades del género humano no pueden ser indiferentes a los seres justos y sensibles». Orea daba parte de los efectos del sismo del 26 de marzo al Secretario de Estado:

Los que sobrevivieron a tal catástrofe no sólo tienen que lamentar la pérdida de sus padres, hijos, amigos y millares de sus conciudadanos, sino que ven su existencia amenazada de mil modos. Sin guarida contra la intemperie, destituidos de los alimentos que les produjo el campo y que han quedado sepultados bajo las ruinas; privados de todo auxilio inmediato; el hambre, el desamparo, y el rigor de las estaciones van a consumir su miseria y desolación, si alguna mano pródiga no se condeule de tan grande calamidad¹⁵⁶.

Esto acabó por conmover los espíritus de los norteamericanos, quienes decidieron enviar la ayuda solicitada. Al día siguiente de la comunicación del representante de Venezuela, miércoles 29 de abril

155 Teléforo de Orea a la Junta de Caracas, Baltimore, 21 de mayo de 1811, en *Anales diplomáticos...*, p. 14.

156 Teléforo de Orea a Monroe, Washington, 28 de abril de 1812, en *Anales diplomáticos...*, p. 51.

de 1812, el Congreso de los Estados Unidos debatió sobre el caso y por unanimidad acordó enviar «barriles de provisiones», los cuales serían comprados por la propia presidencia estadounidense al Comité de Comercio y Manufactura¹⁵⁷. Monroe le entregaría una copia de la decisión a Orea y enseñaría su condolencia en la carta adjunta:

La desgracia de vuestros conciudadanos en Caracas y otros pueblos de las provincias de Venezuela, causada por el último terremoto tan espantoso ha excitado, en un alto grado, la sensibilidad de los Estados Unidos¹⁵⁸.

Ese mismo día James Monroe le participaría al representante venezolano que, a pesar de la buena voluntad de los Estados Unidos, «*No sería prudente hacer ahora un reconocimiento solemne del Gobierno de Venezuela*. Con un poco más de constancia aquella República tendrá la firmeza necesaria, y entonces la Rusia la reconocerá, la Francia la protegerá y la Inglaterra no podrá oponérsele»¹⁵⁹.

En medio de aquella coyuntura, el futuro imperio del norte iba a dejar clara constancia de su indoblegable posición política, pues no demostraría la misma compasión ante otras desgracias. Al mismo tiempo y en la misma moción que se solicitaba la ayuda para los abatidos caraqueños, el congreso discutió un auxilio similar para los habitantes de Tenerife, en las Islas Canarias, quienes se encontraban «hambrientos y asolados por las langostas...». Su decisión fue de 74 votos negativos contra solamente 30 a favor. Advirtiéndole en ello que el socorro a la novel república suramericana no habría de despacharse, un congresista planteó la solución al caso: que se dividieran las propuestas y que se tomara en cuenta solamente la solicitud de la ayuda hasta donde se

157 *Journal of the House of Representatives of the United States*, 1811-1813, Vol. 8, 1813, p. 318.

158 James Monroe a Telésforo de Orea, Departamento de Estado, 14 de mayo de 1812, en *Anales diplomáticos...*, pp. 52-53.

159 *Archivo del General Miranda*, La Habana, Editorial Lex, 1950, tomo XXIV, p. 97. Las cursivas pertenecen a este trabajo.

encontraba la palabra «terremoto»¹⁶⁰. Entonces la decisión de aprobar el auxilio fue unánime.

Está claro que los sismos no resultan más conmovedores que las langostas; la decisión dividida entre los congresistas ha de haber estado intervenida por el sopesamiento acerca del destino de la ayuda: por un lado, se trataba de una provincia a punto de desprenderse de España, la cual se encontraba geográficamente muy cerca y en una región que se antojaba desde ya políticamente apetecible. Por otro lado, la isla tomada por insectos no asomaba las mismas condiciones, y sus desventuras se hallaban más cerca de la zona de influencia de las potencias consolidadas. Quizás allí ha de encontrarse el origen más profundo de la primera de las «Ayudas Humanitarias». Mientras tanto, las langostas continuaban su paso devorador en la lejana Tenerife, llevando el hambre a la isla e inadvertidas de las decisiones geopolíticas.

LOS NEGOCIOS DEL VICECÓNSUL

Los auxilios no siempre han provenido de las naciones extranjeras. La condolencia empieza por casa y allá en los albores del humanitarismo asistencial, cada rincón que se reclamó como «civilizado» desplegó sus propios recursos al respecto cuando tuvo la necesidad de ello. En el caso venezolano, la beneficencia por desastres comenzó a cobrar forma, quizás, con el sismo del 15 de julio de 1853 en Cumaná. El gobierno central asumía que su papel era el de la «mano protectora y benéfica», la cual estaba «guiada por principios humanitarios» y habría de estar «siempre abierta para los que merezcan su auxilio»¹⁶¹.

Pronto, «varios vecinos de la capital, nacionales y extranjeros», abrieron una «suscripción» y recolectaron fondos con el «piadoso intento de auxiliar a los ciudadanos de esa ciudad». Se declaraban «afligidos por

160 *Journal of the House of Representatives...*, p. 319.

161 Archivo General de la Nación, Sección *Interior y Justicia*, tomo CDXCII, año 1853, legajo *Terremoto en Cumaná*, folio 13 recto y vuelto.

el miserable estado a que los ha dejado reducido el temblor», y acopiaron el producto de sus buenas voluntades en el bergantín *María*, que habría de partir rumbo a Cumaná junto con «una comisión de seis individuos» destacados a tal fin. En el camino hacia la nave, se sumaron donaciones de los vecinos de La Guaira. Todo esto estaba siendo comunicado directamente al gobernador cumanes por José Gregorio Monagas, Presidente de la República por entonces.

El gobernador de la Provincia de Angostura hizo lo propio «tan luego como llegaron a mis manos los detalles que confirmaron la catástrofe...». De propia mano dirigió a los habitantes de la ciudad una «alocución excitándolos a una contribución espontánea», a través de la cual «atender el alivio de los menesterosos cuyas necesidades deben haber aumentado en la desgracia común». Con esta iniciativa, el gobernador guayanés recolectó dos mil pesos, los cuales puso en manos del capitán de la «goleta nacional *Indiana*», Eulogio Echenique, para que los entregara al Concejo Municipal de Cumaná¹⁶². En medio de aquel manifiesto humanitarismo, la propia condición humana también cobraría protagonismo... aunque no desde la misma plataforma moral.

El 22 de agosto de 1853, José María Otero Guerra, gobernador de Cumaná, decidió enviar una comunicación al «Secretario de Estado en los Despachos de Interior y Justicia», ante quien acudía para denunciar que la ayuda proveniente de Caracas y La Guaira «está aún sin distribuir después de 16 días que llegaron estos recursos a esta ciudad...». Agregaba que el presidente de la comisión y el depositario de las provisiones, Antonio José Lamonet (vicecónsul de Francia a la sazón), enseñaban una conducta «impolítica» por desatender sus comunicaciones y reclamos al respecto. Ambos ignoraban, muy orondos, sus diarias solicitudes de respuesta. Otero desconocía la suma del donativo, así como cuáles eran los trabajos de la comisión, y se declaraba impotente para proceder contra una autoridad extranjera, quien «constantemente mantiene su pabellón en su puerta».

¹⁶² *Ídem*, folio 17.

El 19 de ese mismo mes le había escrito a Lamonetti exigiendo explicaciones sobre las provisiones y el dinero destinado «a la clase más menesterosa de esta ciudad». Hablándole claro y sin cortapisas, le dijo que «no hay quien deje de censurar el que se estén vendiendo los artículos traídos con tan benéfico objeto. Espero se sirva V. S. ilustrar a la Gobernación sobre el particular para dar cuenta al mismo Superior Gobierno de lo que se haya practicado con aquel auxilio»¹⁶³. No se han hallado pruebas de una respuesta por parte del representante del gobierno francés, y de seguro sus negocios no los ejecutaba en soledad, sino asociado convenientemente con los inescrupulosos de siempre, generalmente allegados a las oportunidades que el descuido y la falta de orden propiciaron en condiciones como las de entonces.

«Sin recursos de ningún género», como decía Otero que se hallaba, le tocó en desgracia padecer el terremoto, lidiar con especuladores insensibles, y enfrentar (al mismo tiempo) levantamientos armados en los confines de su jurisdicción. La suerte telúrica de la región oriental no terminaría en 1853... Y tampoco lo haría la de los desalmados que se aprovecharon de aquella ayuda.

A LOMO DE MULAS

El Gran Sismo de los Andes tomó a la población durmiendo. Comenzó a temblar a las 10:15 de la noche despertando el sueño apacible de muchos y dejando el testimonio de la hora fatídica en el reloj de la catedral, dañado con el primer impulso sísmico. Además de la destrucción material en las construcciones, que dejó a decenas de pueblos en ruinas durante mucho tiempo, el efecto más importante tuvo lugar en las inestables laderas montañosas que sucumbieron al embate del terremoto, arrastrando grandes cantidades de masa hasta el fondo de los cauces, valles y, especialmente, hasta los caminos que unían a esas

163 Folios 19 y 20.

localidades. La emergencia se apoderó de la región y la desesperación general cubrió con mantos de desesperación la vida de todos.

Por entonces gobernaba al país el general Joaquín Crespo. Al enterarse de las noticias declaró la situación como una tragedia nacional. «No podía el gobierno permanecer indiferente ante una calamidad pública de tal magnitud», diría en su Mensaje al Congreso Nacional de 1895¹⁶⁴. De inmediato extendió telegramas a los gobernadores de todos los estados dando parte de la destrucción en la región andina e instando a la creación de comisiones, fondos y juntas que colectaran recursos para socorrer a los desgraciados¹⁶⁵. El 5 de mayo se dictó una resolución por parte del Gobierno del Distrito Federal en la cual se instalaba una Junta Directiva de Socorros, encargada de recoger las donaciones voluntarias de los benefactores de turno.

Con tal motivo el Gobierno dispuso erogar una cantidad del Tesoro Nacional para atender a las necesidades de las poblaciones sumidas en tan tremenda desgracia; y a este propósito benéfico concurrieron los Estados de la Unión y muchas ciudades de América Latina y de Europa, con efectivos y espontáneos socorros¹⁶⁶.

El general Antonio Fernández, gobernador del Gran Estado Los Andes con residencia en Mérida, conformó inmediatamente la Junta General de Socorros el 17 de mayo, destinada a administrar los fondos recibidos provenientes del resto del país.

Entre los auxilios en dinero, vale destacar la cifra de Bs.80.000 otorgados por el Gobierno Nacional, Bs. 93.000 de la Junta Directiva de Caracas, Bs. 36.357 de la Suscripción de Carabobo, Bs. 24.000 de Maracaibo, Bs. 7.136 de Cúcuta, Bs. 5.962 de Ciudad Bolívar, Bs. 1.898 de la Cámara de

164 Joaquín Crespo, *Mensaje que presenta el Presidente Constitucional de la República ante el Congreso Nacional*, Imprenta Bolívar, Caracas, 1895, p. 9.

165 Hay referencia a ello en la *Gaceta Oficial de Venezuela* N° 6.093, del 4 de mayo de 1894.

166 Joaquín Crespo, *Mensaje que presenta el Presidente Constitucional...*, p. 10.

Comercio de Caracas, Bs. 2.700 de Curazao y Bs. 1.000 del Sr. Gaetano Carlevars de Génova...¹⁶⁷

La suma de la ayuda enviada alcanzó los Bs. 253.750, siendo esta una cifra nada despreciable. Según Tulio Febres Cordero, hubo noticias de socorros enviados a la Junta Directiva de Caracas desde Barcelona, La Guaira, Puerto Cabello, Petare, Calabozo, Acarigua y muchos otros lugares¹⁶⁸. También llegó ayuda en numerario desde el extranjero: los representantes del gobierno venezolano en Alemania, Génova, Bolo-
nia, Cabo de Buena Esperanza y República Dominicana enviaron una suma similar. Este capital llegó en bolívars (288.342,28), florines (25), pesos (41, 05), y liras (6.033,92)¹⁶⁹. De la ayuda enviada por la junta de Caracas, Bs. 20.000 se destinaron a cada una de las zonas más afectadas: Tovar, Zea, Santa Cruz de Mora, Guaraque, Mesa Bolívar, San Simón y Libertad. Bs. 6.597,10 fueron enviados a Lagunillas, Pueblo Nuevo y San Juan. El resto de las localidades (independientemente de que se tratara de pueblos o parroquias) se repartieron las sumas en cifras generalmente equivalentes para cada una (Bs. 3.958,20, para Ejido, La Mesa, Montalbán, El Morro, Chiguará, Jají, El Sagrario, Milla, Llano, Arias). Una cantidad menor fue a dar a Tabay, La Punta, Mucuchachí y Mucurubá, y finalmente Bs. 659,70 se destinaron a «gastos de escritorio».

Joaquín Crespo, en su mensaje de 1895, hizo una mención especial a la solidaridad nacional e internacional: «En la Memoria respectiva hallaréis todos los documentos que se relacionan con este asunto; y es justo consignar aquí la expresión de sincera gratitud que, en nombre del pueblo de Venezuela, presenta a las poblaciones y personas del extranjero, que con motivo de aquella calamidad se sirvieron favorecernos tan noble como generosamente».

167 Jaime Laffaille, «El gran terremoto de los Andes...», p. 59.

168 «Apuntes Históricos. Terremoto de los Andes en 1894», en *Archivo de Historia y Variedades*, tomo III, p. 168.

169 Frank Altuve, «El gran terremoto de los Andes venezolanos y las juntas de socorro», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 39, N°s. 1 y 2, 1998, Mérida, pp. 163-178.

La Junta General conformada en Mérida comenzó sus labores administrativas rápidamente. Su primera medida fue la de clasificar la ayuda en «alimenticia» y «de reconstrucción», según apunta Frank Altuve, investigador merideño que dedicó su tesis de grado al asunto¹⁷⁰. La ropa, comestibles y otras especies fueron considerados como ayuda alimenticia; el dinero fue clasificado para la reconstrucción.

La junta contó para todo esto con una organización ejemplar en aquellos tiempos. Un tesorero nombrado a tal fin se encargó de recibir y entregar el dinero; juntas subalternas fueron designadas en los diferentes distritos, donde a su vez actuaban comisiones destacadas para la distribución directa de la ayuda. Los vecinos más afectados con la destrucción de sus viviendas y propiedades podían elevar una solicitud razonada ante la Junta General requiriendo ayuda para la reconstrucción. Esta solicitud, asimismo, debía estar avalada por la firma del cura y el jefe civil de la parroquia. Resulta pertinente señalar que cien años después de aquel desastre, cuando en el estado Vargas se padecieran los aludes torrenciales de diciembre de 1999, la fe de residencia o de damnificados debía estar igualmente expedida y firmada desde las jefaturas civiles de cada parroquia, a solicitud de las instancias ante las cuales habrían de acudir todos aquellos que necesitaran apoyo y colaboración para sus diligencias y necesidades propias de la reconstrucción de sus propiedades o de la reactivación de sus vidas... Tal parece que los recursos de las instituciones públicas no han cambiado en un siglo de historia.

La prioridad de la reconstrucción, sin embargo, estuvo concentrada en los edificios públicos. Iglesias, hospitales y demás contaron con la prioridad del destino de los fondos. Esto resulta coherente si se observa que cada una de las juntas subalternas debía contar obligatoriamente entre sus miembros a un cura... A este personaje le acompañarían dos vecinos respetables.

El gobierno nacional atendió el asunto con prestancia. Además de la conformación de la Junta Directiva, dispuso que la ayuda

170 *Ídem*.

material a ser enviada a los Andes se fletara en un vapor de la Armada destacado en el puerto de La Guaira cuyo destino sería La Ceiba, en el Lago de Maracaibo. Por entonces, la llegada a los pueblos andinos se realizaba remontando las pendientes a través de senderos y caminos que partían de los piedemontes y se perdían en marañas de rutas intramontanas. Las vías más utilizadas, por su proximidad al lago y su posibilidad vehicular hacia el puerto de Maracaibo, eran las que atravesaban el páramo de La Culata y venían a dar en las cercanías de la actual Tucaní. Allí conectaban con los «puertos santos» (San Pedro, Santa María, Santa Isabel) y con La Ceiba, Gibraltar o Bobures. Este sentido en la comunicación con los Andes se mantuvo desde la llegada de los españoles hasta la construcción de la Gran Carretera de los Andes, conocida como la Trasandina, más o menos finalizada hacia 1923, a partir de la cual la conexión con Caracas se desvió de esa zona con rutas hacia los llanos.

Los caminos entre los pueblos agricultores de Mérida y el sur del lago provenían de los senderos indígenas precolombinos y de aquellos que fuesen más utilizados por las rutas comerciales coloniales. Entre Mérida y Gibraltar, por ejemplo, existían 30 leguas de caminos ásperos y empinados que partían desde Mucuchíes hacia Torondoy, sitio de descanso para los arrieros hasta descender al puerto gibraltareño. Pese a lo difícil de la travesía, este constituyó un camino primario o secundario, según se vea en el tiempo¹⁷¹. Otros caminos muleros cobraron protagonismo: el de La Mesa-Jají-Arenales y Gavilanes-valles de Santa Isabel y Santa María en la costa lacustre; el de Ejido-Tovar-Chiguará-valles del Chama-puerto de Santa Rosa, que conectaba con el tramo del Camino Real desde la cabeza del Chama en Estanques-Chiguará-puerto de Santa Rosa en la desembocadura del Chama¹⁷².

171 Ileana Parra, «Las comunicaciones en el occidente venezolano: rutas y puertos. Siglos XVI y XVII, Maracaibo», en *Cuadernos de Historia*, N° 10, 1985, pp. 62-63, Universidad del Zulia, Maracaibo.

172 A estas vías de comunicación se hace referencia en la investigación de Ileana Parra, Rogelio Altez y Arlene Urdaneta, «Senderos, caminos reales y carreteras: El sentido histórico de la comunicación andino-lacustre (Venezuela)», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 49, N° 2, 2008, Mérida, pp. 291-320.

Los caminos de recuas iniciados con la penetración colonial continuaron fundamentando la base de las comunicaciones terrestres en el occidente venezolano. Ello explica por qué este tipo de vías significó la respuesta vial menos exigente que, en ese contexto geográfico, podría darse a los obstáculos presentados por el medio físico a las comunicaciones, especialmente en el caso del relieve montañoso andino. La carencia de infraestructura y superestructura viales colocó durante siglos a los caminos de recuas en una situación de extrema sujeción a los factores climáticos, además de seguir pasivamente las formas del relieve. Por este motivo, el recorrido de sus trayectos montañosos obligaba a realizar ascensos y descensos de suma penuria y peligrosidad, tornando lentos a los transportes a pesar de su eficacia.

Con los derrumbes producidos por el magnífico terremoto se obstruyeron casi todos los caminos. Las vías férreas vigentes en la región del sur del lago (únicamente útiles para la conexión de algunos puntos de abastecimiento con ciertos puertos lacustres) se vieron interrumpidas por los efectos del sismo y en su mayoría retorcidas hasta volverlas inservibles. Esto condujo al aislamiento de docenas de pueblos. «Muchas familias resultaron separadas y sin tener noticia alguna del estado de varios de sus integrantes; en cada ciudad se pensaba que la situación de ruina podría ser peor en los poblados vecinos, agravándose la incertidumbre con el transcurrir de los días al no contar con información». La ayuda tardaba en llegar por la misma situación de los caminos, contribuyendo con ello a empeorar las cosas: «Las primeras recuas de mulas entraron a Mérida casi veinte días después de ocurrido el terremoto». Las familias de esa ciudad que perdieron sus viviendas acabaron por refugiarse en lo que antes del sismo «eran cocinas, cabañerías y corredores interiores»¹⁷³.

Los pueblos cercanos en mejor situación, especialmente los fronterizos con Colombia, enviaron víveres y vestimenta a lomo de mula. Desde el Táchira partió «una caravana con médicos, cirujanos, medi-

173 Jaime Laffaille, «El gran terremoto de los Andes...», pp. 60-63.

cinas, alimentos, ropa y dinero para socorrer a las víctimas»¹⁷⁴. Dieciséis días después del terremoto, el 9 de mayo, entraron a Mérida las primeras mulas cargadas de ayuda: «es el primer auxilio que entra por las puertas de esta ciudad después de la catástrofe», decía la gobernación del estado¹⁷⁵. Se trataba de veinticuatro cargas de alimentos distribuidas así: 8 cargas de arroz, 5 de harina, 7 y media de sal, 1 carga de maíz y 2 y media de galletas, provenientes de Sabana de Mendoza.

Los pueblos merideños habían quedado aislados... Eran tiempos del caballo de hierro y de caminos carreteros que prometían el progreso y el libre comercio a los confines territoriales que se escondían lejos de los puertos. No obstante, la solución al aislamiento se halló en recursos y tecnologías ancestrales, de la mano de senderos, cornisas, tarabitas y mulas que poco decían de modernidad. La ayuda llegó del mismo modo que habría llegado en el siglo XVII o quizás antes. Fue esta una lección para las aspiraciones de crecimiento que se asomaban en la nación y que se impondrían con la apertura a la explotación petrolera que ya tocaba las puertas. Probablemente, las reflexiones que al respecto revoloteaban en la cabeza de Juan Vicente Gómez, exiliado en Colombia a la sazón y profundamente conocedor de las circunstancias andinas para la época, condujeran a la construcción de la Trasandina, vía que todavía en el presente sirve de acceso e interconexión a la región entera.

EL BENEMÉRITO EN ACCIÓN

El sismo que el 17 de enero de 1929 destruyera a Cumaná es uno de los más documentados en el siglo XX. Sin embargo, la información por entonces se hallaba estrechamente censurada bajo el gobierno de Juan Vicente Gómez, y es muy probable que jamás se conozcan los detalles

174 Frank Altuve, «El gran terremoto de los Andes...», p. 174.

175 Archivo General del Estado Mérida, Fondo Gobernación, sección *Gobernación del Gran Estado Los Andes*, legajo 1, carta del 16 de mayo de 1894.

reales de la actuación de los poderes públicos en aquella ocasión. En cualquier caso, la presencia del Estado se hizo efectiva rápidamente, a pesar de las distancias y las circunstancias. Apenas enterado de las noticias, el Benemérito tomó rápidas decisiones sobre el asunto. *El Nuevo Diario*, periódico afecto al régimen gomecista, titulaba el 18 de enero en la primera página que «El Benemérito General J. V. Gómez, inspirado en sus nobles sentimientos personales y en su patriótica solicitud de magistrado, ordena el pronto socorro de la ciudad damnificada».

El vapor *Guárico*, primera embarcación destacada para el caso, partió hacia Cumaná abastecido por la Sanidad Nacional bajo orden directa del Presidente. Entre otras cosas, cargaba con 10 litros de tintura de yodo, 50 cajas de aceite alcanforado, 40 ampollas de suero anti-tetánico, 200 paquetes de gasa, varias decenas de ampollas de suero fisiológico y suero glucosado, 300 vendas surtidas, 140 kilos de algodón, 3 frascos de solución de adrenalina, una caja para amputación y desecación completa, 6 bisturís de mango fijo, 76 ampollas de éter anestésico, 50 litros de agua oxigenada, 10 latas de yeso, 5 galones de alcohol absoluto, 36 frascos de cloroformo, tijeras, agujas, cepillos para cirujanos, jeringas, esterilizadores, pinzas, irrigadores, tubos de goma para lavar el estómago, 5 tiendas de campaña, 2 mesas para operación, una estufa y cientos de cosas más con las cuales se atendían las emergencias por entonces.

Gómez, además, ordenó que de Guanta partiera el vapor de guerra *José Félix Ribas*, incluyendo entre sus pasajeros al presidente del estado Anzoátegui, quien debería ser garante de los auxilios allí embarcados. La nave quedaría a la disposición del general José Garbi, autoridad máxima del estado Sucre, el cual, como todos, no firmaba documento alguno dirigido al Benemérito sin demostrar su fidelidad: «Amigo y subalterno», rubricaba cartas y telegramas al respecto.

Tenía orden directa de su superior de

...no omitir gasto alguno en la obra humanitaria y patriótica de socorrer a ese gran pueblo que acaba de abatir la desgracia; pues el Gobierno que

presido está dispuesto a prestarle toda su ayuda en los gastos que ocasione esta labor. Ratifíquele Ud. en la forma más expresiva al pueblo cumanés cómo estoy yo al lado de él en estos momentos de dolor y tribulaciones. Su amigo, J. V. Gómez.

En un telegrama con igual determinación, el mandatario se dirigió a Pedro Manuel Arcaya, ministro de Relaciones Interiores al momento, a quien le indicaría lo siguiente:

Señor doctor Pedro M. Arcaya.

Como habrá muchos cumaneses que carecen de los medios necesarios para trasladarse a su tierra a ver a sus familias y atenderlas en los fatales momentos que sufren actualmente, es mi deseo que Ud. haga pública la determinación del Gobierno de concederle a todo aquel que quiera hacer uso de esta gracia, el pasaje necesario para el viaje a Cumaná, pudiendo ocurrir al Despacho a su cargo a recibir la orden correspondiente¹⁷⁶.

En Margarita «la Oficina del Radio ha sido invadida por enorme muchedumbre inquiriendo angustiosamente noticias de sus familiares y amigos. Los pormenores que nos llegan vía Radio por intermedio del vapor holandés anclado en aquel puerto son por demás alarmantes».

Al mismo tiempo, el general dispuso se abriera «franquicia telegráfica» en todo el territorio nacional para aquellos que teniendo familiares en la zona devastada pudiesen acceder a noticias directas e inmediatas al respecto, y así lo ordenó al director de los telégrafos, el general Colmenares Pacheco. Éste le respondería inmediatamente que su orden ya se estaba publicando en toda la prensa de Caracas en un «Aviso Oficial Correspondiente», y aprovechaba la respuesta para hacerle saber que «Esta oportuna como hidalga magnanimidad de su alma noble, habrá de repercutir hondamente en el corazón de todos los venezolanos, que tenemos en usted al Mandatario de los grandes hechos y al

176 Publicado en *El Nuevo Diario*, Caracas, 18 de enero de 1929, p. 1.

padre de los más acendrados afectos, que vela por todos y cada uno de los hijos de nuestra querida Patria. Lo abraza cariñosamente su afmo. F. A. Colmenares Pacheco».

Desde la propia oficina de *El Nuevo Diario* se estaba convocando a la constitución de Juntas de Socorro ese 18 de enero, y dando el ejemplo el periódico abrió la cuenta de los fondos con Bs. 1.000. A las cuatro de la tarde del día siguiente ya se hallaba constituida la junta, la cual tenía al frente como su presidente a Laureano Vallenilla Lanz. A los Bs. 1.000 que sirvieron de base, se les sumaron Bs. 23.000 recaudados en menos de 24 horas, y otros Bs. 4.000 proveídos por los empleados del Ministerio de Obras Públicas.

En el mismo día Gómez decretaría la suspensión de las ferias de Maracay y la Junta de Festejos que existía para tal fin en la capital aragüeña se constituyó de inmediato en Junta de Socorros para auxiliar a los cumaneses:

De conformidad con los deseos del Jefe del País, la Junta Directiva de las Ferias de Maracay ha suspendido por el momento sus actividades, y acuerda unánimemente ofrecerse al Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, para cooperar de la manera más decidida en todo lo que tenga a bien disponer la alta autoridad del Supremo Magistrado, con motivo de la calamidad ocurrida en la capital del Estado Sucre, lo cual lamentamos sinceramente»¹⁷⁷.

En sólo un día, la Junta de Socorros de Maracay colocó en el vapor *Mariscal Sucre* el siguiente surtido:

11.640 papelones, 100 sacos de azúcar, 3 quintales de café molido, 20 quintales de galletas de soda, 100 sacos de caraotas negras, 100 sacos de harina de maíz, 10 quintales de mantequilla, 20 quintales de manteca, 500 sacos de arroz, 100 sacos de harina de trigo, 200 cajas de pastas alimenticias, 50 cajas

¹⁷⁷ *El Universal*, Caracas, 18 de enero de 1929, p. 1.

de leche condensada, 1.000 paquetes de velas, 50 cajas de Kerosén, 500 paquetes de fósforos, 1.000 potes de avena ‘Quaker’ y ‘Tres minutos’, 10 quintales de queso blanco, 1 quintal de chocolate, 500 potes de extracto de carne, 20 ristras de ajos, 2 quintales de cebollas, 500 sacos de maíz pilado, 200 barriles de papas, 14 tercios de casabe, 250 cajas de agua del castaño soda y kola, 4.000 metros de lona para tiendas de campaña, 200 piezas entre ollas y calderos surtidos, 200 docenas de platos surtidos, 100 docenas de cucharillas ordinarias, 100 docenas de pocillos de peltre, 100 lámparas contra el viento, 12 linternas eléctricas, 2 docenas de grecas, 20 máquinas para hacer masa, 50 madejas pita, 3 rollos de mecate. Cuchillos, agujas e hilo cantidad suficiente. 1000 cobijas. 500 sábanas. 500 piezas para vestir de mujer. 300 piezas de dril. 20 docenas de paños. 400 fundas de almohadas. 100 camas, 150 colchones. 100 almohadas y dos cajas de aceite de oliva¹⁷⁸.

Por otro lado, la Cruz Roja Venezolana emitía un comunicado abierto que decía:

... ante la magnitud del terremoto que ha destruido la ciudad de Cumaná, se hace un llamamiento al público en general para que contribuya con sus socorros para los damnificados. Dada la urgencia del caso aprovecharemos la salida del vapor *Colón*, hoy a las 5 de la tarde, para hacer el primer envío de víveres que serán llevados y distribuidos por una comisión de nuestro seno, compuesta de los señores Augusto Pinaud, Secretario General y Juan M. Benzo, tesorero de la Sociedad. En el local de la Cruz Roja, situado de Muñoz a Piñango N° 10, queda abierta a suscripción correspondiente¹⁷⁹.

En esa comisión, que además llevaba cirujanos, practicantes, farmacéuticos, y «samaritanas», se embarcaba en calidad de ayudante «el joven Luis Prieto», quien después ha de ser reconocido por la historia como el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa.

178 *El Nuevo Diario*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

179 *El Nuevo Diario*, Caracas, 18 de enero de 1929, p. 3.

El corresponsal de *El Universal* aseguraba que las autoridades cumanesas se ocupaban de distribuir «las pocas provisiones de que disponemos y de conservar el orden y de confortar el ánimo angustiado de los habitantes». Señalaba, igualmente, que a pesar del dolor y de la «enorme adversidad», la gente «conservaba el orden y sobrellevaba con entereza la desgracia común». *La Esfera* destacaba que todos los corazones se han puesto «a vibrar al unísono», junto al «muy noble y altruista del Primer Magistrado de la Nación», quien desde que se enteró de la situación, «no ha cesado de dictar las órdenes conducentes al alivio de los males causados por la tremenda conmoción sísmica»¹⁸⁰. Para este periódico, la actitud del Benemérito era «noble, gallarda, generosa», a lo que sumaba que «El más reciente rasgo que nos llega hoy del eminente y altruista ciudadano que rige los destinos del país es que ha ordenado erogar la suma de Bs. 500.000 para los auxilios necesarios a Cumaná». El telegrama al respecto decía lo siguiente:

De Maracay a Caracas, el 18 de enero de 1929. Doctor Pedro M. Arcaya. Disponga usted lo conducente a que sea erogada la cantidad de quinientos mil bolívares (Bs. 500.000) para socorrer a las víctimas del terremoto de Cumaná y póngase de acuerdo con el Ministro de Hacienda a fin de que el giro le llegue a la brevedad posible al Presidente de Sucre, quien tiene instrucciones mías para la distribución eficaz de ese dinero.

Con esta erogación inicia el Gobierno Nacional, por lo pronto, los auxilios monetarios al pueblo cumanés en su gran desgracia.

Su amigo, J. V. Gómez¹⁸¹.

Todos querían participar en la ayuda destinada a Cumaná. La Unión Líbano-Siria se sumó enviando a un médico «recién graduado» para socorrer heridos y enfermos; la delegación de la Colonia Francesa hizo un llamado público a todos sus compatriotas para colaborar con dinero; y la

180 *La Esfera*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

181 *El Nuevo Diario*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

Federación Nacional de Foot Ball y el club peruano Ciclista Lima Association, que actualmente nos visita, han resuelto de mutuo acuerdo que el juego que se efectuará el próximo domingo 20 entre un equipo de esta ciudad y el mencionado club limeño, sea a beneficio de los damnificados en la catástrofe de la ciudad cuna del Gran Mariscal de Ayacucho.

El Sindicato San Agustín, propietario del estadio donde se jugaría el partido, en acuerdo con Pedro Mandé, arrendatario del mismo, decidieron destinar las utilidades a la beneficencia. Las entradas para el juego se vendieron en la *Cervecería Strich*, con excepción de las de palco, que fueron distribuidas por «señoritas de esta sociedad que gentilmente se han prestado a esto»¹⁸².

A pesar de todo el despliegue alcanzado por el Ejecutivo nacional y la velocidad de las adhesiones a la solidaridad con Cumaná, la situación en aquella ciudad era terrible. El presidente del estado Sucre acabó por extender un decreto con el cual reclutar «voluntariamente» a la mano de obra que tuviese la capacidad de colaborar con la reconstrucción. Muchas de las noticias aseguraban que Cumaná estaba «hacinada entre escombros», y por ello se requería su pronta movilización. Parte del decreto en cuestión decía lo siguiente:

Artículo 1° - Conságrense todos los esfuerzos y recursos, tanto morales como económicos de que pueda disponer el Gobierno así como también los auxilios que se han recibido y cuantos se recibieren en lo adelante, a la obra sagrada de la reconstrucción de Cumaná.

Artículo 2° - Todos los ciudadanos están en la obligación de regresar a sus respectivas labores comerciales, industriales, agrícolas, profesionales, obreras.

Artículo 3° - Necesitando el Gobierno del brazo obrero, se abre desde este momento un registro en la Plaza Ayacucho, adonde se debe concurrir a inscribirse para ser destinado al trabajo en el sitio que se le designe a cada quien, percibiendo el salario remunerativo y la manutención correspondiente.

182 *Ídem*.

El «considerando» más representativo del decreto de Garbi describía con claridad la puesta en escena de la solidaridad impartida desde la figura del líder nacional:

Que el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, a quien hemos sentido muy junto a nosotros en esta hora de prueba, está igualmente herido en su corazón de patriota, de noble hidalgo, ha exteriorizado su pena tendiéndonos su mano de protección paternal con valiosos auxilios, el sostenedor de la Paz, el campeón del progreso y el más infatigable obrero de la República, recomienda constantemente el trabajo como fuente segura de prosperidad y es en el Rehabilitador de la Patria en quien se concreta la más firme esperanza de la heroica ciudad abatida...¹⁸³

Abatida, sin duda. Cumaná, además, se quedó sin luz con el sismo. Se desmoronó la planta eléctrica y sus «turbinas, motores, maquinarias rodaron hasta las calles». Los cables quedaron «totalmente destrozados» y la ciudad perdió su alumbrado público. «Las líneas telefónicas también quedaron destruidas y este servicio tardará en hallarse de nuevo a la orden del Público», decía *El Nuevo Diario* del 22 de enero. Mientras tanto, *El Universal* reportaba 3.586 casas destruidas y 23.086 personas sin alimento ni abrigo, y *La Esfera* calculaba en Bs. 50.000.000 las pérdidas materiales, algo que señaló como una cifra conservadora. Muy lejos estaba este monto de lo recaudado por las juntas, pues muy lejos estaba también esa sociedad de hallarse preparada para responder rápida y exitosamente ante una catástrofe de tal magnitud. No obstante, la pregunta asalta ineludible: ¿lo está ahora?

183 *El Nuevo Diario*, Caracas, 21 de enero de 1929, p. 1.

EL TOCUYO AERODINÁMICO

Cuatrocientos años cumplió El Tocuyo en 1945. Se jactaba de estar entre las primogénitas de Venezuela y de ser la plataforma fundamental desde donde comenzó la fundación de ciudades importantes en el actual territorio nacional. Con ese orgullo llegaba al 3 de agosto de 1950, justo cuando a las 17:50 horas fue sorprendida por un terremoto que impactó severamente en los referentes materiales de aquella historia. Cayeron templos, casas, edificios públicos y la moral de todos. Le acompañaron en el sufrimiento las poblaciones de Guarico, Anzoátegui, Humocaro Alto y Humocaro Bajo, Guaitó, Chabasquén, Cabudare y Sanare, entre otras. El informe que al respecto realizara el Instituto Nacional de Mineralogía y Geología decía lo siguiente:

Una estimación global nos permite calcular que en la ciudad de El Tocuyo el 80% de los edificios sufrieron daños considerables. El 50% aproximadamente quedaron en estado inhabitable, alrededor de 30 al 40% fueron destruidos casi totalmente. Estas cifras corresponden a un cálculo hecho el 4 de agosto, pero posteriormente han ocurrido más daños¹⁸⁴.

Las noticias sobre la tragedia de El Tocuyo se repartieron rápidamente. El teléfono, la radio y el telégrafo fueron vehículos velocísimos que llevaron el reporte a todos lados. Un ejemplo de ello fue la

184 Gabriel Dengo y J. R. Bushman, *Informe preliminar sobre el terremoto de El Tocuyo, ocurrido el 5 de agosto de 1950*, Instituto Nacional de Minería y Geología, Caracas, 1950.

inmediata condolencia enviada desde Nicaragua por Anastasio Somoza (colega de sujeciones militares en aquellos años), dirigida a Carlos Delgado Chalbaud y fechada al otro día, 4 de agosto:

Excelentísimo Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, Caracas.

Habiendo recibido la infausta noticia de que importantes poblaciones de ese país hermano han sido víctimas de fuertes terremotos con sensibles pérdidas apesúrome, en nombre del pueblo y gobierno nicaragüenses y en el mío propio a expresar a vuestra excelencia los sentimientos de nuestra cordial solidaridad en el dolor que embarga al noble pueblo venezolano y a su ilustrado gobierno. Reitero a vuestra excelencia las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

Anastasio Somoza. Excmo. Presidente de Nicaragua¹⁸⁵.

En las localidades vecinas afectadas por el temblor la situación no se diferenciaba en nada a la de El Tocuyo: en Guarico, de un total de 350 casas que existían en el pueblo, la mayoría de ellas estaban «desplomadas casi inhabitables»; todas las casas entre Guarico y Chabasquén están «inhabitables»; en esta última población, el 50% de las casas también quedó «inhabitable» y el 12% «destruidas»; Anzoátegui «completamente arrasada»; en Humocaro Alto, «todas las casas desplomadas»; el 15% de las construcciones en Humocaro Bajo fueron afectadas severamente; las 36 casas que poseía el caserío Guaitó quedaron «inhabitables»; el caserío Camburito quedó aislado por hallarse inundado¹⁸⁶.

El corresponsal de *El Nacional* se trasladó desde Quíbor en una de las noches posteriores al temblor. Su descripción de lo hallado es elocuente:

185 Archivo Histórico de Miraflores, *Telegramas*, caja N° 1739T.

186 Tomado del telegrama enviado por el teniente coronel Luis Felipe Llovera Páez, Ministro del Interior, a la Junta Militar de Gobierno, existente en el Archivo Histórico de Miraflores, *Telegramas*, caja N° 1739T.

La oscuridad que envolvía al lugar hacía aún más patética la tragedia de aquel pueblo. La gente había huido a los alrededores despoblados. Echados en el suelo húmedo, a plena intemperie, se veían los rostros trémulos de los que aún no habían salido del estupor. Muchos no podían hablar con coherencia. Algunos creían que todo aquello no era realidad, sino un sueño trágico... Por todas partes ruinas: automóviles aplastados por el desplome de las paredes; postes y alambres obstaculizando el tránsito; y montones de mampostería y adobe por donde quiera. La cantidad de escombros hacía suponer que el número de muertos sería elevado¹⁸⁷.

Las pérdidas materiales ocasionadas por el sismo han sido calculadas en 500 millones de bolívars¹⁸⁸. «Por otra parte, la destrucción de la mayoría de las haciendas de cañamalar y de los ingenios y trapiches de papelón ubicados en las cercanías de El Tocuyo, provocó la paralización momentánea de la industria azucarera de la región»¹⁸⁹. Las carreteras se vieron afectadas gravemente por los deslizamientos, interrumpiendo el paso en varios puntos y dificultando la llegada de la asistencia. Para colmo de males, lluvias torrenciales convirtieron los caminos en «auténticos lodazales». «Los principales daños en las carreteras fueron los derrumbes de rocas tales como los que ocurrieron entre El Tocuyo y Guarico, y que obstruyeron completamente el paso de vehículos. No nos fue posible realizar observaciones más al sur de Las Adjuntas por estar las carreteras interrumpidas»¹⁹⁰. Más de cuarenta localidades en siete estados diferentes del país reportaron daños graves o leves. El embate de las ondas sísmicas fue sentido, en total, en doce estados.

187 *El Nacional*, Caracas, 20 de agosto de 1950, p. 17.

188 José Grases, Rogelio Altez y Miguel Lugo, *Catálogo de sismos sentidos o destructores. Venezuela, 1530-1998*, ya citado, p. 410.

189 Así lo señala Alejandra Leal, quien dedicó su tesis de grado y otras investigaciones al estudio de los impactos y los efectos de este terremoto en la historia de la región. *Viviendo en escombros: análisis de vulnerabilidad global para el caso del terremoto de El Tocuyo del 3 de agosto de 1950*, Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2008, p. 123. Buena parte de la información y la documentación aquí citada procede de ese trabajo.

190 Gabriel Dengo y J. R. Bushman, *Informe preliminar...*

El terremoto vino a dar en un contexto histórico y político muy particular. La Junta Militar que estaba al frente del país tenía entre sus tres dirigentes principales a Marcos Pérez Jiménez. Sus ambiciones de poder ya se asomaban desde ese mismo año, pues en el mes de noviembre habría de ser asesinado Carlos Delgado Chalbaud (quien estaba al frente de la junta y se perfilaba como el líder natural en una posible salida democrática), despejando con ello su camino hacia la dictadura que encabezaría posteriormente hasta 1958. Sus relaciones con el capital de la construcción conforman el referente histórico más evidente de la materialización de su política nacional. A lo largo y ancho de Venezuela, carreteras, autopistas, edificios públicos, monumentos, industria y vivienda dan cuenta de una fructífera sociedad anidada entre relaciones de poder vestidas con uniformes verdes y alimentadas por el cemento.

De la mano de la junta, propiamente, y a partir de 1948, se daba inicio a «los años del buldózer», parafraseando el título del libro de Ocarina Castillo¹⁹¹. Con la figura de Pérez Jiménez cerca o al frente de los destinos de la nación, se desplegó un plan que fue llamado estratégicamente como *Nuevo Ideal Nacional*, a través del cual se pretendía consolidar finalmente la república a partir de elementos cohesionadores que hicieran las veces de referentes concretos y materiales. Esto hallaba en el desarrollo de la construcción una posibilidad histórica:

Para que Venezuela pueda cumplir su destino histórico en función del Ideal Nacional, tenemos que fijar como grandes objetivos, el mejoramiento moral, intelectual y material de sus habitantes y la transformación nacional del medio físico¹⁹².

191 *Los años del buldózer, ideología y política, 1948-1958*, Ediciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2003.

192 Alocución de Pérez Jiménez en el Ministerio de la Defensa el 4 de julio de 1951, citada en el libro de O. Castillo, p. 37.

La propuesta de desarrollar al país de la mano de la construcción no escondía la idea de modernizarlo. La advertencia sobre la condición mayoritariamente rural de Venezuela parecía acelerar ansiedades por llevarla a niveles de desarrollo superiores. Parte de ello se observaba en la situación de las viviendas campesinas, preferentemente armadas en barro, bahareque, adobe, madera, paja y palma, materiales que favorecían ambientes propicios para el crecimiento de enfermedades endémicas transmitidas por insectos. Sobre ello se empezó a intervenir desde el gobierno de Eleazar López Contreras, justo cuando se llevarían a cabo campañas sanitarias que incluían «la sustitución de la tradicional vivienda popular»¹⁹³. La renovación de este tipo de casas se ejecutó como una política nacional, la cual jamás estuvo divorciada de los negocios habituales que involucran a los intereses de poder y a los capitales de costumbre. Es por ello que los modelos de vivienda acabaron por ser formas de intervención en la vida tradicional de la sociedad campesina, y no soluciones estructurales a sus vulnerabilidades.

Con ese mismo sentido fue que se intervino en la reconstrucción de El Tocuyo. Militarizada desde los primeros días, la ciudad vio cómo fue atendida por el gobierno central rápidamente. Pronto llegaron los enviados oficiales. Representantes de los Ministerios de Sanidad y Asistencia Social, Agricultura y Cría, Defensa, Obras Públicas, así como de la Corporación Venezolana de Fomento, arribaron al lugar por tierra o desde el aeropuerto de La Carlota. Aviones y helicópteros del Ejército crearon un puente aéreo para agilizar el traslado de los socorros. Del Batallón de Ingenieros destacado en Maracay se enviaron carpas, médicos, enfermeras, medicamentos, víveres y «aparatos necesarios para efectuar derrumbes y excavaciones»¹⁹⁴. Las maquinarias actuaron de inmediato.

En dos días ya se repartía la asistencia médica y también los víveres. Los escombros fueron removidos rápidamente y el tránsito

193 Así lo señala la entrada «Vivienda» en el *Diccionario de Historia de Venezuela de la Fundación Polar*, Caracas, 1997, tomo 4, p. 287.

194 *El Universal*, Caracas, 5 de agosto de 1950, p. 1.

fue reestablecido con prontitud. Mientras tanto, esa misma remoción avanzaba más allá de la limpieza de las vías. Las casas en ruinas o con desplome, los templos derrumbados o solamente agrietados, y los edificios públicos cimbrados por el terremoto, casi todos fueron demolidos. A los damnificados les fue asignado material para el levantamiento de sus nuevas viviendas. Láminas de zinc se repartieron junto con cajas de víveres, en tanto la gente armaba sus refugios provisionales en forma de cubos con esas mismas láminas y los alineaba uno tras otro, ofreciendo la sensación que dan las casullas de las perreras, separadas por corredores que permitían el acceso a cada una. Los militares pernoctaban en tiendas de campaña levantadas en los terrenos despejados, ante las miradas de los damnificados que de seguro habrían preferido una y mil veces contar con esas carpas en lugar de los improvisados cubículos de zinc.

La acción de la maquinaria dejó a la ciudad desnuda de ruinas y presta a la reconstrucción. La discusión sobre cómo habría de ejecutarse esta obra apuntaba a borrar de la memoria colectiva el pasado colonial de El Tocuyo. Muy temprano luego de la destrucción (el 8 de agosto) el diario *El Impulso* decía que se trataba de «la destrucción total de uno de los más hermosos símbolos» de ese pasado, «donde leyendas y recuerdos pervivían congelados en las formas arquitectónicas de las casas, y en las maneras de vivir sus habitantes». En esa opinión se deslizaba una despedida razonada sobre la antigua arquitectura y los «silentes pasos feudales» de la ciudad: «Emoción dolorosa y hondos sentimientos de pesar embargan a quienes hemos querido la ciudad de El Tocuyo. Es un hermoso paso que se va, es una morfología de la sociedad que se sepulta».

Asegurando que sus intereses «respondían a los de la comunidad», en el periódico señalaban que «quedan planteadas serias interrogantes ante la situación futura de El Tocuyo». Entre los problemas que enumeraban hacían hincapié en el porvenir urbano de la ciudad: «Hay quienes con el natural y explicable sentimiento inmediato a la catástrofe, responden con ligereza que se plantea la necesidad de la recons-

trucción». Para *El Impulso* «reconstruir la ciudad sería un propósito artificial porque no se puede resucitar un ambiente, cuyos perfumes tradicionales han quedado sepultados. Por lo demás no sería justificable desde ningún punto de vista que se volvieran a edificar los siete templos de la ciudad, ni las viejas casas, con sus anticuados sistemas, donde se despilfarraba el espacio sin criterio económico».

Con posturas como ésta se perfilaba el ánimo de la modernización para la antigua ciudad colonial. El punto de partida de estos razonamientos lo representaban consideraciones que no tomaban en cuenta la memoria material que sobrevive asida a las paredes del pasado; del mismo modo, también se escondían tras esos argumentos los *negocios de la reconstrucción*, aquellos que sólo pueden llevarse a cabo de la mano de las inversiones económicas y políticas del Estado. «Hay propósitos argumentos que no aconsejarían la inversión de varios millones», pues únicamente «representarían una hermosa evocación sentimental». Con contundencia, aquel artículo titulado «El drama tocuyano» remataba que «las obras hechas por un simple criterio sentimental son contraproducentes, anti-económicas y sucesivas».

Pero esta reconstrucción, si así se quiere llamar, tiene que ser planeada por organismos técnicos, de tal suerte que en lugar de ser El Tocuyo la ciudad más vieja de Venezuela, característica evocadora y sentimental, pase a ser la ciudad más moderna, mejor organizada, más previamente construida de este país, característica positiva.

El periodista de *El Impulso* estaba claro: debía construirse «la ciudad más moderna, en lugar de la ciudad más antigua. El Tocuyo aerodinámico, en el mismo sitio de El Tocuyo colonial». Con ello se asomaba un llamado a la participación de los expertos en el asunto, y el artículo concluía con lo siguiente: «Se imponen construcciones técnicas y bien dirigidas. Porque una cosa ha quedado demostrada con la catástrofe tocuyana: que si las casas hubieran sido modernas y mejor construidas hubieran resistido con más pujanza al embate sísmico».

El 19 de diciembre de ese año, el arquitecto e ingeniero Leopoldo Martínez Olavarría, copartícipe de la reurbanización de El Silencio junto a Carlos Raúl Villanueva, impulsor de la llamada «vivienda popular», y ganador del Premio Internacional *Hábitat* otorgado por las Naciones Unidas en 1991, dictaba una conferencia en el Colegio de Ingenieros de Venezuela, la cual tituló «*Factores económicos y humanos en la reconstrucción de El Tocuyo*». Con una mirada mucho más académica y sensible, el investigador decía que «Pocas veces en la historia de Venezuela se le había presentado al urbanista un caso tan interesante como el de la reconstrucción total de una ciudad entera; ciudad con historia, tradición y economía propia, e inclusive, habitantes propios». Sus deducciones acerca de las razones de tanta destrucción (93% de las casas y edificios destruidos, decía), las resumía con excelente precisión:

... la vejez y pobreza de los materiales empleados en la mayoría de las construcciones, y el segundo, la diversidad de los materiales empleados en las mismas. Sobre paredes de adobe, con luces de madera o arcos de ladrillo mal cocido, se asentaban techos de tejas, con el peso de ellas y de la tierra de relleno. La caña brava y las viguetas habían sido por siglos pasto del comején, y su resistencia era nula. Los enlucidos de cal y mortero disimulaban pisos superpuestos, paredes derribadas, puertas abiertas en viejos muros y otras reparaciones efectuadas en la primitiva fábrica, las que cada quien efectuaba con distintos materiales, los cuales nunca llegaron a la cohesión perfecta. Las sacudidas sísmicas no hicieron otra cosa que acelerar la acción del tiempo, la que igualmente hubiera ido derrumbando uno a uno estos viejos caserones, llegados a nuestros días casi por milagro de conservación¹⁹⁵.

195 Tomado del artículo de Guillermo Herrera Umérez, Armando Vegas, Santiago Aguerreverre, Pascual Paoli Ch. y Edgar Pardo Stolk, titulado «Informe que presenta al Colegio de Ingenieros la comisión nombrada por este para estudiar los efectos del terremoto ocurrido en la población de El Tocuyo el 3 de agosto de 1950», publicado en la *Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela*, Caracas, enero 1951, N° 178, pp. 2-8.

La posición de Martínez Olavarría pretendía tomar en cuenta las condiciones históricas y sociales de El Tocuyo. «Al desaparecer la población casi en su totalidad, dejaba libre el campo al urbanista para proceder a un estudio total de reconstrucción, considerando inclusive la conveniencia de la correcta ubicación de la ciudad». Este camino libre, sin embargo, se había despejado desde muy temprano y con otras intenciones, más cercanas a aquellos deseos «aerodinámicos» de *El Impulso* que a los de una respetuosa reconstrucción urbana. Se trataba de una oportunidad abierta para las empresas de construcción, y pocos estarían dispuestos a dejarla pasar.

Ejemplo de ello es que, a escasos días de la destrucción, algunas de esas empresas se ofrecían para el asunto, disimulando sus intereses tras la condolencia y quizás elaborando de antemano los contratos a ser firmados por el gobierno:

Como venezolanos lamentamos profundamente con Uds. la desgracia que sufre nuestra querida patria. Como constructores especialistas en viviendas tropicales antisísmicas económicas y rápidas nos ponemos incondicionalmente a la orden para la reconstrucción de los pueblos devastados. Les rogamos tomarnos en cuenta. Amigos y SS. Por Macaira, S.A.

Tte. Cnel. (R) Luis García C., Director Gerente.

Bolero a Pineda Num. 34¹⁹⁶.

La compañía anónima Deyca, con sucursal en Barquisimeto, ofrecía «amplia y desinteresadamente» al gobernador del estado Lara todos su recursos, personal técnico y equipo mecánico destacados en aquella ciudad. La Asociación de Industriales Metalúrgicos se ponía a la disposición de la Junta Militar «para fabricar y montar en un mínimo tiempo un considerable número de casas –podemos trabajar 3 turnos– casas rápidamente planeadas que pueden ser más tarde perfeccionadas sin perjuicio de la arquitectura colonial». La mesa estaba servida...

196 Archivo Histórico de Miraflores, *Telegramas*, caja N° 1739T.

En el propio mes de agosto el gobierno designó una *comisión para la reconstrucción de El Tocuyo* y colocó como presidente al propio Dr. Martínez Olavarría. El dilema sobre si reconstruir la ciudad en el mismo lugar o mudarla fue disipado por la posición de su presidente, levantando la «nueva» ciudad sin trasladarla; sin embargo, la restauración de los templos antiguos se diluyó con el tiempo y jamás fueron una prioridad en aquel negocio:

... Santo Domingo, San Francisco y su convento anexo, La Concepción y la sencilla iglesia de Santa Ana databan del siglo XVIII y habían resistido al menos tres sismos y otros males, antes de ser allanados por la ruina de 1950. Sólo el templo de La Concepción sería reconstruido respetando sus antiguas formas. San Francisco y Santa Ana desaparecieron para siempre, en tanto que las ruinas de Santo Domingo persisten aún, apenas amparadas por una frágil cerca. El Convento de Nuestra Señora de los Ángeles, que relativamente sorteó el sismo, sirvió de almacén de vituallas en los días posteriores al terremoto y actualmente, ya refaccionado, alberga a la Casa de la Cultura de El Tocuyo. En pocos instantes, la vieja ciudad había quedado inhabitable e irreconocible...¹⁹⁷

La maquinaria que había rescatado a El Tocuyo de entre sus escombros había borrado su memoria arquitectónica. Muchos de esos templos eran rescatables; no obstante, antes de que eso pudiese discutirse, los tractores y palas mecánicas llevaron al suelo siglos de historia. La visión urbanística de Martínez Olavarría se perdió como una quimera entre los contratos de reconstrucción. Aquella ciudad, pionera del desarrollo territorial venezolano, veía el entierro de sus credenciales de antigüedad bajo los cascajos de sus edificios. El galardonado urbanista suponía que en esa reconstrucción...

197 Alejandra Leal, «Viviendo en escombros: breve crónica de lo que hizo y deshizo el terremoto del 3 de agosto de 1950 en la antigua ciudad de El Tocuyo», publicado en *El desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 64-70.

Tenemos una deuda a pagar a El Tocuyo y debemos saldarla. Tal vez su reconstrucción total nos enseñe cómo podemos, con el esfuerzo de todos, mejorar y reconstruir muchas otras zonas más de Venezuela, llenándolas de pueblos y ciudades, no crecidas al azar, sino planeadas sujetándose a normas y experiencias del urbanismo moderno.

Al igual que muchas otras en la historia del urbanismo venezolano, esa deuda jamás sería saldada...

Parte IV

Entre creencias y cultura

RUEGOS Y AGRADECIMIENTOS POR TEMBLORES

La cruz que se hallaba coronando la torre principal de la iglesia catedral de Caracas se vino al suelo mientras un estrepitoso terremoto sacudía los cimientos de su edificio. La pesada obra de hierro impactaría en la acera y dejaría, con absoluta correspondencia física, una marca que simulaba la sombra del propio crucifijo. Los devotos y aterrados feligreses que pasaban por allí suspiraban de embebecimiento por creer en ello un prodigio mágico que daba señal de algún mensaje entreverado con castigo. Poco a poco la imagen grabada con el golpe se vería rodeada de hombres y mujeres que se agolpaban para mirar de cerca lo que creían había de ser un misterio. Algunos se arrodillaron y besaron la marca; otros la rozaban con sus dedos y se persignaban dando gracias por seguir con vida sin dejar de pedir perdón por los pecados cometidos; muchos, al mismo tiempo, soltaban lágrimas de paroxismo cristiano con las que enjugaban el suelo caraqueño. Aquella no era una escena de la Caracas colonial, pues estaba sucediendo en pleno siglo XX de televisión y autopistas, allá en el filoso canto de la década del amor libre y las guerrillas urbanas.

Todo esto tuvo lugar días después del 27 de julio de 1967, cuando ya se había calmado el suelo a la vuelta del sismo llamado «cuatricentenario», por coincidir aquel mes con la celebración de la fundación de la ciudad. La primera deducción que emerge ante tal delirio de fe conduce a contrastar la contemporaneidad con el pasado premoderno. El resultado de esa reflexión es que la distancia es sólo temporal... Subyace allí el miedo a los terremotos y la misma fe con la que fueron comprendidos en aquel pasado, develando con ello una relación que se

ha alimentado durante siglos a la sombra de las falsas distancias construidas entre humanidad y naturaleza. Poco importó la mugre de las aceras del centro de la ciudad a la hora de besar aquella señal o arrastrar los dedos por su contorno. El contacto con la marca dejada por el pesado objeto de hierro les conectaría con alguna indulgencia alucinada o simplemente les daría unos segundos de protagonismo histórico ante el ferroso testimonio grabado con el golpe de la cruz¹⁹⁸.

Dar gracias por la supervivencia y rogar por que se aplaque la ira del Señor ha sido una costumbre centenaria en estas latitudes. En los terremotos se halló (y se halla, en buena medida) un símbolo que intercede entre el miedo y la fe, entre la piedad cristiana y la omnipotencia divina. A través de los temblores se ha manifestado la voluntad tempestuosa de Dios, resonando como una alarma que llama a la circunspección y a la obediencia, a la reflexión y a la sumisión. Detrás de muchas miradas contemporáneas permanece esta forma arcaica de comprender a la naturaleza, hallando símiles característicos en ejemplos del pasado. Algunos de esos ejemplos llegan a confundirse con la escena de 1967, y poco tienen que envidiar al paroxismo religioso que desató la cruz grabada a los pies de la catedral de Caracas.

VIRGO SERVATRIX

Ciento veinticinco años después de las atribulaciones padecidas por los mercedarios de Caracas a manos del obstinado obispo Tovar, la orden de La Merced se hallaba plenamente consolidada en la capital de la Provincia de Venezuela. La advocación a la Virgen contaba ya con rituales tradicionales y todos los 24 de septiembre se celebraba el día de Nuestra Señora de La Merced con una fiesta a la altura de su devo-

198 Quiso la casualidad, además, que el temblor cesara justo en el momento en que la cruz golpeaba la tierra, contribuyendo con ello a darle un contenido mágico al suceso. Según los comentarios de algunas personas, el pedazo de la acera en donde impactó la cruz fue extraído y conservado por un grupo de creyentes que aún en el presente le rinden culto a la imagen grabada...

ción. Desde 1638 era la patrona del cacao y en 1766 se decidió sacarla en procesión «para implorarle el remedio a la peste de viruelas que dos años antes había azotado a la ciudad y en esos días había vuelto a recrudecerse»¹⁹⁹. Esto hizo que el 19 de octubre de ese año, a la vuelta de dicha procesión, la imagen de La Merced fuese a parar a la catedral. Dos días después de este logro ocurrió un terremoto.

El 21 de octubre de 1766 tembló en toda la costa norte del continente suramericano. Humboldt diría de ese sismo que «fue a una vez, el más funesto para los colonos y el más notable para la historia física del país»²⁰⁰. Sus mayores efectos se concentraron en el oriente. En Cumaná se vieron aparecer llamas en la orilla del Manzanares, manaron vapores y agua «negra como tinta». Las casas se hundieron y los templos sufrieron muchos daños. Fue sentido en Cariaco, El Pao, Margarita, Cumanacoa, El Pilar, Yaguaraparo, Barcelona, Macuro, Maturín, en el río Orinoco, en los raudales de Maipures, en el río Meta, en el río Ventuari, en el río Casanare, Ciudad Bolívar, Petare, Taguay, Guarenas, Caucagua, La Guaira, Puerto Cabello, Trinidad, Surinam, Cayena, en el Esequibo, Barbados, Guadalupe, Martinica y en la costa norte de Colombia.

En Caracas causó pánico. Tuvo lugar a las cuatro y media de la madrugada y «fue acompañado de un trueno sordo y un relámpago vivo». El remezón fue tan fuerte que «despertó aun a tiernos infantes y pequeñas criaturas, cuyo sueño en las ordinarias horas de él nada inquieta»²⁰¹. Para sorpresa de todos, la ciudad sólo padeció «unos simples quebrantos». La «dilación y fuerza del temblor» pudo «poner en los suelos a la ciudad», pero esto no fue así. Apenas algunos edificios grandes padecieron con los temblores, mientras las casas quedaron prácticamente intactas. No hubo heridos ni fallecidos.

199 Lucas Guillermo Castillo Lara, *Los mercedarios y la vida política...*, tomo II, p. 44.

200 *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1941, p. 402.

201 Relación anónima que se encuentra en el Archivo General de Indias, Caracas, legajo 206.

De inmediato todas las miradas se dirigieron a la catedral. Allí estaba la imagen de la Virgen de La Merced, a la que se le conoce con el nombre de «La Guaricha». «Fue un gran portento de María Nuestra Señora y Madre haber guardado su ciudad, pero lo fue mayor haber remediado de un golpe tantos males y hecho tantos bienes...». Con la sacudida la gente fue a dar a la consabida penitencia cargando con la culpa del terremoto y en total correspondencia con la lógica cristiana al respecto. Los «agradecimientos a su Bienhechora» fueron «por amor» y «no tanto por temor». Enamorados, pues, admiraron entonces la clemencia de la Virgen, intercesora entre sus pecados y la voluntad divina.

Fiestas en la mañana, salves en las tardes y rosarios en las noches llenaron la ciudad de devoción y fervor religioso por entonces. La gente se desbordó de delirio y agradecimiento por su patrona del cacao y la viruela, ahora abogada de los terremotos. «Las confesiones que se hacían y los golpes de disciplina que se oían, eran ecos del temblor y efectos de la penitencia». Las autoridades de la ciudad finalmente hicieron una fiesta de acción de gracias con exposición del santísimo sacramento, *Te Deum* y Bendición. El 29 de octubre se realizó una procesión con tal concurso que resultó una muchedumbre incomparable por mucho tiempo. Fue todo «tan serio, modesto, callado, devoto y penitente, que parecía ninguno, y casi no se hubiera sentido sino por el devoto sonido de los pasos, a no haber las saetas y coloquios de los Ministros del Señor, con lo que fervorosamente decían e inspiraban, interrumpiendo con qué sagrada armonía el profundo silencio».

Al día siguiente otra procesión acompañó a su sagrada protectora en el regreso a su templo. El Cabildo decidió materializar su agradecimiento y entonces mandó a elaborar una tarjeta de plata que habría de ser colocada a los pies de la imagen. La tarjeta lleva grabado, en una cara, lo siguiente: «Servatice Nostrae Die XXI Oct. A. D. MDCCLXVI»; por la otra cara dice: «Homines et jumenta salvasti Domina (Ex Psalmo 67) / Tu captivorum Redemptio et omnium salus S. Ephren / Te Nostrae causam Servatricemque Salutis-Nosque tuos libra famur, et aeremagis Ex Ovidio». Para el Cabildo, a partir de ese

momento, María, la de La Merced, habría de ser *Virgo Servatrix*: Virgen protectora.

Los devotos aseguraron que ella era «causa y conservadora de nuestras vidas y nos profesamos siervos y esclavos vuestros con la más estrecha, pero más dulce y amable esclavitud». La tarjeta «martillada, repujada y cincelada, formada por dos láminas de plata unida por tornillos y tuercas», con impresiones repujadas y doradas, mide 30 cm de altura y fue encargada al orfebre Pedro Ignacio Ramos, quien percibió de manos de los devotos la suma de treinta pesos por su obra²⁰². Según Castillo Lara, es exhibida todos los años a los pies de la santa protectora.

Esta es la razón por la cual en la ciudad de Caracas ha sido escogida la Virgen de La Merced como la patrona de los terremotos, y no San Emigdio, como lo es en casi todos los pueblos cristianos que padecen temblores regularmente. Allá en el cielo de los obispos, Fray Mauro de Tovar seguramente agitó sus hábitos, volvió a sacudir sus sandalias con la obstinación que sólo Caracas pudo generar en su vida terrenal, y amargó su eterno descanso cuando se enteró de este nombramiento...

COMPUNCIÓN Y PIEDAD... HASTA QUE LLEGUE EL CARNAVAL

El impacto causado por el desastre de 1812 no es comparable con ningún otro en la historia venezolana. No se trata de medir daños, destrucción o número de víctimas (variables en las cuales, sin duda, también ha de diferenciarse abruptamente con los demás), sino de apreciarlo en su justa dimensión histórica y social. Se trató de una catástrofe ocurrida en medio de fronteras que se estaban cruzando dramáticamente. Por un lado, cesaba con estremecimiento general la eficacia del orden colonial, ya desgastada desde finales del siglo XVIII, impulsando con ello inseguridades y dudas incontestables; por otro lado, el empuje violento que generaba el advenimiento de los valores modernos presionaba a

202 Carlos Duarte, *El orfebre Pedro Ignacio Ramos*, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1974, p. 105.

todos los lugares sociales, ahora convocados de súbito a verse y entenderse como seres humanos en condiciones naturalmente distintas a las que suponían como legítimas hasta muy poco tiempo atrás; asimismo, la autoridad de las instituciones públicas se resquebrajaba velozmente mientras la mayoría intentaba hacer pie en medio de un desequilibrio asfixiante. Cuando los terremotos tomaron la escena, todas estas circunstancias se vieron exacerbadas y profundizadas.

Las «congojas», «sollozos», «lamentos» y «sufrimientos» fueron un sentir común frente a las ruinas de todas las ciudades que sufrieron los estragos de los sismos. El abatimiento generalizado, característico de los grandes desastres, campeaba entre los confundidos habitantes de las provincias para entonces disputadas entre patriotas y realistas. Resultaba una tarea difícil para cualquiera intentar reanimar a la gente, deprimida por los destrozos y perturbada por la guerra y la oportunidad de los saqueos. «En medio de tantas angustias y tribulaciones oprimidos, del dolor más amargo... Si se hallasen capaces de otros sentimientos que de la tristeza y dolor, este sería el momento de experimentarlos»²⁰³.

Ciertamente, en medio de aquellas tristes circunstancias, nadie era capaz de sentir otra cosa. Revolucionarios y monárquicos echaron mano a todo tipo de recursos para capitalizar ideológicamente la situación. No obstante, aquella sociedad atribulada no tenía más herramientas que guarecerse bajo la fe; y en ello confiaron los religiosos y los partidarios de la metrópoli, quienes en ningún momento dejaron de abrazar los argumentos provenientes del discurso cristiano más elocuente. Cuando retornó el orden realista a la vuelta de la capitulación de San Mateo y la entrega de Miranda, la *Gaceta de Caracas* se convirtió en vehículo moral y convocatoria pública:

Un pueblo piadoso y católico sin ficción, no se desmoraliza fácilmente. (...)

El nuestro supo distinguir bien la causa física de la moral de los terremotos

203 Juan Antonio Paredes al Gobernador del Estado Trujillo, Ejido, 9 de abril de 1812, en *Causas de Infidencia*, Tomo Segundo, Edición preparada y dirigida por Héctor García Chuecos, Archivo General de la Nación, Imprenta Nacional, Caracas, 1952, p. 34.

con que se ha visto afligido desde el 26 de Marzo último, y persuadido de que todos los males de la tierra son efectos del pecado, ha procurado desde entonces curar el mal en su origen, acogiénose a la penitencia para aplacar la ira del Señor. El estado ruinoso de los edificios, la dispersión del vecindario, y los males de la guerra injusta a que se le obligó, impidieron que esta penitencia fuese tan pública y general como era debido...²⁰⁴

La desmoralización a la que se hacía referencia allí ya tenía el camino avanzado desde muy temprano. El hecho mismo de que el terremoto irrumpiese en medio de las liturgias más sagradas de la Semana Santa, condujo a que fuese imposible separar el asalto de los hechos políticos de la furia del Señor, lo cual, en medio de un orden paradigmático asentado en la lógica cristiana, habría de estremecer hasta la más «ilustrada» de las miradas. En todos lados las ovejas se volcaban hacia el pasto espiritual que los pastores otorgaban con el mayor celo. Esas escenas, inclusive, sorprendieron gratamente a los ministros de la religión cristiana, quienes, como el cura de Puerto Cabello, comunicaban a las autoridades de Caracas aquella situación:

Luego que el pueblo se tranquilizó, que sería como a una hora después de haberse aquietado la Tierra, subí a una Cátedra que para el efecto hice poner en la plaza donde se había congregado, y lo exhorté a la penitencia como el único recurso para aplacar la ira de Dios irritada por nuestros pecados. Vuestra Señoría Ilustrísima se llenaría de consuelo viendo cómo se atropella la gente sobre los confesionarios a purificar sus conciencias con las mejores disposiciones, de modo que para poder dar abasto tengo que tomar el confesionario desde las tres de la mañana hasta las doce de la noche, sin dejarlo más que para lo muy preciso en todo este tiempo²⁰⁵.

204 «Penitencia Pública», en *Gaceta de Caracas*, 8 de noviembre de 1812, pp. 4-6.

205 Joseph Félix Roscio a Narciso Coll y Prat, Puerto Cabello, marzo de 1812, manuscrito hallado en la *Colección Villanueva*, Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Carpeta «Papeles del Arzobispado en relación con el terremoto de 1812», documento 679.

A los pocos días de la catástrofe, Narciso Coll y Prat, Arzobispo de Caracas a la sazón, dispuso con urgencia que todos abogaran ante la voluntad celestial para hacer cesar su furia y calmar la faz de la tierra. Para ello ordenó que se continuara «implorando la Divina Misericordia» y que «todos los días, sin excepción» se leyese la oración *Pro Tempore Terremotus*, carta fundamental en aquellos momentos. Del mismo modo dictaminó

...que se hagan procesiones de penitencia pública en los días, horas y tiempo que tuvieren por más oportuno y provechoso cada uno de los Prelados y Rectores de la Iglesia cantándose o rezándose las Letanías mayores y al fin aquellas preces y llevándose alguna Imagen de la Santísima Virgen María Nuestra Señora y la Santa Cruz: Y que todos los Predicadores y confesores se apliquen fervorosamente al desempeño de su ministerio²⁰⁶.

El dictamen fue extendido a todas las parroquias de su jurisdicción, con orden de estricta observancia, y para asegurar la recepción de dicha orden se solicitó que se acusara recibo de la misma a cada párroco o encargado de las iglesias y templos en donde habría de ser ejecutada. La oración en cuestión no ha sido referida en ningún otro terremoto de la historia sísmica venezolana, o al menos no se han hallado referencias al respecto hasta el presente. El texto del ruego en cuestión, según el *Misal Latino-Castellano*, es el siguiente:

Oh Dios, que asentaste la tierra sobre sus cimientos,
apiádate de nuestros temores
y atiende nuestras súplicas,
para que, apaciguado el temblor de tierra,
sintamos siempre tu amparo
y, seguros con tu protección,

206 Narciso Coll y Prat, Caracas, 31 de marzo de 1812, en el Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección *Misceláneas*, Carpeta 114.

te sirvamos llenos de alegría.
Por nuestro Señor Jesucristo²⁰⁷.

Luego de los sismos y con el retorno de los realistas al poder, la gente (culposa, al fin y al cabo, como buenos cristianos), se volcó masivamente a pedir «perdón al cielo». El arzobispo tomó la iniciativa de convocar al pueblo de Caracas a un ayuno extraordinario de tres días, le indujo a rogativas públicas diarias y determinó realizar una procesión en agradecimiento por el reestablecimiento del orden público, todo lo cual se cumplió con celo y devoción. La procesión tuvo lugar el 30 de octubre de ese 1812. «Tal vez en cien años no se ha visto en esta capital un acto de religión más edificante. Un gentío infinito, el mayor orden, la más grande compostura y un profundo silencio»²⁰⁸.

Meses después de esta escena de compunción y piedad, los pueblos de la Provincia de Venezuela se aprestaban a conmemorar el primer cumpleaños de la tragedia. En todos lados se realizaron procesiones y actos solemnes, cargados de convicción cristiana y eucaristía, como sucedió en Ocumare de la Costa, por ejemplo, donde la gente estuvo ensayando ocho días consecutivos antes de la celebración, contrataron músicos para el efecto, pagaron peones para cargar las imágenes y revistieron todas las capillas. En ese acto recibieron la comunión más de 900 personas: «... en cada Misterio se cantaba una octava a manera de saeta tan inteligible y patética, que no podían menos que prorrumper en abundantes sollozos los religiosos espectadores, de cuya composición poética y musical tuve la satisfacción de ser el autor, que aunque tosca y sencilla, produjo todo el efecto que se solicitaba»²⁰⁹.

Mientras tanto, en Caracas llegaba el carnaval de 1813... Esto preocupaba severamente a las autoridades. Ese año se suspendieron las «comedias públicas y otras diversiones», ya por la escasez de dinero

207 *Misal Latino-Castellano*, editado por el Consejo Episcopal Latino-Americano (CELAM) en 1967.

208 «Penitencia Pública», ya citado.

209 Archivo Arquidiocesano de Caracas, *Apéndice de Parroquias*, Carpeta 162, José María de Amitezarove a Coll y Prat, Ocumare de la Costa, 30 de marzo de 1813.

o las «inmoralidades» de costumbre, así como por prepararse para «la rogativa de penitencia que está acordado se ha de hacer el veinte y seis del próximo marzo...» El Cabildo decidió pedir apoyo al Capitán General solicitándole que, «en consideración de que sin embargo de que en todos los años, las vísperas del carnaval, se han publicado bandos prohibiendo las carnestolendas en las calles», en ese año en especial «se repita el bando de costumbre y salgan patrullas de armas por toda la ciudad y sus contornos», con el objeto de evitar las trifulcas características de las guerras con «aguas, huevos, almidón, pintura y otras especies, de que han resultado enfermedades, abortos, y aun muertes, por causa del desorden que le es propio»²¹⁰.

Entre ruinas y lutos, la convocatoria de las carnestolendas pudo más que la compunción solicitada por la Iglesia.

EL SILENTE RETORNO DE LA VIRGEN

Siete días después de cumplirse el primer aniversario de la entrada a Caracas de la Revolución Liberal Restauradora, un terremoto sacudió a la región centro-norte de Venezuela. Fue el 29 de octubre de 1900 y tuvo lugar a las 4:42 de la madrugada, tomando a los ciudadanos en el último sueño de la noche. «Como 20 casas cayeron en Caracas y más de 100 sufrieron agrietamiento. Hubo 21 muertos y más de 50 heridos», refiere Melchor Centeno Graü hacia el final de sus *Estudios sismológicos*. Los daños en los edificios públicos causaron gran alarma: en el Ministerio del Interior se desprendió el techo; cayó la torre de la Santa Capilla; cayeron también partes de la cornisa del Capitolio; cayó el techo del paraninfo del actual Palacio de las Academias, por entonces sede de la Universidad Central de Venezuela; y se interrumpieron las comunicaciones telegráficas y telefónicas.

210 Acta del Ayuntamiento de Caracas, febrero de 1813, citada en *Crónica de Caracas*, ene-dic-1966, N° 68-71, p. 68.

Las descripciones del momento comenzaban por destacar los daños a los «notables» de la ciudad, en un gesto de supervivencia de las antiguas formas de discriminación social propias del pasado colonial. El periódico caraqueño *El Pregonero*, por ejemplo, mientras daba relación de los daños generales, atendía con cuidado los detalles de particulares, y se detenía en «el zaguán de la casa del señor Pedro Rodríguez», en «la casa que habitaba el ministro inglés», «la de la señora viuda de Michelena», «la señora Juana Agustina García», o «las de Pedro Quintana, Santiago Alcántara y familia Cabrera», entre otros. Los daños, ciertamente, fueron menores en comparación con otras localidades, las cuales no se mencionaron entre estas noticias, quizás por entenderlas como de menor interés.

Resultaron mayores las averías en la región litoral, destacando las ochenta casas caídas en Macuto y las grietas que se observaron en el suelo. Se registraron daños en las iglesias de La Guaira, Caraballeda y Maiquetía; en Guarenas y Guatire hubo muertos y heridos, y en Curiepe, Chuspa, La Sabana, Carayaca y Naiguatá también se reportaron víctimas y agrietamientos en la superficie. Con todo, hasta el presente sigue reconociéndose a este desastre como un «sismo de Caracas», a pesar de las diferencias en los efectos.

Uno de los aspectos que contribuyeron a que la memoria sobre este evento quedara secuestrada en la capital tiene que ver con la anécdota del entonces Presidente de Venezuela, el general Cipriano Castro, quien no contuvo su temor ante el terremoto y decidió arrojararse por el balcón de la Casa Amarilla al instante del temblor, antes de verse sepultado por algún temido derrumbe del edificio. «Fue una de las pocas ocasiones en que don Cipriano perdió su valeroso control», diría Mariano Picón Salas²¹¹. En su espanto, tomó un paraguas para amortiguar la caída, pero esto no tuvo el efecto deseado y de todas maneras acabó por fracturarse un pie con su desventura. Sin sentido por algunos segundos, logra volver en sí algo atolondrado por el golpe y rodeado de guardias y sorprendidos ciudadanos que aún repasaban

211 *Los días de Cipriano Castro*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, p. 155.

la escena en la que vieron al Presidente saltar por la ventana asido a una sombrilla. Al incorporarse intentó una improvisada alocución que imaginó a la altura de un primer magistrado que surgía de entre ruinas para calmar a su pueblo: «¡Hermanos míos!», soltó de inmediato con ánimos de liderazgo y escabulléndose de la embarazosa situación. «No quería ser menos elocuente que el Libertador entre los escombros de 1812», ironizaba Picón Salas.

Celestino Peraza, «afamado guerrillero del liberalismo amarillo de fines de siglo» y ex ministro de Fomento del propio gobierno de Castro, se levantaba en armas por entonces y proclamaba la conformación de un nuevo partido (el Republicano Liberal) con el cual enfrentar al lesionado Presidente. En su convocatoria a la rebelión mencionó la ridícula escena del asustado general, a modo de arenga:

Venezolanos todos, aprendamos la providencial lección que nos da la naturaleza misma, lanzando por las ventanas de la Casa Amarilla la triste celebridad que había entrado por sus puertas. A las armas. ¡A las armas! ¡Compatriotas!²¹²

Entablillado por Luis Razetti (quien ya había sido su médico en otras oportunidades) y guiado por aquel terrible susto, Castro decidió mudar su residencia oficial al Palacio de Miraflores, construcción ordenada por Joaquín Crespo y reputada de antisísmica. Hasta ese momento, la Casa Amarilla, otrora cárcel pública, había ostentado el galardón de casa presidencial. Miraflores inaugura su vida como sede oficial de la Presidencia de la República con la ocupación de Castro, quien la alquila inmediatamente. El gobierno nacional adquirió el inmueble formalmente en 1911.

En el propio día del sismo se enviaron comunicaciones a todas las autoridades del resto del país donde se aseguraba que «el general

212 «A los venezolanos», 14 de diciembre de 1900, publicado en el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, Caracas, N° 40, p. 67, citado en Inés Quintero, *El caso de una estirpe*, Editorial Alfa, Caracas, 2009, segunda edición, p. 125. Pertenecía a la misma autora la referencia a Celestino Peraza.

seguía mejor», y «su estado no inspiraba cuidados a los facultativos». En la misma noticia se señalaba que las «víctimas del terremoto» estaban «provistas suficientemente de medicinas, por disposición del Jefe Supremo de la República». También se creó una Junta Recolectora de fondos para auxiliar a los damnificados, la cual estuvo conformada, entre otros, por Diógenes Escalante. La Gobernación del Distrito Federal abrió la suscripción con Bs. 500.

El Cabito, apodo con el que se reconocía a Cipriano Castro por su corta estatura, había iniciado un acercamiento con la Iglesia venezolana, enemistada con el Estado desde los desencuentros habidos en tiempos de Guzmán Blanco. «Los hombres chiquitos como yo debemos ganarnos la estatura que no nos dio la naturaleza», dijo alguna vez el bravo general. Un mes antes del terremoto, Castro extendió un Decreto Ejecutivo en el cual reestableció el reconocimiento jurídico del Seminario de Caracas²¹³. El Vicario General emitió una pastoral en gratitud y hasta se le hicieron votos públicos de gracias y elogios. La Iglesia estaba de parabienes y el Presidente ganaba en estatura.

En medio de aquel ambiente de reconciliación, los devotos de la Virgen de La Merced decidieron levantarle un monumento a su divina protectora. En diciembre de 1900 ya estaba lista la estatua soportada en un pedestal de mármol y a comienzos del nuevo siglo se dispusieron a inaugurarla. Es ésta la misma escultura que se encuentra en la actualidad al frente de la iglesia de La Merced, y en su base puede leerse lo siguiente: en la cara sur, que da al frente, «Los católicos de Caracas agradecidos a la Santísima Virgen de Las Mercedes»; en la cara norte, hacia el edificio de la iglesia, «Gloria Laus et Honor tibi sit Rex Christi Redentor, Die 1 januarii 1901» (día de su inauguración); en su cara oeste, «Salus Nostra in Manu Tua Est, Terremoto del 29 de octubre de 1900»; y en su cara este, «Tu Gloria Jerusalem, Tu Letitia Israel, Tu Honorificentia Populi Nostri»²¹⁴.

213 Publicado en la *Gaceta Oficial* del 29 de septiembre de 1900, con el número 8049.

214 Esto fue reseñado entonces en el periódico *La Religión*, Caracas, 22 de diciembre de 1900, p. 2.

Fue un acontecimiento que no contó con la escena pública y la dignidad que el orden colonial le hubiese otorgado. Sólo el periódico *La Religión* reseñó el asunto y ello no sucedió por casualidad. Juan Bautista Castro, Vicario General entonces y promotor de aquella iniciativa, era también el director del periódico en cuestión. «Bajo el patrocinio del sacratísimo corazón de Jesús», rezaba el cintillo que aparecía bajo el nombre del rotativo. El vicario hacía las veces, al mismo tiempo, de Arzobispo de Caracas, y aunque ello le costara la ojeriza de muchos colegas, poco se podía hacer ante su circunstancial autoridad, pues el verdadero arzobispo, Monseñor Crispulo Uzcátegui, había padecido un derrame cerebral y ya no estaba en condiciones de ejercer sus funciones. El vicario, además, tuvo la osadía de enviar un telegrama al Papa pidiendo sus bendiciones ante los daños del terremoto, el cual firmó como si realmente fuese él la propia autoridad arzobispal.

Santísimo Padre: los católicos de Venezuela, afligidos actualmente por un gran terremoto, imploran de Vuestra Santidad una bendición que los proteja y conforte en su desgracia. El Arzobispo de Caracas²¹⁵.

A pesar de los esfuerzos de visibilidad que Juan Bautista Castro realizó en su propio beneficio y por el culto a la Virgen, todo ocurrió a la sombra de las nuevas rutinas urbanas que ya se imponían en la ciudad capital. No hubo procesiones multitudinarias ni ayunos colectivos. La *virgo servatrix* de 1766 se ganó otro reconocimiento por sus mediaciones ante la tormentosa manifestación de la ira divina, pero en esta oportunidad la magnitud del agradecimiento quedó encerrada bajo el propio contorno de la escultura.

Allí, a las puertas de la iglesia que se levantó en su nombre y desapercibida por la vorágine que envuelve al centro de la ciudad hoy en día, la Virgen de La Merced lucha contra la profanación del hollín y la indecencia del ruido. Su pedestal de mármol levanta una muda

215 Publicado en *La Religión*, Caracas, 16 de noviembre de 1900, p. 2.

memoria con la que intenta soportar el olvido al que fue condenado aquel retorno a la acción, allá por 1900, cuando el siglo XX se asomaba con instrumentos de medición que pretendían dejar en el pasado a las vírgenes y a los santos protectores. Sin embargo, la abogada de los terremotos permanece allí, indemne a conmemoraciones y abandonos, orgullosa por tantas alabanzas y a la espera de ser admirada una vez más, cuando los pecadores de siempre decidan agradecerle por seguir manteniéndolos con vida.

LOS CUENTOS DE JAIME

Jaime Laffaille es un importante geofísico venezolano que nació en Caracas el 3 de octubre de 1951. Vive en Mérida desde siempre y es profesor de la Universidad de los Andes, donde se desempeña como investigador en el Laboratorio de Geofísica de la Facultad de Ciencias. Sus trabajos apuntan a la reevaluación de los terremotos del pasado, contribuyendo con ello al conocimiento de la sismicidad de Venezuela, especialmente la de la región andina. Los aportes de este destacado científico son publicados con regularidad a través de un boletín de su propia creación titulado *Notisismo*, el cual divulga entre la comunidad de estudiosos del tema²¹⁶. Además, es el presidente de la Fundación para la Prevención del Riesgo Sísmico del estado Mérida (Fundapris), desde donde ha desarrollado una larga experiencia en contacto con las comunidades que conviven con riesgos geológicos de todo tipo. Esta experiencia, a través de los años, le ha otorgado una inmensa fuente de información sobre la sabiduría y la memoria sísmica de las comunidades visitadas, y le ha dado un sesgo antropológico a su mirada que muchos egresados de esa disciplina quisieran poseer... Buena parte de ese conocimiento se ha tomado, con su anuencia, para alimentar esta sección.

216 «La mayor parte de la población de Venezuela ignora la existencia de la amenaza sísmica y la intención de *Notisismo* es aportar un montoncito de letras, palabras, figuras, cuentos y datos que contribuyan a disminuir este elemento que contribuye a configurar la situación de riesgo de nuestro país...», dice el gran amigo Jaime sobre su publicación. Recientemente, y para provecho de todos, Laffaille ha abierto un blog: <http://www.cecalc.ula.ve/blogs/notisismo>, en el cual pueden consultarse todos sus trabajos al respecto. La cita que aquí se presenta pertenece a ese sitio.

Los «cuentos» escogidos representan un mínimo extracto de la vasta información que este geofísico merideño transmite a través de su *Notisismo*, al tiempo que en ellos se trasluce la relación eventualmente mágica y siempre metafórica que el saber más común y tradicional le adhiere a las construcciones de la realidad y, en este caso, a la relación con los terremotos. Llegan a este espacio de la mano del esfuerzo y del desdoblamiento disciplinario que un investigador como Jaime Laffaille realiza en su quehacer diario, esfuerzo y logro sin duda ejemplares.

Allá en La Hechicera, donde está el Laboratorio de Geofísica de la Universidad de Los Andes, se escriben miles de páginas de historias de temblores y de cultura sísmica, abiertos en legado sinuoso de montañas y páramos, heredados, quizás, desde las inquietudes que el célebre Tulio Febres Cordero plasmara en sus interminables colecciones de saberes y tradiciones, hoy prolongados, rescatados y reactivados en la experiencia de un geofísico venezolano con mirada de antropólogo.

PACTO DIVINO EN LA SIERRA DEL ESTADO FALCÓN

Muy cerca de Churuguara, en el estado Falcón, se ubica la localidad que lleva por nombre El Cacuro. Allí la gente duerme en paz, pues se siente amparada de calamidades gracias a la protección desplegada por los *Ceretones*... El *Ceretón* es una persona común y corriente que ha adquirido poderes mágicos gracias a la iniciación que los hechiceros del lugar le han otorgado. Entre esos poderes se encuentra el de hacerse invisible a voluntad y volverse intangible, por ejemplo. Para llegar a este nivel debe someterse a ritos iniciáticos a través de los cuales pone a prueba su voluntad de convertirse en protector de la comunidad. En esos trances son obligados a caminar descalzos y desnudos por la noche, introducirse en un pantano y recitar una oración, pero al revés. Claro, algunos adquieren esos poderes y luego olvidan la razón de los mismos, aprovechándose de ellos y haciendo calaveradas con las que no benefician a nadie. Pero

esa no es la característica de los *Ceretones* de la sierra de Falcón: ellos han realizado un pacto con Dios para proteger a sus comarcanos.

En el caso de que el Señor decida enviar un castigo en forma de fenómeno destructor, los *Ceretones* reciben una señal de su parte con la cual poder advertir a los habitantes para que tomen las previsiones del caso. La señal más utilizada por el Creador ha sido la de un arco iris repentino y sin causas naturales, pues ha de presentarse en un día seco y soleado:

Si la calamidad anunciada es muy fuerte, como es el caso de los terremotos, los *Ceretones* tendrán la opción de subir al cielo, por un camino que aparece entre dos colores del arco iris, para hablar con Dios en su morada e interceder ante él para que no sea tan duro en su castigo. Esta es la razón por la que desde hace muchos años no ocurren grandes terremotos en la región, sólo temblores de tierra que sirven de advertencia acerca del disgusto de Dios²¹⁷.

En la historia sísmica venezolana, sólo un terremoto destructor ha afectado parcialmente a Churuguara y sus alrededores, y ello ocurrió el 9 de septiembre de 1966. Antes de esto, un evento menor tuvo lugar en 1910, donde apenas hubo daños en la localidad de Mapararí, y nada más. A las 14:40 del señalado día de septiembre la tierra se sacudió en la zona y en esa oportunidad no hubo advertencia ni arco iris en el horizonte.

Las paredes de las residencias se debilitaron y cayeron al suelo, mientras niños y adultos, atrapados por la estructura de los techos, pugnaban por salir a salvo. En la calle, la población estaba de pie. Cuando menos cuatro mil personas abandonaron sus hogares.

«Dios mío, se acaba el mundo...». «Sálvanos Dios mío...», y otros gritos sembraron el terror en esta apacible población ubicada en la parte suroes-

217 *Notisismo* del 13 de noviembre del año 2003.

te, en la zona alta del Estado y aproximadamente a cien kilómetros de la ciudad capital. Nunca esta población había sufrido esta experiencia trágica, dijo el prefecto del Distrito²¹⁸.

A pesar de estas noticias, las entrevistas realizadas por Laffaille a los vecinos de la zona atestiguaron algo diferente: realmente vinieron al suelo muy pocas casas, entre ellas algunas de mucha edad y en mal estado (garantía de poca resistencia ante los embates de cualquier temblor); se deterioró el techo de la iglesia (también en mal estado) y al hospital (que se encontraba en situación deplorable) se le agrietaron sus paredes. Los heridos no resultaron de gravedad y apenas se reportó una señora bastante lastimada por haberse golpeado con un trozo de pared que le cayó encima. Por otro lado, la alarma impartida en Caracas sobre el sismo confundió la construcción de las cloacas en la ciudad (que a la sazón se encontraban en plenas excavaciones), con «grietas» y «escombros en el suelo», llegando a asegurar que el edificio del banco allí situado, por ejemplo, había colapsado con el sismo.

El único susto lo alcanzaron las severas réplicas sentidas, las cuales inquietaron a la población sobremanera. Los grupos de patrullaje enviados para rescate y protección de las víctimas, quizás más asustados que los propios locales, conminaron a las familias a pasar las noches en la calle, lo cual lograron sostener por casi un mes de duración.

A la vuelta de todo esto, la «capacidad negociadora» de los *Ceretones* parece haber demostrado su éxito en aquella tarde de 1966. Su «pacto» con Dios tuvo efecto y sólo las casas más viejas de Churuguara se vinieron al suelo. Resulta importante destacar, además, que en esa tragedia no falleció nadie... Los creyentes en la leyenda sobre estos personajes deben estimar este sorprendente resultado como una significativa señal que, sin lugar a dudas, ha de rescatar la intermediación salvadora de sus deidades anticalamitosas.

218 *El Universal*, Caracas, 10 de septiembre de 1966, última página.

CUANDO LA TIERRA TOSE...

La región oriental es la más azotada por los terremotos en Venezuela. Sismos destructores han sido documentados desde el ocurrido el 1 de septiembre de 1530, contando entre sus más severos a los sucedidos en 1629, 1684, 1766, 1797, 1853, 1929 y 1997. La convivencia con los temblores ha cosechado varias leyendas entre sus habitantes, destacando una de ellas por su peculiaridad y similitud en las versiones. Gente de Santa Fe, Yaguaracal, Playa Colorada, Bahía Harapos y Puerto La Cruz, por ejemplo, ha narrado su propia interpretación de la misma, donde para muchos de ellos la Tierra es un ser vivo que respira, imagen esta que vendría muy bien al discurso de los ecólogos alrededor del mundo entero. A Jaime Laffaille le contaron que, a diferencia de los animales, la Tierra cuenta con muchos pulmones ubicados en diferentes sitios y a una gran profundidad, a veces cercanos a las costas y otras muy próximos a las montañas.

El aire que la Tierra respira es muy denso y caliente, y en ocasiones se congestiona precisamente por ello y tose para aliviarse. Así, con ese espasmo repentino, se generan los temblores... Cuando esto ocurre en los pulmones que están cercanos a las montañas, se producen derrumbes que obstruyen el paso de los ríos, generando con ello inundaciones y otros desastres; cuando la tos la originan los pulmones próximos al mar, entonces las marejadas y maremotos se manifiestan con todas sus consecuencias. En estos últimos casos, el mar se retira dando muestras de la necesidad de respiración de los pulmones de la Tierra, algo en lo que muchos de esos informantes coincidieron como testigos directos del fenómeno.

Los terremotos de 1530, 1853 y 1929 reportaron tsunamis de consideración. En todos esos casos, el mar se retiró «a respirar» para regresar con olas que alcanzaron la costa y penetraron en tierra firme. En otras oportunidades, los sismos de oriente agrietaron el suelo y generaron deslizamientos severos. Sin importar los efectos de los temblores ni la característica de la leyenda, la hermosa imagen que repre-

senta a la Tierra como un ser vivo conmueve todas las miradas que han de entrar en contacto con una idea tan sensible como ésta. No es la sismología una ciencia dada a la interpretación de las culturas, pero en su andar inquieto y tangente a las comunidades, más de una vez ha hallado referentes importantes para sus análisis y estimaciones sísmicas. En las leyendas y mitologías se encierran las interpretaciones de la naturaleza, y es por ello que las ciencias en general deben partir del diálogo mutuo para poder comprender a las culturas, y con ello a su relación indivisible con los entornos en donde sobreviven.

CRIMINALES ENCERRADOS EN FORMA DE VIENTOS

Para los habitantes de la localidad de Mapire, en el páramo de Mucuchíes del estado Mérida, el «gran Dios» otorgó cinco grandes lagunas a los habitantes que se encontraban originalmente hacia las serranías del sur de esa región, de forma que todos obtuvieran el agua necesaria para el riego de sus tierras. Con el paso del tiempo, las comunidades rivalizaron por el liderazgo del lugar, llegando a enfrentarse gravemente por ello. En una oportunidad y debido a esos enfrentamientos, uno de los jefes resultó muerto a manos de sus enemigos. Los vencedores de la reyerta ocuparon las tierras del derrotado.

Aquello desató el enojo del «gran Dios» equitativo y benefactor. Lleno de dolor, asimismo, tomó una decisión en tono de justicia: convirtió a los asesinos en vientos terribles y les encerró para siempre en unas cavernas del páramo. En cada oportunidad en la que los cautivos intentan escapar a su castigo, la tierra se estremece y se sienten temblores en toda la región... Para aquellos habitantes, ésta es la razón de los frecuentes temblores en los Andes venezolanos.

Sin sospecharlo, esta leyenda, junto a la de la respiración de la tierra, posee una asombrosa proximidad (matizada por la metaforización característica de la cultura) con las teorías previas al surgimiento formal de la sismología, cuando los pensadores y observadores de la

naturaleza suponían que los gases internos del planeta ocasionaban los terremotos.

LA PASIÓN DE LOS AMANTES

Entre las poblaciones de Carora, Curarigua, Yaritagua y otras próximas a la región de la serranía de Aroa, así como del estado Lara, suponen que el «problema de los sismos escapa a la inteligencia humana». Los terremotos son producidos por el encuentro de dos serpientes gigantescas que viven bajo la superficie de la tierra, recorriendo todo el planeta en su sinuoso traslado. El caso es que estos dos reptiles no viven ni están juntos a diario: se trata de dos grandes amantes que no tienen la oportunidad de entregarse el uno al otro regularmente. En sus encuentros, llenos de pasión y desenfreno, se producen temblores de tierra, cuyas intensidades dependerán, a su vez, del ímpetu y del ardor que ese encuentro deseado y furtivo produzca en su pasión liberada.

Esta es, quizás, la metáfora más hermosa y traslúcida sobre la alegoría existente entre la pasión de los amantes y la fuerza incontrolable de los terremotos...

LAS TEORÍAS QUE SE PERDIERON EN EL TIEMPO

Desde el fondo de la historia, los temblores de tierra han despertado las más profundas inquietudes sobre sus orígenes. Buena parte de los esfuerzos que se han desplegado para comprender el comportamiento de la corteza terrestre se desprenden de razonamientos que les son propios a cada contexto que les produce. Es por ello que resultó coherente, en algún momento, suponer que el mismo gigante que cargaba con el planeta sobre sus hombros era el motivo de los temblores, pues en cada acomodo suyo, mientras se ayudaba a sostener mejor la pesada encomienda, sacudía todo cuanto había en la superficie. Melchor Centeno Graü, el pionero de la sismología venezolana, mencionó varias de esas hipótesis «precientíficas» en su trabajo y se dio a la tarea de darles un lugar en sus *Estudios sismológicos*.

«En la antigüedad se tenía por cierto que los terremotos eran ocasionados por dioses invisibles colocados en el cielo y en la tierra como castigo a la humanidad»²¹⁹. Es ésta una verdad cuya conjugación verbal debe corregirse, pues aún en el presente permanecen creencias apegadas a lógicas anteriores a la razón instrumental moderna. No obstante, existieron algunas teorías primigenias que intentaron separarse de las explicaciones basadas en la fe, aproximándose a observar la naturaleza en su propia dinámica. Esas teorías (no así las creencias) habrían de desaparecer de entre las propuestas formales a la vuelta de las explicaciones sistemáticas y metodológicas que le son

219 *Estudios sismológicos*, p. 25.

propias a la sismología, disciplina que vino a dar sus primeros pasos en el siglo XIX.

Los intentos iniciales por explicar los terremotos como fenómenos naturales estuvieron a cargo de los sabios griegos. «Séneca, de los primeros, atribuyó la causa de los terremotos a los que llamó *Spiritus* que penetran la tierra...», dijo Centeno. En su obra *Naturalium Quaestionum libri*, Lucius Annaeus Séneca dijo: «Creen algunos que la causa que agita la tierra es el agua; según otros, es el fuego; algunos dicen que es la tierra misma, y otros que es el aire...». El intuitivo pensador lo tenía claro:

No puede dudarse que la tierra contiene en sus intersticios numerosos espíritus, y que el aire que se introduce en ella ocupa inmensas y oscuras cavidades. Siendo esto así, necesariamente ha de moverse con frecuencia aquello que está lleno de lo más movable. Porque, lo que nadie pondrá en duda, ¿qué hay más inquieto que el aire, más versátil y amigo de la agitación? (...) La causa principal de los terremotos es, pues, el aire... El viento es una cosa invencible...²²⁰

La idea de que el aire mueve a la tierra vino a mutar en la creencia (muy común entre los venezolanos) de que las temperaturas influyen en los temblores. El propio Séneca atribuía al contacto entre el frío y el calor la agitación del aire interno. Sin embargo, otra de las fuentes atribuidas al origen de los terremotos, a despecho de los «espíritus» griegos, recayó en el fuego. Algunos «sostenían que el fuego destruía la corteza terrestre», aseguraba Centeno. Esta teoría condujo a pensar que la lava volcánica era un claro indicador de que llamas internas y profundas estaban acabando con el interior del planeta. La hipótesis «del calor o fuego central, imaginada por Buffon para explicarse la formación de la

220 Libro Sexto, Capítulos V, XVI y XVIII. Algunas de las leyendas citadas anteriormente estarían completamente de acuerdo con esta afirmación... Las notas son tomadas del libro *L. Annaei Senecae philosophica, declamatoria et tragica*, con notas e ilustraciones de M. N. Bouillet, Colligebat Nicolaus Eligius Lemaire, Paris, 1830.

tierra en su origen..., es la admitida por los geólogos modernos», dijo el matemático y profesor de la Universidad Central de Venezuela, Alejandro Ibarra, en 1862²²¹.

Una aproximación al manejo común de la teoría del fuego la exhibió la relación anónima sobre el terremoto de 1766, elaborada desde Caracas. El autor aseguró que una de las causas que originó aquel «muy grave» terremoto se hallaba en «los grandes y extraordinarios fuegos en que ardieron este año las montañas, antes de las lluvias que cayeron sobre la tierra con ellos calentada»²²². En esta propuesta se distinguen dos cosas: por un lado, la superposición de las teorías del fuego y la de la intolerancia mutua entre el calor y el frío a lo interno de la Tierra; por otro lado, que en 1766 seguramente hubo una fuerte sequía en el valle de Caracas, a juzgar por los incendios observados en sus montañas.

Resulta muy significativo que la relación de ese sismo, sin duda elaborada por un religioso, haya plasmado el esfuerzo por observar los temblores como fenómenos naturales, y no simplemente como castigos o voluntades divinas. No obstante, y como por entonces eso no estaba en duda, el autor comenzaba así su narración: «Desde que en la eternidad ordenó el Señor todas las cosas, las dispuso de manera que su consideración levantase nuestros espíritus...». Su intento por dar cuenta físicamente de lo ocurrido resalta al lado de otras explicaciones más o menos contemporáneas y provenientes igualmente de religiosos, quienes permanecieron amarrados a la simpleza de la fe, quizás por hallar en ella la más sólida de las defensas:

Doctrina de los terremotos:

Esos terremotos son efectos prodigiosos de la terrible Ira e inmediato gran Poder de Dios, y proclaman el gobierno de su Sabiduría.

221 «Temblores y terremotos», artículo de diez entregas publicado en el periódico caraqueño *El Independiente*, entre marzo y abril de 1862.

222 Archivo General de Indias, Caracas, legajo 206, ya citado anteriormente.

Un terremoto es una prodigiosa y sobrenatural conmoción que es forjado en el cuerpo de la Tierra.

Un terremoto es forjado por el inmediato gran Poder de Dios²²³.

Con el desastre de Lisboa en 1755, la atención a los terremotos ganó terreno entre los razonamientos más académicos. Los religiosos también se aproximaron a ello, como fue el caso de Isidoro Ortiz Gallardo, quien aseguró que el origen de los sismos «no es otro que el fuego subterráneo, que impelido del viento, por algunas de las encrucijadas, callejas y rendijas dichas, se comunica a alguna, o algunas, de las cavernas referidas, donde la naturaleza trabaja en la fábrica del azufre, salitre, carbón, sal amoníaco, u otros semejantes materiales, fácilmente inflamables y combustibles». Con esto, deducía, «se enciende un fuego tan impetuoso» que convierte a esas materias en viento, y en su agitación y búsqueda de salir de esas cavernas y grutas que le atrapan, se sacude todo cuanto contiene el interior de la Tierra, y «de aquí se sigue que en la superficie bajo de que corre, el temblor y estremecimiento», es lo que se percibe de ese fenómeno²²⁴.

Estos argumentos, de seguro, eran los manejados por el mismo autor de la relación anónima de 1766 en Caracas. Esas ideas acerca del fuego subterráneo y del aire que se movía bajo la superficie llegaron a relacionarse, posteriormente, con la teoría de la electricidad, asunto de interés muy común a finales del siglo XVIII. El filósofo español Benito Jerónimo Feijoo dedicó algunas de sus famosas «cartas» al tema. Partía del mismo principio del aire contenido en el interior del planeta, a partir de lo cual razonaba que al escaparse el mismo por las grietas, «puede inspirar con bastante fundamento la favorable esperanza, si no de una total extinción del terremoto, por lo menos de alguna

223 Thomas Paine, *The Doctrine of Earthquakes (Two Sermons)*, impreso por D. Henchman, Boston, 1728, p. 11. Este Paine, del mismo nombre que aquel que en la segunda mitad del siglo XVIII redactara *Los Derechos del Hombre*, era pastor de una iglesia en Weymouth. Sus sermones tienen que ver con el sismo del 3 de noviembre de 1727 en esa localidad.

224 *Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologico-meteorologicas, sobre la generación, causas, y señales de los Terremotos...*, p. 8.

aminoración de su rigor». De allí que sugería «que en los lugares más expuestos a este azote, cuales son los vecinos a cualquiera Volcán, convendría excavar algunas profundas zanjas, para dar por ellas respiradero, así a los fuegos subterráneos, como al aire violentamente dilatado, e impelido por ellos»²²⁵.

Feijoo pensaba, sin embargo, que las teorías del fuego y del aire no eran suficientes para explicar el alcance de algunos terremotos. Aducía que dentro de la Tierra se «congrega una gran cantidad de materia eléctrica», y que esta materia «puede agitarse en tal, o cual tiempo, sea por esta, o por aquella causa, sin que se pueda, ni sea menester averiguar, ni cuál es la causa, que la pone en movimiento, ni por qué la mueve en tal, o cual día, dejándola antes reposar uno, o muchos años»²²⁶. Era ésta, para el filósofo, una suposición «innegable», y entendía, por consiguiente, que la actividad de esa electricidad se repartía en «radiaciones» que afectan la superficie, todo lo cual contribuía a explicar las razones de la gran extensión de los efectos de algunos temblores.

¿Qué resta más para causar en distintas, y muy distantes partes el Terremoto al mismo tiempo? Sólo resta, que esas radiaciones, o vibraciones sean divergentes...

Otras propuestas, más cercanas al temor humano a los fenómenos naturales, proponían que los terremotos eran el resultado de los asteroides, aerolitos y meteoritos que eventualmente chocaban con la Tierra. En el siglo XIX fue absolutamente común hallar noticias de temblores que culminaban con frases como éstas: «en la mañana fue visto caer un aerolito en la zona; un meteoro luminoso atravesó el cielo horas antes»; «se dice que detrás de las montañas cayó un asteroide

225 *Cartas eruditas, y curiosas, en que, por la mayor parte, se continúa el designio del Teatro Crítico Universal, impugnando, o reduciendo a dudosas, varias opiniones comunes*, escritas por el muy ilustre señor D. Fr. Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, Maestro General del Orden de San Benito, del Consejo de S. M. &c. Nueva impresión. Madrid 1777. En la Imprenta Real de la Gaceta. Con las licencias necesarias. A costa de la Real Compañía de Impresores, y Libreros, tomo quinto, carta XIII, p. 282.

226 *Cartas eruditas, y curiosas...*, tomo quinto, carta XXVIII, p. 419.

en la noche anterior». Pero esto no desapareció con la sismología del siglo XX... El 7 de febrero de 1964 Caracas vivió en alarma por haber observado una «bola de fuego» en el cielo de aquella madrugada, acompañada posteriormente por un temblor.

El sismólogo alemán Günther Fiedler, encargado por entonces del Observatorio Cagigal, que a la sazón representaba el centro sismológico del país, declaró a *El Universal* que el pequeño sismo que se sintió a las 2:47 a.m. «quizá fue una descarga de electricidad estática acumulada en el subsuelo. Estas bolas de fuego que pueden observarse en los movimientos tectónicos son corrientes y hasta en los textos modernos pueden verse interesantes ilustraciones». El objeto incandescente fue avistado por muchas personas que atestaron de llamadas el teléfono del observatorio. Patrulleros de policía, radioaficionados, amas de casa, técnicos mecánicos, y hasta un guardia apostado en la casa del Presidente electo del momento, Raúl Leoni, atestiguaron sobre el asunto.

Fiedler comentó en una carta dirigida a Guillermo Zuloaga que «la bola no había llegado a Caracas», presumiendo que quizás cayó en el mar, de acuerdo a los testimonios de los guardias del Hotel Sheraton. Otros señalaron su trayectoria en dirección hacia El Valle, mientras hubo quienes no la vieron. Treinta de 200 llamadas aseguraron verla cruzar el cielo venezolano. Finalmente, el sismólogo alemán concluía que «sin dejar de creer en el fenómeno luminoso, prefería comentar sobre lo que nuestros instrumentos han registrado», y a continuación detallaba las señas del pequeño sismo²²⁷.

«Todas estas teorías han caído en el olvido por la implantación de la teoría tectónica», diría Centeno. Sin embargo, el ingeniero venezolano no dudaría en enfrentarse a sus colegas del resto del mundo para exponer su propia hipótesis sobre el asunto: «Esta hipótesis no está de acuerdo con la tectónica», dijo. El astuto sismólogo concordaba con

227 Toda la información relacionada con la «bola de fuego» ha sido tomada del artículo de José Antonio Rodríguez y Gloria Romero, «¿Impacto meteórico en el estado Miranda en 1964?», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 44 (2), año 2003, pp. 189-205.

las «explicaciones mecánicas» acerca de la causa de los sismos, pero aseguraba que ellas solas «no pueden explicar, por ejemplo, las variaciones bruscas de la presión atmosférica que generalmente preceden y acompañan a los temblores y a las erupciones volcánicas»²²⁸.

En una extensa explicación sobre la «electricidad atmosférica», el «magnetismo terrestre», las «corrientes telúricas», el «calor interno», la «electricidad de las nubes» y las «manchas solares», Centeno propondría el «electrotectonismo» como su hipótesis fundamental. Su idea de «conductividad térmica» a través de ciertos minerales, y la dinámica entre «las condiciones meteorológicas» y los «microsismos» explicaba la causa de los temblores. Satisfecho, llegaba a la siguiente conclusión:

Creo que la hipótesis que acabo de presentar constituye el eslabón que faltaba para enlazar en un todo armónico los fenómenos sísmicos, volcánicos, meteorológicos, eléctricos y magnéticos del planeta y los del sol, así como las mareas producidas por el sol y la luna.

Centeno representó, en su esfuerzo de inmensa síntesis, la sumatoria de conocimientos y saberes casi milenarios sobre los terremotos. Sin dejar de reconocer su trabajo académico y su estricta construcción científica de las propuestas, la hipótesis «electro-tectónica de la causa de los sismos y los volcanes» estuvo en su seno (con las transformaciones del caso) a las teorías del aire, del fuego, de la electricidad, de los meteoritos y de las placas tectónicas, asociadas con el movimiento del sol y de los astros. Más o menos así de compleja es la idea general y común que tiene la sociedad venezolana sobre los terremotos...

228 *Estudios sismológicos*, p. 42.

VOLCANES, CALORES, INSTRUMENTOS, ASTRÓLOGOS Y PULSOS

Virginia García Acosta, la antropóloga mexicana que ha dedicado sus investigaciones a los estudios históricos y sociales de los desastres, ha dicho lo siguiente: «La gran mayoría de las sociedades asentadas en zonas sísmicas han intentado dar alguna explicación al origen de los temblores. Leyenda y mito, tradición oral y conocimiento popular se mezclan y transmiten de generación en generación tratando de buscar las causas que originan los temblores»²²⁹. Los venezolanos, como sociedad que convive con los sismos, no son la excepción ante una afirmación como la anterior; antes bien, la riqueza cultural con la que la historia contemporánea ha acompañado y coloreado las explicaciones populares sobre los terremotos, da cuenta de los esfuerzos creativos con los que se han pretendido explicar los fenómenos sísmicos en este país, así como diversos aspectos propios del asunto.

En este caso, a diferencia de «Los cuentos de Jaime», los argumentos no brotan de la mitología y las tradiciones con que algunas comunidades decoran sus relaciones con los temblores, sino que pertenecen a pensamientos más urbanos, a veces pretendidamente científicos, y otras tantas sintomáticamente oportunistas... como mucho de lo que caracteriza a esta sociedad. Parte de esto se abordará, aunque de una manera muy sintética, en los próximos párrafos.

229 *Los sismos en la historia de México*, volumen 2, p. 73.

INSTRUMENTO CASERO

Al pie de la serranía de Aroa se posa San Felipe, lugar donde el terremoto de 1812 dejó ruinas que aún perfilan su aroma a historia. Es importante subrayar, asimismo, que aquel sismo es el único que, desde su fundación, ha causado daños en el lugar. No obstante, el impacto del evento dejó estelas de preocupación sobre un posible retorno, y es por ello que muchos años después, en 1909, el periódico local de nombre *Recortes* se daba a la tarea de divulgar las instrucciones necesarias para armar una «aparato para prevenir los terremotos».

Bajo la columna «Conocimientos útiles», la redacción del impreso aseguraba que esta tecnología quedaría «al alcance de todos», y así describía cómo debía construirse el instrumento en cuestión, justo al lado de una ilustración que acompañaba la explicación: «Suspéndase de una cuerda un casquillo imanado C, como se indica en el dibujo, adhiriéndose a éste una barrita de hierro H y he aquí todo el aparato»²³⁰. Sin embargo, el instrumento de precisión no acababa allí, pues debía agregarse un «plato de metal o algo parecido» debajo de la barrita, para que el sonido de su caída sobre el plato sirviese de alarma.

La lógica del aparato se apoyaba en la convicción de que los temblores procedían de descargas eléctricas, pues «al ocurrir una perturbación magnética cualquiera, el casquillo imanado pierde su fuerza y el hierro cae». El plato de metal garantizaba que la caída de la barrita «constituyese una verdadera campana de alarma...». El inventor del artefacto cerraba su presentación asegurando que «entre el aviso y el temblor, hay algún intervalo que varía entre algunos segundos y 15 minutos». Habrá que averiguar si algún lector, además de él mismo, acabó por armar el instrumento en cuestión y si aún existe; lo único que no podría corroborarse es la eficacia o precisión del referido artilugio, pues no ha habido más terremotos destructores en la ciudad del fuerte.

230 «Temblores», publicado en *Recortes*, San Felipe, 9 de junio de 1909, p. 3.

EL VOLCÁN IMPERTURBABLE²³¹

Poco ha importado que el Ávila no sea un volcán y que eso lo demuestren fehacientemente la geología y todas las ciencias de la Tierra: en el imaginario colectivo de los caraqueños (y, por qué no, de una buena parte de la sociedad venezolana) la imponente montaña que se levanta entre Caracas y el mar esconde un poderoso volcán. Humboldt y otros amigos vecinos de la ciudad la remontaron allá en los albores del siglo XIX, cuando escalar la portentosa elevación parecía un divertimento exótico y un paseo por demás arriesgado. Sus mediciones y observaciones del caso ya dejaban en claro que la montaña en cuestión no era, ni es, un volcán. Sin embargo, la idea de que allí se abrigan erupciones que han de llegar algún día no cesa en el mundo de las representaciones que se han construido sobre esta serranía: el temor por una actividad volcánica repentina deambula entre muchos habitantes de la capital venezolana.

A comienzos del año 2008 se rumoró insistentemente acerca de un inmenso «hueco» aparecido en los alrededores de La California y Boleíta, el cual habría sido escondido por las autoridades, e incluso tapado con docenas de camiones cargados de tierra que fueron trasladados al sitio a la sazón. Mucho se comentó, no sin asombro, acerca de una inminente actividad volcánica en la montaña, acompañada de severos movimientos sísmicos. Esto, por supuesto, no ocurrió.

El «volcán» en cuestión estaría «dormido» y podría «despertar» de un momento a otro... Esta común presunción al respecto ha tenido muchas versiones en la historia contemporánea, además de la muy reciente sobre el «hueco volcánico». Una de ellas tuvo lugar en junio de 1977, cuando un convencido profeta puso en alarma a toda la ciudad al anunciar que «el Ávila se abriría en dos» y dejaría pasar por allí al mar, el cual inundaría a Caracas por completo. La noticia fue tomada muy en serio por muchas personas, algunas de las cuales

²³¹ Buena parte de la información aquí recogida procede de acopios informales y experiencias personales sobre el caso. Este intento de sistematización sólo esboza una mínima parte de cuanto puede recopilarse al respecto.

decidieron reunirse en la plaza de Los Símbolos, a modo de refugio elemental (quizás bajo el criterio de que la reunión de símbolos patrios habría de proteger a sus representados). Nada ocurrió, pero tal cosa no dispó los temores acerca de lo que «oculta» la montaña.

Como parte de la «leyenda urbana» que en torno a ello se ha construido, no podía faltar el comentario de un taxista, quien aseguró en alguna oportunidad que «el Ávila está hueco»... Esta idea es compartida por muchas personas en el valle caraqueño, pero la narración de este taxista merece un espacio exclusivo: sostuvo que en medio de la Segunda Guerra Mundial, un submarino alemán se habría aproximado a las costas venezolanas y, en medio de sus exploraciones, penetró hasta Caracas, justamente, pasando «por debajo del Ávila», y vino a dar al río Guaire. Afortunadamente, el proyecto nazi fue derrotado y aquella increíble exploración no tuvo consecuencias²³².

Imperturbable, el Ávila permanece allí, indiferente ante las suposiciones, las creencias o las invenciones. No es un volcán, no entrará en erupción, no está hueco, no se partirá a la mitad ni ha sido atravesado por submarinos alemanes, pero tampoco dejará de construir referentes legendarios en el imaginario colectivo caraqueño. Su tamaño y su presencia han conjugado la mejor excusa para acompañar la creatividad de los venezolanos, la cual, a su vez, metaforiza temores primarios surgidos de la sostenida idea de que en la naturaleza se esconden misterios que jamás podrán ser resueltos.

CARTA ASTRAL CONTRA LOS TEMBLORES

Cuando el sismo del 3 de agosto de 1950 devastara a El Tocuyo, un inesperado telegrama llegaba a Miraflores. El presidente de la Junta Militar que por entonces regía los destinos del país era Carlos Delgado Chalbaud, y a él iba dirigida la misiva. En medio de las confusiones

232 Información oral captada directamente en el año 1988.

propias de las noticias generadas por grandes desastres, un astrólogo de San Sebastián de los Reyes anunciaba la «felicidad personal» del comandante de la junta y le prometía «ayuda» en aquellas circunstancias. Pedro Francisco Irisma Olivares, astrólogo y aparentemente amigo de Delgado Chalbaud, se apresuró a imprimir un mapa con el que habría de proteger a Venezuela contra terremotos y otras «decadencias del nuevo mundo».

Su felicidad personal estoy imprimiendo el mapa 'Phaphyron' internacional venezolano contra terremotos y decadencias del nuevo mundo. Urgentísima su ayuda para regalárselo a sus subalternos fuerzas armadas Venezuela. Su astrólogo y afectísimo amigo Pedro Francisco Irisma Olivares²³³.

De muy mal agüero resultó la intervención del pronosticador, pues no sólo no logró proteger a Venezuela de nuevos temblores, sino que tampoco la libró de las decadencias propias del nuevo mundo... El 13 de noviembre de ese mismo año Carlos Delgado Chalbaud fue secuestrado y asesinado en medio de uno de los mayores enredos políticos y criminales de la historia contemporánea venezolana. Si la sismología dependiera de los astrólogos, al parecer no estaría muy bien representada en estas latitudes.

INEFABLES INDICADORES TÉRMICOS

Resulta la más común de las interpretaciones de la naturaleza y su comportamiento en la sociedad venezolana: cuando hace mucho calor, hay peligro de que ocurra un terremoto... Por todos lados se hace la misma afirmación y ya forma parte de un lugar común dentro de las asociaciones que se construyen en relación con los fenómenos naturales. La idea que sostiene tal lógica (calor = sismos) proviene de una transformación cultural de aquellas antiguas teorías que aseguraban que

233 Archivo Histórico de Miraflores, *Telegramas*, Caja N° 1739T (1 al 7 de agosto de 1950), 5 de agosto de 1950.

los temblores son el resultado del fuego subterráneo que calienta gases allí contenidos. Sin embargo, ¿cuántas personas conocen realmente el origen de estas teorías?

Esto conduce a pensar en cómo fue que aquellas ideas que se originaron muchos siglos atrás han venido a dar en esta especie de «saber popular» venezolano. Sin duda, quedará el enigma al respecto; no obstante, parece poco creíble que aquellos argumentos contruidos desde la antigüedad clásica y heredados en el tiempo a través de cerrados mecanismos de transferencia de conocimiento sean los responsables de estas tradiciones orales ampliamente compartidas. Quizás el asunto tenga que ver con la construcción de teorías, o bien con conjeturas y especulaciones, a partir de las cuales se persigue comprender la naturaleza en una mezcla de entendimiento de su comportamiento y habilidades predictivas.

Anunciar la llegada de terremotos en días de mucho calor se ha convertido en un comentario característico. Al mismo tiempo, otros enunciados acompañan a esta asociación, en evidente articulación sincrética: si llueve y no hay nubes, entonces puede ser que tiemble; si las aves están muy agitadas en un día caluroso, quizás sobrevenga un terremoto; y si el calor sucede en un día sin brisa, seguro tiembla. Calor y sismos se levantan como una relación natural, de acuerdo a estas afirmaciones tan recurrentes en el inventario de tradiciones orales venezolanas.

Del mismo modo, las aseveraciones *ex post facto*, en caso de haber ocurrido algún temblor, vuelven al mismo punto: «¿ves?, estaba haciendo demasiado calor...». Lo mismo ocurre con el comportamiento de los animales, al momento de asegurar la predicción en retrospectiva: «los perros se estaban comportando muy raro...». El saber popular se hace de argumentos con los cuales validar y verificar sus estimaciones, pues siempre persigue tener la razón.

La más famosa de las narraciones sobre sismos que ha sido leída en la historia de Venezuela pertenece a un furibundo realista y enemigo del Libertador: José Domingo Díaz, autor de la frase que inmortalizó las andanzas de don Simón en el sismo del Jueves Santo de 1812: «Si

se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». Cuando Díaz escribió esto, lo hizo en medio de su descripción y testimonio de lo vivido en aquella tragedia. Su detallada mención sobre el comportamiento de la naturaleza previo al temblor parece resumir todo lo anteriormente señalado:

Eran las cuatro: el cielo de Caracas estaba extremadamente claro y brillante; una calma inmensa aumentaba la fuerza de un calor insoportable: y caían algunas gotas de agua sin verse la menor nube que la arrojase, y yo salí de mi casa para la Santa Iglesia Catedral. Como a cien pasos de llegar a la plaza de San Jacinto, convento del orden de Predicadores, comenzó la tierra a moverse con un ruido espantoso...²³⁴

La noción que vincula al calor con los temblores ya formaba parte de la tradición hacia 1812. Se trata, al fin y al cabo, de una versión meteorológica sobre la predicción de los terremotos, donde la atmósfera parece estar relacionada con los movimientos de la tierra. Las teorías de Centeno Graü rozaban tangencialmente estas perspectivas, aunque se separaban a partir de la complejidad de sus elaboraciones y de la inclusión de conocimiento verdaderamente geológico sobre el asunto. Sin embargo, su «electrotectonismo», proveniente de sus elaboradas relaciones entre la «electricidad atmosférica», el «magnetismo terrestre», las «corrientes telúricas», el «calor interno», la «electricidad de las nubes» y las «manchas solares», parece dar cuenta, en una forma sistemática y metódica, de la popular intuición meteorológica sobre los sismos.

Afortunadamente, las Ciencias de la Tierra han aclarado las cosas y el asunto no es tan complejo ni variable como lo suponen estas afirmaciones. Y si alguna duda queda al respecto, bueno sería observar que en las regiones más calientes de Venezuela (Amazonas, el estado Bolívar, Apure, Barinas o Maracaibo) prácticamente no existen sismos destructores que las hayan afectado.

²³⁴ *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, de José Domingo Díaz, Imprenta de D. León Amarita, Plazuela de Celenque, Madrid 1829, p. 38.

EL IMPERIO QUE NO CONTRAATACA

El desastre que sobrevino en Haití luego del sismo del 12 de enero de 2010 revivió el asunto: ¿tienen los países más industrializados e imperiales armas con las cuales provocar terremotos? Las opiniones emitidas a nombre del gobierno venezolano por uno de sus canales de televisión sobre la presunta inducción del temblor de magnitud 7,0 dieron la vuelta al mundo: «... un terremoto experimental de EEUU devastó al país caribeño»²³⁵. Estos argumentos se apoyaban en un supuesto informe emanado de la confiable y pacífica Flota Rusa del Norte, la cual explora las aguas internacionales con el único objeto de proteger al mundo de las ambiciones destructoras de otros imperios...

Más allá de las intenciones políticas que de suyo posee una declaración por el estilo, la cuestión es preguntarse si es factible inducir un terremoto de esa magnitud, y la respuesta es: no.

Para «disparar» un terremoto de magnitud 7 como el de Haití sería necesario concentrar una cantidad de energía de magnitud inimaginable (la energía liberada por un sismo de esta magnitud es equivalente a la de unas 800 bombas nucleares como las detonadas por los EEUU en el Atolón de Bikini entre 1946 y 1950), en lugares donde se conozca con precisión que ya se ha acumulado la cantidad de energía elástica de deformación necesaria para generar el terremoto «deseado», a varios kilómetros de profundidad por debajo de la superficie terrestre. Suponiendo que sea posible hacer lo anterior, ¿cómo lograrlo sin que nadie se dé cuenta?²³⁶

Asimismo, ¿por qué confiar en la Flota Rusa del Norte? Si los rusos, o la nación que sea, hubiesen de levantar la voz formalmente

²³⁵ Como un documento publicado en el sitio Web del canal Vive TV (www.vive.gob.ve) fue citado el asunto en el periódico español *ABC*. No obstante, las declaraciones que directamente ofreció el gobierno venezolano a través del presidente Hugo Chávez fueron transmitidas por televisión acompañadas de planos y gráficos que buscaban fundamentar la denuncia.

²³⁶ Jaime Laffaille, «Los sismos supuestamente provocados», en *Notisimo* del 26 de enero de 2010.

ante un hecho de esa entidad, está claro que no habrían de hacerlo por interpuestos, sino desde su propia iniciativa. De contar con las pruebas en la mano, la capital del ex imperio soviético no tendría reparos en liderar una acusación por el estilo, pero como esto no es así, tras ese supuesto informe no ha habido comunicados de ninguna especie respaldándole. Este razonamiento no solamente conduce a desconfiar del aparente informe de la flota, sino también de su propia existencia.

Las sospechas sobre la inducción del sismo de Haití parecen reforzar los criterios de los mismos denunciantes acerca de otra supuesta obra destructora: el terremoto de Sichuan, China, del 12 de mayo de 2008, con magnitud 7,8. La misma Flota Rusa del Norte sería la acusadora, una vez más: «se tienen datos para establecer que el terremoto en Sichuan... fue creado también por la radiofrecuencia del HAARP»²³⁷. La insistencia en la manipulación de las placas tectónicas proviene de la convicción de que ciertos aspectos de la naturaleza pueden ser intervenidos y domesticados por la acción humana, y esto es ciertamente real.

237 Citado así en el mismo *Notisismo* anterior. HAARP es la sigla de *High Frequency Active Auroral Research Program* (Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia), llevado a cabo por el gobierno norteamericano a través de la Fuerza Aérea, la Marina y la Universidad de Alaska, y consiste en prácticas experimentales con ondas artificiales de baja frecuencia emitidas por pulsos electromagnéticos que se disparan a la ionosfera; en su retorno, estas ondas pueden penetrar la Tierra y ofrecer una resonancia de su interior. El objetivo de estos experimentos, según sus autores, es el de detectar armas, submarinos, misiles e incluso restos arqueológicos que se encuentren sumergidos o enterrados... Claro, tanta inocencia es dudosa en manos de los Estados Unidos, nada más y nada menos. Es por ello que Rusia inició una serie de denuncias al respecto desde los orígenes del proyecto, señalando que «Los Estados Unidos están creando nuevas armas integrales de carácter geofísico que puede influir en la troposfera con ondas de radio de baja frecuencia... La importancia de este salto cualitativo es comparable a la transición de las armas blancas a las armas de fuego, o de las armas convencionales a las armas nucleares. Este nuevo tipo de armas difiere de las de cualquier otro tipo conocido en que la troposfera y sus componentes se convierten en objetos sobre los cuales se puede influir». (Publicado en *Interfax*, agencia de noticias no gubernamental rusa, bajo el título «Russian parliament concerned about U.S. plans to create qualitatively new weapons», el 8 de agosto de 2002). Si este dispositivo es capaz de alterar el clima y otros comportamientos de la naturaleza, seguramente los norteamericanos ya lo estarían poniendo en práctica, con los fines que estimasen más convenientes (y eso incluye también a los bélicos). Sin embargo, y a pesar de que no cabe duda de que dentro de los objetivos de estos experimentos también se encuentre el alcanzar un estatus armamentístico para el HAARP, no parece muy cierto que ya lo hayan alcanzado.

La relación que la humanidad comenzó a establecer con la naturaleza a partir de domesticar algunos elementos (como el agua, el fuego, el aire) y a convertir a otros componentes naturales en medios de producción (tierra, ganado) o fuentes de alimentos (los frutos, la vegetación, otros animales) no necesariamente representa una tendencia característica de la especie al respecto. La domesticación de ciertas manifestaciones de la naturaleza con fines energéticos o productivos es un resultado casi exclusivamente moderno-industrial. Esto no significa que antes de la Revolución Industrial no se hayan controlado ciertas fuerzas de la naturaleza con fines productivos (aire y agua, por ejemplo, han sido antiquísimas fuentes de energía para molinos); pero es innegable que desde el siglo XVIII se ha acelerado vertiginosamente la carrera por domesticar la energía existente en los fenómenos naturales más poderosos.

El control sobre la electricidad, por ejemplo, demostró ampliamente el avance de la humanidad sobre las fuerzas naturales, y esto sucedió en un contexto donde la termodinámica y el surgimiento de las máquinas auguraban el dominio absoluto del hombre sobre la naturaleza. De allí a la locomoción, el transporte automotor, las armas automáticas, la telecomunicación, la industria química y la contaminación global, poco trecho quedó por recorrer. Todo esto, con las distancias correspondientes y con su indiscutible y eventual utilidad, ha demostrado sobradamente que la humanidad occidental ha conquistado a la naturaleza, materializando la distancia objetiva que comenzó a construir desde que se le ocurrió que «lo humano» y «lo natural» son dos cosas distintas.

Industria y obsesión por explotar la energía natural han caracterizado a la cultura occidental, a la modernidad, y a la consecuente occidentalización del planeta. De ambas características, la industria y su desarrollo tecnológico sólo pertenecen a ciertas naciones que han construido sus relaciones con las demás naciones sobre la condición de la desigualdad de acceso a ese mismo desarrollo tecnológico. No obstante, y a pesar de la creciente tecnologización en la relación explotadora de la naturaleza, los sismos permanecen incontrolables... todavía.

Aún no se ha descubierto ni demostrado que sea posible «crear» terremotos de tan alta magnitud, y seguramente pasarán muchas décadas para que esto sea una realidad. Manipular la corteza terrestre significa, ciertamente, intervenir en el planeta, o sea: forzar el astro a voluntad, y esto no está en manos de la humanidad, al menos (y afortunadamente) hasta el presente.

Por otro lado, si fuese cierto que Estados Unidos manipulara los factores necesarios como para crear terremotos y, en ese caso, hubiese sido el responsable del sismo de Sichuan, ¿habrían guardado silencio los chinos...? China no es la imperial de hace milenios, pero sin duda que en el contexto presente guarda el mismo perfil de los imperios contemporáneos. Entonces, y tomando en cuenta sus diferencias políticas e ideológicas con el imperio del norte, ¿no sería éste un motivo sobrado para enfrentarse a Estados Unidos y demostrar al mundo entero que allá se guardan los «laboratorios del mal»? Esta vez no hubo contraataque, y esto es así pues el ataque no existió. Los terremotos continúan siendo fenómenos naturales... a despecho de las posiciones políticas que insistan en lo contrario.

Parte V
Venezuela, país sísmico

El planeta que habitamos no posee, pues, la aparente estabilidad que ofrece a nuestros sentidos desprovistos de memoria histórica y privados del don de la ubicuidad.

(«La tierra tiembla sin cesar», por Flammarion, en *Recortes*, San Felipe, 8 de octubre de 1909, p. 2.)

En un proyecto de investigación ejecutado por la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas entre los años 2005 y 2007, se llegaba a la siguiente conclusión: el catálogo elaborado por Melchor Centeno Graü alcanzó a registrar 695 sismos para la primera mitad del siglo XX; el catálogo de Grases, Altez y Lugo contabilizaba 729 para ese mismo lapso; igualmente, este último catálogo sumaba 1.762 temblores para su registro total del siglo XX; mientras tanto, en la mencionada investigación que cerraba en 2007, se totalizaron 2.160 sismos registrados y documentados entre 1901 y el año 2000²³⁸. Esto significa que, por lo menos, *dos mil ciento sesenta temblores fueron sentidos por la población venezolana durante esos cien años*, sin contar allí los de muy baja magnitud registrados instrumentalmente e imperceptibles para los seres humanos. Estos últimos, además, superan ampliamente a los temblores percibidos. Puede observarse, asimismo, que entre el catálogo de Grases, Altez y Lugo, y el que concluyó en el año 2007, la suma aumentó en 398 eventos.

De esos sismos registrados en el siglo XX, cinco de ellos resultaron destructores en amplia extensión: el del 17 de enero de 1929

238 Se trata del proyecto titulado *Catálogo sismológico venezolano del siglo XX, documentado e ilustrado*, coordinado por Rogelio Altez y José Antonio Rodríguez, bajo financiamiento del Fonacit, el cual se encuentra en espera de su publicación. En esa investigación se tomó como punto de partida al catálogo de Grases, Altez y Lugo de 1999, el cual, a su vez, incluye al de Centeno. De esta manera, gracias a la profundización y extensión de la investigación documental, fue posible conocer a mayor cabalidad la cantidad de sismos sentidos y registrados durante el siglo XX.

(Cumaná), el del 14 de marzo de 1932 (Mérida y Táchira), el del 3 de agosto de 1950 (El Tocuyo), el del 29 de julio de 1967 (Caracas y el litoral central), y el del 9 de julio de 1997 (Cariaco). Catorce temblores produjeron daños a nivel local: 7 de septiembre de 1942 (Humocaro Alto); 6 de febrero de 1944 (Casanay); 16 de noviembre de 1956 (Aricagua); 4 de octubre de 1957 (Río Caribe, Carúpano y otros lugares del oriente venezolano); 30 de junio de 1959 (Aricagua); 20 de septiembre de 1968 (Península de Paria); 5 de marzo de 1975 (Guanare); 5 de abril de 1975 (San Pablo de los Yabos, cerca de Atarigua, estado Lara); 18 de octubre de 1981 (San Josecito, Táchira); 11 de junio de 1986 (El Pilar); 21 de febrero de 1988 (Pregonero); 4 de febrero de 1989 (Cordero, Táriba y otras poblaciones del estado Táchira); abril-mayo de 1989 (tormenta sísmica de Boca del Tocuyo); 29 de diciembre de 1995 (Los Arangues).

A la lista anterior, en el caso de los sismos destructores de mayor extensión, han de sumárseles otros terremotos de siglos pasados, excluyendo los de efectos locales: 1 de septiembre de 1530 (Cumaná y el Golfo de Cariaco); 3 de febrero de 1610 (La Grita y Bailadores); 1629 (Cumaná); 11 de junio de 1641 (Caracas y La Guaira); diciembre de 1673 y enero de 1674 (Mérida, Gibraltar, Trujillo, El Tocuyo y el sur del Lago de Maracaibo); 4 de mayo de 1684 (Cumaná y la Península de Araya); 21 de octubre de 1766 (Cumaná y casi toda la región oriental); 14 de diciembre de 1797 (Cumaná y Carúpano); 26 de marzo de 1812, a las 4:07 p.m. (Caracas, litoral central, Barquisimeto, serranía de Aroa, y otros puntos intermedios en la región centro-noroccidental de la actual Venezuela); 26 de marzo de 1812, a las 5 de la tarde (Mérida y Tabay); 15 de julio de 1853 (Cumaná y otros lugares del oriente); 18 de mayo de 1875 (San Cristóbal y el sur y occidente del Lago de Maracaibo); 28 de abril de 1894 (casi toda la región andina venezolana); 29 de octubre de 1900 (Caracas, Macuto, Guarenas y otras localidades cercanas).

Parece quedar claro que la sociedad que se ha desenvuelto históricamente por espacio de cinco siglos en el territorio que actualmente

se reclama como venezolano ha convivido ininterrumpidamente con sismos de todo tipo y en casi todas las regiones. Resulta pertinente, en consecuencia, atender la causalidad física de la ocurrencia de temblores en estas latitudes, de manera de aproximarse a la comprensión más general, en este caso, de la notoria regularidad de los sismos que acompaña el devenir histórico venezolano.

ENTRE PLACAS TECTÓNICAS

Un geógrafo anarquista francés publicó entre 1867 y 1868 el estudio titulado *La terre, description des phénomènes de la vie du globe*²³⁹, a través del cual construiría una importante base interpretativa para comprender que el planeta posee una dinámica constante de evolución y transformación, algo que tuvo el tino de llamar como «geografía viviente». Se trataba de Elisée Reclus (1830-1905), quien contó con una inquieta biografía que lo zarandeó entre la práctica política revolucionaria, los viajes, el hambre y la docencia. Reclus pensaba que los evolucionistas

... somos igualmente revolucionarios en todo, porque sabemos que la historia misma no es otra cosa que la serie de hechos realizados que siguen a la serie de preparaciones. Así, puede decirse que la evolución y la revolución son dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precede a la revolución, y ésta a una nueva evolución, causa de revoluciones futuras²⁴⁰.

Desde reflexiones como esta, escrita en su destierro por haber participado en la Comuna de París en 1851, el «revoltoso» geógrafo observaba la naturaleza.

Cuando Carlos Schubert se dio a la tarea de explicar «La cor-teza dinámica de la Tierra», dijo al respecto: «Reclus, en particular,

239 L. Hachette y Cie, Libraires-Éditeurs, Paris, Boulevard Saint Germain 77, original de 1868.

240 Elisée Reclus, *Evolución, revolución y anarquismo*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1969.

demostró que estaba adelantado en más de 100 años con respecto al estado de la geología de su época; por ejemplo, pensaba que la Tierra tenía cientos de millones de años de edad (cuando todavía prevalecía la concepción de la edad bíblica de aproximadamente 5.000 a 6.000 años)²⁴¹. Además, al célebre revolucionario también se le debe haber observado que «la deriva continental, la formación de montañas y la convección en el manto terrestre estaban íntimamente relacionados». Estas ideas precedían en unos ochenta años a las teorías que finalmente explicarían los orígenes de los terremotos.

La noción de «Kontinentalverschiebung» (deriva continental) le pertenece originalmente al geofísico alemán Alfred Wegener, y supone que todos los continentes alguna vez, hace millones de años, estuvieron unidos conformando uno solo (al que llamó Pangea), el cual se fue fragmentando sucesivamente a través del tiempo hasta presentarse en la forma en la que actualmente se aprecian. La idea fue asomada por este científico hacia 1912 en un polémico trabajo titulado *Die Entstehung der Continente* («El nacimiento de los continentes») ²⁴², donde aseguraba que «ahora asumimos la separación y distanciamiento entre los bloques continentales», lo cual posee a «una causa física» ²⁴³. La hipótesis presentada por Wegener no fue aceptada originalmente por carecer de pruebas al respecto. Será recién después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el despegue y desarrollo de la tecnología del magnetismo y de otras que le fueron útiles y propias a aquella coyuntura bélica, cuando la teoría del geofísico alemán había de ser tomada en cuenta, especialmente por haber hallado la prueba de su hipótesis.

En efecto, las investigaciones paleomagnéticas determinaron que «los polos han variado su posición con respecto al eje de rotación de la Tierra», con lo cual se puede apreciar que «los continentes se han desplazado entre sí», tal como lo sintetizara Schubert. Wegener fue rei-

241 *Los terremotos en Venezuela*, p. 11.

242 «Die Entstehung der Kontinente», publicado en la revista del Dr. A. Petermanns *Mitteilungen aus Justus Perthes' Geographischer Anstalt*, Volumen 58, pp. 185-195, 253-256, 305-309, Gotha, 1912.

243 «Die Entstehung der Kontinente», p. 185.

vindicado, entonces, y la geología hallaba una nueva corriente dentro de su seno: la que atiende a la *tectónica de placas*, una teoría unificadora de las ciencias de la tierra. «Tectónica» utiliza como radical a la palabra griega τεκτων, que significa literalmente «carpintero, constructor, ebanista, artesano...»²⁴⁴, de manera que se aprecia allí la intención de comprender el origen y la permanente transformación de la capa terrestre como algo que, ciertamente, todavía está en construcción...

Esta teoría supone, asimismo, que la litosfera (la capa superficial y sólida de la Tierra), está compuesta por «placas» que se mueven entre sí, dando origen con ello a los fenómenos geológicos más determinantes de la corteza terrestre: la *orogénesis* (la formación de las cadenas montañosas), el *vulcanismo* (que supone las actividades volcánicas) y la *sismicidad* (la ocurrencia de sismos). En el caso de los terremotos, esta teoría viene a explicar definitivamente que esos movimientos poseen su causa en el roce permanente entre los bordes de esas placas, a través de lo cual se concentra la energía característica de la presión que una ejerce contra la otra, y liberándola ocasionalmente de manera brusca, generando con ello los sismos de mayor descarga o magnitud. Cada placa se mueve en su propia dirección, entrando en conflicto con la dirección de la placa que le es contigua, friccionándose la una contra la otra, generalmente de manera imperceptible, y eventualmente con resultados abruptos que ocasionan temblores en la superficie. Es allí cuando se aprecian sus efectos en escala humana.

Entre las placas que conforman la corteza terrestre se encuentran las que afectan a Venezuela: la Placa del Caribe, la Placa Suramericana y la Placa de Nazca. Los límites existentes entre ellas, coincidentes con el territorio nacional, contienen los focos en donde se originan los terremotos que dejan sentir sus efectos en estas latitudes. La Placa del Caribe delinea el anillo de las antillas menores de cara al océano Atlántico y dobla en su borde norte hacia las antillas mayores, confundándose en su lado más occidental con Centroamérica; su borde sur besa

²⁴⁴ Según el *Diccionario Manual Griego-Español*, de José M. Pabón, Bibliográfica S. A., Barcelona, 1979, p. 578.

las costas venezolanas y penetra el territorio hasta los Andes inclusive. La Placa Suramericana conforma prácticamente el resto del país en su plataforma continental, desplegándose a lo largo de los llanos centrales y orientales. La Placa del Caribe se mueve en dirección oriental, con relación al continente (es decir, se desplaza hacia el este), mientras que la Placa Suramericana lo hace en dirección occidental.

La Placa de Nazca se encuentra fundamentalmente en el Pacífico y presiona en dirección este, contribuyendo a la actividad tectónica en la región andina y el occidente venezolano. Un bloque intermedio se encuentra encajado entre esta placa y las otras dos, y se ubica en forma de aparente triángulo delimitado por la cordillera andina en su lado oriental, las elevaciones del Perijá hacia el occidente y la costa noroccidental venezolana.

La tectónica activa de Venezuela debe ser relacionada con la interacción entre las placas Caribe, Suramérica y Nazca e igualmente con otros bloques continentales de menores dimensiones entrampados entre las placas antes indicadas. Esta interacción varía dramáticamente del este hacia el oeste. Mientras que el norte de Venezuela está esencialmente afectado por la interacción directa entre las placas Caribe y Suramérica, Venezuela occidental muestra un contexto geodinámico más complejo²⁴⁵.

Es importante subrayar que las placas tectónicas no necesariamente coinciden con la forma de los continentes, pues éstos son expresiones afloradas de las mismas que igualmente pueden contener en su conformación a más de una placa. Los límites entre ellas enseñan el relieve más elevado e intrincado que posee Venezuela: la cordillera de la costa y la cordillera de los Andes. Estas elevaciones son el resultado

245 Las contribuciones del brillante geólogo e investigador de la tectónica de placas Franck Audemard, científico venezolano de la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, han ido aclarando el marco geodinámico del norte de Suramérica. La cita corresponde al trabajo «Ruptura de los grandes sismos históricos venezolanos de los siglos XIX y XX revelados por la sismicidad instrumental contemporánea», XI Congreso Venezolano de Geofísica, Sociedad Venezolana de Ingenieros Geofísicos, Caracas, Venezuela, 17 al 20 de noviembre, 2002, p. 1.

de la presión que entre una y otra placa han ejercido de acuerdo a la dirección de sus movimientos, a través de millones de años. Alrededor de estas zonas, precisamente, se despliegan los mecanismos que disparan los terremotos, y que son llamados por los geólogos «fallas activas». «La característica fundamental de una falla activa es su actividad sísmica. (...) Es evidente la concentración de epicentros de terremotos en las cercanías de las zonas de fallas», dijo Schubert. Y, siguiendo estas descripciones, es posible apreciar que los terremotos más importantes de la historia venezolana poseen sus orígenes en esas fallas activas, las cuales conforman, a su vez, un cinturón de unos 100 Km de ancho que recorre y atraviesa el país desde el Golfo de Paria hasta el Táchira.

FALLAS Y SISTEMAS DE FALLAS

El evento principal que constituye un terremoto es la ruptura de la litosfera. Esta ruptura tiene lugar preferentemente a lo largo de planos de fracturamiento que se producen en el sitio más propicio para ello, generalmente donde el esfuerzo al cual se somete la litosfera durante los movimientos de las placas es relajado o disipado más fácilmente. Estos planos de fracturamiento se denominan fallas...²⁴⁶.

Estas fallas se ubican alrededor y sobre la zona de límite de placas, de manera que pueden advertirse en la morfología de la superficie que las hace evidentes en sus manifestaciones afloradas.

Perceptibles para el ojo entrenado desde la geología, la geofísica y la geomorfología, las fallas son detectadas a través del relieve, precisamente en las huellas que sus movimientos han dejado a través de millones de años, o inferidas desde la interpretación geológica que los expertos hacen de los accidentes geográficos menos evidentes (como lagos y lagunas, valles, llanuras, depresiones, cauces y otras características naturales).

²⁴⁶ *Los terremotos en Venezuela*, p. 37.

Si se simplificaran en una abstracción lineal, las fallas representarían dos planos enfrentados y separados por un límite, en donde cada plano manifiesta un movimiento con relación al otro plano. Estos movimientos, dependiendo de la fuerza y la dirección de la misma en cada uno de esos planos, pueden ser, en general, *normales* (donde uno de los planos se desplaza en forma vertical hacia abajo con relación al otro); *inversos* (el desplazamiento es vertical y se da hacia arriba, proporcionando un cabalgamiento de un plano sobre otro); *rumbo-deslizantes* (los planos se desplazan horizontalmente uno con relación al otro); *oblicuos* (desplazamiento normal combinado con desplazamiento rumbo-deslizante). De allí que existan fallas normales, fallas inversas, fallas rumbo-deslizantes y fallas oblicuas. Otras características más técnicas definen otros tipos de fallas, complicando su descripción y comprensión más general. Las mencionadas aquí son las más comunes y representativas de los movimientos tectónicos.

Las fallas se encuentran asociadas a la zona de deformación y dominio de la actividad en los límites de placas. Es por ello que no son expresiones aisladas, sino sistémicas, articuladas en torno a la dinámica de los movimientos entre placas. De allí que se aprecian determinadas por los *sistemas de fallas*, en donde se agrupan diferentes tipos de fallas que pueden interconectarse en sus movimientos. En Venezuela existen tres grandes sistemas de fallas, los cuales recorren toda la extensión de contacto entre la Placa del Caribe y la Placa Suramericana: el *Sistema de Fallas de El Pilar* (que corre desde el Golfo de Paria, atravesando el estado Sucre y saliendo por el Golfo de Cariaco, hasta sumergirse en el mar y continuar rumbo al oeste); el *Sistema de Fallas de San Sebastián* (que inicia en el extremo occidental del Sistema de Fallas de El Pilar, continúa de forma submarina, bordea la costa del litoral central, dobla en Puerto Cabello aproximadamente, para continuar hasta la serranía de Aroa); el *Sistema de Fallas de Boconó* (que arranca en la serranía de Aroa y conforma luego toda la cordillera andina hasta penetrar Colombia). Estos sistemas son considerados por los expertos como accidentes tectónicos de primer orden.

La zona de mayor movilidad, donde ocurren las principales deformaciones, la constituye el cinturón de unos 100 Km de ancho, desarrollado en los dos bloques contiguos separados por los accidentes dextrales de primer orden de Boconó, San Sebastián y El Pilar. Desde la frontera con Colombia hasta Trinidad, estos tres accidentes se concatenan para formar un sistema continuo de más de 1.200 Km de largo...²⁴⁷

La gran mayoría de los terremotos que han causado daños en la historia del territorio se producen a lo largo de este sistema interconectado. La sismicidad imperceptible que los instrumentos sismográficos registran a diario se concentra a lo largo y ancho de este cinturón; ello significa que estos bloques se mueven permanentemente, aunque tal cosa no resulte notoria a la sensibilidad humana. La velocidad promedio de ese movimiento es de 1 cm por año, según el propio Franck Audemard. Cuando la fricción ha acumulado suficiente energía y el movimiento produce una ruptura, se origina un terremoto de alta magnitud. En Venezuela, y con relación a estos sistemas de fallas, se ha estimado que no es posible esperar sismos mayores a 7 en la escala de Richter, dadas las características geodinámicas de esta región.

Muchos aspectos propios de los sismos destructores que han ocurrido en la historia venezolana aún están por estudiarse a fondo. La evaluación y reevaluación de los terremotos históricos es una línea de investigación reciente, aunque reconocida como metodológicamente ineludible desde hace décadas. La interpretación de los efectos de los sismos del pasado, donde la instrumentación no existía y las descripciones se traslucen en manuscritos casi ininteligibles para los sismólogos y afines, resulta una tarea interdisciplinaria para la que no siempre se hallan recursos. De allí que muchos sismos de gran alcance destructor hayan generado confusiones al momento de ser estudiados, o bien cuenten con dos o tres posiciones encontradas entre los investigadores al respecto.

247 Audemard, «Ruptura de los grandes sismos históricos venezolanos...», p. 3.

El caso más importante es, sin duda, el del 26 de marzo de 1812. Confundido hasta hace pocos años como un mismo evento en aquella tarde de Jueves Santo, el desastre ocasionado con los temblores ocurridos hizo pensar que un solo terremoto había tenido lugar entre La Guaira y Mérida, con unos 800 Km de distancia entre ambos puntos, más o menos. Las investigaciones más recientes permitieron aclarar que se trató de, al menos, dos eventos diferentes con una hora de separación entre ambos: el ocurrido en la región centro-norte con hora precisa determinada por la paralización del reloj de la catedral caraqueña a las 4:07 de la tarde, y el de Mérida, sucedido en torno a las 5 de esa misma tarde, según las fuentes primarias. Esto significa que uno de esos sismos tuvo lugar en el Sistema de Fallas de San Sebastián y el otro en el de Boconó...

Al mismo tiempo, genera controversias y dudas el hecho de que la destrucción de Barquisimeto y las poblaciones ubicadas al pie de la serranía de Aroa no se prolongue con igual intensidad hacia el norte o el sur de la zona, de forma tal que acaba configurándose un mapa de daños que finalmente ofrece grandes vacíos o destrucción menor entre los puntos de mayor impacto. Cuando fue posible diferenciar al sismo de Mérida con respecto al norte, esta «destrucción selectiva» pareció aclararse y entonces pudo entenderse por qué entre Mérida-Tabay (únicas poblaciones severamente afectadas en los Andes con el terremoto de aquella tarde), y Barquisimeto-serranía de Aroa, no se apreciaban daños ni reportes de haberse sentido el temblor. No obstante, entre Caracas-La Guaira (como la zona más afectada por los embates del sismo hacia el norte) y Barquisimeto-serranía de Aroa, los daños son menores.

Este detalle conduce a pensar que el evento de las 16:07, hora de Caracas por entonces, tuvo dos focos probablemente simultáneos: uno en la serranía de Aroa y otro frente al litoral central, en el mar²⁴⁸. El caso

248 Los resultados detallados de esta investigación pueden leerse en el citado libro de Rogelio Altez *El desastre de 1812 en Venezuela. Sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba*, Universidad Católica Andrés Bello-Fundación Empresas Polar, Caracas, 2006.

es que si en esa tarde ocurrió un fenómeno que fue capaz de disparar dos eventos simultáneos de esa magnitud, quizás no sea descabellado pensar, asimismo, que tanta descarga de energía pudo haber provocado el evento local que destruyó a Mérida y Tabay una hora más tarde. Todo esto significa que el «sistema continuo» del que habla Audemard está ciertamente interconectado, demostrando que las fallas y los sistemas de fallas no pueden observarse de manera desarticulada, sino en constante relación. Y así es como debe comprenderse a las fuentes sismogénicas en el territorio hoy venezolano.

LA RELACIÓN DETERMINANTE PARA LA DESTRUCCIÓN

Los temblores de tierra han ocurrido siempre y ocurrirán todavía en lo porvenir. Esto deberían tenerlo en cuenta los arquitectos para que hiciesen sus construcciones según las indicaciones de la ciencia sobre esta materia.

(«La tierra tiembla sin cesar», por Flammarion, en *Recortes*, San Felipe, 21 de octubre de 1909, p. 3.)

Los terremotos no son los enteros responsables de los daños que se ocasionan al momento de su manifestación. De hecho, es importante subrayar que los terremotos, como cualquier otro fenómeno natural, habrían de ocurrir con o sin la presencia humana. De esta manera es posible razonar que lo que afecta a las construcciones y vidas humanas es la relación existente entre la magnitud del temblor, la tipología y calidad constructiva y las condiciones de sitio; esto último es: las características constitutivas del subsuelo en donde se levantan las construcciones.

Sólo puede ser destruido aquello que fue construido, y es este un axioma que ante los temblores funciona sobradamente. Sin embargo, la advertencia a esta relación es relativamente tardía en la historia de la sismología... y tiene que ver con un sismo venezolano: el del 29 de julio de 1967.

Ciertamente, fue a partir de los efectos observados en los edificios caraqueños sacudidos con el temblor de aquel año cuando se advirtió que las construcciones no se comportaban de igual manera ante un sismo, ya por sus características en la construcción, como por el lugar donde fueron levantadas. Edificios como el Mijagual, el Neverí o el Palace Corvin, por ejemplo, ubicados entre las urbanizaciones de Altamira y Los Palos Grandes, cayeron estrepitosamente hasta quedar completamente destruidos, mientras que sus construcciones vecinas apenas recibieron daños en los frisos. Esta distribución heterogénea de la destrucción impulsó la revisión de sus causas a partir de la evaluación

detallada de la calidad constructiva, tomando en cuenta las condiciones del lugar exacto en donde fueron contruidos esos edificios.

Los debates sobre la sismorresistencia de las edificaciones destaparon viejas preocupaciones que desde finales del siglo XVIII ocuparon la atención de las autoridades públicas, especialmente. La idea de contar con viviendas capaces de soportar exitosamente los embates de los temblores ha sido ampliamente discutida durante siglos, hasta que finalmente se ha logrado elaborar una normativa reguladora de las construcciones, algo que, sin duda, no cuenta con la fuerza de una ley, pero que sienta las bases para su control²⁴⁹.

La advertencia acerca de la tipología y diseño constructivo en relación con los sismos fue señalada por primera vez en la historia venezolana luego del terremoto del 14 de diciembre de 1797 en Cumaná. En aquella oportunidad, las autoridades locales redactaron un reglamento sobre edificación para evitar que se reiteraran los daños observados con el impacto del temblor. De este documento, lamentablemente, no se tiene referencia directa, y se sabe del mismo por haber servido de ejemplo a la Diputación Provincial de La Guaira en 1812, cuando se elaboró un recurso similar para la reedificación de la ciudad²⁵⁰. Entre algunas de sus ordenanzas, destacan las prohibiciones de «aleros de mampostería y ladrillos salientes del aplomo de la tapia por pequeños que sean», exigiendo que se utilizasen sólo de madera, «para evitar las desgracias que ocasionaron en el aciago día». Igualmente, y como ha sido una constante en toda disposición de prevención sísmica, se intentó controlar la elevación de las edificaciones, prohibiendo que las casas excedieran las «cinco varas de altura».

249 Veinticinco años después del terremoto de 1967 (1982) se implementó la *Norma para Edificaciones Antisísmicas* COVENIN 1756-82, con apoyo del Ministerio de Desarrollo Urbano y de Funvisis. Los desarrollos en el campo de la ingeniería sísmica en las décadas de 1980 y 1990, así como el terremoto de Cariaco de 1997, llevaron a una actualización de la norma en el año 2001 (COVENIN 1756-01, *Norma de Edificaciones Sismorresistentes*, Ministerio de Desarrollo Urbano-Funvisis).

250 El texto de este documento se encuentra citado en el trabajo de Ángel Grisanti, *La reconstrucción de La Guaira después del terremoto de 1812*, Homenaje preconmemorativo del cuatricentenario de la fundación de Caracas, Caracas, 1964.

Por otro lado, y a pesar de que sus razonamientos no tuvieron lugar ni aplicación en Venezuela, Simón Rodríguez (junto a otros personajes) participó en un minucioso informe que a la vuelta del terremoto de 1835 le solicitara por comisión el intendente de la Provincia de Concepción en Chile, y allí resalta la detallada descripción de los efectos en los materiales constructivos:

Las casas de ladrillo o de adobe, y algunas de las de estaca y barro, estaban cubiertas con teja: en todas los techos pesadísimos... este defecto ha hecho más funestos los efectos del terremoto en todas las casas. Los ranchos... deben su firmeza a algunos postes de madera enterrados a corta profundidad: el suelo no contuvo los pies o los contuvo poco, y muchos se rindieron o ladearon...²⁵¹.

Los autores del informe recomendaban, más adelante, que se tuviese en cuenta que la ciudad se hallaba sobre un suelo de «poca firmeza», al que «apenas se escurren las aguas», y sobre el cual el «calicanto se partiría al asentarse».

Años después, cuando Venezuela se aprestaba a cerrar su Guerra Federal, el filósofo y matemático venezolano Alejandro Ibarra publicaba diez artículos en entregas sucesivas a los que tituló «Temblores y terremotos en Caracas», donde explicaba con detalle las más recientes teorías sobre el origen de los sismos y su relación con la corteza terrestre. Allí, del mismo modo, los razonamientos de Ibarra sobre el vínculo entre las edificaciones y las condiciones del terreno pueden compararse con los alcances de los estudios más recientes sobre el tema: «... si las dimensiones exageradas e inconclusas... son verdaderamente peligrosas para los edificios, la ruina de estos por su mala construcción es segura»²⁵². Junto a esta afirmación,

251 Ambrosio Lozier; Simón Rodríguez y Juan José Arteaga, «Informe presentado a la Intendencia de la Provincia de Concepción de Chile para reconocer la ciudad de Concepción y sus cercanías después del terremoto del 20 de febrero de 1835», publicado en *Simón Rodríguez, Obras Completas*, tomo I, Universidad Simón Rodríguez, Caracas, 1975, pp. 473-507.

252 Alejandro Ibarra, «Temblores y terremotos en Caracas», publicado en *El Independiente*, periódico de Caracas, entre marzo y abril de 1862.

el autor añadía un repaso breve sobre las edades de los edificios dañados con el sismo de 1812 en Caracas, y a ello agregaba: «... la influencia que tuvieron en sus estragos las demás condiciones del terreno y la situación de la ciudad en sus diversos cuarteles». El científico había observado el comportamiento de las edificaciones en su distribución sobre el valle caraqueño y al respecto describía:

Su parte alta situada al Norte y más cerca o casi al pie del Ávila, en un terreno bastante accidentado, con doble pendiente hacia el Sur y hacia el Este, arenoso y flojo, sufrió mucho más que la baja, distante de aquella montaña, y situada en un terreno menos accidentado, más plano y más compacto, pudiéndose decir que la primera quedó totalmente destruida; y que la otra, donde quiera que se encontraron edificios de mala construcción, vinieron a tierra, al mismo tiempo que los de buena, inmediatos a ellos, resistieron y se conservaron enteros.

En las observaciones de Ibarra se asomaban los razonamientos que siglo y medio después habrían de bautizarse como *análisis microzonificado de daños por sismo*, o lo que resumidamente se titula «microzonificación sísmica». Con este autor, quizás, se cerraban las aproximaciones ilustradas del pasado prepositivista, y se abrían las puertas a la ciencia disciplinadamente sistemática y especializada en los terremotos.

La microzonificación sísmica es un recurso que se mundializó luego del terremoto de 1967 ocurrido en Caracas. Supone observar la relación existente entre la tipología y calidad de las construcciones, las condiciones del sitio en el que se levanta esa construcción, y la intensidad probable de los temblores que afectan esa área. Con ello es posible deducir el comportamiento de esas edificaciones ante un temblor, así como establecer cuáles son los requerimientos necesarios para que la misma construcción resista los terremotos. Los efectos tan diferenciales observados luego del sismo del 29 de julio de aquel año condujeron a que los geofísicos del mundo entero advirtieran esto como una necesidad ineludible. Ya desde los análisis del propio terremoto se recomen-

daba tal cosa. Un temprano estudio, elaborado por Robert D. Hanson y Henry J. Degenkolb, sugería aproximarse a la problemática suscitada por los *efectos de sitio*: «La cuestión de los efectos de la estructura geológica local merece una minuciosa investigación»²⁵³.

Más tarde, cuando la Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo (nombrada a la sazón con el objeto de producir resultados efectivos y eficaces ante la situación) publicara sus resultados, la idea sobre el caso era ya una preocupación recurrente: el capítulo III de su informe era titulado «Información básica acerca de las condiciones del suelo en el valle de Caracas y el litoral central», y allí se resaltaba la «dinámica de los suelos» y «la influencia significativa de las condiciones particulares del suelo». El capítulo V se tituló «Efecto de las condiciones del suelo en el daño producido a los edificios por el terremoto del 29 de julio de 1967», que contenía un apartado llamado «Recomendaciones para la inclusión de los resultados de estos estudios en la elaboración de Normas Sísmicas para la Ciudad de Caracas». El capítulo VI fue titulado «Estudio de amplificación del suelo en las áreas afectadas por el terremoto de Caracas de julio 29, 1967», e incluyó una figura que relacionaba los tipos de suelos con los daños («Mapa de daños, curvas de espesores de suelo y factores de amplificación en la zona NE de Caracas»). La microzonificación estaba ya perfilada como una de las herramientas básicas de la prevención sísmica²⁵⁴.

A las viejas preocupaciones acerca de las viviendas sismorresistentes, ahora se le agregaba la variable «condiciones de sitio», la cual se destacaba por atender especialmente la profundidad y las características de los suelos. Esto significa que esa variable es tan determinante como la calidad de las construcciones en el efecto destructor de las ondas sísmicas. Un suelo conformado por aluviones sucesivos a través de millones de años (aludes que transportan materiales sólidos en forma

253 *The Venezuelan Earthquake, July 29, 1967*, American Iron & Steel Institute, New York, 1969, p. 131.

254 Estas referencias pueden hallarse en el mencionado informe: *Segunda fase del estudio del sismo ocurrido en Caracas el 29 de julio de 1967*, Ministerio de Obras Públicas, Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo, Funvisis, Caracas, 1978.

caótica y los depositan en abanicos que se explayan generalmente al pie de elevaciones, tal como sucedió en diciembre de 1999 en el estado Vargas), representa un conglomerado heterogéneo (menos compacto) que al momento del temblor se comporta como una gelatina, literalmente, amplificando la intensidad de las ondas sísmicas.

Los valles y abanicos aluviales, característicos de las regiones piemontanas y alimentados por millones de años a través de aludes y flujos de materiales, ofrecen la mejor oportunidad para la amplificación de las ondas. En Venezuela existen muchos lugares con esas condiciones, destacando una gran parte del valle de Caracas, el litoral central, la ciudad de Mérida, entre otros sitios. Los espesores de sedimentos en esos lugares alcanzan los cientos de metros de profundidad (380 metros como máximo en Los Palos Grandes; 150 metros en Mérida), y es por ello que la destrucción ocasionada por los terremotos se ha concentrado históricamente en esos espacios.

El ejemplo ilustrativo más claro sobre el asunto puede expresarse así: si se colocara un recipiente con gelatina en el extremo de una mesa y se golpeará fuerte en el otro extremo, la gelatina vibraría con mayor vigor que el resto de la mesa y continuaría vibrando por mayor cantidad de tiempo. Esto es, guardando las distancias, lo que sucede en esos suelos aluviales cuando tiembla. Las construcciones que allí se levantan, en consecuencia, deberían cumplir rigurosamente con la normativa...

En conclusión, las edificaciones deben atender las condiciones de sitio al momento de su diseño y ejecución; del mismo modo, la calidad de los materiales debe estar en correspondencia con las necesidades y exigencias ambientales y, asimismo, en relación con la respuesta esperada ante un sismo. Estas relaciones, bien atendidas, pueden salvar muchas vidas, sin duda. Su observancia depende, sin embargo, del acatamiento a las normas y de su estricta vigilancia... Claro, esto sólo puede suceder en países donde se respeta la más importante de las condiciones: la humana.

LAS ESCALAS DE INTENSIDADES Y MAGNITUDES

Desde que la cultura occidental se dio a la tarea de observar la realidad y comprenderla como un objeto de estudio, la naturaleza y su comportamiento fueron desdoblados en leyes y modelos comprensibles y ordenados desde teorías, métodos y técnicas arbitrariamente concebidos para dar cuenta de su dinámica. Todos los fenómenos naturales comenzaron a perder sus misterios originales y finalmente la magia divina que lo movía todo quedó al desnudo. «La Naturaleza ha dejado escapar nuevamente sus secretos», aseguraba con orgullo en 1924 el astrónomo de la Armada Española, don Salvador García Francos, quien escribió una «vulgarización de sismología», tal como subtítulo a su libro *Terremotos y aparatos para registrarlos*. La jactancia del ilustre matemático español estribaba en el orgullo que retozaba muy adentro en su espíritu de científico, pues ahora

...cuando la tierra tiembla se sabe por qué tiembla y, lo que es más hermoso, más consolador y más cristiano: los hombres han abandonado el trágico fatalismo que les hacía creer que la Parca sólo llega cuando debe llegar, y una legión de trabajadores de la ciencia han dictado reglas para luchar con ventaja contra el temible enemigo que se esconde en el seno granítico de la Tierra²⁵⁵.

El optimismo propio de la modernidad y de la razón científica continúa luchando, sin duda, con el mismo «temible enemigo» y aún

255 Editorial Calpe, Madrid, 1924. Las citas corresponden a la página 13.

pugna por defenderse exitosamente de sus repentinos embates destructores. En los albores de la sismología, allá por la segunda mitad del siglo XIX, con ese optimismo se inició la sistematización de las manifestaciones de los sismos en el intento de comenzar a comprenderlo de una forma más técnica y metódica, entendiéndolo ya como un «objeto», y no como un «castigo». Para ello se simplificó su reconocimiento con esquemas capaces de describirlo a través de modelos que pudiesen universalizar la interpretación de los temblores; en otras palabras, había comenzado la búsqueda de las leyes tras el fenómeno.

Estos esfuerzos cristalizaron en la creación de «escalas» que dan cuenta de las formas a través de las cuales se manifiestan los temblores y de cómo son percibidos por las personas. A estas estrategias evaluativas y descriptoras se les denominó «escalas de intensidades», expresando con ello la gradación necesaria para medir los terremotos. La intensidad sísmica «es una medida del temblor del suelo obtenida del daño causado a estructuras edificadas por el hombre y de los cambios en la superficie de la tierra», ha dicho la destacada sismóloga austro-venezolana Christl Palme²⁵⁶. «En otras palabras, la intensidad sísmica mide cualitativamente los efectos de un terremoto y delimita las áreas con efectos similares», explicó Schubert²⁵⁷. Es decir, las escalas de intensidades son *descripciones* de los efectos de los sismos (en las construcciones y en la naturaleza) e *interpretaciones* de las percepciones de las personas al respecto, que se expresan en modelos seriados de menor a mayor, de acuerdo al grado de daño o sensación causada por el fenómeno, todo lo cual permite compararlo entre sí, diferenciarlos en sus particularidades y establecer generalidades al respecto.

La primera escala que se utilizó para medir las intensidades de los terremotos fue la creada por el italiano Michele Stefano Conte de Rossi y el suizo François-Alphonse Forel (el mismo que introdujo el término «seiche» para denominar al movimiento de las aguas confinadas), y fue elaborada en 1873. A esta escala se le conoce como de Rossi-Forel y

256 *Los terremotos de los años 1674, 1775 y 1886 en Trujillo*, Editorial Venezolana C. A., Mérida, 1993, p. 62.

257 *Los terremotos en Venezuela*, p. 30.

consta de diez grados, donde el I significa que «sólo puede ser sentido por un observador experimentado», y el X representa «el gran desastre, ruina, disturbio de los estratos, grietas en la tierra». Diez años después, en 1884, un sacerdote milanés que estudió Ciencias Naturales revisó la escala y la perfeccionó, manteniendo hasta entonces los mismos diez grados.

Se trataba de Giuseppe Mercalli, discípulo del geólogo y alpinista italiano Antonio Stoppani, también sacerdote, de quien heredó la dedicación por el tema, conduciendo su mirada hacia el estudio de los volcanes y los terremotos. El geofísico también italiano Adolfo Cancani revisó la escala de Mercalli en 1902, ampliándola a doce grados y extendiendo los detalles de cada uno de los grados. A partir de ese momento, la escala se convirtió en la herramienta más consultada en la historia de la sismología. No obstante, esa no fue su última revisión, pues, en efecto, el geofísico alemán August Heinrich Sieberg la reformuló en 1923, y desde entonces es conocida como la escala de Mercalli-Cancani-Sieberg (MCS), o bien de Mercalli Modificada (MM). Esta escala contribuye a evaluar los sismos ocurridos en tiempos preinstrumentales, y a través de ella es posible estimar la intensidad de los terremotos del pasado²⁵⁸.

A pesar de ser señaladas como «cualitativas», el objetivo original de estas escalas fue el de apreciar de una manera más técnica el comportamiento de los temblores, independientemente de la temprana existencia de instrumentos para medir las vibraciones producidas durante los sismos²⁵⁹. Las escalas perseguían detectar la relación entre los efectos del temblor y la aceleración máxima del suelo, establecien-

258 Buena parte de esta información ha sido tomada de los nutridos y citados aportes de José Grases y Carlos Schubert.

259 El ingeniero y geólogo inglés John Milne (1850-1913) inventó el «sismógrafo» a finales del siglo XIX, armando un aparato fijo con un péndulo inmóvil, el cual vibraría con un terremoto, dejando una marca sobre un papel colocado en forma de rodillo justo al punto de contacto con el extremo del péndulo. El registro del movimiento sobre el papel se calibró con el tiempo y al dibujo que resulta de ello se le denomina «sismograma». Los sismógrafos de Milne fueron instalados originalmente a lo largo de todo el imperio británico, creando con ello el primer monitoreo mundial al respecto, sin que alcanzase el nivel de una red.

do una correspondencia entre el valor de la escala y el valor asignado al movimiento del terreno. Esta relación fue elaborada originalmente por el italiano Cancani. El citado astrónomo y matemático español García Francos dijo al respecto:

Estudiando la escala..., se ve que sólo puede determinarse el grado del temblor con una cierta aproximación; pero a pesar de este defecto, imputable también a todas las escalas, puede servir al sismólogo como jalones de referencia deducidos de la información personal de los testigos²⁶⁰.

Cualitativas o aproximadas, las escalas de intensidades dieron la oportunidad de comenzar a observar los temblores con mayores recursos metodológicos, de forma tal que a través de ello fuese posible llegar a conclusiones capaces de establecer generalidades²⁶¹. Asimismo, las intensidades asignadas a los efectos de los terremotos comenzaron a sobreponerse sobre mapas geográficos, permitiendo con ello razonar acerca de esos efectos en relación con la naturaleza de las regiones afectadas y la distancia existente entre las zonas de mayor impacto y las de menor daño. Los científicos, entonces, trazaron líneas aproximadamente concéntricas sobre los mapas que partían de la región con mayor daño hasta alejarse hacia la menos afectada, encerrando en cada una de esas curvas a los efectos de igual intensidad. Se conformaron así los «mapas de intensidades», con los cuales se hacía evidente la zona epicentral del terremoto. A esta zona con mayor afectación se le denominó «epicentro macrosísmico», y a las curvas trazadas sobre el mapa se les llamó «isosistas».

Las escalas de intensidades y los mapas de isosistas cruzan información sobre efectos que describen a los temblores en correspondencia

260 P. 308.

261 Existen otras escalas de intensidades elaboradas posteriormente, en la intención de perfeccionar su utilidad. Una de ellas, por ejemplo, la cual rivaliza en consulta con la MCS, es la de Sergei Medvedev, Wilhelm Sponheuer y Vit Kárník, conocida como la escala MSK-64. Medvedev, de la extinta Unión Soviética, Sponheuer, de la desaparecida Alemania del Este, y Kárník, de la desmembrada Checoslovaquia, realizaron este esfuerzo en 1964, y su escala es un símil de la MCS con doce grados igualmente.

con las construcciones, el entorno natural y las respuestas de las personas (testigos e informantes, al fin y al cabo). De allí que la información que se sistematiza de todo ello es, indefectiblemente, cualitativa. Todavía en el presente se discute al respecto, pues para los geólogos, por ejemplo, la información sobre los efectos en la naturaleza resulta más importante (en función de la interpretación del sismo) que la vinculada a las construcciones o la percepción de las personas. Los ingenieros de la sismorresistencia tienden a observar con mayor atención la respuesta de las edificaciones; y los evaluadores de los sismos del pasado se concentran en los testimonios.

Sin duda, la relación entre toda la información que puede recabarse para asignar intensidades a un terremoto debe establecerse desde una mirada interdisciplinaria, en el intento de no descartar ni privilegiar un dato con relación a otro. El más importante e influyente investigador europeo de sismos del pasado, el francés Jean Vogt, insistió en muchas oportunidades sobre la necesidad de equipos multidisciplinarios de investigación al respecto: «La discusión interdisciplinaria es incluso más necesaria que cualquier otro criterio», pues con ello se evitan las «malas interpretaciones del pasado», por ejemplo²⁶².

Actualmente, las escalas de intensidades han evolucionado hacia interpretaciones específicas, destacando la European Macroseismic Scale (Escala Macrosísmica Euroea, EMS)²⁶³, producto de la revisión y actualización de la escala elaborada por Medvedev, Sponheuer y Kárník (MSK-64), recomendada originalmente para la evaluación de sismos en Europa, aunque luego de su divulgación ha sido utilizada en el mundo entero. La EMS fue publicada en 1998, luego de varios años de precisiones y ajustes. Más recientemente, la International Union for Quaternary Research (INQUA) elaboró una escala exclusivamente

262 «Earthquake effects on Nature and Macroseismic Intensity Scales», reproducido en Julien Fréchet, Mustapha Meghraoui y Massimiliano Stucchi, *Historical Seismology. Interdisciplinary Studies of Past and Recent Earthquakes*, Springer, Strasbourg-Milano, 2008, pp. 303-312.

263 Se encuentra disponible en línea en http://www.gfz-postdam.de/pbl/pg2/ems_new/index.htm, bajo el auspicio de la European Seismological Commission, la Subcommission on Engineering Seismology y el Working Group Macroseismic Scales.

dedicada a la observación de los efectos sobre la naturaleza (Environmental Seismic Scale, abreviada ESI 2007 Intensity Degrees), la cual ha sido muy bienvenida entre los geólogos.

Una comparación entre las escalas permitiría comprender sus especificidades y diferencias. En cualquier caso, la MCS recoge el espíritu de todas ellas, más allá de correcciones y perfeccionamientos posteriores. En la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, y entre la mayoría de los investigadores venezolanos, la escala de referencia básica ha sido la MCS, sin que se descarte la consulta de la EMS-98 y, eventualmente, la ESI 2007. El debate al respecto no ha cesado y la asignación de intensidades continúa generando controversias.

El lado más objetivo de la medición de los terremotos surgió décadas después de las primeras escalas de intensidades. Cuando Adolfo Cancani revisara la escala de Mercalli en 1902 y le agregara una relación con la aceleración del suelo, los valores que asignó al lado de cada uno de los pertenecientes a la escala cualitativa representaban una *progresión geométrica* entre ellos; de esta manera, las aceleraciones crecían en relación con las intensidades sobre un valor de 2, asignado por él mismo. Esto implica que la diferencia entre cada terremoto significa el doble del anterior, al menos con relación a la aceleración del suelo. Un principio similar permitió que se elaborara una referencia más precisa y objetiva sobre la estimación de los terremotos: la *escala de magnitud*.

La magnitud de un terremoto es una escala relativa, en la cual se compara cada terremoto con uno definido arbitrariamente como de magnitud-patrón. De esa forma, se establece una relación entre un terremoto cualquiera y el terremoto-patrón, bajo condiciones de observación iguales.

Siendo la escala de magnitud una escala geométrica o logarítmica, esto significa que la diferencia entre un valor y otro en esta escala es un factor de 10. En otras palabras, un terremoto de magnitud 5 es 10 veces mayor que uno de magnitud 4²⁶⁴.

264 *Los terremotos en Venezuela*, p. 32. El propio Schubert diría en la página 67 lo siguiente: «Es la medida de la fuerza de un terremoto o la energía cinética que genera.»

«El concepto de magnitud, sustentado en registros instrumentales en la forma propuesta por Gutenberg y Richter... permitió una evaluación más objetiva de la sismicidad»²⁶⁵. Beno Gutenberg fue un sismólogo alemán que migró a Estados Unidos en 1929, donde trabajó junto al norteamericano Charles Richter en el Instituto de Tecnología de California, produciendo resultados en conjunto acerca de la observación de los sismos y de su medición, siendo los pioneros en establecer una escala de magnitud al respecto. Sus publicaciones aún son consultadas y la escala propuesta es la más conocida de todas.

En 1954 publicaron el libro *Seismicity of the Earth (and associated phenomena)*²⁶⁶, aunque la escala fue publicada originalmente en dos artículos: uno de ellos en 1942 y otro en 1956, donde ajustaron sus fórmulas²⁶⁷. Richter incorporó un logaritmo al cálculo de la magnitud de los sismos, pues cada valor asignado aumenta de forma exponencial y no lineal. De allí que se trate de una escala cuyos valores aumentan en progresión geométrica, tal como lo había advertido Cancani cuando quiso medir la aceleración de los suelos. La idea del logaritmo fue tomada por Richter de las escalas utilizadas en astronomía para medir el brillo de las estrellas. En 1958 elaboró una tabla que comparaba la escala de intensidades con las magnitudes, en la intención de establecer patrones capaces de relacionar los radios de acción del terremoto, partiendo de su epicentro hasta donde dejaba de ser sentido por las personas²⁶⁸.

La propuesta de Richter estuvo destinada originalmente a medir terremotos solamente en la falla de San Andrés (que afecta a California), pero con el tiempo ha sido adaptada para calcular la energía liberada por los sismos en casi todo el mundo, o al menos en sistemas de fallas similares. Su atención estuvo puesta en el tiempo transcurrido entre el «inicio» del sismo y su despliegue posterior en ondas, específicamente

265 José Grases, *Introducción a la evaluación de la amenaza sísmica...*, p. 108.

266 Princeton University Press, Princeton.

267 «Earthquake magnitude, intensity, energy, and acceleration», *Bulletin of Seismological Society of America*, vol. 32 (3) 1942, pp. 163-191; y «Earthquake magnitude, intensity, energy, and acceleration», *Bulletin of Seismological Society of America*, vol. 46 (2), 1956, pp. 105-145.

268 *Elementary Seismology*, W. H. Foreman and Company, San Francisco.

en su momento de máxima amplitud. Conviene subrayar que Richter observó esto sobre sismogramas, lo cual le permitió establecer cálculos con mayor facilidad.

El dibujo que la aguja del sismograma elabora ante el temblor es una representación abstracta del sismo, y se aprecia como una línea en forma de pliegues continuos que se extienden hacia arriba y hacia abajo, de manera muy similar a un electrocardiograma. Si se piensa en que la aguja se desplaza tranquilamente sobre el papel del sismograma en tiempo de reposo, al iniciar el temblor la misma salta abruptamente comenzando a dibujar esos saltos de arriba abajo, indicando con ellos la intensidad del terremoto. La primera señal de la actividad de las ondas sísmicas, al instante del terremoto, es llamada «onda P», y las siguientes son llamadas «ondas S». La P puede coligarse con el «golpe» que generalmente se asocia al irrumpir el sismo; mientras que las S representan la manifestación posterior. Son las segundas ondas las que generan la destrucción, generalmente.

Así, Richter estableció una fórmula que calcula un valor sobre el tiempo transcurrido entre la onda P y la amplitud máxima de las ondas S, a través de un logaritmo, con lo cual el aumento de cada valor estimado es exponencial y no lineal. La fórmula de Richter es la siguiente: $M = \log A + 3 \log (8\Delta t) - 2.92$ donde A es la amplitud de las ondas en milímetros, t es el tiempo medido en segundos entre la onda P y las ondas S, y M es la magnitud arbitraria (aunque constante) que fue asignada por Richter para lograr la posibilidad de las comparaciones entre los sismos.

De acuerdo a esta escala, los terremotos pueden ser medidos desde 0 en adelante; sin embargo, no han sido registrados sismos mayores a 9,6 (adjudicándole esta magnitud al del 22 de mayo de 1960 en Valdivia, Chile), pues si se sigue la proyección que la propia escala sugiere, más allá de valores como ése, es posible imaginar efectos similares a los del impacto de un meteorito o a la fractura del centro de la Tierra...

La escala de magnitud vino a precisar la observación de los sismos de más altos valores, especialmente, pues fue posible entonces estable-

cer comparaciones entre la cantidad de energía liberada y cada evento alrededor del mundo. Se prestó más atención, en consecuencia, a los terremotos de mayor liberación de energía, asociados a los resultados más nefastos de sus efectos.

... son los terremotos con magnitud 5 o más, los que causan las mayores pérdidas humanas y materiales, y son el objeto de intensos estudios por parte de sismólogos y otros geocientíficos, para poder llegar eventualmente a predecirlos. (...) Nuevamente, se puede apreciar la importancia que tienen estos eventos sísmicos relativamente raros²⁶⁹.

269 *Los terremotos en Venezuela*, p. 34.

RAROS Y HETEROGÉNEOS

Los terremotos de mayor magnitud no ocurren a diario. Si se comparan con otros fenómenos naturales, su frecuencia es ciertamente baja. De allí que Schubert y otros especialistas los hayan tildado de «raros». Los disturbios en la corteza terrestre que estos movimientos provocan se hacen más evidentes a partir de las destrucciones en las construcciones humanas y en los efectos sobre la naturaleza (tsunamis, movimientos de masa, grietas, seiches, licuación). Pero esos efectos suelen ser heterogéneos y estar plenamente determinados por las condiciones que ofrecen los propios contextos geomorfológicos y, por supuesto, los contextos histórico-sociales y materiales. A partir de allí es posible explicar por qué un sismo de magnitud 7,0 hace estragos en Haití y causa unas 120.000 víctimas fatales²⁷⁰, mientras que uno reputado como 31 veces más fuerte (de magnitud 8,8)²⁷¹ apenas deja 521 muertos en Chile, ocurriendo el primero un 12 de enero y el segundo un 27 de febrero, ambos en el propio año de 2010.

Las comparaciones no deben establecerse a partir de los fenómenos naturales, sino de los resultados que pueden hallarse en los efectos causados sobre la presencia humana. Las sociedades, a su vez, no responden de la misma forma en cada caso, y sus respuestas están condi-

270 Esta es la cifra más conservadora que las autoridades haitianas han declarado al respecto. Otras cifras, también procedentes de voceros oficiales, han señalado hasta 270.000 fallecidos.

271 Unas 100.000 bombas como las detonadas en Hiroshima en 1945... Este terremoto se ha colocado entre la lista de los sismos más grandes registrados en la historia; el que encabeza esa lista es el del 22 de mayo de 1960 en Valdivia, también en Chile, de 9,6.

cionadas por las variables históricas y sociales que son responsables de los contextos en donde irrumpen esos fenómenos. Las normas de construcción, los materiales utilizados, el conocimiento de las condiciones de sitio, la preparación de las comunidades, la capacidad infraestructural y de servicios, la asistencia inmediata, la estabilidad institucional y la madurez política son variables que no se presentan de la misma manera en cada contexto, y su situación al momento de irrumpir un fenómeno potencialmente destructor es determinante.

La heterogeneidad propia de estas respuestas ante un fenómeno potencialmente destructor se observa con mucha mayor facilidad que las similitudes. Del mismo modo que es posible comparar a los terremotos de Haití y Chile, quizás pueda colocarse en la misma perspectiva al sismo del 17 de enero de 1995 en Kobe, Japón, y al del 9 de julio de 1997 en Cariaco, Venezuela, por estar tan cerca históricamente y tan lejos en otras condiciones. El terremoto de Kobe tuvo una magnitud que osciló entre 6,9 y 7,3 causando más de seis mil fallecidos; el de Cariaco fue de 7,0 y ocasionó 73 muertes... y está claro que las diferencias entre ambos contextos pueden encontrarse en lo cultural, lo material, lo social, lo político, lo demográfico y muchas otras variables.

Un terremoto no causa un desastre, pues son las condiciones de la sociedad en la que adviene las que lo producen. La comparación entre los sismos de Haití y Chile, o de Kobe y Cariaco, ofrece una de muchas perspectivas del asunto. Resulta igualmente pertinente comparar a los terremotos a través del tiempo y en una misma sociedad; es decir, un sismo destructor en el siglo XIX venezolano seguramente no ha de expresar los mismos efectos si se presenta en el siglo XXI, y ello no se debe únicamente a las diferencias en la calidad de las edificaciones o en la cantidad de habitantes, sino a las variables antes mencionadas (construcción, materiales, condiciones de sitio, preparación, infraestructura, servicios, asistencia, estabilidad institucional, madurez política), las cuales se encuentran determinadas por las condiciones históricas de la sociedad en las que irrumpe el terremoto.

Si un sismo tiene lugar en medio de un contexto político convulso, sus efectos serán incrementados junto con la intensidad de la coyuntura social, profundizando el propio impacto que la destrucción material ha causado. El ejemplo de 1812 es el más claro al respecto. Otros desastres pueden compararse del mismo modo, y si se toman en cuenta las lluvias irregulares y los aludes torrenciales (mucho más frecuentes en estas regiones), seguramente no habrá símiles entre el evento de diciembre de 1999 en el estado Vargas y otros de la misma naturaleza, pues ninguno de los anteriores ocurrió en medio de una coyuntura social y política tan álgida. No es la destrucción material la que hizo de ese desastre uno de los más grandes de la historia de Venezuela, sino el hecho de haber tenido lugar en un momento políticamente crítico. De los efectos de aquella tragedia aún no logran recuperarse los habitantes del litoral central.

El terremoto de 1812 en Caracas ocasionó aproximadamente 2.000 fallecidos²⁷², cuando por entonces apenas había poco más de 30.000 habitantes; mientras tanto, un sismo ocurrido en la misma ciudad el 29 de julio de 1967, cuando el valle ya contaba a sus habitantes por millones, alcanzó sólo las 283 muertes. Aquellas dos mil muertes de 1812 representan casi un 7% de la población, un porcentaje muy elevado en comparación con la cifra de 1967, sin duda. Se trata del mismo proceso histórico (el venezolano), ante un fenómeno de similares condiciones; no obstante, sus resultados y respuestas son diferentes. Asalta una pregunta de manera ineludible: ¿qué pasará cuando se repita este fenómeno en el futuro...? ¿Cuáles serán las relaciones proporcionales entre población y víctimas? ¿Con cuál evento de la historia podrá compararse?

A la vuelta de estas comparaciones generales, con las cuales se hace evidente que la heterogeneidad de las respuestas y efectos está contextualmente determinada, parece quedar claro que los fenómenos pueden ser similares, pero la variabilidad de los desastres hace de sus

272 Tal como lo establece la citada investigación *El desastre de 1812 en Venezuela...*

resultados unos hechos históricos particulares. Y con ello se vuelve a la afirmación que señala que *los desastres no son naturales*, pues la dinámica de la naturaleza se desenvuelve inadvertida de los procesos humanos. Los terremotos, entonces, no son los causantes de la destrucción o de las muertes, sino la vulnerabilidad del contexto en el cual irrumpen.

De allí que las escalas (ya de magnitud, o bien de intensidad) reduzcan los fenómenos a planos comparables entre sí; esto es, los hace objetivos, susceptibles de ser medidos. Cuando se hace referencia a un sismo de 5,0 se está observando a un fenómeno que bien puede ocurrir en Japón o en Perú; sin embargo, sus efectos no pueden ser reducidos a una escala, pues la capacidad de respuesta en cada sociedad es el resultado de su propio proceso histórico y social, y no se trata, precisamente por ello, de un «fenómeno», sino de contextos producidos por relaciones humanas.

... el espacio geográfico no puede ser valorado en una concepción objetiva e inmutable, más o menos abstracta, sino en función de su valor subjetivo, como un espacio histórico conocido y aprehendido personal y socialmente²⁷³.

La cuestión está en *la relación existente entre el fenómeno y el contexto social-material*. Esta relación es la que convierte al fenómeno en «amenaza» y la que hace del contexto un elemento vulnerable ante la misma. La misma relación puede obtener resultados distintos, toda vez que desde la propia sociedad se reduzca esa vulnerabilidad y se le reste peligrosidad al comportamiento de la naturaleza. En cualquier caso, esta relación siempre se encuentra históricamente determinada, y ello permite entender, asimismo, la variabilidad de sus resultados dependiendo del contexto en el cual irrumpe el fenómeno. La heterogeneidad de esos resultados conduce a comprender, una vez más, que la destrucción o la resistencia óptima de las construcciones ante los embates de un temblor son el producto de la relación histórica-

273 Pedro Cunill Grau, «Biodiversidad y recursos naturales venezolanos...», p. 27.

simbólica-material que las comunidades construyen con su entorno natural; o lo que es lo mismo: los desastres no son naturales.

Un estudio financiado por la Agencia Japonesa de Cooperación Internacional entre los años 2003 y 2004²⁷⁴, dedicó parte de su atención a elaborar estimaciones sobre el impacto en la ciudad de Caracas frente al retorno de un evento como el del 26 de marzo de 1812²⁷⁵. Para ello se basó en la revisión detallada de los efectos de ese sismo sobre la ciudad de la época, y concluyó que la zona más susceptible en el valle se encuentra hacia la franja norte, a partir de observar que los mayores daños de aquel Jueves Santo se sufrieron hacia esos lugares. Sin embargo, es importante sumar a estas estimaciones la situación actual de la capital venezolana: casi cuatro millones de habitantes²⁷⁶, con edificaciones que cubren toda el área del valle y buena parte de las elevaciones que le rodean, con una desarticulada red asistencial y con un crecimiento indiscriminado de viviendas informales. Sobre este escenario no es posible establecer una estimación favorable...

Por otro lado, la misma lógica que permite suponer que los fenómenos naturales poseen su propia dinámica y ocurren en forma independiente de la presencia humana, conduce a comprender que *sus efectos sobre las obras materiales no distinguen clases ni condiciones sociales*. El ejemplo más cercano al respecto lo representa la ampliamente mencionada tragedia de diciembre de 1999 en el estado Vargas, pues los sectores más afectados en esa oportunidad fueron los identificados como de «clase media-alta», ubicados hacia el este de la región, en las parroquias Macuto, Caraballeda y Naiguatá. La destrucción que tuvo

274 *Estudio sobre el Plan Básico para la Prevención de Desastres en el Distrito Metropolitano de Caracas*, cuyos resultados pueden consultarse en una versión impresa que reposa en el Centro de Documentación e Información de la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas.

275 Yoshitaka Yamazaki, Franck Audemard, Rogelio Altez, Julio Hernández, Nuris Orihuela, Salvador Safina, Michael Schmitz, Ichiro Tanaka, H. Kagawa, y The JICA Study Team for Earthquake Disaster Group: «Estimation of seismic intensity in Caracas during the 1812 earthquake using seismic microzoning methodology», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, Número Especial, 2005, pp. 199-216.

276 Sin contar a las personas que a diario acceden a la ciudad y que residen en las ciudades y localidades que conforman «La Gran Caracas», con lo cual, seguramente, la cifra en horas laborales de la semana ha de alcanzar los cinco millones.

lugar en las urbanizaciones Los Corales o Tanaguarena (reconocidas por sus viviendas y edificios con el más alto valor por metro cuadrado para la época) abarcó la mayor extensión espacial y contó con estragos infraestructurales de mayor entidad.

Esto no excluye ni minimiza los efectos y daños en las zonas de menores recursos económicos, pues, antes bien, contribuye a entender que en este caso no se cumplió el supuesto sociológico que asume que los más golpeados en un desastre son los sectores populares o de bajos ingresos, o bien aquellos ubicados en zonas de mayor riesgo por detentar menores recursos para el desarrollo o ubicación de sus viviendas²⁷⁷. En el caso de 1999 en el litoral central, el resultado se dio a la inversa: los más afectados fueron los de mayores ingresos y mejor ubicados urbanísticamente. Algo similar puede decirse sobre el terremoto de 1967, pues la mayor cantidad de fallecidos, así como la destrucción más significativa, ocurrió en las zonas de clase media-alta, y no en las barriadas populares. Parece quedar claro, entonces, que la heterogeneidad de los efectos causados por un fenómeno natural potencialmente destructor no puede asociarse a la mirada lastimera que presupone a los de menores recursos como los que siempre han de verse más afectados.

Las condiciones materiales de vida, aunque desiguales y desequilibradas, *deben observarse en relación con las probabilidades que ofrece el fenómeno en su posibilidad destructiva*, y esto implica atender con cuidado las relaciones contexto-fenómeno que antes se mencionaron. No obstante, en el caso de ciudades como Caracas, o bien sus alrededores, así como en otras situaciones urbanas similares a lo largo del territorio venezolano, el pesimismo se derrama incontrolable al apreciar la realidad fundida en un mismo plano con la vulnerabilidad.

Ante ello, ciertamente, el temor tiene justificaciones. Sin embargo, ¿a qué habría que temer?, ¿al sismo o las condiciones materiales en las que históricamente ha sido colocada esta población? Los fenóme-

277 Está claro, igualmente, que las herramientas sociales con las cuales interpretar y resolver esas pérdidas no son las mismas dentro de cada sector, resultando siempre mejor preparados (material y subjetivamente) aquellos que poseen mayores recursos adaptativos.

nos de la naturaleza no tienen por qué «pensar» en los impactos y los efectos que habrían de causar cada vez que toman la escena; es esa una responsabilidad de quienes toman decisiones en la sociedad. Lo único «raro» que ofrecería como condición un terremoto de alta magnitud en la ciudad de Caracas ante este escenario, sería el hecho de pasar desapercibido. Cuando llegue el momento, la historia y la memoria tendrán una cita ineludible con la naturaleza y la sociedad, y hallarán una hoja en blanco en donde plasmar un nuevo capítulo de su interminable e indivisible relación.

ANEXO

BREVES DESCRIPCIONES DOCUMENTADAS DE LOS SISMOS DESTRUCTORES MÁS IMPORTANTES EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

1º de septiembre de 1530 Cumaná y el Golfo de Cariaco

... Todavía lo quiero referir aquí como me lo describió el mismo Jácome de Castellón [quien construyó un fuerte en las bocas del río Manzanares para llevar agua dulce a Cubagua], porque quizá no se me olvide. Primero de Septiembre año de 1530, a las diez horas antes del mediodía, estando el día sereno y los aires tranquilos, súbitamente se alzó la mar, y sobrepujo los límites ordinarios en altura cuatro estados, que alcanzó por encima de ciertos árboles que están a la boca del río (el cual es grande y caudal) y cubrió todos los llanos, llegando hasta las laderas de las serrezuelas que hay por allí, cerca de media legua, y así como la mar comenzó a entrar por la tierra, la tierra comenzó a temblar terriblemente, y duró el primer temblor un ochavo de hora, y después dio temblores diversas veces por aquel día; estos fueron tan grandes que la fortaleza cayó en tierra hasta los cimientos, que no quedó en ella sino una esquina de la primera cerca. Abrióse la tierra por muchas partes en los llanos y en las serrezuelas, y por las aberturas manaba un agua como tinta, negra salada, que hedía a piedra azufre. Una sierra del golfo que llaman de Cariaco, que entra por allí dentro en la tierra catorce leguas, se abrió en tanto que queda dividida y hecha en ella una gran abra. Cayéronse muchas casas de indios, que son de paja y madera por lo cual murieron algunos indios, juntamente con el terror y espanto que hubieron».

Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid, 1876, tomo V, p. 225.

... e allí estando [en el Golfo de Cariaco] podía ver entre las nueve o diez oras antes del medio día comenzó a temblar la tierra y duró temblando la sesma (*sic*) parte de una ora e después vido abierta la tierra por muchas partes por las cuales salía mucho agua de tal manera que ni este testigo ni los otros cristianos ni los indios no podían andar por los caminos y el mismo

día vinieron ciertos indios... los cuales dijeron que se había anegado un pueblo que estaba dos leguas de allí e que ellos habían salido a nado donde murieron cuatro indios e muchos muchachos e perdieron toda su ropa (...) e así mismo vido este testigo el mismo día temblar la tierra otras tres veces e vido una sierra que llamaron los indios de que junta con la sierra de Cagua (*sic*)... e la vio abierta por dos partes la cual abertura le parecía de mas de cuatro o cinco leguas (...).

Archivo General de Indias, Estante 2, Caja 1, «Información hecha en la Isla de Cubagua», 15 de octubre de 1530, en Archivo Fray Froilán de Rionegro, *Primeros establecimientos en la costa de Cumaná*, Archivo de la Academia Nacional de la Historia.

... el dicho día primero de septiembre próximo pasado este testigo se halló en el golfo de Cariaco... e allí estando entre las nueve o diez oras antes del mediodía comenzó a temblar la tierra e duró temblando cuarto de ora e después que dejó de temblar vio este testigo abierta la tierra por muchas partes y por algunas de las aberturas salía agua y después el mismo día tornó a temblar la tierra muchas veces aunque no tan recio e vio una sierra que le mostraron los indios que junta con la tierra de Çagua (*sic*) donde ay indios enemigos de los cristianos y la vio abierta el dicho día por lo alto de ella y los indios le dijeron que el mismo día con el terremoto se había abierto aquella sierra porque de antes solía estar cerrada(...).

Archivo General de Indias, Estante 2, Caja 1, «Información hecha en la Isla de Cubagua», 15 de octubre de 1530, en Archivo Fray Froilán de Rionegro, *Primeros establecimientos en la costa de Cumaná*, Archivo de la Academia Nacional de la Historia.

3 de febrero de 1610

La Grita y Bailadores

... así la cogió tan de repente y sin ninguna prevención el año dicho de seiscientos y diez, a tres de febrero, día de San Blas, y como a las tres de la tarde, que casi ninguna persona pudo dar paso adelante ni atrás del lugar donde se halló, cuando comenzó con tanta fuerza a moverse la tierra en todas partes que hacía oleajes como las aguas del mar cuando están inquietas. Y haciendo

vaivenes a una parte y otra, que dieron las casas y convento de nuestra orden e iglesia de la ciudad, quedaron todas asoladas, sin que quedaran en pie más que solas diez que habían de tapia, en que se libró la más de la gente (...). Porque los molinos se hundieron, los ríos y quebradas se secaron casi del todo por la toda la jurisdicción, embebiéndose el agua en las aberturas de la tierra que se hicieron con el temblor en sus madres; aunque sólo duró aquel día, porque el siguiente recrecieron tanto, con agua tan turbia, como si les hubieran sobrevenido grandes avenidas de aguaceros; la gente andaba despavorida, amarilla y medio pasmada, sin saber lo que había sucedido; los niños y muchachos dando mil gritos, sin poderlos acallar; bramaban los toros y vacas, que se venían acercando al pueblo; los perros daban tristísimos aullidos, y todo, al parecía un espectáculo del amargo día del Juicio.

Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de Venezuela*, Biblioteca Ayacucho, Talleres Arauco Ediciones, Caracas, 1992, tomo II, pp. 133-134.

En ese mismo día y a la misma hora se acrecentó otra cosa de las más notables que hemos oído hayan sucedido en el mundo. Y fue que en el valle de Bailadores, que corre, como dijimos, Norte Sur, a la mitad de él, a seis leguas de la ciudad, de la cordillera que demora a mano izquierda, voló la mitad de un valentísimo cerro, como si fuera de pluma, y casi a la mano derecha quedó plantado a la mitad del valle, haciendo, con el golpe que dio en la cordillera contraria, una notable abertura. Como también lo era la que quedó en el asiento donde se levantó el cerro, por donde comenzó luego a salir un buen golpe de agua que permaneció en sus corrientes algunos días. (...) Que junta esta pérdida con la que sucedió de otras más de quinientas cabezas del mismo ganado que cogió el cerro debajo, cuando se asentó con el valle, no fue pequeña.

Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de Venezuela*, Biblioteca Ayacucho, Talleres Arauco Ediciones, Caracas, 1992, tomo II, pp. 133-134.

1629

Cumaná

... el terremoto y temblor de tierra grande que en esta ciudad hubo el año pasado de seiscientos y veinte y nueve que fue de manera que todos los templos cayeron y las casas que no quedaron sino cuatro o cinco en pie y

esas muy mal tratadas y muerte de quince o diez y seis personas de manera que la mayor parte de las casas no se han podido alzar y la iglesia parroquial que es cubierta de teja y bien aderezada con la miseria de los vecinos no la han podido reedificar y hoy esta cubierta de paja.

Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 192, *Cartas y expedientes de personas eclesiásticas de la Provincia de Cumaná, vistos en el Consejo desde el año de 1577 a 1690*, expedido en 20 de abril de 1633.

11 de junio de 1641

Caracas y La Guaira

... once de junio entre las ocho y las nueve de la mañana tembló la tierra grandemente e hizo en esta ciudad de Santiago de León de Caracas y en su puerto de La Guaira un destrozo miserabilísimo... no hubo casa una ni ninguna de piedra o rafa, o tapia que no viniese totalmente al suelo o por lo menos no hiciese tan grande sentimiento que no se pueda en muchos tiempos vivir, la iglesia mayor se abrió por diferentes partes y casi todo lo demás rendido; tampoco sucedió aquí desgracia de muerte, quedaron las tapias en pie y todo lo demás que confina con su casa aunque todo maltratado. La iglesia de Santo Domingo vocación de San Jacinto no cayó... pero quedó rendida. La casa de la hospedería de la Merced padeció de la misma manera. De la plaza para arriba hacia las montañas de la mar parece que el daño fue mayor que de la plaza para abajo... los muertos de que ahora se tienen noticia aquí son cincuenta y cuatro y en La Guaira treinta...

Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 218, *Carta de Fray Mauro de Tovar, Obispo de Venezuela al rey*, Caracas, 14 de agosto de 1641.

Diciembre de 1673 – enero de 1674

Mérida y Gibraltar

... que por los años pasados a los fines de setenta y tres se halló éste que declara en esta dicha ciudad [Mérida] como vecino de ella en la cual ocasión comenzaron los terremotos de tierra, así en esta ciudad como en la de Gibraltar y las demás de esta jurisdicción de este gobierno y prosiguieron

los dichos terremotos hasta enero de setenta y cuatro, en que llegaron los más grandes y horribles...

Archivo General de Indias, Santo Domingo, 202, *Carlos Yvarguen y Gaviña, notario del Santo Oficio, respondiendo interrogatorio*, Mérida, 7 de septiembre de 1682.

... que el año de setenta y cuatro con los terremotos de tierra, crecientes de ríos se perdieron en él todas las estancias de árboles de cacao que los vecinos de esta ciudad [Mérida] y las de San Antonio de Gibraltar tenían en la jurisdicción de aquella ciudad, sin que quedase por la parte de donde entraron los ríos, arboledas de cacao sumergidos y enterrados con la inmensidad de barro que traían dichos ríos y casas de vivienda de dichas estancias hasta los cogollos de los árboles de cacao y las demás con el agua que entró y barro se secaron en el todo...

Los efectos en la región gibraltareña se reseñaron de diferentes maneras: «... lo mismo en la ciudad de Gibraltar y su jurisdicción [por] las grandes crecientes de los ríos que bañan toda aquella región... quedaron pobres y aniquilados...», «... se perdieron en él todo con las crecientes de los ríos, a causa de haberse desvolcanado los cerros con dichos temblores...», «... con las inundaciones de ríos y el barro tan grande que llevaba desbaratado de los serros... destruyeron todas las estancias de este valle de La Sabana (...) como también sucedió lo mismo en el valle de La Arenosa, y otras partes de la jurisdicción...».

Archivo General de Indias, Santo Domingo, 202, *Informaciones fechas a pedimento de los procuradores generales de la ciudad de Mérida, en razón de la pobreza y miserable estado en que se halla toda la provincia con los trabajos y accidentes que ha padecido*, Mérida, 10 de junio de 1688.

[El desastre no pudo contenerse] ...habiéndose conmovido y desboronado los montes y hecho represas en los ríos salieron de madre e inundaron todas las estancias de arboledas de cacao en dicha ciudad de Gibraltar y en el valle de Chama siendo tan absoluto y general el daño que no quedó estancia en dichos llanos...

Archivo General de Indias, Santo Domingo, 202, *Información del Procurador General de Mérida*, 23 de abril de 1688.

... después del año 1672, fue el señor servido de permitir los temblores generales de tierra, inundaciones de ríos y pérdidas de haciendas que si en los acaecimientos antecedentes les quedara algún alivio de valérselas unas ciudades de otras para su conservación con este trabajo, daño y pérdida, quedaron irremediables pues de sus haciendas de cacaos se ayudaban y han quedado tan arrasadas e inútiles que ni aún se pueden valer de ellas para nuevas plantas ni aún en todo su contorno...

Archivo General de Indias, Santa Fe, 219, *Informe del cabildo del Espíritu Santo de La Grita sobre las invasiones en Maracaibo*, 24 de septiembre de 1678.

4 de mayo de 1684 **Cumaná**

... a cuatro de mayo de este presente año de ochenta y cuatro a las ocho de la noche quiso la Divina Majestad experimentásemos su justicia en un temblor de tierra, el mayor (según las ruinas causa) que en estos tiempos ha habido... los daños que de su exceso recibieron sus reales fuerzas... la total ruina de la Iglesia de los Padres Predicadores de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo que fue tal, que de su edificio solo permanece el sitio por memoria y las celdas aunque mal paradas...

Archivo General de Indias, Sto. Domingo, 190. *Cabildo Secular de Cumaná al Rey*, Cumaná, 18 de diciembre de 1684.

... con el grande terremoto que padeció el día cuatro de mayo de este presente año han quedado los vecinos mas aniquilados por reparar los daños que recibieron sus casas...

Archivo General de Indias, Sto. Domingo, 190. *El Cabildo de Cumaná al Rey*, Cumaná, 24 de diciembre de 1684.

... el haber quedado maltratado el Castillo de Santa María de la Cabeza de esta ciudad con el tremendo temblor que hubo en ella el día cuatro del corriente a las ocho de la noche y los de mas continuado tan a menudo que hasta hoy no han cesado habiendo hecho la tierra con el primero tal sentimiento que se abrió en diferentes partes brotando agua y arena aplomada que despedía olor de azufre siendo conocido volcán, y que también padeció

grandes daños la casa de su Majestad que esta dentro del castillo como de la misma manera todas las de los vecinos.

Archivo General de Indias, Santo Domingo, 188. *Francisco de Vivero Galindo al Rey*, Cumaná, 10 de junio de 1684.

El día cuatro de mayo de este año, a las ocho oras de la noche, sobrevino en esta provincia un terremoto, tan violento que a no haber respirado su furia, por los volcanes que abrió en la tierra, tengo por muy cierto que no hubiera quedado edificio en pie (...) los templos quedaron en pie aunque desbaratados... y habiendo tenido aviso de los que sobrevinieron en la real fuerza de Araya... fue reconociendo (...)lo lastimado que quedo todo su edificio, alojamientos, capilla y almacenes (...).

Archivo General de Indias, Santo Domingo, 188. *Francisco de Vivero Galindo al Rey*, Cumaná, 10 de junio de 1684.

2 de octubre de 1766

Cumaná

... el 21 de octubre de 1766 fue enteramente destruida la ciudad de Cumaná. (...) En el lapso de pocos minutos hundiéronse todas las casas y repitiéronse las sacudidas durante 14 meses de hora en hora. En varias partes de la provincia se abrió la tierra vomitando aguas sulfurosas. Estas erupciones fueron frecuentes sobre todo en una llanura que corre hacia Casanay, dos leguas al Este de la ciudad de Cariaco, conocida con el nombre de tierra hueca porque parece enteramente minada por fuentes termales. Durante los años 1766 y 1767 los habitantes de Cumaná acamparon en las calles, y empezaron a reconstruir sus casas cuando no se sucedieron sino de mes en mes los temblores de tierra. (...) Renuévase todos los años la memoria de ese día con una fiesta religiosa acompañada de una procesión solemne.

Alexander von Humboldt, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1956, p. 402.

Estuve en el Orinoco diez y siete años sin sentir, al menos sensible y fuerte, ningún terremoto. (...) Pero el día 21 de octubre de 1766 me sacó finalmente del engaño. Después de hechos, según mi costumbre, los ejercicios

espirituales, (...) sentí uno que fue terrible. Apenas comenzando el ruido, que le precedió grandísimo, salté de la cama (era ya casi de día) para buscar como pude algún alivio fuera de la casa. (...) No creo que me haya sucedido más que en el mar ser sacudido de acá para allá por el gran movimiento que hacía la tierra al temblar, y no conseguí mantenerme encima más que apoyado con las manos y con los pies. (...) Continuaron después en el mismo día a los siguientes, y hasta después de nueve meses me marché del Orinoco, diversos terremotos, unos grandes y otros pequeños, pero ninguno tan espantoso como el primero. (...) Rodaron de los montes abajo en gran abundancia los peñascos. Abriéronse a guisa de volcanes, quedando después de ellos señales espantosas, los montes más altos (las grietas del monte Parauri y de otro cercano a Buenavista fueron muy horribles). De una islita que estaba primero bajo la roca Aravacoto en el Orinoco no quedó para funesta memoria sino un árbol. Dejó en seco su canoa el cacique de los otomacos. Vuelto en sí, una vez acabado el terremoto, encontró que aquel lugar en que la había puesto se había llenado de agua no suya y había bajado lo menos dos varas. En otros sitios bajaron de manera que después del terremoto no se veían más que las humildes cimas, las palmeras muriche. Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1987, tomo II, pp. 26-27.

14 de diciembre de 1797

Cumaná

Esta pobre ciudad queda arruinada para muchos años a resultas del violentísimo terremoto que sufrió a las siete y media de la noche del 14. Pocas son las casas de mampostería que no habían de derribarlas hasta los cimientos y en igual necesidad están la iglesia y conventos de San Francisco y las nuevas de La Pastora y Santo Domingo. Sin embargo de una ruina tan general, no han perecido más de doce personas, las ocho sepultadas bajo la media naranja de La Pastora, que se desplomó y fue felicidad que no podía esperarse racionalmente el que no hubiera sucedido otro tanto en la iglesia de San Francisco, llena de gente en aquel momento, y en el mayor peligro de derrumbarse aún sin causa tan poderosa. El conflicto de este vecindario infeliz es correspon-

diente al estrago que están padeciendo; pues pasa sin duda de doscientos mil pesos el daño. (...) Pasamos las noches en las Plazas, y descampados, porque siguen todavía pequeños temblores frecuentes y los edificios amenazan próxima ruina; hasta ahora nos hemos ocupado en derribar los trozos que ofrecían mayor peligro, pues apenas hemos empezado a quietarlos, pero casi toda la ciudad se halla en la misma necesidad, en la que están comprendidos el Castillo de San Antonio y la Batería del río, aunque no han sufrido tanto como mi casa y el nuevo hospital...

Archivo General de Indias, Caracas, 362. *Carta de Pedro Carbonell, Gobernador de Cumaná*, 27 de enero de 1798.

26 de marzo de 1812, 4:07 p.m.

Caracas, La Guaira, Barquisimeto, serranía de Aroa y otros lugares

Havía omitido participar a Su Señoría Ylustrísima de oficio el estado lastimoso a quedó [sic] reducida nuestra Yglesia y Monasterio, por que esperaba oportunidad para revisarla, como lo he hecho ya. Todo nuestro templo se desplomó, quedando bajo sus ruinas todos sus ornamentos y alhajas, e igualmente el Convento sin quedar una sola pieza habitable con mucho trabajo y peligro se sacó el día 28 la urna depositada en el Monumento con el Caliz, cuyas especies se sumieron al día siguiente en nuestra Capilla provisional, [ilegible] de la misa solemne. El dos de Abril se sacaron del Sagrario la Custodia y dos pixis cuyas formas se sumieron el día siguiente. Posteriormente se han sacado otras Alhajas de plata, y entregado algunas a los ministros de las cajas del estado, reservando las necesarias para el Culto Divino. Ultimamente se han sacado algunos ornamentos Sagrados y Catorse Ymagenes de busto, que todavía se conservan en la Capilla con la debida descencia.

Despues de los dias de Pascuas para fomentar la Devoción en los fieles y avivar los sentimientos de Compuncion y Penitencia se han hecho rogaciones publicas. Diariamente se resan los quince misterios del Santo Rosario, la novena de nuestra Señora de la Merced, y las preces mandadas por Su Señoría Ylustrísima. Varios Sacerdotes se ocupan algunas horas todos los dias en administrar el Santo Sacramento de la Penitencia. Se distribuye la Sagrada Comunion a un pueblo [ilegible], y entre la misa, y a otras horas en que hay concurrencia se les exorta a la Penitencia.

En fin para ponernos a cubierto de la lluvia se ha levantado una Capilla de madera cubierta de teja y por los costados con algunos lienzos pintados que se sacaron de los Claustros y se [ilegible] Dandoles toda la perfeccion y adorno de que es susceptible lo que comunico a Su Señoría Ylustrísima para su inteligencia.

Dios guarde a Su Señoría Ylustrísima, Caracas Abril 16 de 1812.

Domingo Viana».

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Misceláneas, Carpeta 114, *Domingo Viana a Coll y Prat*, Iglesia de La Merced, Caracas, 16 de abril de 1812.

El día 26 de marzo a las quatro y siete minutos de la tarde un fuerte terremoto arruino la mayor parte de los edificios de esta Ciudad y privó de la vida á mas de mil personas. En los templos hubo mayores ruinas y extragos pero ha quedado ileso el de la independencia y libertad. No perecio ninguno de los del Gobierno ni de las Representaciones Federales y Provinciales. Pero en los puntos confinantes con el Enemigo el fanatismo y la supersticion no ha dejado de producir algun mal y de ocupar mas el Gobierno para convatir a un mismo tiempo contra las adversidades de la naturaleza de la politica y del fanatismo religioso.

En proporcion sufrió mas el Puerto de la Guayra y sufrieron mas las Ciudades de San Felipe y Barquisimeto. Ignoramos aun la extension de este meteoro y solo sabemos que fue sentido en el Apure y Cumaná. Proablemente habrá causado iguales o mayores desastres entre los enemigos continentales. Se salvaron de sus extragos los mas distinguidos Patriotas y todos los de esta clase se hallaron dispuestos á morir antes que sucumbir á la politica atroz del otro emisferio. [Ilegible] que este Marzo tambien producirá felices compensaciones. Se reforzaran las costumbres y se introducirán las virtudes Republicanas con exclusion de los malditos vicios que sembraron en estos Países los Españoles y el maligno espiritu de su Gobierno.

Archivo de la Fundación Boulton, C-13, Folios 100 -103. *Juan Germán Roscio a Luis López Méndez*, Caracas, 9 de abril de 1812.

(...) no pude establecer ni aun provisionalmente Capilla ni Altar alguno inmediato á dicha Iglesia de mi cargo, porque destruido absolutamente todo el barrio, y careciendo la fabrica de todo arbitrio, me esta imposible cualquiera

edificación. Yo he contribuido mas de treinta años en aparejar aquel templo y mantenerlo con decoro y decencia correspondiente; y aunque mi renta beneficial no pasaba de cincuenta pesos anuales con carga de doce Misas, [y la] de fabrica de unos mil pesos impuestos sobre la Consolidación, y poco menos de cierto producto de que se pagaban por las cosas establecidas en terreno de la Iglesia, la Providencia ha acompañado mis cuidados, y á la devocion de algunos fieles, se deben las sumas que eran necesarias para el objeto indicado. Estos han desaparecido, los unos por muertos, y los otros por haber transmigrado de la ciudad y sus inmediaciones, y con ello, y la destrucción del vecindario han cesado todos los medios con que yo podia contar para la presente necesidad; sin embargo tengo extrahida la mayor parte de los Ornamentos, alhajas, y los vasos sagrados, y si me hubiese hallado con posibilidad, tendria levantado un Caney provisional; pero no estando en este caso, y no habiendo vecindarios que me ayude, es indispensable decir por ahora su construcción, y esperar que la Ciudad comience a ser habitada para quando yo me trasladase con mi anciana y enferma hermana á aquel lugar, hoy solo, despoblado y desamparado, y en seguida entrare en el Caney proyectado. Entretanto suspenderé o continuaré oficiando en el Altar público que con el permiso competente levanté en las inmediaciones y del otro lado del rio Anauco, según Vuestra Señoría Ilustrísima lo estimaré conveniente. En esta atención, y haciendo á Vuesttra Señoría Ilustrísima presente mi edad crecida, y salud enfermiza, y en el dia, y en el dia muy quebrantada, suplico a Vuestra Señoría Ilustrísima se digne tomar las providencias que son propias de su zelo, y ordenarme lo que debo practicar. Represento en Caracas sitio de Ñarauli 22 de Junio de 1812.

Bachiller Santiago Castro.

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Documentos Episcopales, Carpeta 38. *Santiago Castro a Coll y Prat*, Iglesia de la Trinidad, Caracas, 22 de junio de 1812.

... carecemos de una casa de beneficencia para socorrer la humanidad doliente; la carnicería que debía surtir al pueblo de un ramo de primera necesidad; la Escuela pública para la educación de niños; la Plaza que dava una pequeña renta a los fondos de propios de la villa; y en una palabra todos los edificios incluso los templos están destruidos; paradas las obras públicas; y

el acueducto de la cañería que deve surtir de agua al Pueblo, Puerto, hospitales, y Cuarteles, obra de las mexores que asta ahora á tenido este Pueblo. Archivo General de la Nación, Gobernación y Capitanía General, tomo CCXX, Documento 171, folio 248, *Carta de los diputados de La Guaira*, 17 de agosto de 1812.

(...) que habiendo destruido por sus fundamentos la fabrica material de la Yglesia en que se daba culto á Nuestra Señora de San Juan, y como zeloso de Nuestra Santa Religion, me resolví á desenterrar de las ruinas, y extraher a mi costa las alhajas y demas efectos sagrados que pudieran salvarse por medio de un trabaxo pronto y eficaz, antes que cayeran en manos de los ladrones, que se ocupaban robando entre los escombros á que fue reducida la poblacion, por tan fatal catastrofe.

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Parroquias, Barquisimeto, *Don Antonio González Acebedo a Coll y Prat*, 05 de diciembre de 1812.

El terrible temblor del 26 de marzo ultimo aniquilo el templo y ploblado que habia; bajo cuyas ruinas fallecieron considerable numero de individuos de amos (sic) sexos, los serros se destruyen con fuego subterraneo, en terminos de que se han tapado los rios hasta que a fuerza de trabajo en unos, y en otros por los repetidos temblores se ha conseguido habrir sus corrientes. Muchos quedaron sumamente postrados de contuciones y eridas bajo las casas arruinadas, de donde por puro milagro fueron sacados.

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Misceláneas, Carpeta 114, *José Dionicio Lobera a Coll y Prat*, Cocorote, 16 de abril de 1812.

... que con el gran terremoto del 26 del pasado entre otras desgracias ocurridas en mi feligresia y pueblos circunvecinos hubo la de haber caido enteramente las dos iglesias de mi cargo: la de Guara que consistia en un caney de vajareque cuuerto de paja, y la de este pueblo de tapia y rafa cubierto de texa y de obra limpia con su torre y sacristia regulares. (...) los estremecimientos de la tierra (...) continuaban con frecuencia aunque con menos violencia que el anterior (...) Perecieron en uno y otro pueblo nueve personas en las iglesias y casas particulares derrivadas, y quedaron veinte y cinco contusos. (...) se dificulta mas en Guara que en Chivacoa por haber alli

menos havitantes que puedan auxiliarme y haber quedado sin casas en que vivir por haberlas arruinado todas el estrago de terremoto sin excluir las de mi havitacion.

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Misceláneas, Carpeta 114, *José de Jesús Gale a Coll y Prat*, Chivacoa, 05 de abril de 1812.

... la mas funesta catastrofe que resulto del temblor. Un templo que no habia quatro meses que se bendixo: que por su firmeza nos hacia esperar la mas larga duracion: y que por el esmero que se había puesto en contruirlo, por su primor y aceo era mi delicia y de quantos lo miraban, ha sido destruido en un momento igualmente que la casa de mi habitacion y casi todas las demas del pueblo. Diez y siete personas fueron sepultadas, segun los cadaberes que se han sacado, sin contar una muger que salio viva y aun lo esta. (...) No cuento por muertos a solo los dies y siete dichos: sino tambien a muchas mas que con motivo de la general alarma que se hizo el martes santo se hallaban en los quarteles de san felipe en donde perecieron, y su numero no podra saberse sino por la matricula. Ningun templo ha quedado por estas inmediaciones: (...) Aun no han sesado los temblores: pero si la continuacion tan repetida de los primeros dias.

Archivo Arquidiocesano de Caracas, Misceláneas, Carpeta 114, *Domingo Linares a Coll y Prat*, Guama, 04 de abril de 1812.

El 26 del corriente... un espantoso terremoto acompañado de un horroroso bramido subterráneo iba a consumirnos: la tierra se sacudió extraordinariamente hasta desquiciar de su centro enormes peñones: se hendio en varias partes vomitando arrollos de agua; y abatio los edificios de este valle, (...) aquel asombro solo durase tres minutos sin que pereciese ningún viviente. (...) la perdida total de mi iglesia de tres naves, que como edificio grande, fuerte, y de alguna edad quedó todo desmoronado. (...) generalmente todas las casas aun las de horconoería, y bahareque han padecido mucho (...).

Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Colección Villanueva, Documento 682, *Sebastián Bueno a Coll y Prat*, Choroní, 28 de marzo de 1812.

26 de marzo de 1812, 5:00 p.m.

Mérida

El Jueves Santo, a las cinco de la tarde, al salir el señor Obispo de la Catedral de celebrar el lavatorio, comenzó un espantoso terremoto, que con la interrupción de poco más de un minuto, arruinó enteramente esta ciudad. (...) en un mismo momento cayeron la catedral de san francisco, el colegio de los jesuitas y todas las demás iglesias, en donde perecieron infinidad de personas que aún se ignoran. En el mismo momento cayeron todas las casas... No ha quedado absolutamente casa que no haya caído o esté para ello.

Mariano de Talavera, Mérida, 28 de marzo de 1812, en: Jesús Emilio Ramírez: *Historia de los terremotos en Colombia*, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Colombia, pp.103-106.

(...) un espantoso terremoto arruinó en un momento toda la ciudad... a las cinco de la tarde. La ruina fue solamente en la ciudad, pues ni aun los pueblos inmediatos la experimentaron. (...) La mayor pérdida ha sido de mujeres y muchachos. (...) Las piezas bajas del cuartel donde estaban los pertrechos y armamentos fue lo único que medio quedó parado (...).

Epistolario de la Primera República, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1960, *Francisco de Yepes a Juana...*, Bailadores, 31 de marzo de 1812.

15 de julio de 1853

Cumaná

El 15 del mes de julio a las dos y veinticinco de la tarde, la ciudad de Cumaná sufrió uno de los terremotos más violentos de este siglo. Por más de un minuto tembló la tierra. El primer movimiento, que duró poco, fue de oscilación en la dirección de Norte a Sur; el segundo fue de trepidación y duró más. El movimiento de oscilación desplomó las casas y demás edificios, y el de trepidación rechazó de la tierra todas las obras de la industria humana. Nada resistió la combinación de estos dos movimientos; ni las mismas casas de bajareque... Las pocas que quedan en pie están rasgadas y desplomadas, siendo cierto que no hubiera quedado nada si las

obras hubieran sido de mampostería, pues todas las de este género se han destruido. Han desaparecido los templos de Santa Inés, del Carmen, de la Trinidad y de Altagracia, que eran los que existían, y los edificios públicos siguientes: el Colegio, bajo cuyas ruinas perdieron la vida dos niños; la casa de Gobierno, la Aduana y el Cuartel. También cayó el puente que se hallaba construido sobre estacadas. La armazón de madera del Coliseo se amontonó en fragmentos por tierra, de suerte que la destrucción fue completa. Un pequeño trueno, o más bien un ruido subterráneo, acompañó o precedió la catástrofe. La tierra continuó temblando por más de quince días con sacudimientos de poca duración. Los ruidos subterráneos que precedieron esos temblores fueron generalmente más fuertes que el mismo trueno del terremoto, en una región más superficial... En muchos puntos se abrió la tierra formando grietas en la dirección Norte a Sur. Estas hendiduras poco marcadas en el terreno calcáreo que constituye el cerro inmediato de San Antonio, son más anchas y profundas en los terrenos de aluvión y en las orillas del mar. Una zanja de dos varas de ancho, tres de profundidad, y doscientas varas de largo se observa en los arenales de Caigüire y Sabana del Peñón. En el Dique hubo sacudimientos tan fuertes que produjeron el hundimiento de cien varas cuadradas de superficie sobre un terreno plantado de cocos, cuyas copas flotan al nivel de las olas del mar; y la mayor parte de la planicie cubierta de sus aguas. El mar, salvando sus límites conocidos inundó una extensión de 200 varas, las sabanas del Salado y Caigüire. (...) Borbotones de agua brotaron de la tierra entreabierta en las márgenes del Manzanares y a orillas del mar. (...) Centenares de cadáveres quedaron sepultados bajo las ruinas.

Carta de Daniel Beauperthuy publicada en el *Diario de Avisos* bajo el título «Otra relación del terremoto de Cumaná», Caracas, 31 de agosto de 1853, p. 2.

18 de mayo de 1875

Varios pueblos y localidades del estado Táchira

... el 18 de mayo de 1875 a las once y media de la mañana, se hizo sentir en la ciudad de San José de Cúcuta y lugares adyacentes un terremoto que dio en tierra instantáneamente con casi todas las habitaciones de San José

y gran número de otros lugares, a saber: El Rosario, Arboledas y Cúcuta en esta República, que hasta hoy se sepan; San Antonio, Ureña, San Cristóbal, La Grita, Lobatera, Michelena, en la vecina República de Venezuela.

«Circular del Ministerio de Instrucción Pública», Bogotá, 29 de mayo de 1875, publicada en Luis Febres Cordero, *El terremoto de Cúcuta*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1975, pp. 150-153.

En Venezuela fueron arruinados, unos totalmente y otros en parte, San Antonio, Ureña, Capacho, San Cristóbal, Táriba, Rubio, Vargas, La Grita, Lobatera, Colón, Palmira, Constitución y otros vecindarios importantes del Táchira.

«Carta de Tulio Febres Cordero, Mérida, 1925, publicada en Luis Febres Cordero, *El terremoto de Cúcuta*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1975, pp. 345-352.

12 de abril de 1878

Cúa

... comunicamos a nuestros lectores de la República el desaparecimiento de aquella importante ciudad a consecuencia del terremoto del viernes 12 del presente a las ocho y 40 minutos de la noche... Se refieren por otra parte, algunos fenómenos particulares, que se han manifestado en el radio de Cúa, como la supresión repentina de una fuente sulfurosa, la aparición de otras, el crecimiento extraordinario de la quebrada del Magdalena, en el campo fuera de la ciudad, que apenas daba antes su cauce un hilo de agua; y la aparición de grietas en varias direcciones, y que se hacen más notables en la carretera. En las demás poblaciones del Tuy ha habido desastres más o menos sensibles; mas ninguno ha igualado en extensión ni magnitud al de Cúa.

«Desgracias públicas», *La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de abril de 1878.

28 de abril de 1894

Casi todos los pueblos de los Andes venezolanos

... nos informan que Mérida ha sufrido notablemente con el temblor del 28 de abril. Que esa noche a las 10 y 15 minutos se sintió un fuerte movimien-

tos de trepidación que sirvió como de alerta a los habitantes todos, pues a las diez y treinta cuando tuvo lugar el de oscilación, que fue fortísimo, todos los habitantes estaban en las calles y plazas, de modo que la pérdida de vidas sólo alcanza a diez o doce personas de la parte pobre. Muchísimas casas se cayeron y las que quedaron en pie están en muy mal estado y habrá que derribarlas. A la Catedral se le cayó parte de la torre y los techos; a la iglesia del Carmen todo el frente; y a las de las parroquias de Milla, del Llano y Belén, los techos. La capilla del Corazón de Jesús, que estaba en construcción, se cayó toda. Al Colegio de las Hermanas de la Caridad se le cayeron los corredores. (...) La Casa de Gobierno perdió los techos, y la cárcel que está contigua, no sufrió nada. (...) Las mercancías de casi todos los almacenes se perderán por los desperfectos que sufrieron los techos de estos (...).»

El Tiempo, Caracas, 12-05-1894, p. única.

A las diez y cuarto en punto de la noche se sintió la larga cuanto dura conmoción, (...) La ciudad de Mérida reducida a ruinas y la misma suerte le cupo a poblaciones de Ejido, San Juan, Lagunillas, Pueblo Nuevo, Estanques, Chiguará, Santa Cruz, Tovar, y Jají, que han quedado completamente destruidas. (...) la cordillera en terrible convulsión, repitiéndose cada diez minutos el movimiento aterrador.

El Correo de los Estados, Caracas, 22-05-1894, p. 2.

Ayer tarde llegó el gobernador del Distrito Sucre e informa que en Gibraltar y Bobures se sintió muy fuerte el temblor, averiándose unas veinticinco casas. Los templos de ambas poblaciones han quedado casi destruidos. Un pasajero que llegó también de Bobures, dice que algunas casas viejas se cayeron y otras amenazan ruina; que en la calle principal se abrió en algunas partes la tierra saliendo una arcilla blanca y luego una agua negra y fétida. Que los habitantes están asombrado y que la noche del temblor se sintió un fuerte olor a azufre.

El Tiempo, Caracas, 12-05-1894, p. única.

El Gobierno del Distrito Colón [probablemente escrito en San Carlos del Zulia, capital de ese distrito], trasmite la descripción siguiente: El sábado 28 de abril a las 10 p.m. (hora que indican los relojes del pueblo) se sintió

un fortísimo temblor que causó grande alarma en la población. Las casas se balanceaban sobre sus sólidas bases, las aves salían fugitivas de sus nidos, los árboles se inclinaban hasta el nivel de la tierra, y el río salía de su ancho cauce, bañando con sus aguas a las personas que se arrodillaban a las inmediaciones de sus riberas. La duración fue de tres a cuatro minutos, lo cual llamó la atención de los habitantes que creían ver en ello el fin del mundo. Pocas, o ningunas fueron las desgracias que sobrevinieron a causa de tan intenso movimiento, contando sólo el derrumbamiento de algunas casas que se encontraban en muy mal estado.

El Tiempo, Caracas, 12-05-1894, p. única.

En el Caño del Padre se derrumbó la estación del ferrocarril y algunas casas, sin tener que lamentar la pérdida de persona alguna. La tierra se llenó de grietas, dejando escapar gran cantidad de agua de olor repugnante y de color negro. La línea férrea quedó destruida por completo, tomando los rieles las más variadas formas y quedando algunos divididos en varios pedazos.

El Tiempo, Caracas, 12-05-1894, p. única.

Los rieles de la línea [en Caño del Padre] los arrancó de las traviezas, torciéndolos y separándolos de las platinas. Multitud de grietas se abrieron y el agua que salía de ellas corría como la de un río desbordado. Toda la tierra está abierta y muchas partes hundidas. Todavía sentimos temblores [al 30-04-1894], como 25 o 30 por noche.

El Tiempo, Caracas, 12-05-1894, p. única.

Hasta el kilómetro 28 la línea está perfectamente y la locomotora puede llegar sin dificultad. Del 28 seguimos en carro de mano y hasta el 37 que fue el punto donde pudimos llegar, observamos: que los durmientes se habían separado más de media vara del punto en que estaban situadas, movimiento que se había efectuado, unas veces en dirección de la línea, y otras en sentido transversal; las planchuelas y los tornillos reventados, habiendo volado muchos de ellos; los rieles retirados unos de otros a una distancia mayor de un pie; gran número de curvas tan irregulares y violentas, que sin exageración ninguna, hay rieles en forma de un número 5; en otras partes forman una S y así sucesivamente; las zanjas hechas en los lados para el desagüe, se

han rellenado de tierra nueva de un color negro. Del 37 en adelante, no se puede transitar (...) hay más de sesenta árboles inmensos caídos sobre los rieles, que obstruyen completamente el camino. (...) las grietas de la tierra son innumerables, y en algunos puntos como en Arenosa, brotaron gruesos chorros de agua fétida.

Los Ecos del Zulia, Maracaibo, 08-05-1894, p. 2.

29 de octubre de 1900

Litoral Central y Caracas

Melchor Centeno Graü informó de 20 casas caídas en Caracas y más de 100 deterioradas; 21 muertos y más de 50 heridos. Cayeron los techos del Ministerio de Relaciones Interiores y el del Paraninfo de la Universidad, hoy Palacio de las Academias. Cayó la torre de Santa Capilla y fueron dañadas las iglesias de San José, La Trinidad, La Pastora y Santa Teresa. También sufrió el Palacio Federal.

Igualmente, el autor de *Estudios sismológicos* señala que en Macuto cayeron 80 casas y el resto quedó en estado ruinoso; se observaron grietas en el suelo, y allí hubo 7 muertos y 30 heridos. En La Guaira se dañó la iglesia, así como muchas casas. También sufrió Maiquetía. En Naiguatá cayó la iglesia y fallecieron varias personas. En Caraballeda la iglesia sufrió daños, así como las haciendas de la zona. Hubo grietas en el suelo en Los Caracas y Camurí Grande; en La Sabana cayeron muchas casas, y en el río Aguas-calientes la temperatura subió de tal manera que se murieron los peces. También se reportaron daños en Carayaca, Curiepe, Tacarigua, Carenero, Paparo, San José de Río Chico, Higuerote, Guatire, Guarenas y otras localidades del actual estado Miranda.

17 de enero de 1929

Cumaná

A los semblantes de nuestros entrevistados advertimos las huellas que dejó impresas el horror de la catástrofe. Cumaná apenas despertaba a sus diarias faenas. A las 7 y media, súbitamente, una trepidación que sólo duró 30 segundos convertía en escombros a la Primogénita de Oriente.

La violenta trepidación lanzó a los habitantes fuera de sus casas, hacia las calles donde ya gran parte de la población se encontraba en sus actividades de costumbre, circunstancia por la cual el número de víctimas es relativamente reducido.

Puede juzgarse la fuerza del movimiento no sólo por el total derrumbe de los edificios, sino también por el hecho curioso de que, embarcaciones de caleta que se encontraba en el muelle de Puerto Sucre fueron alejadas al mar; éste, embravecido, lanzó sus aguas hacia la población, en sentido inverso a una tromba de lo que envolvió completamente al 'Commewynne' y otras embarcaciones (...) de las cuales algunas naufragaron. El mencionado vapor holandés se vio juguete de olas y sólo, gracias a la entereza de su capitán (...) que ordenó hábiles maniobras (...) a posibles contingencias.

El señor Broese van Groenou, pasajero del vapor holandés, nos dice que como esos castillos de naipes que levantan los niños, la ciudad se vino abajo como al toque de la primera carta. Edificios magníficos que embellecían a Cumaná, tales como la Industrial de Manzanares, las (...), la Catedral en construcción, el Castillo de San Antonio, el Paseo Sucre, el Palacio Legislativo, donde tenía asiento el Concejo Municipal, la Cárcel Pública, el Teatro e innumerables viviendas modernas, todo quedó reducido a escombros en el espectáculo dantesco de medio minuto.

Los pavimentos de ladrillo volaban acompañados de un ruido sordo, semejante a un subterráneo redoble de tambores. Y así, disparados al aire, multitud de objetos eran aventados en todas direcciones. En casi toda el área de la ciudad el terreno se agrietó espantosamente. Algunas grietas, según nuestros informantes, alcanzan extensión y profundidad considerables.

«Un trágico amanecer», *La Esfera*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

El anuncio de la llegada ayer al vecino puerto de esta magnífica unidad de la Compañía Real Holandesa de Vapores, cuya providencial permanencia en Puerto Sucre, a la hora fatal de la espantosa catástrofe de Cumaná, fue, a la vez que medio eficaz para difundir la noticia y solicitar auxilios, una ayuda valiosa para los damnificados en el horroroso siniestro, causó en los círculos capitalinos nota de especial interés que aumentó luego cuando radios de la nave anunciaron que ella conducía varios pasajeros de la capital del Estado Sucre, entre ellos dos personas heridas de gravedad en el terremoto.

Uno de nuestros redactores bajó en la tarde de ayer a La Guaira y, gracias a la exquisita gentileza de los señores Bunes y Perret, altos empleados de la Curaçao Trading Co., que tiene a su cargo la agencia portuaria de la prestigiosa compañía naviera, pudo fácilmente trasladarse a bordo del 'Commewijne', momentos antes de que el barco fondeara en el muelle número 2 de la The La Guaira Harbour Corporation Ltd.

El aspecto que presentaban los muelles, malecones y demás sitios de la playa, era imponente. Desde la lancha que nos conducía al barco se dominaba por completo el litoral, lleno por una abigarrada multitud ansiosa de obtener algún detalle de la bella ciudad oriental abatida por la terrible catástrofe. La motonave italiana 'Taormina', que ocupaba el muelle central, se abrió rápida hacia el mar para ceder su puesto a la nave holandesa que venía de cumplir una labor filantrópica y noble. El público, en el cual se destacaba una preciosa representación de enfermeras de la Cruz Roja Venezolana, aguardaba el barco para prestar solícito sus servicios, si ellos eran necesarios.

Fue nuestra primera entrevista con el capitán del vapor holandés, señor P. Smith. Las noticias telegráficas llegadas de Cumaná señalaban su figura como un ejemplo de altruismo y bondad. Por desgracia distraían por completo su recia personalidad, de una fina educación y exquisita cultura, las enormes tareas del arribo del barco. Nos decidimos entonces por el señor Salim Abouhamad, del comercio capitalino, quien había tomado el vapor en Margarita. Pocos datos pudimos obtener del hábil hombre de negocios, ocupado exclusivamente en sus operaciones mercantiles. Fue entonces cuando tropezamos con el señor Max. Rojas D., de la firma C. N. Rojas, de Tucupita quien empezó a manifestarnos:

Embarqué en Pampatar en viaje a Caracas.

El miércoles 16, en la tarde, fondeó el 'Commewijne' en Puerto Sucre. La mayoría de los pasajeros, yo entre ellos, decidimos pasar la noche en Cumaná. Ocupé una habitación en el Hotel 'La Providencia' y en la mañana del jueves 17, después de desayunar, me sorprendió la catástrofe en el patio del Hotel. Serían más o menos las 7 y 20 de la mañana, y creo que la sacudida duró 22 segundos. En un estado de alucianamiento me lancé a la calle. Frente al edificio de 'La Providencia', uno de los pocos que quedó en pie, en plena calle y entre una nube de polvo, había un obrero

destrozado por un montón de adoboncitos, escombros de la fachada de una casa vecina. Más adelante hallé un niño con las piernas seccionadas, gritando de dolor. Detallar aquello resulta imposible: cuadros dantescos, macabros. El Presidente del Estado, General José Garbí, acompañado del Secretario General, general Alberto Hernández U., dictaban las medidas con una actividad heroica. Continuaban desplomándose, con estrépito, techos que habían quedado deslomados en el movimiento sísmico. En la tierra se abrieron grandes y profundas grietas que había que salvar a grandes saltos.

Fueron los primeros en prestar ayuda a las autoridades en las labores de salvamento: el capitán Smith, la oficialidad, con el señor Van den Abeel a la cabeza, el médico doctor C. van Altena, la tripulación y demás personal de 'Commewijne' y todo el pasaje. La actuación del doctor van Altena es digna de todos los elogios, redobló su actividad, puso en juego todos sus conocimientos científicos. En la Plaza Pichincha se creó un Hospital provisional, pues el de Cumaná quedó casi destruido. Allí fueron trasladándose los enfermos que eran asistidos con solicitud, sirviendo de enfermeras la señorita Athelene Yhap y Mrs. Newell, pasajeras del vapor holandés.

En el castillo y Fortaleza de San Antonio, sitio que ocupaba la guarnición militar de Cumaná, la catástrofe produjo grandes estragos. Las paredes cayeron demolidas causando grande bajas. Fueron extraídos 6 cadáveres de soldados en 1er. término, 4 después y cerca de catorce heridos. El capitán Asunción Arias, que sufrió graves lesiones, viene a Caracas en este barco junto con el Subteniente asimilado Simón López que tiene la pierna izquierda con fuerte contusión. A causa de haber salido la nave a la una de la tarde no pude saber más del castillo.

Una pared mató a un niño y dos chiquillas hijas del Sr. Carlos Villanueva, honrado comerciante de la localidad. Otra, al desplomarse, causó graves lesiones a la señora esposa y señorita hija del señor Ramón Madriz. El Doctor L. Ramos Sucre sufrió una lesión en la pierna derecha, a pesar de lo cual prestaba servicios con encomiable acierto.

El techo del Sr. Cayo Cova, elemento muy apreciado por su laboriosidad, sepultó bajo sus escombros a sus dos pequeñas hijas. Asimismo una viga mató a la señorita Julieta Lares, de la buena sociedad y Dama de exquisitos atractivos y simpatías.

«En el Vapor ‘Commeijne’ Un relato de la Catástrofe», *El Nuevo Diario*, Caracas, 19 de enero de 1929, p. 1.

03 de agosto de 1950

El Tocuyo y otras localidades

Hoy visitamos pueblos azotados Región Lara constatandose siguientes resultados Guárico de 350 casas y 3000 habitantes sin desgracias personales total casas desplomadas casi inhabitables. Anzoátegui completamente arrasada, cuatro muertos. Humocaro Alto de 300 casas y 3000 habitantes tres heridos, todas las casas desplomadas, el cincuenta por ciento habitables. Humocaro Bajo sacudidas ocasionaron daños que afectaron población en un quince por ciento cuenta con 300 casas y 2500 habitantes, hubo un muerto. Caserío Guaitó de 36 casas quedaron todas inhabitables, tres muertos y 17 heridos. Caserío Camburito de menor importancia que Guaitó también fue bastante afectado y se encuentra inundado no pudimos llegar hasta el. De la región Portuguesa recibí la siguiente nota del Gobernador todas las casas comprendidas en el trayecto entre Guarico y Chabasquén están inhabitables, en la región de Los Morrones se acentúa el hundimiento de carreteras y muchas partes de los cerros en Chabasquén levantan censo casas población resultando 215 de las cuales destruyeronse el 12 por ciento y quedó inhabitable un cincuenta por ciento, ocurriendo un muerto y dos heridos, en Biscucuy daños leves sin desgracias personales que lamentar. En Región Chabasquén ocurren fenómenos geológicos que alarman ciudadanía tales como brotes violentos de chorros de agua que rodean población, convendría enviar misión técnica competente que estudie el problema y aconseje medidas a adoptar, mañana llegaré hasta Carora para atender invitación expresa que se me ha hecho. Posiblemente regrese esa tarde mismo día. Abrázoles.

Luis Felipe Llovera Páez.

Archivo Histórico de Miraflores, *Telegramas*, Caja Nro 1739T (1 al 7 de agosto, 1950).

A las cinco y cincuenta minutos de la tarde de ayer, la vecina ciudad de El Tocuyo, fue devastada por un violento terremoto que, de acuerdo con las

noticias que se tenían pocas horas después, arrojaba un saldo de mas de diez muertos y numerosos heridos. El número de causas destruidas alcanza cifras incalculables. A las siete y media de la noche se sabía, continuaban los temblores y el derrumbamiento de muchas casas que resistieron en parte la sacudida sísmica inicial, pero que después se vieron abajo, debido a la continuidad constante de los temblores.

En horas tempranas de la noche a Barquisimeto seguían llegando noticias confusas. Muchas exageradas. Las autoridades tomaron inmediatamente cartas sobre el asunto y se están enviando toda clase de auxilios a El Tocuyo. La comunicación es difícil, pues la primera casa en ceder al impacto del movimiento sísmico fue la de la estación de telégrafos, la hija de cuyo jefe, de pocos mese de edad se sabe que pereció.

En Barquisimeto. El temblor fue violento, habiéndose destruido varias casas y agrietado muchas. En estas últimas se cuenta el edificio del Telégrafo. En la calle 25 la casa numero 92-A se derrumbó en parte. El techo de la sala se vino abajo.

En Sanare.-Según informaciones que nos suministró, a las 10 de la noche, el señor Luis A. Falcón, Corresponsal de *El Impulso*, sabemos que el cincuenta por ciento de las casas se encuentran agrietadas, inclusive el Templo, Casa de Gobierno y Salón de Lectura, motivado al fuerte temblor que se registraba ayer en horas de la tarde. Varios negocios sufrieron perdidas considerables. La ciudadanía se encontraba en las plazas y calles de la población, por temor a un nuevo movimiento sísmico, en que peligren sus vidas. Afortunadamente hasta ahora no se han registrado desgracias personales que lamentar.

En Guarico. Se derrumbaron dos casas, y el paso por la carretera está interrumpido por agrietamientos y derrumbe de un cerro.

En Carora.-El número de casas derrumbadas es de veinticinco, según idéntica información telefónica, inconformada, por lo difícil de obtener en los actuales momentos comunicaciones directas con dichas poblaciones.

Fuera del Estado-También se nos ha informado que la intensidad del sismo se ha extendido a Maracaibo y Caracas donde se asegura que solamente se han registrado cuatro temblores, sin agregar ningún otro detalle.

«Violento Terremoto Devasta a El Tocuyo», *El Impulso*, Barquisimeto, 4 de agosto de 1950, p. 1.

29 de julio de 1967

Caracas y el Litoral Central

El Ministerio del Interior, doctor Reinaldo Leandro Mora, quien apareció por cadena de radio y televisión, dijo que luego de terrible sacudida de las 8:05, se produjeron dos nuevos movimientos pero de menor intensidad. No dio cifras de víctimas, pero hizo recomendaciones precisas a la ciudadanía para que se mantuvieran a descampado por varias horas.

Las sacudidas tuvieron graves efectos en toda la ciudad. Una hora después del primer movimiento habían ingresado al puesto de Salas cuatro o cinco cadáveres y alrededor de trescientas personas que habían sufrido lesiones o presentaban conmociones nerviosas.

La histeria y el pánico se apoderaron de la ciudad en los primeros momentos. Decenas de millares de personas se lanzaron a las calles despavoridas, algunas con escasa ropas y los mayores llevando en brazos a niños o conduciendo ancianos, enfermos o inválidos.

Fue tan largo el primer movimiento que muchas personas, aún lo sentían en la calle después de haber abandonado sus hogares. Al norte de la ciudad, en parroquias que conservan viejas estructuras, como El Manicomio, Lídice, La Pastora y San José, pasaron de quinientas las casas seriamente afectadas y no menos de cinco se desplomaron totalmente. Afortunadamente en esos lugares no hubo víctimas porque los moradores buscaron rápidamente sitio seguro.

Los temores más graves se fundan a medianoche en las consecuencias del sismo hacia la parte Este de la capital, donde edificios completos, algunos de más de 10 pisos, se fueron al suelo. Los bomberos trabajaban en la movilización de escombros bajo los cuales necesariamente debían de haber... víctimas.

Un terremoto de gran alcance e inusitada intensidad azotó anoche a las 8:00 a Caracas y a la gran mayoría de las localidades del interior del país. En esta capital, a medianoche, reinaba aún la confusión y se temía que los desastrosos derrumbes ocurridos en edificios importantes del Este pudieran haber provocado más de 100 muertos. *El Nacional*, Caracas, 30 de julio de 1967, p. B-1.

A las 9 y 55 minutos de la noche de ayer seguían entrando heridos y desmayados al puesto de socorro de Salas, elevándose el número de éstos a más de 200. A esta hora las autoridades también registraban el ingreso a ese hospital de cuatro cadáveres.

A estas alturas continuaba un pánico generalizado en toda la capital y sus alrededores y se había dado cuenta de la caída total de dos edificios en el Este. Las informaciones de nuestros reporteros, movilizados hacia ese sector de Caracas, transmitieron al mismo tiempo la alarmante posibilidad de que en esos dos desplomos pudiera haber más de cien personas sepultadas.

Al Norte de la Ciudad

Hacia Lídice, Manicomio, La Pastora y San José, el violento sismo hizo sentir sus efectos de manera especial, debido a la antigua construcción de la mayoría de las viviendas de esta zona norte de la ciudad.

Solamente en La Pastora más de 200 casas resultaron destruidas parcialmente. De Totumos a San Ruperto cayó una casa que quedó totalmente destruida y sus habitantes salvaron la vida debido a que la duración del sismo les permitió escapar a la calle.

En esa misma parroquia de La Pastora, de Cruz a Gloria, 40 casas resultaron afectadas y en la mayoría de ellas se desplomaron las cornisas, quedando en medio de la calle y en las aceras gran cantidad de ladrillos y demás material de construcción.

Como ocurrió en todas las parroquias, aquí la población se echó a la calle. Los mayores desalojaron las viviendas con niños, ancianos, enfermos y colchones, camas y cunas, evidentemente con el propósito de pasar la noche en vela y fuera del hogar.

En la esquina de Angelitos la parte frontal de una casa cayó y dio muerte a un hombre de aproximadamente 50 años, cuyo cadáver ingresó al puesto de Salas, sin haber sido identificado.

Como suele ocurrir con estos fenómenos imprevisibles y propios de la naturaleza, el pánico fue colectivo y terrible.

Centenares de internas en la maternidad Concepción Palacios, muchas de ellas cargando a niños recién nacidos, corrieron a la calle y a la plazuela vecina, buscando sitios a descampado donde hubiese mayor seguridad.

El Ministerio de Relaciones Interiores, doctor Reinaldo Leandro Mora, se

apersonó en su despacho a pocos minutos de sentirse el estremecimiento y una de sus primeras instrucciones fue la de que se solicitara a la ciudadanía, a través de las emisoras de radio, que guardaran calma y se mantuvieran en sitios que revistieran seguridad.

Al mismo tiempo se transmitió a los conductores la advertencia de que no se desplazaran a velocidades, ni alarmaran a la ciudadanía con sus cornetas.

Las autoridades dieron a conocer que alrededor de 10 personas, de los centenares que ingresaban a los puestos de socorro, habían sufrido lesiones por atropellamientos de vehículos, y una gran mayoría de los hospitalizados, hasta las 10 de la noche, eran por afecciones propias del pánico por toda la ciudad.

A esa misma hora ingresaban al puesto de Salas una octogenaria, muerta, a causa de un síncope cardíaco.

Sur de la Ciudad

Del sur de la ciudad se obtuvieron noticias a las 10 de la noche de que la sacudida igualmente resquebrajó o destruyó parcialmente centenares de viviendas, principalmente en Antímano, La Vega y El Valle, y aunque hubo en esos lugares decenas de personas que sufrieron desmayos y conmociones, no se tuvieron referencias de heridos o muertos.

Daños Materiales

Los daños materiales, en general son incalculables, pero pueden estimarse en decenas de millones de bolívares.

Son muchos los edificios de gran estructura que experimentaron los efectos del terremoto. El propio edificio 'El Nacional' resultó averiado, así como el edificio donde funciona la emisora Radio Rumbos. Y en cuanto a las residencias de barrios, de uno o dos pisos, los observadores coinciden en asegurar que excede a mil el número de las que sufrieron considerables daños.

A medianoche toda la población caraqueña se mantenía en vela, millares de personas acomodaban camas y colchones para colocar a los niños y ancianos, y centenares de creyentes permanecieron arrodillados en constante oración. Monseñor Francisco Carrillo, de la iglesia de La Pastora, se precipitó a la calle y luego de socorrer a mujeres y niños, que presentaban síntomas de conmoción en los primeros momentos que siguieron al terremoto, a un costado de la iglesia hizo una invocación pública pidiendo al Señor protección para los caraqueños y los venezolanos en ese momento crucial.

Las plazas de toda la ciudad se congestionaron de personas y a partir de las 11 de la noche se comenzaba a experimentar un poco de tranquilidad en la ciudadanía, que durante dos horas se había mantenido alerta ante los temores de que se repitieran los temblores.

La ciudadanía sintió claramente dos movimientos sísmicos: uno a las 8.05 de la noche, que resultó el de mayor poderío, y otro a las 8 y 43 minutos. Estas horas corresponden a los registros particulares de la ciudadanía, que fueron al mismo tiempo controlados por redactores de este periódico.

El observatorio Cagigal, hasta las 10 y 25 minutos de la noche, no habían emitido ningún boletín y aparentemente en su local de La Planicie no había allí personas o tuvieron que abandonar el lugar ante el inminente riesgo de peligro.

El primer sismo sentido a las 8.06 minutos (hora certificada posteriormente por el Observatorio Cagigal), fue el de mayor envergadura, y se prolongó por varios segundos. Fue tan largo que la gente tuvo tiempo de advertir el bamboleo y tomar las previsiones al cabo de las cuales todavía se apreciaba el movimiento sísmico.

Los edificios se mecían y los automóviles eran sacudidos en forma que muchos conductores creían que sus vehículos eran empujados o removidos por otros carros o personas.

Muchos ascensores de la ciudad quedaron atascados y personas encerradas en su interior. En algunos sectores de la ciudad se perdió el servicio de electricidad y por lo menos en quince locales se produjeron incendios a causa de cortos circuitos y explosiones de bombonas.

A medianoche los temores se tenían por la suerte corrida por centenares de familias habitantes de cinco edificios grandes que el Cuerpo de Bomberos reportó como desplomados en su totalidad.

Oficialmente se había confirmado que uno de estos edificios cayó en la avenida Ávila de Altamira. Otro fue localizado en Los Palos Grandes. Uno de estos edificios es de 16 pisos y quedó totalmente derrumbado. Los bomberos y voluntarios se ocupaban de remover los escombros y extraer víctimas.

La intensidad del terremoto no respetó poderosas estructuras que hasta ahora habían sido consideradas como inconvertibles, tales como los bloques de 'El Silencio', que resultaron algunos con resquebrajamientos y caída de frisos, principalmente en las plantas bajas.

Decenas de avisos luminosos se vinieron al suelo y varias de las paredes demolidas tapizaron o destruyeron parcialmente vehículos que se hallaban estacionados.

A las 8 y 30 de la noche toda Caracas ocupaba las calles y las áreas a descampado, especialmente los parques y zonas sin edificios altos. En los primeros minutos que siguieron al terremoto la ciudadanía corría despavorida y millares de personas montaron a sus automóviles para dirigirse a otras zonas de Caracas en busca de noticias de familiares.

A las 10 y 40 el ministro del Interior habló a la Nación y hizo recomendaciones precisas, en cuanto a mantenerse alerta toda la noche y acerca de los lugares más recomendables para que permaneciera la ciudadanía libre del peligro de los derrumbes.

También el Ministro Leandro Mora recomendó que no se hiciese uso de los ascensores y que por varias horas la gente se mantuviera alejada de los locales, fuera de techo y sin aproximarse a paredes y cornisas.

Informó el ministro Leandro Mora que a esa hora el peligro estaba prácticamente disipado y transmitió la información del Observatorio Cagigal de que de las primeras sacudidas, la más violenta se produjo a las 8 y 5 minutos y hubo luego otros dos movimientos de intensidad decreciente.

Pidió evitar alarmas en los niños que pudieran producir temores que se convirtieran en angustias futuras. Dijo que el Ministerio de Relaciones Interiores se mantiene en coordinación con las Gobernaciones de los Estados, a fin de mantener una información constante y disponer de los auxilios que sean necesarios. Señaló que los servicios de electricidad, teléfonos y acueductos no habían sido interrumpidos. Finalmente advirtió que las personas que traten de obtener provecho con robos o atentados serán objeto de las sanciones más rigurosas, pero confió en que la ciudadanía no incurriría en esta emergencia en ese tipo de atentados.

Concluyó su mensaje a la Nación pidiendo a Dios que con su infinita bondad nos libre de calamidades peores.

El doctor Leandro Mora apareció en una cinta grabada en 'video-tape' que fue pasada por las emisoras de televisión, en varias oportunidades. También su mensaje fue transmitido por radio.

Se dio cuenta también que el Teatro Municipal recientemente refaccionado a un costo de cinco millones de bolívares está entre los numerosos edificios averiados considerablemente por el sismo.

En la redacción de 'El Nacional' se recibieron noticias telefónicas de los corresponsales en el interior comunicando estragos en muchas capitales de Estado y localidades de todo el país.

En Valencia, de donde provino la primera llamada telefónica, ocurrieron deterioros en muchas edificaciones y desplomes en por lo menos media docena de viviendas de estructuras importantes. Así mismo se dijo que centenares de casas humildes resultaron agrietadas y decenas de ciudadanos trasladados a hospitales y clínicas privadas a causa de heridas y conmociones nerviosas.

En Barquisimeto se registraron movimientos de gran intensidad. La gente, como en el resto del país, se arrojó a la calle y permaneció la noche en vela.

En Barcelona, Puerto La Cruz y poblaciones aledañas los dos temblores causaron pánico que aumentó por el hecho de que todo el sector mencionado quedó sin alumbrado público. La gente se movilizaba en muchos casos a tientas, y se registraron escenas de verdadera desesperación.

Los reportes señalaban concretamente que el sismo se sintió con gran intensidad en Valencia, Los Teques, Maracay, Maracaibo, Turén, Acarigua, Tucuyo –Lara–, Barcelona, Puerto La Cruz, San Felipe, Cumaná, Carora, Puerto Cabello, San Juan de los Morros y San Cristóbal.

Aparentemente estas sacudidas fueron derivaciones de los otros fenómenos sísmicos ocurridos en los últimos días en localidades de Colombia, Mérida y San Cristóbal. La cadena de movimientos, parece provenir del Sur del Continente y a todo lo largo de la cordillera andina. Algunos observadores relacionan estos acontecimientos con las tragedias de igual naturaleza que han venido ocurriendo en Turquía.

«En el Este se desplomaron edificios de más de 10 pisos como si fueran castillos de naipes», *El Nacional*, Caracas, 30 de julio de 1967, p.1.

09 de julio de 1997

Cariaco y otros lugares

El movimiento telúrico tuvo epicentro en el mar caribe, al norte del promontorio de Paria. En el liceo Raimundo Centeno de Cariaco, 26 personas

perdieron la vida. En Cumaná 8 personas murieron y más de 50 resultaron heridas al derrumbarse los 6 pisos del edificio de Seguros La Seguridad, en la avenida Perimetral, donde funcionaban además oficinas de la Gobernación. A la hora del cierre de esta edición se reportaron otras 6 muertes en el Municipio Andrés Bello. El Hospital Central de la capital sucreña fue desalojado por encontrarse sobre la falla el Piar. Efectivos policiales y militares custodian las estaciones de gasolina. La población permanece en las calles, se niega a regresar a sus viviendas. El presidente Caldera giró instrucciones a los ministros de la Defensa, Relaciones Interiores y del Gabinete de Infraestructura para que prestaran toda la colaboración a fin de atender la emergencia. El sismo dañó el cable submarino que surte de energía a Nueva Esparta y partió en cuatro la tubería que le suministraba agua desde tierra firme. Las comunicaciones fueron afectadas, incluso las de sistema celular. En Bolívar y Monagas hubo alarma y la población salió a la vía pública, igual que en Barquisimeto, Valencia y el resto del centro del país, donde no se reportaron pérdidas humanas ni materiales. Desde el terremoto de Caracas, hace exactamente 30 años, es el temblor más fuerte que se registra en el país.

«Más de 40 muertos y 162 heridos por terremoto en el estado Sucre», *El Nacional*, Caracas, 10 de julio de 1997, p. 1.

Cumaná.- Al menos 40 muertos, entre Cumaná y Cariaco, y más de 162 heridos fue el saldo de un sismo ocurrido este miércoles a las 15:23 horas local, que tuvo una magnitud promedio de 6.9 grados en la escala de Richter. El epicentro se registró a 70 kilómetros al este de la capital del Estado Sucre, cerca de la población de Casanay.

Otros temblores de menor intensidad ocurrieron después del primero, lo que ocasionó que los servicios telefónicos, de agua y luz quedaran suspendidos. Este es el sismo de mayor intensidad sentido en el país, después del terremoto que azotó a Caracas en julio de 1967. Las cifras fueron suministradas por el gobernador Ramón Martínez en horas de la madrugada de hoy; sin embargo, el número de víctimas podría ascender, pues aún no se había terminado de levantar los escombros del edificio de Seguros La Seguridad, de seis pisos, ubicado en la avenida Perimetral de Cumaná, donde funcionan oficinas, y que se desplomó completamente.

Se reportan muertes en liceo de Cariaco

Igualmente se informó que en el liceo Reinaldo Martínez Centeno, de Cariaco, se ha reportado la muerte de algunos estudiantes en el interior de ese centro educativo. Asimismo se dijo que las pérdidas ocasionadas por el sismo en la capital sucrense y otras ciudades son cuantiosas, pues hay varios grupos escolares cuyas estructuras se vinieron abajo, así como de empresas privadas que sufrieron averías.

Sucre declarado en emergencia

Anoche arribaron tres aviones Hércules de las Fuerza Aérea Venezolana con personal de ingeniería y equipos mecánicos para proceder a la remoción de los escombros del edificio de Seguros La Seguridad, en la avenida Perimetral de esta ciudad, y en el Liceo Reinaldo Martínez Centeno, de Cariaco. Pasadas las 7 de la noche, la Fuerza Aérea Venezolana envió desde Caracas un avión C-130 con personal especializado de Defensa Civil y los Bomberos del Distrito Federal y médicos y paramédicos, para ayudar en las labores de rescate, por instrucciones del gobernador Abdón Vivas Terán. También se pudo conocer que el gobernador del estado, Ramón Martínez, logró entrevistarse, vía telefónica, con el presidente de la República, Rafael Caldera, quien le ofreció todo el apoyo del Ejecutivo Nacional ante la tragedia que vive el estado Sucre. Como consecuencia de la emergencia, el primer mandatario suspendió la alocución prevista para la noche del miércoles, en la que hablará al país sobre las relaciones entre Venezuela y Colombia. Asimismo se le hizo un llamado a los médicos y paramédicos para que se incorporen a los lugares de emergencia. El sismo se sintió también en Nueva Esparta, Anzoátegui y Monagas, y en el centro y sur del país.

En Nueva Esparta se vinieron abajo las paredes del edificio de aduanas, en El Guamache, que tapiaron 60 vehículos nuevos y el servicio eléctrico quedó totalmente suspendido. En Puerto La Cruz también sufrieron daños varias estructuras. En Monagas, el movimiento telúrico se sintió en Maturín, Punta de Mata, Temblador, Caripe y otras localidades. En esta entidad no se registraron daños materiales ni humanos. Tampoco en Puerto Ordaz, estado Bolívar, donde al movimiento telúrico siguió un torrencial aguacero, con fuertes descargas eléctricas, que causó inundaciones en barriadas de esta entidad. Rubén Briceño, representante de la petrolera Lagoven, informó que hubo una falla eléctrica en el campo de

Jusepín, del estado Anzoátegui, y en la refinería de PDVSA no reportaron ningún daño.

Alcanzó 6.9 grados y ocurrió a las 3:23 de la tarde. 40 muertos y 162 heridos por sismo en Cumaná y Cariaco. Con una intensidad de 6.9 en la escala MS, el epicentro fue ubicado a 70 kilómetros de la capital del estado, cerca de la población de Casanay. Se reportaron, además, 150 heridos. En Margarita se interrumpió el servicio eléctrico y cayó una pared de la aduana de El Guamache. Se sintió en todo el oriente y sur del país; en Caracas causó pánico en el este. *El Universal*, Caracas, 10 de julio de 1997, p. 1.

FUENTES

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo Arquidiocesano de Caracas

Archivo de la Academia Nacional de la Historia

Archivo de la Fundación Boulton

Archivo General de Indias

Archivo General de la Nación, Venezuela

Archivo General de la Nación, Colombia

Archivo General del Estado Mérida

Archivo Histórico de Miraflores

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

Actas de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, Banco Central de Venezuela, Caracas, 1968.

Altez, Rogelio, *El desastre de 1812 en Venezuela. Sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba*, Universidad Católica Andrés Bello-Fundación Empresas Polar, Caracas, 2006.

Altez, Rogelio, José Antonio Rodríguez y Franco Urbani, *Historia del pensamiento sismológico venezolano, una mirada inquieta*, Universidad Central de Venezuela-Funvisis-Sociedad Venezolana de Historia de las Geociencias, Caracas, 2004.

Altez, Rogelio y José Antonio Rodríguez, *Proyecto catálogo sismológico venezolano del siglo XX, documentado e ilustrado*, Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, Caracas, inédito.

Altuve, Frank, «El gran terremoto de los Andes venezolanos y las juntas de socorro», *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 39, N^{os}. 1 y 2, 1998, Mérida, pp. 163-178.

Anales diplomáticos de Venezuela, Relaciones con los Estados Unidos, Ministerio de Relaciones Exteriores, Italgráfica, Caracas, 1976.

Anónimo, *Colombia, relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país*, [Baldwin, Cradock y Joy, Londres, 1822], reeditado por el Archivo de la Economía Nacional de Colombia, Publicaciones del Banco de la República, Bogotá, 1973.

Archivo del General Miranda, La Habana, Editorial Lex, 1950.

Audemard, Franck, «Ruptura de los grandes sismos históricos venezolanos de los siglos XIX y XX revelados por la sismicidad instrumental contemporánea», XI Congreso Venezolano de Geofísica, Sociedad Venezolana de Ingenieros Geofísicos, Caracas, Venezuela, 17 al 20 de Noviembre, 2002.

Augé, Marc, *Las formas del olvido*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1998.

Baralt, Rafael María y Ramón Díaz, *Resumen de la Historia de Venezuela*, Desclée de Broker, Brujas-París, 1939.

Beauperthuy, Daniel, «Otra relación del terremoto de Cumaná», *Diario de Avisos*, Caracas, 31 de agosto de 1853, p. 2.

Betancourt Ruiz, Armando, *Terremotos y temblores*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1972.

Bolívar, Simón, *Obras (Cartas, Proclamas y Discursos)*, Ediciones de la CANTV, Caracas, 1982.

Bouillet, M. N., *L. Annaei Senecae philosophica, declamatoria et tragica*, Colli-gebat Nicolaus Eligius Lemaire, Paris, 1830.

Breventano, Stefano, *Trattato del terremoto, racconto da varij autori antichi, e moderni*, [1576], Istituto Universitario di Studi di Pavia, 2007.

Buissonje, P. H. de y J. I. S. Zonneveld, «Caracasbaai: A submarine landslide of a huge coastal fragment in Curaçao», *Uitgaven van de Natuurwetenschappelijke werkgroep Nederlandse Antillen*, Curaçao, N° 22, november, 1976, pp. 55-88.

Cabrera, Fray Miguel, *Explicación physico-mechanica de las causas del temblor de tierra, como constan de la doctrina del príncipe de los phiolosophos Aristóteles: dada por medio de la vena cava, y sus leyes, cuyo auxilio quita el horror de los abstractos*, Sevilla, en la Imprenta de don Diego de S. Román y Codina, 1756.

«Cartas inéditas de Bolívar al General Mosquera», *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 28, números 323-324, sep-oct, 1941, Bogotá.

Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1962.

Castillo Lara, Lucas Guillermo, *Los mercedarios y la vida política y social de Caracas en los siglos XVII y XVIII*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1980.

Castillo, Ocarina, *Los años del bulldózer, ideología y política, 1948-1958*, Ediciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela y Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 2003.

Causas de Infidencia, Archivo General de la Nación, Imprenta Nacional, Caracas, 1952.

Centeno Graü, Melchor, *Estudios sismológicos*, Academia Nacional de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Caracas.

Clarac, Jacqueline (Coord.); Gladys Gordones; Lino Meneses; Reina Aranguren; Omar Guerrero; Luis Jáuregui; Luis G. Toro; José Contreras,

Proyecto Multidisciplinario San Antonio de Mucuño: Estudio para la preservación y conservación de las ruinas de Mucuño, Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, Instituto de Fotogrametría, Escuela de Ingeniería Geológica, Departamento de Historia de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes, Instituto de Patrimonio Cultural, Mérida, 2000.

Clarac, Jacqueline, «Etnohistoria de San Antonio de Mucuño», *Boletín Antropológico*, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, octubre-diciembre, 1990, pp. 19-35.

Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias, Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid, 1878.

Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo*, Rei Andes Ltda., Bogotá, 1992.

Consejo Episcopal Latino-Americano (CELAM), *Misal Latino-Castellano*, 1967.

Crespo, Joaquín, *Mensaje que presenta el Presidente Constitucional de la República ante el Congreso Nacional*, Imprenta Bolívar, Caracas, 1895.

Cunill Grau, Pedro, «Biodiversidad y recursos naturales venezolanos para la sensibilidad euroamericana. Sus paisajes geohistóricos (siglos XV-XIX)», Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, tomo LXXXVII, N° 346, abr-jun, 2004, pp. 7-156.

Decretos del Libertador, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, Los Teques, 1983.

Dengo, Gabriel y J. R. Bushman, *Informe preliminar sobre el terremoto de El Tocuyo, ocurrido el 5 de agosto de 1950*, Instituto Nacional de Minería y Geología, Caracas, 1950.

Díaz, José Domingo, *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, Imprenta de León Amarita, Madrid, 1829.

Diccionario de Autoridades, Real Academia Española, Editorial Gredos, Madrid, 1979.

Diccionario Manual Griego-Español, Bibliográfica S. A., Barcelona, 1979.

Dickens, Charles, «The land of Earthquakes», *All the year around*, 7 de noviembre de 1868.

Duarte, Carlos, *El orfebre Pedro Ignacio Ramos*, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1974.

Enciclopedia Universal Europeo Americana, Madrid-Barcelona, 1921.

Farnés Scherer, Pedro, *Liturgia de las horas del pueblo. Laudes, vísperas y completas*, Editorial Desclée de Broker, S. A., Barcelona, 2007.

Febres Cordero, Luis, *El terremoto de Cúcuta*, Editorial Minerva, Bogotá, 1926.

Febres Cordero, Tulio, «Apuntes Históricos. Terremoto de los Andes en 1894», *Archivo de Historia y Variedades*, tomo III, p. 168.

Febres Cordero, Tulio, «Terremoto de Mérida», *El Correo de los Estados*, Caracas, 22 de mayo de 1894, p. 3.

Febres Cordero, Tulio, *Archivo de Historia y variedades*, Parra León Hnos. Editores, Caracas, 1931.

Feijoo y Montenegro, D. Fr. Benito Jerónimo, *Cartas eruditas, y curiosas, en que, por la mayor parte, se continúa el designio del Teatro Crítico Universal, impugnando, o reduciendo a dudosas, varias opiniones comunes*, Nueva impresión. Madrid 1777.

Ferrer, Carlos y Jaime Laffaille, «El alud sísmico de La Playa: Causas y efectos del terremoto de Bailadores de 1610», *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 39, N° 1 y 2, pp. 23-86.

Fiedler, Günther, *Estudios sismológicos de la región de Caracas con relación al terremoto del 29 de julio de 1967 (Terremoto Cuatricentenario)*, Instituto Sismológico Observatorio Cajigal, Comandancia General de la Marina, Caracas, 1967, 66 páginas, informe inédito.

Flammarion [seudónimo], «La tierra tiembla sin cesar», *Recortes*, San Felipe, 8 de octubre de 1909, p. 2.

Fradkin, Philip L., «Hell on Earth», en Mark Klett y Michael Lundgren, *Alter the ruins*, 1906 and 2006. Rephotographing the San Francisco Earthquake and Fire, University of California Press, Los Angeles, 2006, p. 12.

Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

García Acosta, Virginia, *Los sismos en la historia de México*, Universidad Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

García Francos, Salvador, *Terremotos y aparatos para registrarlos*, Editorial Calpe, Madrid, 1924.

Grases, José, «Hacia la reconstrucción de la historia de los terremotos del Caribe», *Revista Geofísica*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N° 24, enero-junio, 1986.

Grases, José, *Introducción a la evaluación de la amenaza sísmica en Venezuela. Acciones de mitigación*, Fundación Pedro Grases, Caracas, 2002.

Grases, José; Rogelio Altez y Miguel Lugo, *Catálogo de sismos sentidos o destructores. Venezuela, 1530-1998*, Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales-Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1999.

Grisanti, Ángel, *La reconstrucción de La Guaira después del terremoto de 1812*, Homenaje preconmemorativo del cuatricentenario de la fundación de Caracas, Caracas, 1964.

Guevara, Teresa, *Arquitectura moderna en zonas sísmicas*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2009.

Guidoboni, Emanuela y Jean-Paul Poirier, *Quand la terre tremblait*, Odile Jacob, Paris, 2004.

Gutenberg, Beno y Charles Richter, «Earthquake magnitude, intensity, energy, and acceleration», *Bulletin of Seismological Society of America*, vol. 32 (3) 1942, pp. 163-191.

Gutenberg, Beno y Charles Richter, «Earthquake magnitude, intensity, energy, and acceleration», *Bulletin of Seismological Society of America*, vol. 46 (2), 1956, pp. 105-145.

Gutenberg, Beno y Charles Richter, *Seismicity of the Earth (and associated phenomena)*, Princeton University Press, Princeton.

Hanson, Robert D. y Henry J. Degenkolb, *The Venezuelan Earthquake, July 29, 1967*, American Iron & Steel Institute, New York, 1969.

Heredia, José Francisco, *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*, Librería de Garnier Hermanos, París, 1895.

Herrera Umérez, Guillermo; Armando Vegas; Santiago Aguerrevere; Pascual Paoli Ch. y Edgar Pardo Stolk, «Informe que presenta al Colegio de Ingenieros La comisión nombrada por este para estudiar los efectos del terremoto ocurrido en la población de El Tocuyo el 3 de agosto de 1950», *Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela*, Caracas, enero 1951, N° 178, pp. 2-8.

Herrera, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1939.

Humboldt, Alexander von, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1941.

Hutton, James, *Theory of the Earth, with proofs and illustrations*, Edinburgh, 1795.

Ibarra, Alejandro, «Temblores y terremotos», artículo de diez entregas publicado en el periódico caraqueño *El Independiente*, entre marzo y abril de 1862.

Instituto de Patrimonio Cultural, *Catálogo del Patrimonio Cultural Venezolano 2004-2006*, Impresos La Galaxia, Caracas, 2005-2006.

Ker Porter, Robert, *Diario de un diplomático británico en Venezuela, 1825-1842*, Fundación Polar, Caracas, 1997.

La Bastida Briceño, Ricardo, *Biografías de los Obispos de Mérida*, Concejo Municipal de Libertador, Mérida, 1983.

Laffaille, Jaime, «Los sismos supuestamente provocados», *Notisimo*, 26 de enero de 2010.

Laffaille, Jaime, «El gran terremoto de los Andes de 1894: memorias de una destrucción», *El desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 56-63.

Landaeta Rosales, Manuel, *Gran recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela*, 2 tomos, editado por Decreto Presidencial del 21 de noviembre de 1889.

Larrazábal, Felipe, *Vida del Libertador Simón Bolívar*, Biblioteca Ayacucho, Editorial América, Madrid, 1918.

Las Casas, Bartolomé de, *Colección de las obras del venerable Obispo de Chiapas, Don Bartolomé de Las Casas, defensor de la libertad de los americanos*, Juan Antonio Llorente, editor, París, 1822.

Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, Imprenta de Miguel Gines-ta, Madrid, 1876.

Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1963.

Leal, Alejandra, «Viviendo en escombros: breve crónica de lo que hizo y deshizo el terremoto del 3 de agosto de 1950 en la antigua ciudad de El Tocuyo», *El desafío de la Historia*, N° 12, Caracas, 2009, pp. 64-70.

Leal, Alejandra, *Viviendo en escombros: análisis de vulnerabilidad global para el caso del terremoto de El Tocuyo del 3 de agosto de 1950*, Escuela de

- Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2008. Tesis de Grado.
- Lemoine, Waleska y María Matilde Suárez, *Beauperthuy. De Cumaná a la Academia de Ciencias de París*, Fundación para la Ciencia José Gregorio Hernández-Universidad Católica Andrés Bello-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas, 1984.
- López, Judith, «El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos», *Reflexión Política*, N° 15, Año 8, pp. 80-92, Colombia, IEP-UNAB.
- Luna Zamora, Rogelio, *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*, Universidad de Guadalajara, México, 2005.
- Luna, Félix, *Atahualpa Yupanqui*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974.
- Magnani, Esteban, *Historia de los terremotos. De los mitos a la ciencia, de los dioses que causaban temblores de tierra a la placa tectónica*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006.
- Málaga, Sebastián de, *Ceremonial Romano-Seráfico de los menores capuchinos de N. S. P. S. Francisco según orden de N. S. Romana Iglesia*, Imprenta de la S.S. Trinidad, Granada, 1720.
- Maskrey, Andrew (Comp.), *Los desastres no son naturales*, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), 1993.
- Meneses, Lino, «El uso del espacio doméstico en San Antonio de Mucuño», *En búsqueda de la historia, Memorias de las 1ras Jornadas de Investigación de Escuela de Historia, Homenaje a Arcila Farías*, Universidad Los Andes, Mérida, 1998, pp. 211-218.

Navarro, Nicolás Eugenio, «La escena de Bolívar», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, tomo XXIX, abr-jun, 1946, N° 114, pp. 112-122.

O'Leary, Daniel F., *Bolívar y la emancipación de Sur-América*, Memorias del General O'Leary, traducidas por su hijo Simón B. O'Leary, Biblioteca Ayacucho, Editorial América, Madrid, 1915.

Obras de Juan de Castellanos, Editorial Sur América, Caracas, 1930.

Ortiz Gallardo, Isidoro, *Lecciones entretenidas, y curiosas, physico-astrologico-meteorologicas, sobre la generación, causas, y señales de los Terremotos, y especialmente de las causas, señales, y varios efectos del sucedido en España en el día primero de Noviembre del año pasado de 1755*, en Salamanca por Antonio Joseph Villagordo, 1756.

Ortiz, Juan Francisco, *Reminiscencias*, Prensas de la Biblioteca Nacional, Bogotá, 1946.

Otte, Enrique, *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*, Fundación John Boulton, Caracas, 1977.

Paine, Thomas, *The Doctrine of Earthquakes (Two Sermons)*, D. Henchman, Boston, 1728.

Palme, Christl, *Los terremotos de los años 1674, 1775 y 1886 en Trujillo*, Editorial Venezolana C. A., Mérida, 1993.

Parra, Ileana, «Las comunicaciones en el occidente venezolano: rutas y puertos. Siglos XVI y XVII, Maracaibo», *Cuadernos de Historia*, N° 10, Universidad del Zulia, Maracaibo 1985, pp.62-63.

- Parra, Ileana; Rogelio Altez y Arlene Urdaneta, «Senderos, caminos reales y carreteras: El sentido histórico de la comunicación andino-lacustre (Venezuela)», *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 49, N° 2, 2008, Mérida, pp. 291-320.
- Picón Salas, Mariano, *Los días de Cipriano Castro*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991.
- Picón, Juan de Dios, *Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la Provincia de Mérida de Venezuela*, original de 1832, Alcaldía de Mérida, 1992.
- Quintero, Inés, *El ocaso de una estirpe*, Editorial Alfa, Caracas, 2009, segunda edición.
- Reclus, Elisée, *Evolución, revolución y anarquismo*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1969.
- Reclus, Elisée, *La terre, description des phénomènes de la vie du globe*, L. Hachette y Cie, Libraires-Éditeurs, Paris, Boulevard Saint Germain 77, 1868.
- Regla de Coro de la Santa Iglesia Metropolitana de Caracas*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1879.
- Rengifo, Martín y Jaime Laffaille, «El terremoto de 1894 en los Andes venezolanos», *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 39, N°s. 1 y 2, 1998, Mérida, pp. 141-162.
- Revet, Sandrine, *Les organisations internationales et la gestion des risques et des catastrophes naturels*, documento N° 157 del Centre d'études et de recherche internationales, Sciences Po, Paris, septiembre de 2009.

Richter, Charles, *Elementary Seismology*, W. H. Foreman and Company, San Francisco. 1958.

Rodríguez, José Antonio y Gloria Romero, «¿Impacto meteórico en el estado Miranda en 1964?», publicado en la *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 44 (2), año 2003, pp. 189-205.

Rodríguez, Pablo, «1812: El terremoto que interrumpió la revolución», en Pilar Gonzalbo Aizpuru, Anne Staples y Valentina Torres Septién (editoras), *Una historia de los usos del miedo*, El Colegio de México-Universidad Centroamericana, México, 2009, pp. 247-272.

Rodríguez, Simón, *Obras Completas*, Universidad Simón Rodríguez, Caracas, 1975.

Rojas, Aristides, *Almanaque para todos de Rojas Hermanos*, Rojas Hermanos Editores, Caracas, 1874.

Samudio, Edda, «Proceso de poblamiento y asignación de resguardos en los Andes venezolanos», *Revista Complutense de Historia de América*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1995, N° 21, pp. 167-208.

Schael, Guillermo José, *Imagen y noticia de Caracas*, Tipografía Vargas S. A., Caracas.

Schubert, Carlos, «Tsunamis in Venezuela: Some Observations on their Occurrence», *Journal of Coastal Research*, Special Issue, N° 12, Coastal Hazards, 1994, pp. 189-195.

Schubert, Carlos, *Los terremotos en Venezuela*, Cuadernos Lagoven, Caracas, 1982.

Segunda fase del estudio del sismo ocurrido en Caracas el 29 de julio de 1967, Ministerio de Obras Públicas, Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo, Funvisis, Caracas, 1978.

Simón, Fray Pedro, *Noticias históricas de Venezuela*, Biblioteca Ayacucho, Talleres Arauco Ediciones, Caracas, 1992.

Singer, André; Miguel Lugo y Carlos Rojas, *Inventario nacional de riesgos geológicos*, Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas, Caracas, 1981.

Suárez, Gerardo; Virginia García Acosta y Rogelio Altez, «Un desastre más allá del terremoto», *Letras Libres*, México, marzo-2010, pp. 20-23.

Terrero, Blas José, *Theatro de Venezuela y Caracas, Dispónelo de varios documentos auténticos y concordantes dividido en dos eras Eclesiástica y Política*, Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, Caracas, 1967.

Torrente, Mariano, *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, Imprenta de D. León Amarita, Madrid, 1829.

Ujueta de Hamilton, Nicolasa, *Manuel de Ujueta y Bisais*, Editorial Beyco, Manizales, 1937.

Vogt, Jean, «Earthquake effects on Nature and Macroseismic Intensity Scales», en Julien Fréchet, Mustapha Meghraoui y Massimiliano Stucchi, *Historical Seismology. Interdisciplinary Studies of Past and Recent Earthquakes*, Springer, Strasbourg-Milano, 2008, pp. 303-312.

Voltaire, «Poema sobre el desastre de Lisboa, o examen de este axioma: ‘Todo está bien’», *Desastres y sociedad*, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), N° 6, Año 4, enero-junio, 1996, pp. 3-7.

Wegener, Alfred, «Die Entstehung der Kontinente», *Mitteilungen aus Justus Perthes' Geographischer Anstalt*, Volumen 58, pp. 185-195, 253-256, 305-309, Gotha, 1912.

Yamazaki, Yoshitaka; Franck Audemard; Rogelio Altez; Julio J. Hernández; Nuris Orihuela; Salvador Safina; Michael Schmitz; Ichiro Tanaka; H. Kagawa y The JICA Study Team for Earthquake Disaster Group, «Estimation of seismic intensity in Caracas during the 1812 earthquake using seismic microzoning methodology», *Revista Geográfica Venezolana*, Número Especial, 2005, pp. 199-216.

Esta edición de
SI LA NATURALEZA SE OPONE...
TERREMOTOS, HISTORIA Y SOCIEDAD EN VENEZUELA.
se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2010,
en los talleres de Editorial Melvin C.A.
Caracas, Venezuela

